E. H.
GOMBRICH

BREVE HISTORIA *del* MUNDO



Breve historia del mundo es un recorrido a través de toda la historia de la humanidad. Escrita como si de una novela se tratara, esta particular crónica abarca desde los primeros inventos de la historia hasta el siglo XX, pasando por todas las civilizaciones y por todos los héroes y los monstruos de la Historia.

Lectulandia

Ernst H. Gombrich

Breve historia del mundo

ePUB v2.2

adruki 09.02.12

Título original: *Eine Kurze Weltgeschichte für junge Leser.*
Ernst H. Gombrich, 1950
Traducción: José Luis Gil Aristu
Ilustraciones: Kat Menschik

Editor original: adruki (v1.0 a v2.1)
Corrección de erratas: Clío
Correccíon de estilo: Chachin
ePub base v2.0

PARA ILSE.
ESTO TE PERTENECE PARA SIEMPRE, PUES SIEMPRE LO ESCUCHASTE ATENTAMENTE.

Viena, Octubre de 1935 · Londres, febrero de 1998

ÉRASE UNA VEZ

Todas las historias comienzan con «érase una vez». La nuestra sólo pretende hablarnos de lo que fue una vez. Una vez fuiste pequeño y, puesto en pie, apenas alcanzabas la mano de tu madre. ¿Te acuerdas? Si quisieras, podrías contar una historia que comenzase así: Érase una vez un niño o una niña..., y ése era yo. Y, una vez, fuiste también un bebé envuelto en pañales. No lo puedes recordar, pero lo sabes. Tu padre y tu madre fueron también pequeños una vez. Y también los abuelos. De eso hace mucho más tiempo. Sin embargo, lo sabes. Decimos: son ancianos; pero también tuvieron abuelos y abuelas que pudieron decir del mismo modo: érase una vez. Y así continuamente, sin dejar de retroceder. Detrás de cada uno de esos «érase una vez» sigue habiendo siempre otro. ¿Te has colocado en alguna ocasión entre dos espejos? ¡Tienes que probarlo! Lo que en ellos ves son espejos y espejos, cada vez más pequeños y borrosos, uno y otro y otro; pero ninguno es el último. Incluso cuando ya no se ven más, siguen cabiendo dentro otros espejos que están también detrás, como bien sabes.

Eso es, precisamente, lo que ocurre con el «érase una vez». Nos resulta imposible imaginar que acabe. El abuelo del abuelo del abuelo del abuelo..., ¡qué mareo! Pero, vuelve a decirlo despacio y, con el tiempo, lograrás concebirlo. Añade aún otro más. De ese modo llegamos a una época antigua y, luego, a otra antiquísima. Siempre más allá, como en los espejos. Pero sin dar nunca con el principio. Detrás de cada comienzo vuelve a haber siempre otro «érase una vez».

¡Es un agujero sin fondo! ¿Sientes vértigo al mirar hacia abajo? ¡También yo! Por eso vamos a lanzar a ese profundo pozo un papel ardiendo. Caerá despacio, cada vez más hondo. Y al caer, iluminará la pared del pozo. ¡Lo ves aún allá abajo? Continúa hundiéndose; ha llegado ya tan lejos que parece una estrella minúscula en ese oscuro fondo; se hace más y más pequeño, y ya no lo vemos.

Así sucede con el recuerdo. Con él proyectamos una luz sobre el pasado. Al principio, iluminamos el nuestro; luego, preguntamos a personas mayores; a continuación, buscamos cartas de individuos ya muertos. De ese modo vamos proyectando luz cada vez más atrás. Hay edificios donde sólo se almacenan notas y papeles viejos escritos en otros tiempos; se llaman archivos. Allí encontrarás cartas redactadas hace muchos cientos de años. En cierta ocasión, en uno de esos archivos, tuve en mis manos una que decía sólo esto: «¡Querida mamá! Ayer tuvimos para comer unas trufas magníficas. Tuyo, Guillermo». Se trataba de un principito italiano de hace 400 años. Las trufas son un alimento muy valioso.

Pero esta visión dura sólo un momento. Luego, nuestra luz va descendiendo con rapidez creciente: 1.000 años; 2.000 años; 5.000 años; 10.000 años. También entonces había niños a quienes les gustaba comer cosas buenas. Pero todavía no eran

capaces de escribir cartas. 20.000, 50.000 años; y también aquella gente decía entonces «érase una vez». Nuestra luz del recuerdo es ya diminuta. Luego, se apaga. Sin embargo, sabemos que la cosa sigue remontándose. Hasta un tiempo archiprimitivo en el que no había aún seres humanos. En el que las montañas no tenían la apariencia que hoy tienen. Algunas eran más altas. Con el paso del tiempo, la lluvia las ha desleído hasta convertirlas en colinas. Otras no estaban todavía ahí. Crecieron lentamente saliendo del mar, a lo largo de muchos millones de años.

Pero, antes aún de que existieran, hubo aquí animales. Muy distintos de los actuales. Enormemente grandes, casi como dragones. ¿Cómo lo sabemos? A veces encontramos sus huesos profundamente enterrados. En Viena, en el Museo de Historia Natural, puedes ver, por ejemplo, un Diplodocus. Diplodocus; ¡vaya nombre tan raro! Pues el animal aún lo era más. No habría cabido en una habitación; ni en dos. Tiene el tamaño de un árbol alto; y una cola tan larga como medio campo de fútbol. ¡Qué ruido debía de hacer aquel lagarto gigante —pues el Diplodocus era un lagarto gigante— cuando marchaba a cuatro patas por la selva virgen en la prehistoria!

Pero tampoco eso fue el principio. También ahí hemos de continuar hacia atrás; muchos miles de millones de años. Es fácil decirlo, pero, piensa un momento. ¿Sabes cuánto dura un segundo? Lo que te cuesta contar deprisa 1, 2, 3. ¿Y cuánto tiempo son mil millones de segundos? ¡32 años! ¡Imagínate, pues, lo que pueden durar mil millones de años! Por aquel entonces no había animales grandes; sólo caracoles y moluscos. Y si seguimos retrocediendo, no había ni siquiera plantas. Toda la Tierra se hallaba «desierta y vacía». No había nada: ningún árbol, ningún arbusto, ninguna hierba, ninguna flor, nada de verde. Sólo aridez, rocas peladas y el mar; el mar vacío, sin peces, sin moluscos, hasta sin lodo. Y si escuchas sus olas, ¿qué te dicen? «Érase una vez». La Tierra, una vez, era quizá tan sólo una nube de gas comprimida como otras que podemos ver —mucho mayores— a través de nuestros telescopios. Dio vueltas alrededor del Sol durante miles de millones, e incluso billones de años; al principio sin rocas, sin agua y sin vida. ¿Y antes? Antes tampoco existía el Sol, nuestro amado Sol. Sólo extrañas, muy extrañas estrellas gigantes y otros pequeños cuerpos celestes se arremolinaban entre las nubes de gas en el espacio infinito.

«Érase una vez»...; también yo siento vértigo al llegar aquí e inclinarme hacia abajo de ese modo. Ven, regresemos rápidos al Sol, a la Tierra, al hermoso mar, a las plantas, a los moluscos, a los lagartos gigantes, a nuestras montañas y, luego, a los seres humanos. ¿Verdad que es como volver a casa? Y, para que el «érase una vez» no tire continuamente de nosotros hacia ese agujero sin fondo, vamos a preguntar sin esperar ni un momento más: «¡Alto! ¿*Cuándo* fue?».

Si al hacerlo preguntamos también: «¿*Cómo* fue, en realidad?», estaremos preguntando entonces por la historia. No por *una* historia, sino por *la* historia, que

llamamos historia universal. Con ella vamos a comenzar ahora.

LOS MAYORES INVENTORES DE TODOS LOS TIEMPOS

En Heidelberg (Alemania) se excavó en cierta ocasión un sótano. En él, profundamente enterrado, se encontró un hueso; un hueso humano. Se trataba de un maxilar inferior. Pero ninguna persona actual tiene ya esa clase de maxilares tan sólidos y fuertes. Y los dientes encajados en él eran igual de potentes. El ser humano al que perteneció la mandíbula podía, desde luego, morder a conciencia. De eso debió de hacer mucho tiempo pues, si no, ¡no se hallaría tan profundamente enterrada!

En otro lugar de Alemania, en el Neandertal (el valle del río Neander), se encontró en cierta ocasión un hueso de cráneo. La cubierta del cerebro de un ser humano. No tienes por qué asustarte, aunque era terriblemente... interesante, pues tampoco esa clase de cubiertas craneanas existen hoy en día. Aquel individuo no tenía una verdadera frente, pero sí unos grandes bultos sobre las cejas. Ahora bien, nosotros pensamos con lo que tenemos detrás de la frente; y si aquella persona no poseía una frente de verdad, es posible que pensara menos. En cualquier caso, tener que pensar debió de fastidiarle más que a nosotros. En otros tiempos hubo, por tanto, gente menos capaz de pensar que nosotros hoy en día, pero que podía morder mucho mejor.

«¡Alto!», me dirás ahora. «Eso va contra lo que acordamos. ¿Cuándo existió esa gente; *qué* eran; y *cómo* fue todo eso?».

Me sonrojo y me veo obligado a responderte que aún no lo sabemos con exactitud, aunque llegaremos a descubrirlo con el tiempo. Cuando seas mayor, podrás ayudar a resolver esta tarea. No lo sabemos, porque esas personas no fueron capaces de dejar ningún escrito. Y porque el recuerdo no llega tan atrás. (Actualmente ya no tengo por qué sonrojarme tanto, pues, si bien algunas cosas que aquí se dicen no son del todo acertadas, he realizado, al menos, una profecía correcta: hoy sabemos realmente más sobre cuándo vivieron los primeros seres humanos. Lo han resuelto los científicos, al descubrir que algunas sustancias como la madera, las fibras vegeta les y las rocas volcánicas se transforman despacio, pero constantemente. De esa manera se puede calcular cuándo se formaron o crecieron. Como es natural, se han seguido buscando y excavando con mucho empeño restos humanos, y se han hallado más huesos, sobre todo en África y China, tan antiguos, por lo menos, como el maxilar de Heidelberg. Se trata de nuestros antepasados, con sus frentes abombadas y sus pequeños cerebros, que comenzaron a utilizar piedras a modo de utensilios hace quizá ya dos millones de años. Los hombres del Neandertal aparecieron hace aproximadamente 100.000 años y poblaron la Tierra durante casi 70.000. Debo excusarme ante ellos por algo que he dicho, pues, aunque seguían teniendo frentes abultadas, su cerebro era apenas menor que el de la mayoría de los seres humanos

actuales. Nuestros parientes más próximos no surgieron, probablemente, hasta hace unos 30.000 años.)

«¡Pero —me dirás— todos esos “quizá” y “aproximadamente”, sin dar nombres ni fechas exactas, no son historia!». Y tienes razón. Es algo que está antes de la historia. Por eso se llama prehistoria, pues sólo sabemos con mucha imprecisión cuándo sucedió. No obstante, conocemos algunos datos acerca de esos seres humanos a quienes llamamos hombres primitivos. En efecto, cuando comenzó la verdadera historia —cosa que ocurrirá en el capítulo siguiente—, los hombres tenían ya todo cuanto poseemos nosotros hoy: ropa, viviendas y utensilios; arados para arar, semillas para hacer pan, vacas que ordeñar, ovejas que esquilar y perros para la caza y como amigos. Flechas y arcos para disparar y yelmos y escudos para protegerse. Pero todo eso tuvo que haber sucedido por primera vez en alguna ocasión. ¡Alguien tuvo que haberlo inventado! Imagínate, ¿verdad que es interesante? En algún momento del pasado, un hombre primitivo tuvo que haber tenido la ocurrencia de que la carne de los animales salvajes se mordería mejor si se ponía antes sobre el fuego y se asaba. ¿O quizá se le ocurrió a una mujer? Y, una vez, alguien cayó en la cuenta de cómo hacer fuego. Imagínate lo que eso significa: ¡hacer fuego! ¿Sabes hacerlo tú? ¡Pero no con cerillas, no, pues no existían, sino con dos palitos que se frotaban uno con otro tanto rato que se iban calentando hasta ponerse finalmente al rojo! ¡Inténtalo! ¡Verás lo difícil que es!

Alguien inventó también los utensilios. Ningún animal sabe qué es un utensilio. Sólo el ser humano. Los utensilios más antiguos debieron de haber sido simples ramas o piedras. Pero, pronto, esas piedras se tallaron en forma de martillos puntiagudos. Se han encontrado enterradas muchas de esas piedras talladas. Y como entonces todos los utensilios eran aún de piedra, este periodo se llama Edad de Piedra. Sin embargo, por aquellas fechas, la gente no sabía construir casas. Eso suponía una gran incomodidad, pues en aquel tiempo solía hacer a menudo mucho frío. A veces, mucho más que hoy. Los inviernos eran entonces más largos, y los veranos más cortos, que los de ahora. La nieve se mantenía durante todo el año hasta muy abajo de las montañas, llegando a los valles; y los grandes glaciares de hielo avanzaron enormemente, penetrando en las llanuras. Por eso se puede decir que la primera Edad de Piedra coincidió con las glaciaciones. Los hombres primitivos debían de vivir helados y se alegraban cuando encontraban cuevas que podían protegerlos a medias del viento y el frío. Por eso se les llama también hombres de las cavernas, aunque es muy improbable que habitaran siempre en ellas.

¿Sabes qué más inventaron los hombres de las cavernas? ¿Se te ocurre? El *lenguaje*. Me refiero al lenguaje de verdad. Los animales pueden chillar cuando algo les hace daño, y lanzar gritos de advertencia cuando les amenaza un peligro. Pero no pueden nombrar nada con palabras. Sólo los seres humanos son capaces de algo así.

Los hombres primitivos fueron quienes primero lo lograron.

También realizaron otro hermoso invento. La pintura y la talla. En las paredes de las cuevas seguimos viendo aún muchas figuras que tallaron y, luego, pintaron. Ningún pintor de hoy podría hacerlas más bellas. Ha pasado tanto tiempo, que en esas pinturas vemos animales que han dejado de existir. Elefantes con largas pelambreras y colmillos retorcidos: los mamuts; y otros animales de la era glacial. ¿Por qué crees que los hombres primitivos pintaron esa clase de animales en las paredes de sus cuevas? ¿Sólo para adornar? ¡Pero si en ellas estaban completamente a oscuras! No se sabe con certeza, pero se cree que intentan realizar encantamientos. Creían que, si se pintaban sus imágenes en la pared, los animales acudirían enseguida. Igual que cuando, a veces, decimos bromeando: «Hablando del rey de Roma, por la carretera asoma». Estos animales eran sus presas; sin ellas se habrían muerto de hambre. Por tanto, tambien inventaron la magia. Y no estaría nada mal poder servirnos de ella, pero hasta ahora nadie lo ha conseguido.

La época de las glaciaciones duró más de lo que podemos imaginar. Muchas decenas de miles de años. Sin embargo, eso fue bueno, pues, de lo contrario, los seres humanos, a quienes pensar les costaba aún un gran esfuerzo, difícilmente habrían tenido tiempo para inventar todas aquellas cosas. No obstante, con el tiempo fue haciendo más calor sobre la Tierra; el hielo se retiró en verano a las montañas más altas y los seres humanos, iguales ya a nosotros, aprendieron con el calor a plantar hierbas de las estepas, triturar sus semillas y hacer con ellas una papilla que se podía cocer al fuego. Era el pan.

Pronto aprendieron a construir tiendas y a domesticar los animales que vivían en libertad. De ese modo se desplazaron de un lado a otro con sus rebaños, de manera parecida a como lo hacen hoy, por ejemplo, los lapones. Pero como entonces había en los bosques muchos animales salvajes, lobos y osos, algunos tuvieron una idea genial, como es propio de esa clase de inventores: construyeron casas en medio del agua, sobre estacas clavadas en el suelo. Se llaman palafitos. Aquellas personas tallaban y pulían ya muy bien sus utensilios de piedra. Con una segunda piedra más dura taladraban en sus hachas, también de piedra, agujeros para el mango. ¡Vaya trabajo! Seguro que duraba todo un invierno. Y, cuando había terminado, el hacha se les partía a menudo en dos y había que comenzar desde el principio.

Luego, descubrieron cómo cocer barro en hornos para hacer cerámica, y pronto fabricaron bellos recipientes con dibujos sobre la superficie. Pero para entonces, en la Edad de Piedra *más reciente*, el Neolítico, se había dejado de pintar animales. Y al final, hace unos 6.000 años, 4.000 a.C., se llegó a una manera mejor y más cómoda de elaborar utensilios: se descubrieron los metales. No todos de una vez, por supuesto. Al principio, se descubrieron las piedras verdes que, fundidas al fuego, se convierten en cobre. El cobre tiene un hermoso brillo y con él se pueden forjar puntas

de flecha y hachas, pero es muy blando y se embota antes que una piedra dura.

Los seres humanos supieron también poner remedio a esto. Se les ocurrió que había que mezclar con el cobre otro metal muy raro para hacerlo más duro. Ese metal es el cinc, y la aleación de cobre y cinc se llama bronce. La época en que los hombres hacían de bronce sus yelmos y espadas, sus hachas y cazuelas, pero también sus brazaletes y collares, se llama, naturalmente, Edad del Bronce.

Fíjate ahora en esa gente vestida de pieles que va remando en sus barcas hechas de un tronco hacia las aldeas construidas sobre estacas. Llevan cereales, o también sal de las minas. Beben de bellas jarras de arcilla, y sus mujeres y muchachas se adornan con piedras de colores y con oro. ¿Crees que se han producido muchos cambios desde entonces? Eran ya personas como nosotros. A menudo se portaban mal unos con otros; muchas veces, con crueldad y malicia. Así somos también nosotros, por desgracia. También entonces debió de haberse dado el caso de que una madre se sacrificara por su hijo; y también debió de haber amigos dispuestos a morir unos por otros. No más a menudo, pero tampoco menos que en la actualidad. ¿Y por qué? ¡De eso hace tan sólo de 10.000 a 3.000 años! Desde entonces no hemos tenido aún tiempo de cambiar mucho.

Pero, a veces, cuando hablamos o comemos pan o nos servimos de un utensilio o nos calentamos junto al fuego, deberíamos recordar agradecidos a los hombres primitivos, los mayores inventores de todos los tiempos.

EL PAÍS DEL NILO

Aquí —tal como te lo había prometido— dará comienzo la historia. Con un *entonces*. Vamos allá: hace 5.100 años, en el año 3100 a.C., así lo creemos hoy, gobernaba en Egipto un rey llamado Menes. Si quieres saber más detalles sobre el camino que lleva a Egipto, deberías preguntárselo a una golondrina. Al llegar el otoño, cuando hace frío, la golondrina vuela hacia el sur. Va a Italia por encima de las montañas, sigue luego un pequeño trecho sobre el mar, y enseguida está en África, en aquella parte de África más próxima a Europa. Allí, cerca, se encuentra Egipto.

En África hace calor y pasan meses y meses sin llover. Por eso, en muchas regiones, crecen muy pocas plantas. La tierra es desértica. Así ocurre a derecha e izquierda de Egipto. En el propio Egipto no llueve tampoco con frecuencia. Pero en aquel país no se necesitaban lluvias, ya que el Nilo lo atraviesa por medio. Dos veces al año, cuando llovía mucho en sus fuentes, el río inundaba todo el país. Y había que recorrerlo con barcas entre casas y palmeras. Y cuando el agua se retiraba, la tierra quedaba magníficamente empapada y fertilizada con un jugoso barro. Entonces, bajo el calor del Sol, crecían allí los cereales tan magníficos como en casi ningún otro lugar. Por eso, los egipcios rezaban a su Nilo desde los tiempos más antiguos, como si se tratara del propio buen Dios. ¿Quieres oír un canto que le dirigían hace 4.000 años?

«Te alabo, oh Nilo, porque sales de la Tierra y vienes aquí para dar alimento a Egipto. Tú eres quien riega los campos y puede alimentar toda clase de ganado. Quien empapa el desierto alejado del agua. Quien hace la cebada y crea el trigo. Quien llena los graneros y engrandece los pajares, quien da algo a los pobres. Para ti tocamos el arpa y cantamos».

Así es como cantaban los antiguos egipcios. Y hacían bien, pues el Nilo enriqueció tanto al país que Egipto llegó a ser también muy poderoso. Sobre todos los egipcios gobernaba un rey. El primer rey soberano del país fue, precisamente, el rey Menes. ¿Sabes cuándo ocurrió aquello? 3.100 años a.C. ¿Recuerdas, quizá, por la historia de la Biblia cómo se llaman en ella los reyes de Egipto? *Faraones*. El faraón era increíblemente poderoso. Vivía en un inmenso palacio de piedra, con grandes y gruesas columnas y muchos patios; y lo que decía tenía que hacerse. Todos los habitantes del país debían trabajar para él cuando él quería. Y a veces lo quería.

Un faraón que vivió no mucho después del rey Menes, el rey Keops —2.500 años a.C.— ordenó, por ejemplo, que todos sus súbditos contribuyeran a levantar su tumba. Tenía que ser una construcción como una montaña. Y así fue, por cierto. Todavía existe hoy. Se trata de la famosa pirámide de Keops. Quizá la has visto ya muchas veces en fotografía. Pero no puedes ni imaginar su tamaño. Cualquier gran iglesia cabría dentro de ella. Se puede trepar sobre sus bloques gigantescos; es como

escalar una montaña. Y, sin embargo, quienes llevaron sobre rodillos y apilaron unas sobre otras esas enormes piedras fueron seres humanos. En aquellos tiempos no había aún máquinas. A lo más, rodillos y palancas. Todo se debía arrastrar y empujar a mano. Imagínate, ¡con el calor que hace en África! Así, a lo largo de 30 años, unos 100.000 hombres bregaron duramente para el faraón durante los meses que dejaba libre el trabajo de los campos. Y cuando se cansaban, un vigilante del rey les obligaba a continuar arreándoles con látigos de piel de hipopótamo. De ese modo arrastraron y levantaron las gigantescas cargas; todo para el sepulcro del rey.

Quizá preguntes cómo se le pasó al rey por la cabeza hacerse construir aquella gigantesca sepultura. Eso tiene que ver con la religión del antiguo Egipto. Los egipcios creían en muchos dioses; a la gente con esas creencias se les llama paganos. Según ellos, varios de sus dioses habían gobernado anteriormente en la Tierra como reyes; por ejemplo, el dios Osiris y su esposa, Isis. También el Sol era un dios, de acuerdo con sus creencias: el dios Amón. El mundo subterráneo está gobernado por otro con cabeza de chacal, llamado Anubis. Los egipcios pensaban que cada faraón era hijo del dios Sol. De no haber sido así, no le habrían tenido tanto temor ni habrían permitido que les diera tantas órdenes. Los egipcios tallaron figuras de piedra gigantescas y mayestáticas para sus dioses, tan altas como casas de cinco pisos; y templos tan grandes como ciudades enteras. Ante los templos se alzaban elevadas piedras puntiagudas de granito hechas de una pieza; se llaman obeliscos. Obelisco es una palabra griega que significa algo así como «espetoncillo». En varias ciudades puedes ver aún hoy esos obeliscos traídos de Egipto.

Para la religión egipcia eran también sagrados algunos animales, como, por ejemplo, los gatos. Los egipcios imaginaban así mismo algunos dioses con figura de animal, y los representaban de ese modo. El ser con cuerpo de león y cabeza humana que llamamos «esfinge» era para los antiguos egipcios un dios poderoso. Su gigantesca estatua se encuentra al lado de las pirámides y es tan grande que en su interior tendría cabida todo un templo. La imagen del dios sigue vigilando los sepulcros de los faraones desde hace ya más de 5.000 años; la arena del desierto la cubre de vez en cuando. ¡Quién sabe cuánto tiempo más seguirá haciendo guardia!

Pero lo más importante en la curiosa religión de los egipcios era la creencia en que las almas de las personas abandonan, sin duda, el cuerpo al morir el ser humano, pero siguen necesitándolo de algún modo. Los egipcios pensaban que el alma no podía sentirse bien si su anterior cuerpo se transformaba en tierra tras la muerte.

Por eso conservaban los cadáveres de los difuntos de una manera muy imaginativa. Los frotaban con ungüentos y jugos de plantas y los envolvían en largas tiras de tela. Estos cadáveres conservados así e incorruptibles se llaman momias. Hoy, después de muchos miles de años, no se han descompuesto todavía. Las momias se depositaban primero en un ataúd de madera; el ataúd de madera, en otro de piedra; y

el de piedra no se introducía tampoco en la tierra, sino en una sepultura de roca. Quien podía permitírselo, como el «hijo del Sol», el faraón Keops, hacía que se levantara para él toda una montaña de piedra. ¡Allí, muy dentro de su interior, la momia estaría, indudablemente, segura! Eso es lo que se esperaba. Pero todas las preocupaciones y todo el poder del rey Keops fueron inútiles: la pirámide se halla vacía.

En cambio, se han encontrado conservadas todavía en sus sepulcros las momias de otros reyes y de muchos antiguos egipcios. Estas sepulturas están dispuestas como viviendas para las almas cuando acudían a visitar su cuerpo. Por eso había en ellas alimentos, muebles y vestidos, y muchas imágenes de la vida del difunto, incluido su propio retrato, para que el alma encontrase la tumba correcta cuando deseaba visitarla.

En las grandes estatuas de piedra y en las pinturas realizadas con bellos y vivos colores vemos todavía hoy todas las actividades de los egipcios y el tipo de vida que entonces se llevaba. Es cierto que no pintaban propiamente de manera exacta o natural. Lo que en la realidad aparece detrás se suele mostrar allí superpuesto. Las figuras son a menudo rígidas: sus cuerpos se ven de frente, y las manos y los pies de lado, de modo que parecen planchados. Pero los antiguos egipcios lograban lo que les interesaba. Se ven con gran exactitud todos los detalles: cómo cazan patos en el Nilo con grandes redes; cómo reman y pescan con largas lanzas; cómo trasiegan agua a los canales para los campos; cómo arrean las vacas y las cabras a los pastizales; cómo trillan el grano y cuecen pan; cómo confeccionan calzado y ropa; cómo soplan vidrio —¡ya sabían hacerlo entonces!—, moldean ladrillos y construyen casas. Pero también se ven muchachas jugando al balón o tocando la flauta y hombres que van a la guerra y traen a su país extranjeros prisioneros, por ejemplo negros, con todo el botín.

En las sepulturas de las personas distinguidas se ven llegar embajadas de otros países portando tesoros; y cómo el rey condecora a sus ministros fieles. Se ve a los muertos rezar ante las imágenes de los dioses con las manos alzadas; y se les ve también en casa, en banquetes con cantantes que se acompañan al arpa y saltimbanquis que ejecutan sus piruetas.

Junto a estos grupos de imágenes abigarradas se reconocen también casi siempre pequeñas figurillas de lechuzas y hombres, banderolas, flores, tiendas, escarabajos, recipientes, pero también líneas quebradas y espirales, contiguas o superpuestas y muy juntas. ¿Qué pueden ser? No son imágenes; sino escritura egipcia. Se llaman jeroglíficos. La palabra significa «signos sagrados», pues los egipcios se sentían tan orgullosos de su nuevo arte, la escritura, que el oficio de escribiente era el más respetado de todos, y la escritura se consideraba casi sagrada.

¿Quieres saber cómo se escribe con esos signos sagrados, o jeroglíficos? En realidad, no era nada fácil aprenderlo, pues funcionaba de manera similar a los

acertijos hechos con imágenes, llamados igualmente jeroglíficos. Cuando se quería escribir el nombre del dios Osiris, a quien los antiguos egipcios llamaron Vosiri, se dibujaba un trono, que en egipcio se dice «vos», y un ojo, en egipcio «iri». Eso daba la palabra «Vosiri». Y, para que nadie creyera que aquello quería decir «ojo del trono», se añadía casi siempre al lado una banderita. Era el símbolo de los dioses, de la misma manera como nosotros escribimos una cruz junto a un nombre cuando queremos indicar que la persona en cuestión está ya muerta.

¡Ahora ya puedes escribir también tú «Osiris» en jeroglífico! Pero, piensa el esfuerzo que debió de suponer descifrar todo aquello cuando, hace unos 180 años, se comenzó a trabajar de nuevo sobre los jeroglíficos. El desciframiento sólo fue posible por el hallazgo de una piedra en la que aparecía el mismo contenido en lengua griega y en jeroglíficos. Y, sin embargo, fue todo un acertijo que requirió el esfuerzo de una vida entera de grandes eruditos.

Hoy podemos leer casi todo. No sólo lo que aparece en las paredes, sino también lo escrito en los libros. Sin embargo, los signos de los libros no son ni con mucho igual de claros. Los antiguos egipcios tenían, realmente, libros. Pero no de papel, sino de una especie de juncos del Nilo llamados en griego papyros, de donde viene nuestra palabra «papel».

Se escribía en largas tiras que, luego, se enrollaban. Se ha conservado una buena cantidad de esos libros en rollo; en ellos se leen actualmente muchas cosas y cada vez se ve mejor lo sabios y avispados que eran los antiguos egipcios. ¿Quieres oír un refrán escrito por uno de ellos hace 5.000 años? Tendrás que prestar un poco de atención y reflexionar bien acerca de él: «Las palabras sabias son más raras que el jade; y, sin embargo, las oímos de boca de pobres muchachas que dan vueltas a la piedra de moler».

Como los egipcios fueron tan sabios y tan poderosos, su reino duró largo tiempo. Más que cualquier otro hasta entonces. Casi 3.000 años. Y, así como conservaron cuidadosamente los cadáveres para que no se descompusieran, así también guardaron rigurosamente durante milenios sus antiguos hábitos y costumbres. Sus sacerdotes procuraban con toda exactitud que los hijos no hicieran nada que sus padres no hubieran hecho ya. Todo lo antiguo era sagrado para ellos.

Durante aquel largo periodo, la gente sólo se opuso en dos ocasiones a esta estricta unanimidad. Una vez, poco después del rey Keops, alrededor del año 2100 a.C., fueron los propios súbditos quienes intentaron cambiarlo todo. Se lanzaron contra el faraón, mataron a sus vigilantes y extrajeron las momias de las sepulturas. «Quienes antes no tenían siquiera sandalias son ahora dueños de tesoros; y quienes antes poseían bellas vestiduras, van ahora vestidos de harapos», cuenta un antiguo rollo de papiro. «El país gira como el torno de un alfarero». Pero aquello no duró mucho, y las cosas volvieron pronto a ser como antes. Quizá, más rigurosas que en la

época anterior.

En una segunda ocasión fue el propio faraón quien intentó un cambio total. Aquel faraón, llamado Eknatón, que vivió en el 1370 a.C., era un hombre extraño. La fe egipcia, con sus numerosos dioses y costumbres misteriosas, le parecía inverosímil. «Sólo hay un dios», enseñó a su pueblo, «que es el Sol, cuyos rayos crean y mantienen todo. Sólo a él debéis rezarle».

Se cerraron los antiguos templos y el rey Eknatón se mudó a un nuevo palacio. Como se oponía absolutamente a todo lo antiguo y estaba a favor de bellas ideas nuevas, hizo pintar también las imágenes de su palacio de una manera completamente novedosa. Las pinturas no fueron ya tan serias, rígidas y solemnes como antes, sino de una total naturalidad y desenvoltura. Pero todo aquello no le pareció bien a la gente, que quería ver las cosas como las había visto durante milenios. Así, tras la muerte de Eknatón, volvieron muy pronto a sus antiguas costumbres y al arte antiguo, y todo continuó como antes mientras subsistió el imperio egipcio. Durante casi tres mil quinientos años se sepultó a las personas en forma de momias, se escribió en jeroglíficos y se rezó a los mismos dioses, tal como se había hecho en tiempos del rey Menes. También se siguió venerando a los gatos como animales sagrados. Y si me lo preguntas, te diré que, en mi opinión, los antiguos egipcios tenían razón, al menos en esto.

DOMINGO, LUNES...

La semana tiene siete días. Se llaman..., ¡bueno, eso ya lo sabes! Pero, probablemente, no sabrás desde cuándo los días no van pasando uno tras otro, sin nombre ni orden, como pasaban para los hombres primitivos. Ni quién los reunió en semanas y les dio su nombre a cada uno. Eso no ocurrió en Egipto, sino en otro país donde también hacía calor. Y, en vez de un río, el Nilo, había incluso dos: el Éufrates y el Tigris. Por eso, aquel país se llama el país de los dos ríos. Y, como la tierra que merece la pena se extiende *entre* las dos corrientes, se le llama también país entre ríos, o con una palabra griega, Mesopotamia. Esta Mesopotamia no se halla en África, sino en Asia, pero no demasiado lejos de nuestra zona. Está situada en el Próximo Oriente. Los dos ríos, el Éufrates y el Tigris, desembocan en el golfo Pérsico.

Tienes que imaginar una amplísima llanura a través de la cual corren esos dos ríos. Es cálida y pantanosa y, a veces, las aguas inundan también el país. En esa llanura se ven en la actualidad de vez en cuando grandes colinas, aunque no son colinas de verdad: si comenzamos a excavar en ellas, encontraremos en primer lugar una gran cantidad de ladrillos y escombros. Poco a poco, nos iremos topando con altas y sólidas murallas, pues estas colinas son, en realidad, ciudades en ruinas, grandes ciudades con calles largas tiradas a cordel, casas altas, palacios y templos. Al no estar construidas en piedra, como en Egipto, sino con ladrillos, se han desmoronado con el paso del tiempo por la acción del Sol y, finalmente, se han hundido formando grandes montones de escombros.

Una de esas escombreras de un paraje desértico es hoy Babilonia, que fue en otros tiempos la mayor ciudad del mundo, con un increíble pulular de personas llegadas de todos los rincones que llevaban allí sus mercancías para intercambiarlas. Otra de esas escombreras, al pie de la montaña, aguas arriba, es también la segunda ciudad mayor del país: Nínive. Babilonia fue la capital de los babilonios. Eso es fácil de recordar. Nínive, sin embargo, fue la capital de los asirios.

Este país no estuvo casi nunca gobernado en su totalidad por un único rey, como Egipto. Tampoco fue un imperio de duración tan larga y que se mantuviera con fronteras fijas. En él habitaron múltiples pueblos y numerosos reyes que gobernaron sucesivamente; los pueblos más importantes fueron los sumerios, los babilonios y los asirios. Hasta hace poco se creía que los egipcios eran el pueblo más antiguo en poseer todo cuanto denominamos cultura: ciudades con artesanos, príncipes y reyes, templos y sacerdotes, funcionarios y artistas, una escritura y una técnica.

Desde hace algunos años sabemos que los sumerios se hallaban por delante de los egipcios en varios de estos asuntos. Excavaciones realizadas en las escombreras que surgen del llano en las proximidades del golfo Pérsico nos han mostrado que a los

habitantes de aquellos lugares se les había ocurrido la idea de modelar ladrillos con barro para construir con ellos casas y templos más de 3.100 años a.C. Bajo uno de los mayores montones de escombros se hallaron ruinas de la ciudad de Ur, donde, según la Biblia, vivieron los antepasados de Abraham. Allí se encontró un gran número de tumbas que debían de remontarse, aproximadamente, al mismo tiempo que la pirámide de Keops en Egipto. Pero, mientras la pirámide se halla vacía, en este otro lugar se descubrieron objetos magníficos y sorprendentes. Maravillosas alhajas de oro para mujeres y recipientes también de oro para ofrendas sepulcrales. Cascos de oro y puñales cubiertos de ese metal y piedras preciosas. Arpas suntuosas decoradas con cabezas de toros e —imagínatelo— un tablero de juego con cuadrados como los del ajedrez hecho de preciosas incrustaciones.

En estas escombreras se encontraron también piedras redondas con sellos, y tablillas cerámicas con inscripciones. Pero no en jeroglíficos, sino en otro tipo de escritura casi más difícil aún de descifrar. Precisamente porque ya no emplea imágenes, sino trazos aislados acabados en punta y con aspecto de triángulos o cuñas. Se llama escritura cuneiforme. En Mesopotamia no se conocieron los libros de papiro. Todos los signos se escribían en arcilla blanda que, luego, se cocía en hornos, formándose así tablillas de cerámica duras. Se han hallado grandes cantidades de esa clase de tablillas de época antigua. Contienen largas y hermosísimas leyendas y relatos fabulosos que hablan del héroe Gilgamesh y de su lucha con monstruos y dragones. Y también numerosas inscripciones en las que ciertos reyes informan sobre sus hazañas y se enorgullecen de los templos erigidos por ellos para la eternidad y de cuántos pueblos han subyugado.

Se han encontrado tablillas antiquísimas con informes de comerciantes, contratos, certificaciones, listas de mercancías, etcétera. Por eso sabemos que los antiguos sumerios fueron ya, como lo serían más tarde los babilonios y los asirios, un gran pueblo de comerciantes capaz de llevar muy bien las cuentas y distinguir con claridad lo justo de lo injusto.

De uno de los primeros reyes babilonios que dominaron todo el país conocemos una de esas grandes inscripciones grabada en una piedra. Es el código legal más antiguo del mundo: las leyes del rey Hammurabi. El nombre suena como salido de un libro de cuentos, pero las leyes son muy razonables, rigurosas y justas. Por eso podrás guardar en la memoria cuándo vivió Hammurabi, aproximadamente: unos 1.700 años a.C., es decir, hace 3.700 años.

Los babilonios eran rigurosos y diligentes, como lo fueron también más tarde los asirios. Pero no pintaban figuras tan coloristas como los egipcios. En sus esculturas y representaciones sólo suele verse, en la mayoría de los casos, al rey de caza o a sus enemigos presos y atados de pies y manos arrodillados ante él, además de carros de guerra que ponen en fuga a pueblos extranjeros, y a guerreros que asaltan fortalezas.

Los reyes tienen una mirada sombría, llevan barbas largas negras y rizadas y pelo largo y en bucles. A veces los vemos ofreciendo sacrificios a los dioses; al dios del Sol, Baal, y la diosa de la Luna, Ishtar o Astarté.

En efecto, los babilonios y los asirios rezaban al Sol, la Luna y las estrellas, considerándolos sus dioses. En las noches claras y cálidas observaron durante años y siglos el curso de los astros. Y como eran personas de mente clara e inteligente, se dieron cuenta de la regularidad del recorrido de las estrellas. Pronto reconocieron las que parecen estar fijas en la bóveda del cielo y que vuelven a encontrarse cada noche en el mismo lugar. Y dieron nombres a las figuras formadas en el firmamento, tal como hoy hablamos de la «Osa Mayor». Pero aún se interesaron más por las estrellas que se mueven en la bóveda celeste y tan pronto se sitúan en la proximidad de la «Osa Mayor», como, por ejemplo, cerca de «Libra». Por aquel entonces se creía que la Tierra era un disco fijo, y el firmamento una especie de esfera hueca tendida como una concha sobre la Tierra y que giraba una vez al día. Seguro que les extrañaba de manera especial que las estrellas no estuviesen todas fijas en aquella concha celeste y que algunas pudieran ser móviles, por así decirlo, y desplazarse de un lado a otro.

Hoy sabemos qué son los astros los que se mueven a una con la Tierra en torno al Sol. Los llamamos planetas. Pero era imposible que los antiguos babilonios y asirios lo supieran; por eso creían que detrás de aquello se escondía alguna magia misteriosa. Dieron a esos astros nombres propios y los observaron siempre con atención, pues creían que se trataba de seres poderosos y que su posición significaba algo para el destino de los seres humanos. Por eso deseaban predecir el futuro según la posición de dichos astros. Esta creencia se llama adivinación por los astros, o, con una palabra griega, astrología.

Se creía que algunos planetas proporcionaban suerte; y otros, desgracia. Marte significaba guerra; Venus, amor. A cada dios de un planeta se le consagró un día. Y, como con el Sol y la Luna sumaban exactamente siete, dieron origen a nuestra semana. Todavía seguimos diciendo lunes (por la Luna) y martes (por Marte). Los cinco planetas conocidos entonces se llamaban Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno. En los nombres castellanos de la semana se reconocen estos nombres de los planetas, al igual que en muchas otras lenguas que se siguen hablando en la actualidad. Fíjate en los nombres franceses de la semana. Se llaman *mar-di* (de Marte), *mercre-di* (de Mercurio), *jeu-di* (de Júpiter), *vendre-di* (de Venus). Para el sábado, observa el inglés. En esta lengua, el día de Saturno se llama Satur-day. En alemán es algo más complicado porque los nombres grecorromanos de los dioses han sido sustituidos dentro de lo posible por sus correspondientes dioses antiguos germánicos. Así el miércoles, Dienstag (*mar-tes*) deriva, quizá, de Zius-Tag [día de Ziu], pues Ziu era el antiguo dios alemán de la guerra; de la misma manera, Donnerstag (*juev-es*) proviene de Donar, el antiguo dios alemán al que se veneraba de

la misma manera que a Júpiter. ¿Podías creer que nuestros días de la semana tienen una historia tan honorable y curiosa y con tantos milenios de antigüedad?

Para hallarse más cerca de las estrellas y poderlas ver también mejor en su país brumoso, los babilonios, y todavía antes los sumerios, levantaron extraños edificios. Grandes y amplias torres superpuestas e imponentes formando varias terrazas, con enormes contrafuertes y altas escalinatas. El templo para la Luna o los planetas se alzaba justo en lo más alto. La gente acudía de lejos llevando consigo valiosas ofrendas para que los sacerdotes les pronosticaran el destino a partir de los astros. Estas torres escalonadas surgen aún hoy en ruinas por encima de los montones de escombros, y se pueden hallar inscripciones en que los reyes cuentan cómo las erigieron o repararon. Tienes que pensar que los primeros reyes de esta región vivieron hace alrededor de 3.000 años a.C.; y los últimos, hace unos 550, también a.C.

El último rey babilonio verdaderamente poderoso fue Nabucodonosor. Vivió hacia el 600 a.C. Sus campañas de guerra le hicieron famoso. Luchó contra Egipto y deportó a muchos pueblos a Babilonia como esclavos. Pero sus mayores hazañas no fueron en realidad sus campañas bélicas sino los imponentes canales y depósitos de agua que ordenó construir para hacer fértil la tierra. Desde que esos canales se cegaron y los depósitos de agua se cubrieron de lodo, el país se ha convertido en esa llanura desértica y pantanosa donde se ven surgir a veces colinas de escombros.

Y cuando nos alegremos porque acaba la semana y llega de nuevo el domingo (en alemán Sonn-Tag, el «día del Sol»), pensemos alguna vez en esas escombreras de aquella cálida región pantanosa y en los severos reyes con barbas largas y negras, pues ahora sabemos la relación existente entre todo ello.

UN ÚNICO DIOS

Entre Egipto y Mesopotamia se extiende un país con valles profundos y extensos pastizales. Pueblos de pastores cuidaron allí durante muchos milenios sus rebaños, plantaron viñas y cereal y cantaron al anochecer, tal como lo hace la gente del campo. Aquel país se extendía entre Egipto y Babilonia, y, precisamente por eso, fue conquistado y dominado en otros tiempos por los egipcios y, luego, por los babilonios; y los pueblos que vivían allí fueron llevados de un lado para otro. También ellos se construyeron ciudades y fortalezas, pero no eran lo bastante fuertes como para oponerse a los imponentes ejércitos de sus vecinos.

«Es triste —dirás— pero, sin embargo, no es historia. El número de pueblos de esas características debió de haber sido incalculable». En eso tienes razón. No obstante, aquel pueblo tuvo algo especial; y por tal motivo no sólo ha llegado a ser historia, sino que, a pesar de su pequeñez y falta de poderío, hizo él mismo historia, es decir, determinó la situación y el destino de toda la historia posterior. Ese algo especial fue su religión.

Todos los demás pueblos oraban a una multitud de dioses. Ya recuerdas a Isis y Osiris, a Baal y Astarté. Pero aquellos pastores rezaban sólo a un único Dios. A *su* Dios que, según creían, los protegía y dirigía de manera especial. Y cuando, al caer la noche, cantaban junto al fuego de campamento sus propias hazañas y combates, lo hacían cantando al mismo tiempo las hazañas y combates de *aquel* Dios. Su Dios, decían en sus cantos, era más fuerte y superior a todos los numerosos dioses de los paganos. Sí; en realidad era el único —así se llegó a declarar con el tiempo en sus cantares—. El único Dios, creador del cielo y de la Tierra, del Sol y de la Luna, del agua y de la tierra, de las plantas y los animales y también de los seres humanos. Él, que puede manifestar su terrible enfado en la tormenta, pero que, al final, no abandonará a su pueblo cuando los egipcios lo opriman y los babilonios lo destierren. En efecto, su fe y su orgullo consistían en que ellos eran *su* pueblo, y él *su* Dios.

Quizá hayas adivinado ya quién fue ese extraño pueblo de pastores sin ningún poderío. Fueron los judíos. Los cantos con que cantaban sus hazañas, que eran las hazañas de Dios, son el Antiguo Testamento de la Biblia.

Cuando algún día leas la Biblia como es debido —aunque para ello tendrás que aguardar aún un poco—, encontrarás en ella tantos relatos de tiempos antiguos y tan llenos de vida como en casi ningún otro lugar. Es posible que ahora puedas imaginar mejor que antes ciertas cosas de la historia bíblica. Ya conoces la historia de Abraham. ¿Te acuerdas aún de dónde llegó? Este dato aparece en el Génesis, en el capítulo XI: de Ur, en Caldea. Ur; ¡claro!, aquel montón de escombros junto al golfo Pérsico donde, en años recientes, se ha excavado un número tan grande de objetos antiguos: arpas y tableros de juego, armas y joyas. Pero Abraham no vivió allí en

tiempos antiquísimos, sino, probablemente, en la época de Hammurabi, el gran legislador. Eso fue —¡pero también lo sabes!— en torno al 1700 a.C. En la Biblia aparecen igualmente varias de las leyes estrictas y justas de Hammurabi.

Pero esto no es lo único que cuenta la Biblia acerca de la antigua Babilonia. Seguro que te acuerdas de la historia de la torre de Babel. Babel es Babilonia. Y ahora puedes imaginar también mejor esa historia. Sabes, en efecto, que los babilonios construían torres realmente enormes «cuyo vértice llegaba al cielo», o sea, para estar más cerca del Sol, la Luna y las estrellas.

La historia de Noé y del diluvio universal sucede también en Mesopotamia. En varias ocasiones se han desenterrado allí tablillas cerámicas con escritura cuneiforme que cuentan esa historia de manera muy similar a como aparece en la Biblia.

Un descendiente de Abraham el de Ur (leemos en la Biblia) fue José, hijo de Jacob; el mismo a quien sus hermanos vendieron para que fuera llevado a Egipto, donde luego llegó a ser consejero y ministro del faraón. Ya conoces la continuación de la historia, cómo se abatió una hambruna sobre todo el país, y cómo los hermanos de José marcharon a la rica tierra de Egipto para comprar allí grano. Por aquellas fechas, las pirámides tenían ya más de 1.000 años, y José y sus hermanos debieron de haberse sentido tan maravillados al verlas como nosotros hoy.

A continuación, los hijos de Jacob y sus descendientes marcharon a vivir a Egipto, y pronto se vieron obligados a trabajar para el faraón tan duramente como los egipcios de la época de las pirámides: en el libro del Éxodo, capítulo I, se dice: «Los egipcios impusieron a los hijos de Israel trabajos penosos y les amargaron la vida con dura esclavitud imponiéndoles los duros trabajos del barro y los ladrillos...». Finalmente, Moisés los sacó conduciéndolos al desierto. Esto ocurrió, probablemente, hacia el 1250 a.C. Desde allí intentaron reconquistar la tierra prometida, es decir, el país en que habían vivido en otros tiempos sus antepasados desde Abraham. Y al fin lo consiguieron, después de largas luchas sangrientas y crueles. De ese modo tuvieron su propio reino, un reino pequeño con una capital: Jerusalén. Su primer rey fue Saúl, que combatió contra el pueblo vecino de los filisteos y murió también en esa lucha.

La Biblia cuenta otras muchas bellas historias de los siguientes reyes, David y Salomón, que leerás allí. El sabio y justo rey Salomón gobernó poco después del año 1000 a.C., es decir, unos 700 años después del rey Hammurabi, y 2.100 después del rey Menes. Salomón levantó el primer templo, fastuoso y grande como los egipcios y los babilonios. No lo construyeron arquitectos judíos sino extranjeros, llegados de los países vecinos. Aun así, había una diferencia. En el interior de los templos paganos se alzaban las imágenes de los dioses: Anubis, con su cabeza de chacal, o Baal, a quien se ofrendaban incluso seres humanos. Pero en lo más profundo, en lo más sagrado del templo judío no había imagen alguna. De aquel Dios, tal como se apareció a los judíos como primer pueblo en toda la historia, de aquel Dios grande y único, no se

podía ni se debía fabricar ninguna imagen. Ésa es la razón de que allí se encontraran sólo las tablas de la Ley con los Diez Mandamientos. En ellas era donde se representaba Dios.

Tras el reinado de Salomón, las cosas no les fueron ya muy bien a los judíos. Su monarquía se escindió en un reino de Israel y otro de Judá. Hubo muchas luchas y, finalmente, una de las mitades, el reino de Israel, fue conquistada y aniquilada por los asirios en el año 722.

Pero lo curioso es que esas múltiples catástrofes hicieron auténticamente piadoso al pequeño pueblo judío que aún quedaba. En medio del pueblo se alzaron ciertos hombres, no sacerdotes sino gente sencilla, con el sentimiento de que debían interpelarlo, pues Dios hablaba por ellos. Sus prédicas decían siempre: «Vosotros tenéis la culpa de todas las desgracias. Dios os castiga por vuestros pecados». En las palabras de estos profetas, el pueblo judío oía una y otra vez que todos los sufrimientos eran tan sólo castigo y prueba, y que en algún momento llegaría la gran redención, el Mesías, el Salvador, que devolvería al pueblo su antiguo poder, además de una felicidad interminable.

Pero el sufrimiento y la infelicidad estaban aún lejos de concluir. ¿Te acuerdas de Nabucodonosor, el poderoso héroe guerrero y soberano babilonio? En su campaña contra Egipto atravesó la tierra prometida, destruyó Jerusalén en el año 586 a.C., le sacó los ojos a su rey Sedecías y llevó a los judíos cautivos a Babilonia.

Allí permanecieron casi 50 años hasta que, en el 538, el imperio babilonio fue destruido por sus vecinos persas. Cuando los judíos regresaron a su antigua patria, eran otras personas. Diferentes de todos los pueblos de su entorno. Se mantuvieron apartados de ellos, pues los demás les parecían idólatras que no habían reconocido al verdadero Dios. Fue entonces cuando se redactó la Biblia tal como la conocemos hoy, al cabo de 2.400 años. Pero los judíos acabaron resultando inquietantes y ridículos para los otros pueblos, pues siempre estaban hablando de un único Dios a quien nadie podía ver y observaban escrupulosamente las leyes y costumbres más rigurosas y difíciles, sólo porque, al parecer, aquel Dios invisible se lo había ordenado. Y aunque, tal vez, los judíos fueron los primeros en excluirse de los demás, éstos se separaron luego progresivamente de los judíos, aquel minúsculo residuo de pueblo que se llamaba a sí mismo «elegido» y se sentaba día y noche a leer sus sagradas escrituras y cantares, meditando sobre el motivo por el que el único Dios hacía sufrir a su pueblo de aquel modo.

P.U.E.D.E.S. L.E.E.R.

¿Cómo lo haces? «¡Eso lo sabe cualquier niño de Primaria!», me dirás. «¡Tienes que deletrear!» ¿Qué significa eso? «Pues mira, hay una T y luego una U, y eso significa TÚ. Y con 24 signos se puede escribir todo». ¿Todo? ¡Sí, todo! ¿En todas las lenguas? ¡En realidad, sí!

¿No es maravilloso? Con 24 simples signos compuestos por unos pocos trazos se puede escribir todo. Cosas sabias y estupideces. Cosas santas y maldades. En todas las lenguas y con cualquier sentido. Los antiguos egipcios no lo tuvieron tan sencillo con sus jeroglíficos. Ni tampoco fue así de simple con la escritura cuneiforme. En esas escrituras había cada vez más signos que no significaban letras sino, por lo menos, sílabas enteras. Pero que cada signo significara sólo un sonido y que con 26 sonidos se pudieran componer todas las palabras imaginables era algo enormemente nuevo. Lo descubrieron personas que se veían obligadas a escribir mucho. No sólo textos y cantares sagrados, sino muchas cartas, contratos y acuses de recibo.

Sus descubridores fueron comerciantes. Comerciantes que llegaron lejos remando por el mar e intercambiaron, enviaron y mercadearon con productos de todos los países llevándolos a todos los rincones del mundo. Vivían muy cerca de los judíos. En ciudades mucho mayores y más poderosas que Jerusalén; en las ciudades portuarias de Tiro y Sidón, con unas muchedumbres y un ajetreo muy parecidos a los de Babilonia. Su lengua y religión estaban también muy emparentadas con las de los pueblos mesopotámicos. Pero los fenicios (así se llamaba el pueblo de Tiro y Sidón) eran menos belicosos. Preferían realizar sus conquistas de otra manera. Se hacían a la vela adentrándose en el mar hasta llegar a costas desconocidas y fundaban allí establecimientos comerciales donde podían intercambiar, con los pueblos salvajes que vivían allí, pieles y piedras preciosas por utensilios, recipientes y telas de colores, pues eran, en efecto, artesanos mundialmente famosos y contribuyeron también a la construcción del templo salomónico en Jerusalén. Pero la mercancía más famosa y codiciada, que exportaban al ancho mundo, eran sus tejidos teñidos, sobre todo los de color púrpura. Algunos fenicios se quedaron en las delegaciones comerciales de las costas extranjeras y construyeron allí ciudades. Los fenicios fueron bien recibidos en todas partes, en África, en España y en el sur de Italia, pues transportaban objetos hermosos.

Estos fenicios no estaban tan alejados de su patria, pues podían escribir cartas a sus amigos de Tiro o Sidón. Cartas con aquella escritura maravillosamente sencilla descubierta por ellos, con la que... todavía seguimos escribiendo hoy. ¡Sí, de veras! La B que ves aquí es una letra muy poco distinta de la que emplearon los antiguos fenicios hace 3.000 años para escribir desde lejanas costas a su casa, a aquellas pululantes y activas ciudades portuarias de su patria. Ahora que lo sabes, no olvidarás

ya, seguramente, a los fenicios.

LOS HÉROES Y SUS ARMAS

Atiende a mis palabras: suenan a compás, una tras otra;
Si las lees en alto sentirás, no lo dudo, su ritmo percutiente.
Como el ruido de un tren dentro de un túnel, que no se olvida nunca.
A este tipo de versos los llamamos hexámetros.
Ese es el ritmo en que cantores griegos del pasado
Contaron los dolores y las luchas de los antiguos héroes,
Las hazañas que llevaron a cabo en tiempos muy remotos,
Cómo hicieron justicia a su heroísmo por la tierra y el mar,
Cómo rindieron ciudades y vencieron gigantes con su fuerza
Y con la ayuda de unos astutos dioses. Ya conoces la historia
De la guerra de Troya, que estalló cuando el pastor Paris
Hizo entrega de la manzana de oro a la divina Venus
Porque era la más bella de la tropa de diosas del Olimpo.
De qué modo raptó con la ayuda de Venus a la hermosa Helena,
Esposa del rey Menelao, el que grita en combate.
Cómo un inmenso ejército griego navegó contra Troya
En busca de la presa, un ejército de héroes selectos.
¿Conoces los nombres de Aquiles, de Agamenón, de Ulises y de Áyax
Que lucharon del lado de los griegos combatiendo a los hijos de Príamo,
Héctor y Paris, y sitiaron la ciudad de Troya durante varias décadas
Hasta que fue rendida, quemada y destruida?
¿Y sabes igualmente cómo Ulises, astuto y magnífico orador,
Vagó durante mucho tiempo por los mares y hubo de soportar
Aventuras sin cuento con ninfas hechiceras y crueles gigantes
Hasta que, por fin, solo, navegando en ajenos y mágicos navíos
Halló el camino a casa, al lado de su esposa siempre fiel?
Todo eso cantaron los poetas griegos con su lira
En banquetes y fiestas de los nobles; y, por recompensarlos,
Se les daba también un pedazo de carne de algún jugoso asado.
Más tarde se pusieron sus cantos por escrito, y se creyó y se dijo
Que un único poeta, denominado Homero, había compuesto aquellos versos
Que aún leemos hoy. También tú podrás disfrutar de ellos,
Tan vivos y variados siguen siendo, tan ricos en fuerza y en saber;
Y mientras viva el mundo lo han de ser.

«Pero —me dirás— eso son historias, pero no la historia. Quiero saber cuándo y cómo ocurrió». Lo mismo le sucedió a un comerciante alemán hace más de cien años.

Aquel comerciante leía continuamente a Homero y todo cuanto deseaba era ver los hermosos parajes descritos allí, e incluso sostener en su mano las magníficas armas con que lucharon esos héroes. Y lo consiguió. Resultó que todo aquello había existido de verdad. Naturalmente, no cada uno de los héroes particulares mencionados en los cantos. Como tampoco los personajes fabulosos de gigantes y hechiceras. Pero las circunstancias descritas por Homero, los recipientes para la bebida y las armas, los edificios y los barcos, los príncipes que eran a la vez pastores, y los héroes que fueron también piratas, nada de todo aquello fue inventado. Cuando Schliemann —así se llamaba el comerciante alemán— lo dijo, la gente se rió de él. Pero Schliemann no se acobardó. Ahorró durante toda su vida para poder viajar finalmente a Grecia. Y cuando había reunido suficiente dinero, contrató a unos trabajadores y excavó en todas las ciudades mencionadas en Homero. En la ciudad de Micenas encontró palacios y sepulturas de reyes, armas y escudos; todo como en los cantos homéricos. También encontró Troya y la excavó. Resultó que había sido destruida realmente en otros tiempos por un fuego. Pero en las sepulturas y palacios no había inscripciones, por lo que, durante mucho tiempo, no se supo cuándo había sucedido aquello, hasta que casualmente se halló en Micenas un anillo que no procedía de la propia Micenas. En él aparecían unos jeroglíficos con el nombre de un rey egipcio que había vivido hacia el 1400 a.C. Era el antepasado del gran innovador Eknatón.

Así pues, por aquellas fechas vivía en Grecia y en las numerosas islas vecinas y costas cercanas un pueblo guerrero dueño de grandes riquezas. No había allí un reino unificado, sino pequeñas ciudades fortificadas en cuyos palacios gobernaban reyes que eran, ante todo, marinos, como los fenicios, pero que practicaban menos el comercio y guerreaban más. A menudo combatían entre sí, pero a veces se aliaban para saquear en común otras costas. De ese modo se enriquecieron con oro y tesoros y se hicieron también valientes, pues para ser pirata se requiere mucho valor y astucia. Por eso, la piratería fue el oficio de los nobles que vivían en las fortalezas; los demás eran simples campesinos y pastores.

Pero, al contrario que los egipcios, los babilonios o los asirios, los nobles no consideraron muy importante que nada cambiara. Sus numerosas incursiones de saqueo y luchas contra pueblos extranjeros les proporcionaron una mentalidad abierta y les hicieron disfrutar con el cambio. Esa es la razón de que, a partir de entonces, la historia mundial avance en estas tierras mucho más deprisa pues, desde aquellas fechas, los seres humanos dejaron ya de estar convencidos de que lo mejor es que las cosas sean como son. Todo ha cambiado continuamente y, cuando en algún lugar de Grecia o en cualquier otra parte de Europa, se encuentra un resto de cerámica, se puede decir: «Tiene que ser, aproximadamente, de tal o cual fecha, pues, cien años más tarde, un recipiente así estaría totalmente pasado de moda y nadie lo habría querido».

Hoy en día se cree que los reyes de las ciudades griegas excavadas por Schliemann no inventaron ellos mismos todos aquellos bellos objetos que poseían. Las hermosas vasijas y puñales con escenas de caza, los escudos y yelmos de oro, las alhajas y las pinturas de vivos colores de las paredes de sus salones no aparecieron por primera vez en Grecia ni en Troya, sino en una isla, no lejos de allí. Esta isla se llama Creta. En Creta había ya en tiempos del rey Hammurabi —¿cuándo fue eso?— grandes y suntuosos palacios reales con un número interminable de habitaciones, escaleras abajo y arriba, con salas y cámaras, con columnas, patios, pasadizos y bodegas. Un auténtico laberinto.

¿Te acuerdas, quizá, de la fábula del malvado Minotauro, mitad hombre y mitad toro, que vivía en su laberinto, al que los griegos debían enviar víctimas humanas? ¿Sabes dónde ocurría aquello? Precisamente en Creta. Así pues, en esa fábula se esconde, tal vez, un núcleo de verdad. Quizá los reyes de Creta dominaron realmente en alguna ocasión sobre las ciudades griegas, y los griegos se vieron obligados a rendirles tributo. Esta gente de Creta debió de haber sido un pueblo curioso, del que todavía se sabe muy poco. Las imágenes pintadas por ellos en los grandes palacios tienen un aspecto completamente distinto del de los objetos realizados por aquellas fechas en Egipto o Babilonia. Recordarás que las figuras egipcias son preciosas, pero más bien severas y rígidas, tal como lo eran sus sacerdotes. En Creta era completamente distinto. Nada les gustaba tanto como representar animales o personas moviéndose con rapidez. En este sentido no había nada que les resultara demasiado difícil de pintar: perros de caza persiguiendo jabalíes, personas saltando sobre toros. Así pues, los reyes de las ciudades griegas aprendieron de los cretenses.

Pero todo aquel lujo no duró más allá del 1200 a.C. Por aquel entonces —antes, por tanto, del tiempo del rey Salomón— llegaron del norte nuevos pueblos. No se sabe con seguridad si estaban emparentados con quienes habían vivido antes en Grecia y habían construido Micenas, pero es probable que lo estuvieran. En cualquier caso, expulsaron a los reyes y ocuparon su lugar. Creta había sido destruida anteriormente. Pero el recuerdo de toda aquella pompa se mantuvo entre los invasores, a pesar de que se asentaron en ciudades nuevas y fundaron sus propios santuarios. Con el paso de los siglos fundieron sus propias conquistas y luchas con la antigua historia de los reyes de Micenas.

Este nuevo pueblo fueron los griegos, y las fábulas y cantos interpretados en las cortes de sus nobles eran precisamente los cantos homéricos con que hemos dado comienzo a este apartado. Podemos guardar en la memoria que se compusieron ya en torno al año 800 a.C.

Cuando los griegos llegaron a Grecia, no eran todavía griegos. ¿Verdad que suena raro? Pero es cierto. Quiero decir que, cuando los pueblos venidos del norte se trasladaron a su posterior lugar de residencia, no constituían todavía un pueblo

unificado. Hablaban distintos dialectos y obedecían a diferentes cabecillas. Eran «tribus» individuales —no muy disuntos de los sioux o los mohicanos de los libros de indios—. Sus tribus eran casi tan valientes y belicosas como las de los indios; y se llamaban dorios, jonios, eolios y otros nombres por el estilo. Pero en más de un punto se diferenciaban mucho de los indios americanos. Los griegos conocían ya el hierro, mientras que la gente de Micenas y Creta sólo utilizaban armas de bronce, como en los cantos de Homero. Aquellos pueblos emigraron con mujeres y niños. Primero los dorios, que fueron también quienes llegaron más abajo, hasta la punta más meridional de Grecia, que tiene el aspecto de una hoja de arce: hasta el Peloponeso. Allí sometieron a los antiguos habitantes y les hicieron trabajar como siervos en el campo. Ellos, por su parte, vivieron en una ciudad llamada Esparta.

Los jonios, llegados tras ellos, no encontraron sitio en Grecia para todos. Algunos se instalaron encima de la hoja de arce, al norte de su tallo. Allí se encuentra la península de Ática, donde se asentaron, cerca del mar, y plantaron viñas y olivos y sembraron cereales. También fundaron una ciudad que consagraron a la diosa Atenea, la misma que tanto había ayudado en el poema al marino Ulises. Es la ciudad de Atenas.

Los atenienses fueron grandes marinos, como todos los jonios, y, con el tiempo, ocuparon también las pequeñas islas vecinas; desde entonces se llaman islas jonias. Luego, siguieron más allá y fundaron también ciudades frente a Grecia, en la fértil costa de Asia Menor, con sus numerosas bahías. En cuanto los fenicios se enteraron de la existencia de estas ciudades, se hicieron rápidamente a la vela para practicar allí el comercio. Los griegos les venderían aceite y grano, pero también plata y otros metales que se encuentran allí. Pero pronto aprendieron tanto de los fenicios que se hicieron a la mar aún más allá y fundaron así mismo en costas lejanas ciudades llamadas poblaciones de cultivadores o colonias. Y de los fenicios tomaron además por aquellas fechas el maravilloso arte de escribir con letras. Ya verás cómo los griegos supieron también practicar este arte.

UN COMBATE DESIGUAL

Entre los años 550 y 500 a.C. ocurrió en el mundo algo notable. En realidad, tampoco yo entiendo cómo sucedió, pero eso es justamente lo interesante del caso: en las altas cordilleras de Asia que se alzan al norte de Mesopotamia había vivido desde hacía tiempo un fiero pueblo montañés. Su religión era hermosa: veneraban la luz y el Sol y pensaban que mantenía una lucha constante contra la tiniebla, es decir contra los oscuros poderes del mal.

Este pueblo montañés eran los persas. Habían estado sometidos durante siglos a los asirios y, luego, a los babilonios. Cierto día no aguantaron más. Un importante soberano, valeroso e inteligente, llamado Ciro decidió no aceptar aquella dependencia de su pueblo. Así pues, sus tropas de jinetes marcharon a la llanura de Babilonia. Los babilonios se rieron al contemplar desde sus gigantescas murallas aquel puñadito de guerreros que pretendía tomar su ciudad. Sin embargo, los persas, a las órdenes de Ciro, lo consiguieron con astucia y coraje. De ese modo, Ciro se convirtió en señor del gran reino; y lo primero que hizo fue dar la libertad a todos los pueblos mantenidos en cautividad por los babilonios. En aquel momento regresaron también los judíos a Jerusalén. Ya sabes que eso ocurrió en el año 538 a.C. Pero Ciro no tenía suficiente con su gran reino y prosiguió su marcha hasta Egipto. Por el camino murió, pero su hijo Cambises conquistó también este país y destronó al faraón. Aquello fue el fin del imperio egipcio, que había perdurado durante casi 3.000 años. De ese modo, el pequeño pueblo de los persas fue señor de casi todo el mundo entonces conocido. Pero sólo casi, pues todavía no se habían tragado a Grecia; eso vendría a continuación.

Sucedió tras la muerte de Cambises, en tiempos del rey persa Darío, un gran soberano. Darío había hecho administrar de tal modo todo el gigantesco imperio persa, que alcanzaba ahora de Egipto a las fronteras de la India, que en cualquiera de sus puntos sólo podía ocurrir lo que él quería. Mandó construir carreteras para que sus órdenes pudieran ser transmitidas al punto a todas las partes de su imperio e hizo vigilar también a sus más altos funcionarios, llamados sátrapas, por medio de unos detectives particulares conocidos como los «ojos y oídos del rey». Pues bien, aquel Darío había extendido su imperio también hasta Asia Menor, en cuyas costas se hallaban las ciudades jónicas griegas.

Pero los griegos no estaban acostumbrados a pertenecer a un gran imperio ni a obedecer a un soberano que dictaba sus estrictas órdenes en dios sabe qué lugar del interior de Asia. Los habitantes de las colonias griegas eran en su mayoría comerciantes ricos habituados a ordenar y organizar los asuntos de sus ciudades en común y de manera independiente. No querían ni ser gobernados ni pagar tributos al rey de Persia. Así pues, se rebelaron y expulsaron a los funcionarios persas.

Los griegos de la metrópoli, fundadores a su vez de esas colonias, sobre todo Atenas, las apoyaron y enviaron barcos en su ayuda. El gran rey de Persia, el rey de los reyes —éste era su título— no había conocido aún que un minúsculo pueblo osara oponérsele a él, el dueño del mundo. No tardó en liquidar el asunto con las ciudades jónicas de Asia Menor, pero aquello no le pareció suficiente, pues estaba especialmente furioso contra los atenienses, que se habían inmiscuido en sus asuntos, y armó una gran flota para destruir Atenas y conquistar Grecia. Pero aquella flota cayó en medio de una tormenta, fue lanzada contra los acantilados y naufragó. El enojo del rey fue, por supuesto, en aumento. Se cuenta que encargó a un esclavo que, en cada comida, le dijera tres veces en voz alta: «Señor, acuérdate de los atenienses». Tan grande era su furia.

Luego envió a su yerno hacia Atenas con una flota nueva y poderosa. La flota conquistó además muchas islas que encontró de camino y destruyó numerosas ciudades. Finalmente, echó anclas muy cerca de Atenas, junto a un lugar llamado Maratón. Allí desembarcó todo el gran ejército de los persas para marchar contra Atenas. Fueron, al parecer, 100.000 hombres; más que los habitantes de toda la ciudad. El ejército ateniense era sólo una décima parte del persa, es decir, unos 10.000 hombres. En realidad, su suerte estaba echada. Pero no del todo. Los atenienses tenían un general llamado Milcíades, hombre valeroso y listo, que había vivido mucho tiempo entre los persas y conocía con exactitud su forma de combatir. Y todos los atenienses sabían qué se jugaban: su libertad, su vida y la de sus mujeres e hijos. Así pues, se colocaron en formación de combate en Maratón y atacaron a los persas, que no esperaban nada semejante. Y vencieron. Muchos de los persas cayeron muertos. Los supervivientes volvieron a embarcarse y escaparon remando.

En tales circunstancias, otra gente —tras una victoria así sobre una superpotencia semejante— se habría alegrado, probablemente, tanto que no habría pensado en nada más. Pero Milcíades no era sólo valiente, sino también listo. Se había dado cuenta de que los barcos persas no se habían marchado en realidad, sino que habían puesto rumbo a Atenas, donde en ese momento no había soldados y que habría sido fácil de sorprender. Por suerte, el viaje por mar era más largo que el camino por tierra desde Maratón. Había que rodear una larga lengua de tierra que también podía atravesarse a pie. Eso fue lo que hizo Milcíades. Envió a un mensajero a quien se encargó correr tan deprisa como pudiera para advertir a los atenienses. Fue la famosa carrera de Maratón. El mensajero corrió de tal modo que sólo pudo cumplir su misión y cayó muerto.

Pero también Milcíades recorrió el mismo camino a marchas forzadas con todo su ejército. Y justo cuando todos se hallaban en el puerto de Atenas, apareció en el horizonte la flota persa. Los persas no habían contado con ello y no quisieron tener que vérselas de nuevo con aquel valeroso ejército. Pusieron, pues, rumbo a su país, y

no sólo Atenas sino toda Grecia quedó a salvo. Aquello ocurrió en el año 490 a.C.

Podemos imaginar que, al enterarse de la derrota de Maratón, el gran rey Darío se habría puesto hecho una furia. Pero, de momento, no podía hacer gran cosa contra Grecia, pues en Egipto había estallado una sublevación contra la que tuvo que dirigir sus tropas. Poco después murió y dejó a su sucesor, Jerjes, el encargo de tomar venganza fulminante sobre Grecia.

Jerjes, un hombre duro y ansioso de poder, no dejó que se lo dijeran dos veces. Reunió un ejército formado con todos los pueblos sometidos a los persas: egipcios y babilonios, persas y habitantes de Asia Menor. Todos llegaron con sus trajes peculiares y sus propias armas, arcos y flechas, escudos y espadas, lanzas, carros de guerra y también hondas. Se dice que era una muchedumbre enorme y abigarrada de más de un millón de personas, y no se podía prever qué harían los griegos cuando llegaran. Esta vez se desplazó el propio Jerjes en persona. Cuando el ejército atravesó sobre un puente de barcazas el estrecho de mar donde hoy se halla Estambul, las aguas estaban muy agitadas, de modo que el pontón no resistió. A continuación, Jerjes, enfurecido, hizo azotar el mar con cadenas. Pero al mar no debió de importarle gran cosa.

Una parte de aquel gigantesco ejército siguió de nuevo viaje en barco hacia Grecia, y otra parte marchó por tierra. En el norte de Grecia, un ejército espartano intentó detenerlos en un desfiladero, las Termopilas. Los persas pidieron a los espartanos que entregaran las armas. «Venid a buscarlas», fue la respuesta. «Nuestras flechas son tantas», amenazaron los persas, «que oscurecerán el Sol». «Mejor», dijeron los espartanos, «así lucharemos a la sombra». Pero un griego traidor mostró a los persas una senda a través de las montañas, de modo que el ejército espartano fue rodeado y encerrado. Los 300 espartanos y sus 700 aliados cayeron en combate, pero ninguno huyó; ésa era su ley. Más tarde se colocó allí en su honor la famosa inscripción que dice en castellano:

> Forastero, anuncia a los espartanos que aquí
> Yacemos por obedecer sus órdenes.

En Atenas, la gente no había permanecido ociosa durante el tiempo transcurrido desde la gran victoria de Maratón. Un nuevo general llamado Temístocles, persona de especial inteligencia y clarividencia, no había dejado de decir constantemente a sus conciudadanos que un milagro como el de Maratón sólo ocurría una vez y que Atenas debía disponer de una flota si pretendía oponer a los persas una resistencia duradera. La flota se construyó.

Temístocles hizo evacuar a toda la población de Atenas —por aquellas fechas no debían de ser muchísimas personas— y la envió a la pequeña isla de Salamina, cerca

de la ciudad. La flota ateniense tomó posiciones junto a esta isla. Cuando el ejército persa de tierra llegó a Atenas, la encontró desalojada y la incendió y destruyó. Pero nada pudo hacer a los atenienses, que se hallaban en la isla y veían a lo lejos su ciudad en llamas. En cambio, la flota persa se acercaba ahora amenazando con cercar Salamina.

Los aliados de los atenienses comenzaron a tener miedo. Querían alejarse con sus barcos y abandonar a los atenienses a su suerte. Entonces Temístocles dio muestra de su superior inteligencia y arrojo. Como cualquier intento de convicción era inútil y los aliados estaban decididos a irse de allí con sus barcos a la mañana siguiente, envió en secreto por la noche un emisario a Jerjes para que le dijera lo siguiente: «Ataca enseguida pues, si no, se te escaparán los aliados de los atenienses»; tal fue el anuncio del emisario. Jerjes cayó en la trampa. A la mañana siguiente atacó con sus enormes barcos de guerra de cuatro filas de remeros. Y perdió. Los barcos de los griegos eran, ciertamente, más pequeños, pero tenían, en cambio, mayor movilidad, lo cual era más favorable en aquellas aguas llenas de islas. Volvían a luchar a la desesperada por su libertad y con la gran confianza que podía darles la victoria obtenida en Maratón diez años antes. Jerjes hubo de ver desde un altozano cómo sus pesadas galeras eran abordadas por los pequeños y rápidos barcos de remos de los griegos, que las agujerearon hasta hundirlas. Consternado, dio la orden de retirada. Así los atenienses vencieron por segunda vez y, además, sobre un ejército del imperio mundial de Persia aún más numeroso. Era el año 480 a.C.

El ejército de tierra fue derrotado también muy poco después en Platea por las tropas griegas unidas. Desde entonces, los persas no se atrevieron ya a marchar contra Grecia. Y aquello significó mucho. No es que los persas fueran peores o más tontos que los griegos. No lo eran, ciertamente. Pero ya te he contado que los griegos eran una gente muy especial. Mientras los gigantescos imperios orientales se aferraban siempre a las costumbres y doctrinas heredadas, en Grecia, y sobre todo en Atenas, sucedía justamente lo contrario. Casi cada año se les ocurría alguna novedad. Ninguna institución se mantenía mucho tiempo. Y tampoco los dirigentes. Así lo hubieron de experimentar los grandes héroes de las guerras contra los persas, Milcíades y Temístocles. Al principio se les alabó y honró y se levantaron monumentos en su honor; luego fueron objeto de acusaciones, calumnias y destierro. Es indudable que aquello no era una buena peculiaridad de los atenienses, pero formaba parte de su carácter. ¡Siempre a la búsqueda de novedades, siempre probando, nunca contentos, jamás satisfechos y apaciguados! Así, en los cien años que siguieron a las guerras contra los persas, las mentes de los habitantes de la pequeña ciudad de Atenas vivieron más cosas que las ocurridas en mil años en los grandes imperios de Oriente. Lo que se pensó, pintó, escribió y experimentó en aquellos tiempos, lo que debatieron y hablaron entonces los jóvenes en la plaza del

mercado y los viejos en los consejos, son asuntos que alimentan todavía hoy nuestros pensamientos. Y no sabría decirte de qué nos alimentaríamos si hubieran triunfado los persas en Maratón el año 490, o en Salamina el 480.

DOS PEQUEÑAS CIUDADES EN UN PEQUEÑO PAÍS

Ya he dicho que Grecia, que se mantuvo firme frente al imperio mundial persa, era una pequeña península con unas pocas ciudades también pequeñas de afanosos comerciantes, con grandes montañas yermas y campos pedregosos que sólo podían alimentar a un número reducido de personas. A todo ello se sumaba el hecho de que la población, según recuerdas, pertenecía a distintas tribus, sobre todo a las de los dorios, en el sur, y los jonios y eolios, en el norte. Estas tribus no eran muy diferentes entre sí en lengua y aspecto, simplemente hablaban en varios dialectos que podían entender si querían. Pero a menudo no lo deseaban. Como tantas veces suele ocurrir, aquellas tribus vecinas tan próximamente emparentadas no podían soportarse mutuamente. Se burlaban unas de otras y, en realidad, se tenían celos. Lo cierto es que Grecia no había conocido un rey ni una administración comunes, sino que cada ciudad era un reino por sí misma.

Había sin embargo algo que unía a los griegos: su religión común y sus deportes, también comunes. Curiosamente, no se trataba de dos asuntos dispares, sino que el deporte y la religión estaban estrechamente ligados. Cada cuatro años, por ejemplo, se celebraban en honor de Zeus, el padre de los dioses, grandes competiciones en su santuario. Este santuario se llamaba Olimpia; había en él grandes templos y también un campo de deportes, y allí acudían todos los griegos, dorios y jonios, espartanos y atenienses, para demostrar su fuerza corriendo a pie y arrojando discos, lanzando la jabalina, practicando el pugilato y compitiendo en carreras con carros. Vencer en Olimpia se consideraba el máximo honor que podía alcanzar una persona en su vida. El premio consistía en una sencilla rama de olivo, pero los triunfadores eran festejados maravillosamente: los mayores poetas cantaban sus combates con magníficos cantos y los máximos escultores modelaban sus estatuas para Olimpia, estatuas en las que se les veía como conductores de carros o lanzando el disco o, también, untándose el cuerpo con aceite antes de la lucha. Estas estatuas de vencedores existen todavía hoy y es posible que hayas visto alguna en el museo de la ciudad donde resides.

Como los juegos olímpicos, que se celebraban cada cuatro años, eran visitados por todos los griegos, constituían un cómodo medio de contar el tiempo para todo el país en conjunto. Esta práctica se generalizó progresivamente; de la misma manera que hoy decimos «después del nacimiento de Cristo», los griegos decían «en la olimpiada número tal». La primera olimpiada fue el 776 a.C. ¿Cuándo fue la décima? ¡No olvides que sólo tenían lugar cada cuatro años!

Pero los juegos olímpicos no eran el único elemento común entre los griegos. El segundo era otro santuario, el del dios del Sol, Apolo, en Delfos. Se trataba de algo extraordinariamente peculiar. Allí, en Delfos, había en la tierra una hendidura de la

que salía vapor, como suele ocurrir en las zonas volcánicas. Quien lo aspiraba se sentía obnubilado en el verdadero sentido del término, es decir, que el vapor lo sumía en una confusión tan grande que le hacía pronunciar palabras incoherentes, como si estuviera borracho o con fiebre.

Ese hablar aparentemente sin sentido les parecía sumamente misterioso a los griegos, que pensaban: el propio dios está hablando por la boca de un ser humano. Así pues, colocaban a una sacerdotisa —llamada Pitonisa— sobre un asiento de tres patas encima de la grieta, y los demás sacerdotes interpretaban sus palabras, balbuceadas por ella en trance. De ese modo se predecía el futuro. Era el oráculo de Delfos, y los griegos de todas las regiones peregrinaban allí en cualquier circunstancia difícil de la vida para consultar a Apolo. A menudo, la respuesta no era nada fácil de entender y se podía interpretar de diversas maneras. Por eso, en la actualidad, cuando alguien se expresa de forma solemne y complicada decimos que habla como un oráculo.

Nos fijaremos ahora en dos de las ciudades griegas, las dos más importantes: Esparta y Atenas. Ya hemos oído hablar de los espartanos. Sabemos que eran dorios que sometieron a los habitantes del país y, tras invadirlo en torno al año 1100 a.C., los hicieron trabajar en los campos. Pero aquellos siervos eran más numerosos que sus señores, los espartanos. Así pues, éstos tenían que estar siempre atentos para no ser expulsados de nuevo de allí. Tampoco podían pensar en nada más que en ser fuertes y belicosos, a fin de reprimir a los siervos y a los pueblos vecinos que seguían siendo libres.

En realidad no pensaban en otra cosa. Su legislador Licurgo se había preocupado de que fuera así. Cuando venía al mundo un niño espartano de apariencia débil e inútil para la guerra, se le mataba lo antes posible. Pero, quien fuera fuerte, debía fortalecerse todavía más y para ello tenía que ejercitarse de la mañana a la noche y aprender a soportar dolores, hambre y frío; comía mal y no debía permitirse ningún placer. A veces se golpeaba a los muchachos sin motivo, sólo para que se acostumbraran a aguantar el dolor. Esta clase de educación se sigue llamando todavía hoy «espartana». Y, como sabes, tuvo éxito. En las Termopilas, el año 480 a.C., todos los espartanos se dejaron masacrar por los persas según ordenaba su ley. Poder morir así no es ninguna nimiedad. Pero poder vivir es, quizá, todavía más difícil. De eso se preocuparon los atenienses. Su propósito no era llevar una vida grata, sino una vida con sentido. Una vida de la que quedara algo tras la muerte para quienes vinieran después. Verás cómo lo consiguieron.

Los espartanos, en realidad, habían llegado a ser tan guerreros y valerosos por puro miedo. Por miedo a sus propios siervos. En Atenas había muchos menos motivos para el temor. Allí todo era distinto. No existía aquella presión. También en Atenas había imperado en otros tiempos la nobleza, como en Esparta. También había

habido allí leyes rigurosas escritas por un ateniense llamado Dracón. Eran tan rigurosas y duras que actualmente se sigue hablando de dureza draconiana. Pero la población ateniense, que había llegado lejos a bordo de sus naves y había visto y oído de todo, no aceptó aquello durante mucho tiempo.

Un miembro de la propia nobleza fue tan sabio como para intentar implantar un orden nuevo en aquel pequeño Estado. Aquel noble se llamaba Solón; y la Constitución que dio a Atenas en el 594 a.C., es decir, en tiempos de Nabucodonosor, se llamó solónica. Según ella, el pueblo, los ciudadanos atenienses, debían decidir siempre por sí mismos qué hacer. Tenían que reunirse en la plaza del mercado de Atenas y emitir allí sus votos. Las decisiones serían las de la mayoría, que debía elegir además un consejo de hombres experimentados que las pusieran en práctica. Ese tipo de Constitución se llamó gobierno del pueblo; en griego, democracia. Es cierto que no todos los habitantes de Atenas formaban parte de los ciudadanos con derecho a votar en la asamblea. Había diferencias según la fortuna de cada cual. Por tanto, muchos habitantes de Atenas no participaban en el poder. Pero cualquiera podía llegar a hacerlo. Así pues, todos se interesaban por los asuntos de la ciudad. Ciudad se dice en griego polis, y los asuntos de la ciudad eran la política.

Durante un tiempo, no obstante, algunos nobles que se habían ganado el afecto del pueblo se hicieron con el poder. Esos gobernantes individuales se llamaron tiranos. Pero el pueblo los expulsó pronto; y a partir de entonces se procuró aún más que gobernara realmente el propio pueblo. Ya te he contado lo inquietos que eran los atenienses. Movidos por el miedo a llegar a perder por segunda vez su libertad, expulsaban de la ciudad y desterraban a todos los políticos de quienes temieran que podían contar con demasiados seguidores y convertirse así en soberanos individuales. El mismo pueblo libre ateniense que venció a los persas fue el que, luego, trató con tanta ingratitud a Milcíades y Temístocles.

Hubo sin embargo alguien con quien no se portó así. Se trataba de un político llamado Pericles. Sabía hablar en las asambleas de tal manera que los atenienses siguieron creyendo siempre que eran ellos quienes decidían y determinaban qué debía hacerse, cuando, en realidad, hacía ya tiempo que Pericles había tomado una decisión. No porque ocupara algún cargo desconocido hasta entonces o poseyera un poder especial, sino sólo por ser el más habilidoso. De ese modo se abrió paso hacia lo más alto, y a partir del año 444 a.C. —número tan hermoso como el periodo que designa— dirigió propiamente la ciudad en solitario. Lo más importante para él era que Atenas siguiera siendo una potencia marítima, lo que consiguió mediante alianzas con otras ciudades jónicas, obligadas a pagar impuestos a Atenas a cambio de la protección garantizada por esta poderosa ciudad. Así, los atenienses se enriquecieron y pudieron comenzar a llevar a cabo también grandes cosas gracias a su talento.

Seguro que al llegar aquí te impacientarás y dirás: pero bueno, ¿cuáles fueron esas maravillas realizadas por los atenienses? A lo que tendré que responderte: en realidad, todo tipo de cosas; aunque se interesaron en particular por dos: la verdad y la belleza.

En sus asambleas, los atenienses habían aprendido a hablar en público sobre cualquier asunto y a tomar postura con argumentos y réplicas. Aquello era bueno para aprender a pensar. Al cabo de poco tiempo no se limitaron a buscar esa clase de argumentos y réplicas sólo para cosas tan obvias como si era necesario aumentar los impuestos, sino que se interesaron por toda la naturaleza. En ello les habían precedido, en parte, los jonios de las colonias, o ciudades de cultivadores. Los jonios habían reflexionado para saber de qué esta hecho el mundo y cuál es la causa de todo cuanto sucede y acontece.

Esta reflexión se llama filosofía. Pero en Atenas no se reflexionó o filosofó sólo acerca de ello, sino que se quiso saber también qué deben hacer los seres humanos, qué es lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Se preguntaron para qué están en realidad los humanos en el mundo y qué es lo esencial en todas las cosas. Como es natural, no todos eran de la misma opinión respecto a estos complicados asuntos y hubo opiniones y orientaciones diferentes que polemizaron entre sí con razonamientos, igual que en las asambleas. Desde entonces, esa reflexión y ese polemizar con razones, que llamamos filosofía, no ha cesado ya nunca.

Pero los atenienses no se paseaban arriba y abajo en sus recintos de columnas y centros de deporte para hablar de cuestiones relativas a qué es lo esencial en el mundo, cómo puede conocerse y qué es lo importante en la vida; y no dirigieron una nueva mirada sobre el mundo sólo con el pensamiento, sino también con los ojos. Los artistas griegos reprodujeron las cosas del mundo de manera tan innovadora, sencilla y bella como si nadie las hubiera visto antes de ellos. Ya hemos hablado de las estatuas para los triunfadores olímpicos. En ellas vemos hermosos hombres reproducidos sin ninguna pose, como si fuera la cosa más natural del mundo. Y, precisamente, lo más natural es lo más bello.

Con esa misma belleza y humanidad modelaron entonces las imágenes de los dioses. El escultor de dioses más famoso se llamaba Fidias. No creó imágenes misteriosas y sobrenaturales, como las enormes estatuas de los templos egipcios. Es cierto que algunas de sus esculturas para los templos eran de gran tamaño, además de suntuosas y preciosas, al estar realizadas en marfil y oro; pero, no obstante, poseían una belleza tan sencilla y una gracia tan noble y natural que nunca resultaron sosas o delicadas, lo que hacía inevitable sentir confianza en aquellas imágenes de dioses. La pintura y las construcciones de los atenienses eran como sus esculturas. Sin embargo, no se ha conservado ninguna de las pinturas con que ornamentaban los espacios cubiertos. Lo único que conocemos son pequeñas figuras en recipientes de cerámica,

en vasijas y urnas; pero son tan bellas que podemos imaginar lo que hemos perdido.

Los templos siguen en pie. Se levantan incluso en la propia Atenas, donde todavía existe, ante todo, la ciudadela, la Acrópolis; allí, en la época de Perícles, se construyeron nuevos santuarios de mármol, pues los antiguos habían sido quemados por los persas mientras los atenienses se encontraban en Salamina. Esta Acrópolis sigue siendo hoy la construcción más bella de cuantas conocemos. No hay en ella nada especialmente grande o fastuoso. Es simplemente bella. Cada detalle está configurado de manera tan clara y sencilla que nos hace pensar que no podría haber sido de otro modo. Desde entonces se han empleado continuamente en arquitectura todas las formas utilizadas allí por los griegos, como las columnas helénicas con sus diferentes tipos, que puedes encontrar en casi todas las casas de la ciudad si llegas a observar con atención. Es cierto que en ningún lugar son tan hermosas como en la Acrópolis de Atenas, donde no se utilizaron como embellecimiento y decoración, sino para lo que fueron pensadas e inventadas: para sostener el peso del tejado como apoyos modelados con belleza.

Los atenienses reunieron estas dos cosas, la sabiduría del pensamiento y la belleza de las formas, en un tercer arte: el de la literatura. En este terreno hicieron un descubrimiento: el teatro. En origen, el teatro estuvo también unido a la religión, como el deporte, con sus festivales dedicados al dios Dionisos, llamado también Baco. Esas obras teatrales se interpretaban durante los días de su fiesta y solían durar una jornada entera. Las actuaciones eran al aire libre, y los actores llevaban grandes máscaras que les cubrían la cara y tacones altos para que se les pudiera ver con mayor claridad desde lejos. Se han conservado en parte las obras interpretadas entonces. Entre ellas hay algunas serias, de una gravedad grandiosa y solemne. Se llaman tragedias. Pero también se ponían en escena piezas divertidas, obras que se burlaban de algunos atenienses en concreto. Eran muy mordaces, chistosas e ingeniosas. Se llaman comedias. Podría seguir hablándote largo rato y con entusiasmo de los historiadores, los médicos, los cantantes, los pensadores y los artistas atenienses. Pero es mejor que, con el tiempo, contemples tú mismo su obras. Ya verás como no he exagerado nada.

EL ILUMINADO Y SU PAÍS

Vamos al otro extremo del mundo. A la India y, luego, a China. Veamos qué ocurrió en estos países gigantescos más o menos en la época de las guerras de los griegos contra los persas. También en la India existía desde hacía ya tiempo una cultura, como en Mesopotamia. Más o menos por las mismas fechas en que los sumerios eran poderosos en la ciudad de Ur, es decir, en torno al 2500 a.C., hubo en el valle del Indo (un gran río de la India) una enorme ciudad con conducciones de agua y canales, templos, casas y comercios. Se llamaba Mohendjo-Daro y, hasta hace no mucho tiempo, nadie conocía la posibilidad de que existiera algo semejante. Pero hace unos años se realizaron excavaciones y se encontraron objetos tan curiosos como en la escombrera que cubría la antigua ciudad de Ur. Todavía no sabemos qué clase de personas vivían en aquel lugar. Sólo sabemos que algunos pueblos que siguen viviendo actualmente en la India no emigraron allí hasta más tarde. Hablaban un idioma emparentado con la lengua de los persas y los griegos, y también con la de los romanos y los germanos. Padre, *Vater* en alemán, se decía en antiguo indio *pitar*, en griegro, *pater*, y en latín *pater*.

Como los indios y los germanos son los pueblos más alejados que hablan esa clase de lenguaje, todo el grupo se denomina con la palabra indogermanos (o indoeuropeos). Pero no se sabe nada preciso sobre si sólo las lenguas guardan semejanza o si algunos de esos pueblos son parientes consanguíneos lejanos. En cualquier caso, aquellos indios que hablaban una lengua indoeuropea invadieron la India de manera similar a como lo hicieron los dorios en Grecia. También hubieron de someter a la población indígena. Pero, en el caso de la India, fueron algo más numerosos y, por tanto, se repartieron el trabajo. Los guerreros no eran más que una parte de ellos, y deberían seguir siéndolo siempre. Del mismo modo, sus hijos sólo podían ser también guerreros. Era la casta de los guerreros. Además de ellos, existían otras castas, casi con idéntico rigor. Por ejemplo, los artesanos y los labradores. Quien perteneciera a una de esas castas, no podía abandonarla nunca. A un labrador no le estaba permitido hacerse artesano, y viceversa; ni tampoco a su hijo. Además, no podía casarse con una muchacha perteneciente a otra casta, ni tan siquiera comer a la mesa o viajar en carro con alguien de una casta diferente. En la actualidad la situación sigue siendo la misma en algunas comarcas de la India.

Pero la casta superior era la de los sacerdotes, los brahmanes. Estaban por encima de los guerreros, se encargaban de los sacrificios y los templos (de manera muy similar a los egipcios), y también de la erudición. Tenían que aprender de memoria las oraciones y los cantos sagrados y los conservaron durante varios milenios tal como fueron escritos. Esas eran, pues, las cuatro castas, que se subdividían a su vez en muchas subcastas, diferenciadas por su parte unas de otras.

Había también una pequeña parte de la población a la que no le estaba permitido pertenecer a ninguna casta. Eran los parias. Sólo eran empleados en los trabajos más sucios y desagradables. Nadie, ni siquiera los miembros de las castas inferiores, debía juntarse con ellos. Se decía que el mero hecho de tocarlos ensuciaba. Por eso se llamaban los intocables. No les estaba permitido tomar agua de la misma fuente que los demás indios, y debían procurar incluso que la sombra de su cuerpo no cayera sobre otro indio, pues hasta su sombra se consideraba impura.

Sin embargo, los indios no fueron un pueblo cruel. Al contrario. Sus sacerdotes eran hombres de gran seriedad y profundidad que se retiraban a menudo a los bosques solitarios para poder meditar allí en silencio absoluto sobre las cuestiones más complicadas. Reflexionaron sobre sus numerosos y terribles dioses, y sobre Brahma, el dios supremo. Tenían la sensación de que todo cuanto está vivo en la naturaleza, tanto los dioses como los seres humanos y los animales lo mismo que las plantas, vive del aliento de ese ser supremo; y de que el ser supremo actúa por igual en todo: en la luz del Sol y en las plantas que brotan en los campos, en el crecimiento y en la muerte. Dios se halla en todas partes del mundo, como un trozo de sal que arrojaras al agua se hallaría en toda ella, salando cada gota. Todas las diferencias que vemos en la naturaleza, cualquier giro y cualquier cambio sólo son, en realidad, superficiales. Una misma alma puede llegar a ser una persona y, tras su muerte, un tigre, quizá, o una cobra, a no ser que se haya purificado tanto que pueda unirse finalmente con el ser divino, pues lo esencial es siempre lo que actúa en todos, el aliento del dios supremo Brahma. Para inculcar correctamente esto a sus alumnos, los sacerdotes indios tenían una bella fórmula sobre la que puedes meditar; decía simplemente: «Eso eres tú», lo cual significaba lo siguiente: todo cuanto ves, los animales y las plantas, así como tus prójimos, son lo mismo que tú, un aliento de la respiración de Dios.

Para sentir correctamente esta gran unidad, los sacerdotes indios habían ideado un curioso método. Se sentaban en algún lugar de la espesura de la selva de la India y pensaban sólo en ello durante horas, días, semanas, meses y años. Permanecían siempre sentados, rígidos y en silencio, sobre el suelo con las piernas cruzadas y la mirada hundida. Respiraban y comían lo menos posible y algunos de ellos se mortificaban todavía de manera especial para hacer penitencia y madurar con el fin de sentir dentro de sí el aliento de Dios.

Hace 3.000 años hubo en la India muchos de esos hombres santos, penitentes y ermitaños, y todavía sigue habiéndolos hoy. Pero uno de ellos fue diferente de todos los demás. Era Gautama, hijo de un rey, que vivió en torno al año 500 a.C.

Se cuenta que el tal Gautama, a quien más tarde se llamó el «iluminado», el Buda, había crecido en medio de todo el lujo y la riqueza de Oriente. Poseía, al parecer, tres palacios —uno para el verano, otro para el invierno y otro para los meses de las

lluvias— donde siempre sonaba la música más deliciosa y de los que jamás salía. Sus padres no querían que descendiera de las alturas, pues querían mantenerlo lejos de todas las cosas tristes. Por eso, ningún menesteroso debía mostrarse cerca de él. Sin embargo, una vez que Gautama salió de palacio, vio a un hombre viejo y encorvado. Preguntó al conductor de la carroza que le acompañaba qué era aquello. El conductor se vio obligado a explicárselo. Gautama regresó al palacio meditabundo. Otra vez vio a un enfermo. Tampoco le habían hablado nunca de la enfermedad. Más meditabundo aún, volvió al lado de su esposa y de su hijito. En una tercera ocasión vio a un muerto. Entonces no quiso regresar al palacio y cuando, finalmente, vio a un ermitaño, decidió marchar él también a la soledad y meditar sobre el sufrimiento de este mundo, que se le había manifestado en la vejez, la enfermedad y la muerte.

«Y estando aún en la flor de la vida», explicaba en sus sermones, «esplendoroso, con el cabello negro, disfrutando de una feliz juventud, en los primeros años de la madurez y contra el deseo de mis padres que lloraban y se lamentaban, marché de casa para vivir sin techo, con el pelo y la barba afeitados, y vestido de ropas desteñidas».

Gautama vivió seis años como ermitaño y penitente. Meditó con más profundidad que todos los demás. Se mortificó con mayor dureza que ningún otro antes. Casi no respiraba cuando permanecía sentado de aquel modo, soportando los más terribles dolores. Comía tan poco que se derrumbaba de debilidad. Pero en todos esos años no consiguió hallar el sosiego interior, pues no reflexionaba en qué era el mundo y en si, en el fondo, todo es lo mismo. El objeto de sus meditaciones eran las desdichas de los seres humanos. La vejez, la enfermedad y la muerte. Y ninguna penitencia podía ayudarle en ese punto.

Así pues, comenzó poco a poco a tomar alimento, recuperar fuerzas y respirar como el resto de la gente. Los demás ermitaños, que hasta entonces le habían admirado, le despreciaron intensamente por ese motivo. Pero él no se dejó engañar. Y, cierto día, mientras estaba sentado en un delicioso claro del bosque bajo una higuera, le llegó el conocimiento. Comprendió de pronto lo que había buscado durante todos aquellos años. Súbitamente, vio una especie de luz interior. Por eso, a partir de ese momento, fue el iluminado, el Buda. Y marchó a anunciar su gran descubrimiento interior a todos los hombres.

Seguro que te gustaría saber qué fue lo que sintió Gautama bajo el árbol Bo, es decir, bajo el árbol de la iluminación, como solución a todas las dudas. Para que yo consiga explicártelo un poquito, deberás reflexionar acerca de ello. Al fin y al cabo, Gautama meditó sobre esta cuestión durante seis años, nada menos. La gran iluminación, la gran liberación del sufrimiento, consistió en el siguiente pensamiento: si queremos liberarnos del sufrimiento, debemos comenzar por nosotros mismos. Todo sufrimiento nace del deseo. Por tanto, las cosas son, más o menos, así: si estás

triste por no conseguir un libro o un juguete que deseas, puedes hacer una de dos, intentar obtenerlo o dejar de desearlo. Si logras una de las dos cosas, dejarás de estar triste. Esta fue la enseñanza de Buda: si dejáramos de desear todas las cosas bellas y agradables, si, por así decirlo, no estuviéramos siempre sedientos de felicidad, bienestar, reconocimiento y ternura, no nos hallaríamos tampoco tristes tan a menudo cuando carecemos de todo ello. Y quien ya no desea nada, dejará también de estar triste para siempre. Basta acabar con la sed para terminar también con el sufrimiento.

«Pero con los deseos no hay nada que hacer», me dirás. Buda no pensaba así. Según sus enseñanzas, trabajando en uno mismo durante años se puede llegar a desear sólo lo que se quiere desear y ser así dueño de los propios deseos, como el guía de elefantes es dueño del elefante. También enseñó que lo más alto que se puede lograr sobre la tierra es no desear ya nada. Es la «calma del mar interior» de la que habla Buda, la dicha grande y sosegada de una persona que no anhela nada en el mundo, que es bondadosa por igual con todos los seres humanos y no exige nada de nadie. Quien gobierna así todos los deseos —seguía enseñando Buda— no regresará al mundo una vez muerto. En efecto, las almas sólo se reencarnan — así creían los indios— porque se aferran a la vida. Quien no siente apego por ella, no se introducirá ya tras la muerte en el «ciclo de los nacimientos». Se fundirá en la nada. En la nada sin deseos ni padecimientos, llamada en sánscrito nirvana.

En esto consistió la iluminación de Buda bajo la higuera: en la enseñanza de cómo liberarse de los deseos sin satisfacerlos; de cómo eliminar la sed sin saciarla. El camino que lleva a ella no es sencillo; ya puedes imaginártelo. Buda lo llamó «el camino intermedio», pues conduce a la auténtica liberación entre la mortificación inútil de uno mismo y la vida cómoda e irreflexiva. Lo importante en ella es una fe recta, una decisión recta, una palabra recta, unos actos rectos, una vida recta, una conciencia recta y un ensimismamiento recto.

Esto fue lo más importante de la predicación de Gautama; y esa predicación causó una impresión tan profunda en las personas, que muchos le han seguido y venerado como a un dios. Hoy hay en el mundo casi tantos budistas como cristianos. Sobre todo en el Extremo Oriente, Ceilán (llamada ahora Sri Lanka), Tíbet, China y Japón. Pero sólo unos pocos están en condiciones de vivir las doctrinas de Buda y alcanzar la calma del mar interior.

UN GRAN MAESTRO DE UN GRAN PUEBLO

Cuando yo iba a la escuela, China se encontraba para nosotros «en el fin del mundo», por así decirlo. En el mejor de los casos, habíamos visto en alguna ocasión alguna imagen de aquel país en tazas de té o en jarrones, y nos imaginábamos en él hombrecillos muy tiesos con largas coletas y artísticos jardines con puentes recurvados y pequeñas torres con sonoras campanillas.

Ese país fabuloso no existió nunca, por supuesto, aunque sí es verdad que los chinos tuvieron que llevar coleta durante casi 300 años, hasta 1912, y que comenzaron a ser conocidos en nuestras tierras por los delicados objetos de porcelana y marfil confeccionados allí por habilidosos maestros. En la época de la que quiero hablar, hace 2.400 años, no había aún nada de todo esto, pero China era por aquel entonces un imperio antiquísimo y gigantesco, tan antiguo y enorme que se hallaba ya en descomposición. Estaba formado por muchos millones de hacendosos agricultores que cultivaban arroz y cereales, y por grandes ciudades donde la gente caminaba solemnemente vestida con ropajes de colores. China había estado gobernada desde hacía más de mil años desde el palacio de la capital por el famoso «emperador de China», que se llamaba a sí mismo «Hijo del Cielo», de manera muy similar a como el faraón egipcio se llamaba «Hijo del Sol».

Pero por debajo del emperador había también príncipes a cuyo poder se encomendaban las diversas provincias de aquel inmenso país, mayor que Egipto y que Asiria y Babilonia juntas. Estos príncipes fueron pronto tan poderosos que al emperador no le estaba permitido darles órdenes, a pesar de ser el emperador de China. Luchaban entre sí y no se preocupaban gran cosa del Hijo del Cielo. Y como el imperio era tan grande que los chinos de los distintos rincones del país hablaban lenguas completamente diferentes, se habría desintegrado de no haber tenido una cosa en común: la escritura.

Ahora dirás: ¿De qué sirve una escritura común, si las lenguas son distintas y nadie puede entender lo escrito? Es que en la escritura china las cosas no son así. Se puede leer aunque no se entienda ni una palabra de la lengua. ¿Se trata de algo mágico? No, en absoluto; ni siquiera es muy complicado. En esa escritura no se escriben palabras sino cosas. Si quieres escribir «Sol», haces un dibujo. Lo puedes pronunciar «Sol», o «soleil», o, como dicen los chinos, «dschö»; siempre será comprensible para quien conozca el signo. A continuación, quieres escribir «árbol». Entonces vuelves a dibujar sencillamente, con un par de trazos, un árbol, es decir, «mu» en chino; pero no hace falta saberlo para ver que se trata de un árbol.

«Claro —dirás—, con cosas, me lo puedo imaginar; basta con representarlas. Pero, ¿qué hacemos cuando queremos escribir ‘blanco’ ¿Pintamos un color blanco? ¿Y cuando queremos escribir ‘este’? No hay manera de representar el este». Fíjate,

todo es muy lógico. «Blanco» se escribe sencillamente dibujando algo blanco. Por ejemplo, el rayo del Sol. Una raya saliendo del Sol, es decir, «bei», «blanco» o «blanc»; etc. ¿Y el este? El este es el lugar por donde sale el Sol tras los árboles. Por tanto, dibujaré una imagen del Sol detrás de la del árbol.

Muy práctico, ¿verdad? Bueno, ¡todo tiene dos caras! ¡Piensa la de palabras y cosas que hay en el mundo! Para cada objeto hay que aprender en chino un signo particular. Existen ya 40.000, y algunos son auténticamente difíciles y complicados. Al final tenemos que alabar a nuestros amigos los fenicios y a nuestros 24 signos, ¿no te parece? Pero los chinos llevan miles de años escribiendo así, y en una gran parte de Asia se leen dichos signos aunque no se sepa ni palabra de chino. Así es como los pensamientos y principios de las grandes personalidades chinas pudieron difundirse rápidamente en su país y grabarse en las mentes de la gente.

En efecto, por las mismas fechas en que Buda pretendía en la India liberar del sufrimiento a los seres humanos (ya sabes que era en torno al 500 a.C.), hubo también en China un gran hombre que intentó hacerles felices con su enseñanza. Sin embargo, no podía ser más distinto de Buda. No fue hijo de un rey, sino de un oficial. No fue ermitaño, sino funcionario y maestro. Tampoco le importaba mucho que la gente no deseara ni sufriera; lo más importante para él era que conviviera en paz. En eso consistía su objetivo: en la doctrina de una buena convivencia. Y fue un objetivo que alcanzó. Gracias a sus doctrinas el gran pueblo chino vivió durante milenios con más paz y tranquilidad que los demás habitantes del mundo. Seguro que te interesará la enseñanza de Confucio, que en chino se llama Kong Fuzi. No es difícil de entender. Ni siquiera es difícil de cumplir. Esa es la razón de que Confucio tuviera tanto éxito con ella.

El camino propuesto por Confucio para llegar a su meta es sencillo. Quizá no te guste de buenas a primeras, pero en él se encierra más sabiduría de la que se advierte a primera vista. Confucio enseñó, en efecto, que los aspectos externos de la vida son más importantes de lo que se piensa: inclinarse ante los ancianos, ceder el paso ante la puerta, ponerse en pie cuando habla un superior, y muchas otras cosas similares para las que en China hay más reglas que entre nosotros. Según él, todas estas cosas no son así por casualidad. Significan, o han significado, algo. Normalmente, algo hermoso. Por eso dijo Confucio: «Creo en la antigüedad y la amo». Lo cual significa que creía en el sentido bueno y profundo de todas las costumbres y usos milenarios e inculcó siempre a sus paisanos su correcto cumplimiento. Todo es más fácil si se obra de ese modo, pensaba Confucio. Las cosas marchan entonces por sí solas, por así decirlo, sin pensar demasiado. Estas formas no nos *hacen*, seguramente, mejores, pero todo *resulta* más sencillo.

Confucio tenía, en efecto, muy buena opinión de los seres humanos. Decía que todas las personas son buenas y decentes por nacimiento. Y que, en realidad, todos

son así en su interior: cualquier persona que vea a un niño jugando junto al agua tendrá miedo de que pueda caer en ella. Esta preocupación por el prójimo, la compasión por él cuando las cosas le van mal, nos es innata. Basta, por tanto, con procurar que no se pierda. Para ello está la familia, pensó Confucio. Quien sea siempre amoroso con sus padres, les obedezca y los cuide —cualidades innatas en nosotros—, se portará también así con las demás personas y obedecerá también siempre las leyes del Estado, tal como está acostumbrado a obedecer a su padre. Por eso, para él, la familia, el amor entre hermanos y el respeto a los padres era siempre lo más importante de la vida. Confucio llama a estas actitudes las «raíces de la humanidad».

Sin embargo, no se trataba sólo de que el súbdito se mostrara leal con el gobernante, pero no al revés. Al contrario. Confucio y sus discípulos frecuentaban mucho a aquellos príncipes obstinados y solían exponerles valientemente su opinión, pues el príncipe debe ser el primero en observar todas las formalidades y practicar el amor paternal, la previsión y la justicia. Si no se porta así y no se preocupa por los padecimientos de sus súbditos, merecerá que su pueblo lo deponga. Ésa era la doctrina de Confucio y sus discípulos, pues el primer deber del príncipe es ser un modelo para todos los habitantes de su reino.

Quizá te parezca que Confucio sólo enseñaba verdades de Perogrullo. Pero eso es precisamente lo que quería: algo que todos comprenden y consideran correcto de forma casi espontánea. En tal caso, la convivencia sería mucho más fácil. Ya he dicho que lo consiguió. Su enseñanza fue lo único que permitió que aquel gran imperio con tantas provincias no acabara desintegrándose.

Pero no debes creer que en China no hubo también otra clase de personas, gente más parecida a Buda, a quienes no interesaba la convivencia y las reverencias, sino también los grandes misterios del mundo. Algún tiempo después de Confucio vivió en China uno de esos sabios. Se llamaba Lao Zi. También lo conocemos con el nombre de Lao-tsé. Se cuenta que fue funcionario, pero que no le agradaba el ajetreo de la gente. Así pues, abandonó su puesto y marchó a las montañas solitarias de las fronteras de China para hacerse ermitaño.

Un sencillo aduanero de la carretera que atravesaba la frontera le pidió, al parecer, que escribiera para él sus pensamientos antes de abandonar este mundo. Y Lao-tsé lo hizo. Pero no sé si el aduanero los entendió, pues son muy misteriosos y difíciles. Su sentido es, más o menos, el siguiente: todo el mundo —el viento y la atmósfera, las plantas y los animales, el paso del día a la noche, los giros de las estrellas— está gobernado por una gran ley. Lao-tsé la llama Tao. Sólo el ser humano, con su inquietud, su afanosidad, sus numerosos planes e ideas, y también sus ofrendas y oraciones, impide, por así decirlo, que esta ley le afecte, no deja que actúe, obstaculiza su marcha.

Por tanto, lo único que se puede hacer, piensa Lao-tsé, es no hacer nada. Mantener interiormente una calma total. No mirar ni escuchar lo que nos rodea; no querer nada ni pretender nada. La gran ley general, el Tao, que hace girar los cielos y trae la primavera, comenzará a actuar también en quien consiga llegar a ser como un árbol o una flor, tan carente de intenciones y voluntad como ellos. Comprenderás que esta doctrina es difícil de entender y aún más difícil de seguir. Quizá Lao-tsé logró, en la soledad de las lejanas montañas, actuar, como él dice, por medio de la inacción. Pero, en definitiva, estuvo bien que el gran maestro de su pueblo fuera Confucio y no Lao-tsé, ¿no te parece?

LA AVENTURA MÁS GRANDIOSA

Los buenos momentos de Grecia duraron muy poco, y ya no hubo más. Los griegos podían hacer cualquier cosa menos permanecer tranquilos. Atenas y Esparta, sobre todo, no eran capaces de soportarse durante mucho tiempo. Desde el año 420 a.C., ambas ciudades mantuvieron una guerra larga y despiadada. Se llama la guerra del Peloponeso. Los espartanos llegaron a las puertas de Atenas y arrasaron el país de forma terrible. Talaron los olivos, lo que supuso una espantosa desgracia, pues un olivo recién plantado necesita mucho tiempo hasta dar fruto. Los atenienses, a su vez, atacaron las colonias espartanas del sur de Italia, en Sicilia, y Siracusa. Fue un largo tira y afloja; en Atenas se desató una epidemia grave que provocó la muerte de Pericles y la ciudad perdió finalmente la guerra; sus murallas fueron destruidas. Pero, como suele ocurrir en las guerras, todo el país acabó agotado por la contienda, incluidos los vencedores. La situación empeoró aún más cuando una pequeña tribu cercana a Delfos, a la que habían irritado los sacerdotes del santuario del oráculo de Apolo, lo ocupó y lo saqueó. El desorden provocado fue incontrolable.

En este desorden participó un pueblo extranjero, aunque no mucho; eran personas que habitaban en las montañas al norte de Grecia y se llamaban macedonios. Los macedonios estaban emparentados con los griegos, pero eran salvajes, estaban habituados a la guerra y tenían un rey muy inteligente: Filipo. El tal Filipo de Macedonia hablaba griego de maravilla y conocía muy bien las costumbres y cultura griegas. Su ambición era convertirse en rey de toda Grecia. En la lucha por el santuario helénico de Delfos, que interesaba a todos los pueblos de religión griega, tuvo una buena oportunidad para intervenir. Es cierto que en Atenas había un político y famoso orador en la asamblea que despotricaba incesantemente contra aquellos planes del rey Filipo de Macedonia; se trataba del orador Démostenos, y sus discursos contra Filipo se llaman «Filípicas». Pero Grecia se hallaba muy desunida como para poderse defender debidamente.

Junto a la localidad de Queronea, el rey Filipo y la pequeña Macedonia triunfaron sobre aquellos mismos griegos que apenas cien años antes habían sabido defenderse frente al gigantesco ejército de los persas. Se había acabado la libertad griega. Este final de la libertad, de la que los griegos habían hecho tan mal uso, se produjo el año 338 a.C. El rey Filipo no quiso, sin embargo, someter a Grecia o saquearla. Sus intenciones eran muy distintas: quería formar un gran ejército con griegos y macedonios y marchar contra Persia para conquistarla.

La empresa no resultaba entonces tan imposible como lo habría sido en la época de las guerras contra los persas, pues los grandes reyes de Persia no eran ya, ni con mucho, tan valientes como Darío I, o tan poderosos como Jerjes. Hacía tiempo que no supervisaban ya todo el país, sino que se sentían satisfechos con que sus sátrapas les

enviaran desde las provincias la mayor cantidad de dinero posible. Con él ordenaron construir magníficos palacios y mantuvieron una corte suntuosa, con vajillas de oro y muchos esclavos y esclavas vestidos con ropas lujosas. Les gustaba comer bien y beber aún mejor. Y los sátrapas actuaban de manera similar. Un imperio así, pensaba el rey Filipo, no debía de ser muy difícil de conquistar. Pero Filipo fue asesinado antes de concluir los preparativos para la campaña bélica.

Su hijo, que heredó por tanto de él toda Grecia, además de su patria, Macedonia, tenía entonces apenas 20 años. Se llamaba Alejandro. Todos los griegos pensaban que en ese momento les resultaría fácil liberarse, pues les parecía que no les iba a costar deshacerse de un muchacho tan joven. Pero Alejandro no era un joven corriente. De haber sido por él, habría subido al trono incluso antes. Se cuenta que siendo niño lloraba siempre que su padre, el rey Filipo, conquistaba en Grecia una nueva ciudad. «Mi padre no me va a dejar nada para conquistar cuando sea rey». Pero ahora le había dejado todo. Una ciudad griega que quiso liberarse fue destruida, y sus habitantes vendidos como esclavos a modo de ejemplo y advertencia para todos. Luego, Alejandro celebró en la ciudad griega de Corinto una reunión de todos los caudillos griegos para acordar con ellos la campaña contra Persia.

Al llegar a este punto debes saber que el joven rey Alejandro no era sólo un guerrero valiente y ambicioso, sino también un hombre muy guapo con el cabello largo y rizado, que además sabía todo cuanto se podía saber entonces. Había tenido, en efecto, el profesor más famoso que pudiera contratarse en aquel momento en el mundo entero: el filósofo griego Aristóteles. Puedes hacerte una idea aproximada de lo que esto significa si te digo que Aristóteles no fue sólo el maestro de Alejandro, sino, propiamente, el de la humanidad a lo largo de dos milenios. Cuando en los dos mil años siguientes surgía un desacuerdo sobre algún punto, la gente consultaba los escritos de Aristóteles, que era el arbitro de la contienda. Lo que se dijera en ellos tenía que ser cierto. Aristóteles recopiló, realmente, todo cuanto podía saberse en su tiempo. Escribió sobre ciencias naturales, sobre astros, animales y plantas, sobre historia y sobre la convivencia de las personas en el Estado (la política), sobre la manera correcta de pensar, que en griego se llama lógica, así como sobre la forma correcta de actuar, que en griego se llama ética; escribió sobre el arte de la literatura y acerca de lo bello que hay en ella y, finalmente, puso también por escrito sus ideas sobre Dios, que flota inmóvil e invisible sobre el cielo estrellado.

Todo esto aprendió, pues, Alejandro, quien fue, sin duda, un buen alumno. Nada le gustaba tanto como leer los viejos cantos heroicos de Homero; se cuenta que, de noche, los colocaba incluso debajo de la almohada. Sin embargo, no era, en absoluto, un hombre de libros, sino un magnífico deportista. Sobre todo, nadie le superaba en montar a caballo. Su padre compró en cierta ocasión un caballo salvaje especialmente hermoso que nadie era capaz de domar. Se llamaba Bucéfalo y derribaba a todos los

jinetes. Pero Alejandro se dio cuenta de cuál era la causa: aquel caballo se asustaba de su propia sombra. Por eso, lo puso cara al Sol, para que no viese su sombra en el suelo, lo acarició, lo montó y cabalgó sobre él entre el aplauso de toda la corte. Bucéfalo fue desde entonces su caballo favorito.

Así pues, cuando Alejandro apareció ante los príncipes griegos en Corinto, todos se sintieron entusiasmados con él y le dijeron las cosas más amables. Sólo uno no lo hizo; un tipo raro y extravagante, un filósofo llamado Diógenes. Tenía opiniones bastante parecidas a las de Buda. Según él, lo que uno posee y necesita sirve sólo para obstaculizar la reflexión y el bienestar sencillo. Diógenes, por tanto, lo había dado todo y se había aposentado, casi completamente desnudo, en un tonel en la plaza del mercado de Corinto. Allí vivía, tan libre e independiente como un perro sin dueño. Alejandro quiso conocer también a aquel bicho raro y fue a visitarlo. Se presentó ante el tonel con una armadura suntuosa y un casco con un penacho agitado por el viento y dijo: «Me gustas; pídeme lo que quieras y te lo concederé». Diógenes, que estaba confortablemente tumbado al sol, le respondió: «Pues mira, rey, tengo un deseo». «Bien, ¿de qué se trata?». «Me estás haciendo sombra; por favor, retírate del sol». Aquello causó una impresión tan grande en Alejandro que, según cuentan, dijo: «Si no fuera Alejandro, querría ser Diógenes».

Los griegos que formaban el ejército se sintieron pronto tan entusiasmados como los macedonios con un rey como aquél y desearon luchar por él. Por eso, al marchar contra Persia, Alejandro rebosaba confianza. Repartió todo cuanto poseía entre sus amigos, que le preguntaron espantados: «¿Qué te queda a ti?». «La esperanza», respondió, según cuentan. Aquella esperanza no le defraudó. En primer lugar, llegó con su ejército a Asia Menor. Allí se le opuso el primer ejército persa. Era más numeroso que el suyo, pero, en realidad, estaba formado por un cúmulo desordenado de soldados sin un verdadero comandante. Los persas fueron obligados enseguida a emprender la huida, pues el ejército de Alejandro luchó con gran valor y el propio rey combatió con el mayor coraje presentándose allí donde las cosas eran más complicadas.

En el territorio conquistado de Asia Menor sucedió la famosa historia del nudo gordiano. Fue así: en un templo de la ciudad de Gordión había un carro antiguo cuya lanza estaba sujeta mediante una rienda enredada y anudada con fuerza descomunal. Alguien había predicho que quien pudiera soltar aquel complicado nudo conseguiría dominar el mundo. Alejandro no dedicó mucho tiempo a intentar desanudarlo con las manos —pues era, al parecer, más difícil que el del cordón de un zapato cuando uno tiene prisa— e hizo lo que mi madre jamás me habría permitido: cogió la espada y, sencillamente, lo cortó por el medio. Aquello significaba: «Con la espada en la mano conquistaré el mundo y cumpliré de ese modo la antigua profecía». Y así lo hizo.

El resto de la historia de esta conquista lo verás mejor en el mapa. Alejandro no

avanzó directamente hacia Persia. No quería dejar a sus espaldas las provincias persas de Fenicia y Egipto sin haberlas sometido. De camino hacia ellas, los persas intentaron detenerlo junto a una ciudad llamada Isos. Alejandro los aplastó y saqueó las suntuosas tiendas y tesoros del rey persa. También tomó prisioneras a la esposa y la hermana del rey y las trató con mucha cortesía y dignidad. Aquello ocurrió el año 333, que podrás memorizar fácilmente con un antiguo verso escolar: «Tres, tres y tres; el rey persa sufrió en Isos un revés».

Fenicia no fue tan fácil de conquistar. Alejandro tuvo que asediar la ciudad de Tiro durante siete meses. A continuación, la destruyó con especial crueldad. Las cosas le fueron mejor en Egipto. Los egipcios se sentían contentos de liberarse de los persas y se le sometieron voluntariamente, pues era el enemigo de éstos. Pero Alejandro quiso ser también un verdadero soberano de los egipcios según la costumbre del país. Para ello, marchó por el desierto hasta un templo del dios del Sol y ordenó a los sacerdotes decir que era hijo del astro, o sea, el auténtico faraón. Antes de reemprender la marcha desde Egipto fundó una ciudad a orillas del mar y la llamó Alejandría, con su propio nombre. La ciudad existe aún hoy y fue durante mucho tiempo una de las más poderosas y ricas del mundo.

Sólo entonces marchó Alejandro contra Persia. El rey de los persas había reunido entretanto un gigantesco ejército y le esperaba en las cercanías de la antigua Nínive, junto a la localidad de Gaugamela. Previamente envió emisarios a Alejandro para ofrecerle la mitad de su reino como regalo y a su hija por esposa, si se daba por satisfecho. Parmenio, amigo de Alejandro, dijo en aquella ocasión: «Si fuera Alejandro, lo aceptaría». Y Alejandro respondió: «También yo, si fuera Parmenio». Prefería gobernar sobre el mundo entero que sobre medio mundo. Y derrotó también al último y mayor ejército persa. El rey de los persas huyó a las montañas, donde fue asesinado.

Alejandro castigó al asesino. Ahora era rey de toda Persia. Su imperio estaba formado por Grecia, Egipto, Fenicia y Palestina, Babilonia, Asiria, Asia Menor y Persia y procuró reordenar aquel conjunto. Sus órdenes llegaban realmente desde el Nilo hasta el interior de la actual Siberia.

A ti y a mí nos habría bastado, sin duda, con aquello. Pero no a Alejandro; ni mucho menos. Quería gobernar sobre países nuevos, todavía sin descubrir. Deseaba ver los pueblos enigmáticos y lejanos de los que hablaban a veces los comerciantes que llegaban a Persia desde Oriente con raras mercancías. Quería llegar en desfile triunfal, como el dios Baco en una leyenda griega, hasta donde habitan los indios quemados por el Sol, y hacer que éstos le rindieran homenaje. Por tanto, no permaneció mucho tiempo en la capital persa, sino que, en el año 327, descendió con su ejército, en medio de los peligros más azarosos, hasta el valle del Indo, hasta la India, atravesando los puertos de la alta cordillera desconocida e inexplorada. Pero

los indios no se le sometieron voluntariamente. Los penitentes y ermitaños de las selvas predicaron en especial contra el conquistador llegado del lejano Occidente. Así pues, Alejandro se vio obligado a sitiar y conquistar una a una todas las ciudades, defendidas valerosamente por los luchadores indios de la casta de los guerreros.

El propio Alejandro demostró en aquella empresa toda su inteligencia. El rey indio Poro le aguardaba junto a un afluente del Indo con un imponente ejército de elefantes de guerra y soldados de a pie. Se hallaba al otro lado del río, y Alejandro hubo de atravesarlo con sus hombres a la vista del ejército enemigo. El haberlo logrado constituye una de sus máximas hazañas. Pero todavía es más notable que derrotara a aquel ejército bajo el calor opresivo y húmedo de la India. Cuando llevaron al rey Poro maniatado a su presencia, Alejandro le preguntó: «¿Qué quieres de mí?». «Que me trates como a un rey». «¿Nada más?». «No», fue la respuesta, «con eso está dicho todo». Aquello causó tal impresión en Alejandro que devolvió a Poro su reino.

Por su parte, Alejandro deseaba continuar más hacia el este, hasta llegar a pueblos más desconocidos y misteriosos en el valle del río Ganges. Pero sus soldados no quisieron seguir. No deseaban continuar marchando cada vez más lejos, hasta el fin del mundo, sino volver a casa de una vez. Alejandro les rogó, les amenazó con que marcharía solo, estuvo enfurruñado durante tres días y no salió de su tienda. Al final, los soldados fueron más fuertes y Alejandro hubo de emprender la vuelta.

No obstante, les impuso una cosa: no regresar por el mismo camino por donde habían llegado. En realidad, habría sido con mucho lo más sencillo, pues aquellas comarcas estaban conquistadas ya. Pero Alejandro quería ver cosas nuevas y conquistar nuevos países. Así pues, bajó hasta el mar siguiendo el curso del Indo. Envió de vuelta a la patria una parte del ejército, embarcándola, pero él avanzó por el desierto desolado y pedregoso en medio de nuevas y terribles molestias. Padeció todas las privaciones a las que se vio sometido su ejército y no se le concedió más agua ni reposo que a los demás. Luchó en las primeras filas y sólo escapó de la muerte por un auténtico milagro.

En cierta ocasión sitiaron una fortaleza. Colocaron escalas y subieron la muralla. Alejandro, el primero de todos. Cuando se encontraba en lo alto, la escala se rompió bajo el peso de los soldados que atacaban tras él, y el rey se quedó de pie, solo, sobre el muro. Le gritaron que saltara cuanto antes, pero Alejandro se lanzó directamente de la muralla al interior de la ciudad, se puso de espalda a la pared y se cubrió con el escudo frente a un enemigo muy superior. Ya había sido herido por una flecha cuando, por fin, los demás hombres pasaron por encima de la muralla para salvarlo. Debió de ser muy emocionante.

Finalmente, llegaron de vuelta a la capital persa. Pero Alejandro la había incendiado en el momento de conquistarla. Así pues, estableció su corte en Babilonia.

Tenía, sin duda, dónde elegir. Él, que era ahora Hijo del Sol para los egipcios, y Rey de Reyes para los persas, que tenía tropas en la India y en Atenas, quería aparecer tal como se espera de un auténtico soberano del mundo.

Quizá no lo hacía por soberbia, sino porque, como alumno de Aristóteles, conocía muy bien a los seres humanos y sabía que el poder sólo causa la impresión correcta vinculado a la pompa y la dignidad. Por tanto, instauró todo el solemne ceremonial habitual desde hacía milenios en las cortes de los soberanos de Babilonia y Persia. Había que arrodillarse en su presencia y se le debía hablar como si fuera verdaderamente un dios. Se casó también, como los reyes orientales, con varias esposas, entre ellas la hija de Darío, el rey de Persia, para convertirse en su auténtico sucesor, pues no quería seguir siendo un conquistador extranjero, sino fundir la sabiduría y riquezas de Oriente con la claridad y movilidad de sus griegos para obtener algo enteramente nuevo y maravilloso.

Pero esto no agradó a los griegos. En primer lugar, ellos, los conquistadores, deseaban seguir siendo también los únicos señores. En segundo lugar, como hombres libres y acostumbrados a la libertad, no querían prosternarse ante nadie. Decían que aquello era adoptar una actitud «perruna». Así, sus amigos y soldados griegos se mostraron cada vez más levantiscos, y Alejandro se vio obligado a enviarlos a su patria. Su gran obra, la fusión de ambos pueblos, no pudo llevarse a cabo, a pesar de haber entregado una rica dote y haber dado una gran fiesta a 10.000 soldados macedonios y griegos que se casaron con mujeres persas.

Alejandro tenía grandes planes. Quería fundar muchas ciudades más como la Alejandría de Egipto. Pretendía construir carreteras y, en contra de la voluntad de los griegos, transformar el mundo de manera permanente por medio de sus campañas de guerra. ¡Figúrate qué habría sido, si hubiese habido ya entonces correo ininterrumpido entre la India y Atenas! Pero Alejandro murió mientras forjaba esos planes en el palacio de verano de Nabucodonosor, a una edad en la que la mayoría de la gente comienza a ser personas. Con 32 años, en el 323 a.C.

A la pregunta de quién debería ser su sucesor, respondió en medio de la fiebre: «El más digno». Pero ese hombre no existía. Todos los generales y príncipes de su entorno eran gente ambiciosa, derrochadora y sin conciencia. Y se pelearon por el imperio mundial hasta su desintegración. De ese modo, una familia de generales reinó en Egipto; fueron los ptolomeos; otra, en Mesopotamia, los seléucidas; y otra en Asia Menor, los atálidas. La India se perdió por completo.

Pero, aunque el imperio mundial se hizo añicos, el plan de Alejandro se fue realizando lentamente. El arte y el espíritu griegos se introdujeron en Persia y llegaron hasta la India e, incluso, hasta China. Y los griegos aprendieron que Atenas y Esparta no eran el mundo. Que les aguardaban tareas más importantes que el eterno conflicto entre dorios y jonios. Y, justamente, tras quedarse sin nada de su pequeño

poder político, los griegos se convirtieron en los portadores de la mayor potencia intelectual que haya habido, el poder que llamamos la educación griega. ¿Sabes cuáles fueron las fortalezas de ese poder? Las bibliotecas. En Alejandría, por ejemplo, hubo una de esas bibliotecas griegas que llegó a poseer pronto 700.000 libros en rollo. Esos 700.000 rollos fueron los soldados griegos que conquistaron entonces el mundo. Y ese imperio subsiste todavía hoy.

NUEVOS GUERREROS Y NUEVAS GUERRAS

Alejandro sólo marchó en dirección a Oriente; aunque «sólo» no es la palabra correcta. No obstante, lo que se encontraba al oeste de Grecia no atrajo su interés. No eran más que un puñado de colonias fenicias y griegas y algunas penínsulas boscosas con pueblos de campesinos duros, pobres y belicosos. Una de esas penínsulas era Italia; y uno de los pueblos de campesinos, los romanos. En tiempo de Alejandro Magno, el imperio romano no era todavía más que una reducida extensión de tierra en medio de Italia. Roma era una ciudad pequeña y angulosa, con sólidas murallas, pero sus habitantes formaban un pueblo orgulloso. Hablaban mucho y encantados de su magna historia y creían en su gran futuro. Si podían, hacían que su historia comenzara con los antiguos troyanos. Un troyano huido, Eneas —les gustaba contar —, había llegado a Italia. Sus descendientes fueron los gemelos Rómulo y Remo, que tuvieron por padre a Marte, el dios de la guerra, y fueron amamantados y criados en el bosque por una auténtica loba salvaje. Rómulo, continúa la leyenda, fundó Roma. Se mencionaba incluso el año: el 753 a.C. Los romanos contaron más tarde a partir de ese año, tal como hacían los griegos desde las olimpiadas, diciendo: el año tantos después de la fundación de la ciudad; así, por ejemplo, el año 100 de los romanos correspondía en nuestro cómputo al 653 a.C.

Los romanos sabían muchas otras bellas historias de los primeros tiempos de su ciudad; en ellas se hablaba de reyes bondadosos y malévolos que la habían gobernado, y de luchas con las ciudades vecinas —a punto he estado de decir «aldeas vecinas»—. El séptimo y último rey, Tarquinio el Soberbio, fue asesinado, al parecer, por un noble llamado Bruto. A partir de entonces gobernaron los aristócratas, denominados patricios, palabra que significa, más o menos, padres de la ciudad. Al pensar en este periodo no debes imaginar unos verdaderos hombres de ciudad, sino más bien unos grandes agricultores, dueños de extensos pastizales y campos de cultivo. Sólo ellos tenían el derecho a elegir a los funcionarios de la ciudad tras la desaparición de los reyes.

Los funcionarios supremos de Roma se llamaban cónsules. Siempre había dos al mismo tiempo, y ejercían su cargo sólo durante un año. Luego, tenían que dimitir. Además de los patricios había, por supuesto, otros habitantes. Pero éstos no tenían antepasados ilustres, poseían menos campos y, por tanto, no eran personas de categoría. Se les llamaba plebeyos. Constituían casi una casta propia, parecida a las del Estado indio. Un plebeyo no podía casarse con una patricia. Y menos aún, desde luego, llegar a cónsul. En realidad, ni siquiera le estaba permitido depositar su voto en las asambleas, celebradas en el campo de Marte, a las afueras de la ciudad. Pero, como los plebeyos eran muchos y, además, personas tan duras y voluntariosas como los patricios, no aceptaron todo aquello tan fácilmente como los apacibles indios. En

varias ocasiones amenazaron con marcharse, si no se les trataba mejor y no se les concedía también una participación en los campos y pastizales conquistados, reservados hasta entonces para sí por los patricios. Finalmente, tras una lucha implacable que duró varios siglos, los plebeyos consiguieron tener en el Estado romano exactamente los mismos derechos que los patricios. Uno de los dos cónsules debía ser patricio; y el otro, plebeyo. Eso era lo justo. El final de esta lucha larga y enrevesada coincidió, aproximadamente, con la época de Alejandro Magno.

Si te fijas en esa lucha podrás ver, más o menos, qué clase de personas fueron los romanos. No eran tan rápidos de pensamiento e inventiva como los atenienses. Tampoco disfrutaban tanto con los objetos bellos, las construcciones, las estatuas y los cantos; la reflexión sobre el mundo y la vida no era tampoco tan importante para ellos. Pero, una vez que se proponían algo, lo lograban. Aunque tardaran 200 años. Eran, ni más ni menos, unos auténticos campesinos asentados desde antiguo, y no unos marinos inestables como los atenienses. Sus posesiones, sus rebaños y sus tierras eran el objeto de su preocupación. No recorrieron mucho mundo, y tampoco fundaron colonias. Amaban su tierra natal y su ciudad. Querían que ella fuera poderosa, y todo lo hacían por ella: luchar y morir. Aparte de su tierra natal sólo existía otra cosa que les pareciera importante: su derecho. No el derecho de la justicia, ante el que todas las personas son iguales, sino el derecho plasmado en la ley, el derecho escrito. Sus leyes estaban inscritas en doce tablas de bronce colocadas en la plaza del mercado. Lo que aparecía en ellas, en palabras escuetas y severas, se aplicaba. Sin excepción. Y también sin compasión, sin concesiones, pues eran las leyes de su antigua patria. Y por eso mismo se trataba de leyes justas.

Hay muchas historias antiguas y hermosas que hablan de ese amor de los romanos por su patria y de su fidelidad a las leyes. Historias de padres que, en su función de jueces, condenaron a muerte a sus propios hijos sin pestañear, porque la ley lo ordenaba así. Historias de héroes que se sacrificaron sin dudar por sus compatriotas en combates o en prisión. Todas esas historias no tienen por qué ser ciertas al pie de la letra, pero demuestran qué era lo más importante para los romanos al enjuiciar a una persona: la dureza y el rigor consigo y con los demás cuando se trataba del derecho o de la patria. Ninguna desgracia podía atemorizar a aquellos romanos. No cedieron ni siquiera cuando su ciudad fue tomada e incendiada por un pueblo llegado del norte, los galos, en el año 390 a.C. La volvieron a reconstruir, la fortificaron de nuevo y obligaron progresivamente a las pequeñas ciudades vecinas a obedecerles.

En la época posterior a Alejandro Magno no les bastaron ya las pequeñas guerras con pequeñas ciudades y comenzaron seriamente a conquistar toda la península. Pero no en una única gran campaña triunfal, como Alejandro, sino bastante despacio. Trozo a trozo; ciudad a ciudad; país a país. Con la tenacidad y firmeza que constituían su principal característica. En general, solía suceder así: como Roma se

había convertido en una ciudad poderosa, las demás ciudades italianas se habían aliado a ella. Los romanos aceptaban gustosos aquellas alianzas. Pero, si sus aliados tenían alguna vez una opinión distinta de la suya y no les seguían, se declaraba la guerra. Las compañías romanas, llamadas legiones, vencieron casi siempre. En cierta ocasión, una ciudad de Italia meridional llamó en su ayuda contra los romanos a un príncipe y caudillo griego, Pirro. Pirro avanzó con elefantes de guerra, tal como los griegos habían aprendido de los indios, y venció con ellos a las legiones romanas. Pero fueron tantos los que sucumbieron entre los suyos que, al parecer, dijo: «Otra victoria como ésta, y estoy perdido». Por eso, cuando un triunfo se cobra demasiadas víctimas, se sigue hablando aún hoy de victoria pírrica.

Pirro se retiró también muy pronto de Italia y, de ese modo, los romanos fueron señores de todo el sur de la península. Pero aquello no les bastó. Querían someter también la isla de Sicilia, especialmente fértil. Allí crecían magníficos cereales y había ricas colonias griegas. Pero Sicilia no pertenecía ya a los griegos sino a los fenicios.

Recordarás que los fenicios habían fundado por todas partes, antes aún que los griegos, delegaciones comerciales y ciudades, sobre todo en España y el norte de África. Una de esas ciudades fenicias norteafricanas era Cartago, la ciudad más rica y poderosa en un amplio radio. Sus habitantes eran fenicios, y en Roma se les llamaba púnicos. Sus barcos navegaban a grandes distancias por el mar y llevaban a todas partes mercancías de cualquier país. Y como habitaban tan cerca de Sicilia, tomaban de allí el grano que necesitaban.

Así, los cartagineses fueron los primeros grandes adversarios de los romanos. Y, además, unos adversarios muy peligrosos. Es cierto que casi nunca luchaban ellos mismos, como los romanos, pero tenían suficiente dinero como para hacer que combatieran por ellos soldados extranjeros. En la guerra que estalló entonces en Sicilia comenzaron ganando, sobre todo porque los romanos no tenían barcos y tampoco estaban habituados a navegar y combatir por mar. Tampoco sabían nada de construcción de naves. Pero, en cierta ocasión, encalló en Italia un barco cartaginés y los romanos lo tomaron como modelo y construyeron a toda prisa, en dos meses, muchas naves como aquélla. Entregaron todo su dinero para los barcos y, con su joven flota, vencieron a los cartagineses, que se vieron obligados a dejar Sicilia para los romanos. Aquello ocurrió en el 241 a.C.

Pero sólo era el principio de la lucha entre ambas ciudades. Los cartagineses pensaban: si nos quitan Sicilia, conquistaremos España. Allí no había romanos, sino sólo tribus feroces. Pero los romanos no quisieron tampoco permitirlo. En aquel momento, los cartagineses tenían en España a un general, Hanón, cuyo hijo, Aníbal, era un hombre extraordinario. Había crecido entre soldados y conocía la guerra como ningún otro. Estaba acostumbrado al hambre, el frío, el calor y la sed y a marchar

durante días y noches. Era valiente y sabía mandar; astuto cuando quería engañar a un enemigo, e increíblemente resistente cuando deseaba destruirlo. No era un hombre arrojado, como hay muchos, sino una persona que en la guerra pensaba en todo, como un buen jugador de ajedrez.

Además, eran un buen cartaginés. Odiaba a los romanos, que querían mandar sobre su ciudad natal. Y en aquel momento en que los romanos se inmiscuían en España, pensó que las cosas habían ido demasiado lejos. Así pues, partió de España con un gran ejército y volvió a llevar consigo elefantes de guerra. Se trataba de un arma terrorífica. Cruzó toda Francia y tuvo que pasar con todos sus elefantes por ríos y montañas y, finalmente, por encima de los Alpes para llegar a Italia. Probablemente atravesó el puerto llamado actualmente Mont Cenis. Yo mismo estuve allí en cierta ocasión. Hoy corre por él una amplia carretera con muchas curvas. Pero resulta totalmente incomprensible cómo Aníbal pudo abrirse paso entonces a través de aquellas montañas salvajes y sin caminos. En ellas se abren abruptos valles, desfiladeros cortados a pico y resbaladizas pendientes de hierba. No me gustaría ir por allí con un elefante, y menos con 40. Además, ya era septiembre y había caído nieve en las cumbres. Pero Aníbal se abrió camino, él y su ejército, y bajó a Italia. Los romanos se le enfrentaron, pero el cartaginés triunfó sobre sus tropas en una batalla sangrienta. Un segundo ejército romano cayó sobre su campamento de noche, pero Aníbal se salvó con una argucia. Ató en los cuernos de un rebaño de bueyes antorchas encendidas y los lanzó monte abajo, desde el lugar donde se encontraba su campamento. En medio de la oscuridad, los romanos creyeron que los soldados de Aníbal avanzaban con antorchas y les siguieron. Cuando los alcanzaron se dieron cuenta de que eran bueyes. ¡Con qué ojos debieron de mirarlos!

Los romanos tenían un general muy inteligente, llamado Quinto Fabio Máximo, que no deseaba atacar a Aníbal. Pensaba que, en un país extranjero, éste acabaría impacientándose y cometería alguna necedad. Pero a los romanos no les gustaba esperar. Se burlaron de Quinto Fabio Máximo, lo llamaron Cunctator, es decir, el Vacilante, y atacaron a Aníbal en un lugar denominado Cannas. Y sufrieron un espantoso descalabro. Los romanos tuvieron 40.000 muertos. Aquella batalla del año 217 a.C. fue su derrota más terrible. Sin embargo, Aníbal no marchó entonces contra Roma. Era prudente. Quiso esperar a que le enviaran tropas desde su patria, y ésa fue su desgracia, pues los cartagineses no mandaron refuerzos. Y sus soldados fueron abandonando poco a poco la disciplina entre saqueos y robos en las ciudades italianas. Los romanos no le atacaron ya directamente, pues le temían, pero llamaron a filas a todos los hombres válidos para la guerra. A todos, incluidos los muchachos y los esclavos. Todo italiano se convirtió en un soldado; y no se trataba de soldados contratados, como los de Aníbal, sino de romanos. Ya sabes qué significa esto. Lucharon contra los cartagineses en Sicilia y España; y donde no tenían por

adversario a Aníbal, vencían siempre.

Al final, Aníbal hubo de regresar de Italia a África después de 14 años porque sus paisanos lo necesitaban allí. Los romanos habían llegado a las puertas de Cartago mandados por su general Escipión. El año 202 a.C., los romanos vencieron a Cartago. Los cartagineses se vieron obligados a quemar toda su flota y a pagar, además, una imponente compensación por daños de guerra. Aníbal tuvo que huir y, más tarde, se suicidó envenenándose para no caer prisionero de los romanos.

Roma se había hecho tan poderosa con aquella victoria que conquistó también Grecia, sometida aún al dominio macedonio, pero dividida y desgarrada, como era habitual. Los romanos se llevaron a su patria las obras de arte más bellas de la ciudad de Corinto y la incendiaron.

Roma se extendió también hacia el norte, hacia el país de los galos que la habían destruido 200 años antes. Los romanos conquistaron la comarca llamada actualmente Italia septentrional. Pero esto no les parecía todavía suficiente a algunos de ellos. No podían soportar que Cartago siguiera existiendo. Se dice, en especial, de un patricio llamado Catón, un hombre famoso por su empecinamiento, pero justo y honorable, que en cada una de las deliberaciones del consejo de Estado romano (el Senado), solía decir, viniera o no a cuento: «Por lo demás, creo que debemos destruir Cartago». Finalmente, los romanos lo hicieron. Recurrieron a un pretexto para atacarla. Los cartagineses se defendieron a la desesperada. Cuando los romanos habían tomado ya la ciudad, tuvieron que seguir luchando en las calles durante seis días casa por casa. A continuación, todos los cartagineses fueron muertos o hechos prisioneros. Se derribaron las viviendas, y el lugar donde antes se había alzado Cartago fue asolado y se pasó el arado por encima. Aquello ocurrió en el año 146 a.C. Fue el final de la ciudad de Aníbal. Roma se había convertido en la ciudad más poderosa del mundo de entonces.

UN ENEMIGO DE LA HISTORIA

Si la historia te ha aburrido hasta aquí, ahora vas a sentirte feliz.

En efecto; por los años en que Aníbal se encontraba en Italia (es decir, después del 220 a.C.) hubo en China un emperador que no podía soportar la historia, de modo que, el 213 a.C., ordenó quemar todos los libros de historia y todas las actas y noticias antiguas, así como todos los libros de cantos y todos los escritos de Confucio y Lao-tsé; en resumen, todos aquellos objetos sin una finalidad práctica. Sólo permitiría libros que tratasen del cultivo del campo y de algunas otras materias útiles. Quien poseyera otro tipo de libro debía ser ajusticiado.

Este emperador se llamaba Qin Shi Huangdi y fue uno de los mayores héroes guerreros que haya habido jamás. No vino al mundo como príncipe imperial, sino como hijo de uno de los príncipes de quienes ya he hablado. La provincia que gobernaba se llamaba Tsin (Qin), y así se llamaba también su familia. Es probable que el nombre actual de todo el país, «China», derive del suyo, aunque te parezca que «Tsin» y «China» suenan muy diferentes. Sin embargo, «chinos» y «tsinos» suenan parecido, ¿no es cierto?

Hay motivos más que suficientes para llamar a China por el nombre del príncipe de Tsin, pues no sólo llegó a ser con sus conquistas señor de toda ella, sino que estableció además un nuevo orden en todo. Expulsó a los demás príncipes y volvió a dividir el gigantesco imperio. Por eso, precisamente, quiso borrar cualquier recuerdo de tiempos anteriores, para poder comenzar de verdad desde el principio, ya que China debía ser enteramente obra suya. El emperador construyó carreteras a lo largo del país e inició una obra grandiosa: la muralla china, que en la actualidad es un poderoso muro fronterizo elevado y de más de 2.000 kilómetros de longitud, con almenas y torres, que recorre llanuras y valles y trepa por montes y colinas empinadas siguiendo un trazado regular. El emperador Qin Shi Huangdi la hizo construir para proteger China y a sus numerosos ciudadanos y agricultores laboriosos y pacíficos de los pueblos salvajes de la estepa, de las bandas de jinetes guerreros que recorrían sin rumbo las inmensas llanuras del interior de Asia. La enorme muralla debía mantener alejadas del imperio a esas hordas que caían sobre China una y otra vez para saquear, robar y asesinar. Y para ese fin fue, realmente, apropiada. Ha resistido durante milenios, aunque, como es natural, ha tenido que ser reparada a menudo, y todavía sigue en pie.

El propio emperador Qin Shi Huangdi no gobernó durante mucho tiempo. Tras él ascendió pronto al trono de los hijos del cielo otra familia. Era la familia de los Han. Los Han mantuvieron gustosos todo lo bueno llevado a cabo por el emperador Qin Shi Huangdi. Bajo ellos, China siguió siendo un Estado firme y unido. Pero los Han no eran ya enemigos de la historia. Al contrario. Recordaron cuánto debía China a las

enseñanzas de Confucio. Se buscaron por todas partes antiguos escritos y resultó que, a pesar de todo, muchas personas habían tenido el valor de no quemarlos. A partir de entonces se coleccionaron y apreciaron el doble. Y sólo quien conociera bien esos escritos podía y debía llegar a ser funcionario en China.

China es, en realidad, el único país del mundo donde, durante muchos siglos, no gobernaron los nobles ni los soldados, ni tampoco los sacerdotes, sino los eruditos. No importaba que alguien fuera de origen distinguido o de baja cuna. Quien superase los exámenes se convertía en funcionario. El que mejor pasaba las dificilísimas pruebas recibía el cargo más elevado. Pero estos exámenes no eran sencillos. Había que saber escribir muchos miles de signos ideográficos. Y ya sabes que esto no es nada fácil en China. Pero, además, había que conocer de memoria el mayor número posible de libros y poder recitar, también de memoria y sin equivocarse nunca, las doctrinas y reglas de Confucio y otros antiguos sabios.

Así, la quema de libros de Qin Shi Huangdi no sirvió de nada; y la alegría que quizá te produjo fue inútil. Probablemente no sirve de nada prohibir la historia a uno mismo y a los demás. Quien quiera hacer algo nuevo debe conocer profundamente lo antiguo.

LOS DUEÑOS DEL MUNDO OCCIDENTAL

A los romanos no se les ocurrió jamás nada parecido a las ideas de Alejandro Magno. No pretendieron hacer con los países conquistados un gran imperio único donde todas las personas gozaran de los mismos derechos. No; los países conquistados por las legiones romanas —y el imperio crecía cada vez más deprisa— se convirtieron en provincias romanas. Eso significaba la presencia en sus ciudades de tropas y funcionarios romanos, que se comportaban con gran superioridad frente a los indígenas, aunque se tratara de fenicios, judíos o griegos, es decir, de pueblos con culturas muy antiguas. A los ojos de los romanos sólo estaban en este mundo para pagar. Tenían que abonar una enorme cantidad de impuestos y enviar a Roma cereales con la mayor frecuencia posible.

Si lo hacían así, se les dejaba en paz, hasta cierto punto. Tenían derecho a conservar su religión y a hablar su propia lengua. Además, los romanos les aportaban todo tipo de cosas buenas. Sobre todo, construían carreteras, un gran número de carreteras magníficamente pavimentadas que, partiendo de Roma, recorrían las llanuras y atravesaban los más lejanos puertos de montaña. Los romanos no lo hacían precisamente por amor a los habitantes de parajes remotos, sino para poder enviar muy deprisa noticias y tropas a todas las partes del imperio. También eran expertos en edificios prácticos.

Los romanos construyeron en especial magníficas conducciones de agua que partían de montañas lejanas y descendían a los valles, hasta las ciudades, donde se instalaban luego fuentes claras y baños para que los funcionarios romanos tuvieran también en el extranjero lo que estaban habituados a tener en su patria.

El ciudadano de Roma era siempre alguien completamente distinto del indígena. Su vida se regía por el derecho romano. En cualquier lugar del imperio en que se hallase podía dirigirse a un funcionario romano. La frase: «¡Soy ciudadano romano!», era entonces una especie de fórmula mágica. Si hasta entonces no se le había prestado atención, en cuanto alguien podía pronunciarla veía cómo todo el mundo se mostraba enseguida educado y amable con él.

Pero los auténticos señores del mundo eran propiamente los soldados romanos. Mantenían unido aquel inmenso imperio, reprimían a los nativos levantiscos y castigaban terriblemente a todos cuantos se les oponían. Al ser valientes y orgullosos y estar habituados al combate, conquistaban cada década un nuevo país al norte, al sur o al este. Cuando llegaban sus formaciones entrenadas y ejercitadas marcando el paso, con sus corazas de cuero cubiertas de metal, sus escudos y jabalinas, sus hondas y sus espadas y sus máquinas de guerra para disparar flechas y piedras era inútil que alguien se les resistiera. La guerra era su profesión favorita. Y una vez que habían vuelto a triunfar, entraban en Roma con sus generales al frente y llevando consigo

todos los prisioneros y el botín. De ese modo hacían su entrada a través de pórticos y arcos de triunfo entre música festiva de trompetas y aclamados por el pueblo. Portaban retratos y cuadros en los que se podían ver sus victorias como en carteles. El general iba de pie en su carro, revestido con un traje púrpura bordado de estrellas, con la corona de laurel en la cabeza y llevando el mismo ropaje sagrado que Júpiter, el padre de los dioses, en su imagen del templo. De ese modo ascendía como un segundo Júpiter por la empinada calle hacia el templo situado en la ciudadela de Roma, el Capitolio. Y mientras ofrecía allí arriba solemnemente al dios una víctima en agradecimiento, los jefes de los enemigos vencidos eran ajusticiados más abajo.

Quien triunfaba a menudo de ese modo como general, quien obtenía mucho botín para sus tropas y les entregaba fincas en el campo al hacerse viejos y haber cumplido sus años de servicio, conseguía que los soldados le tuvieran afecto como a un padre. Estaban dispuestos a hacer todo por él, no sólo en tierras enemigas, sino también en la patria. En efecto, pensaban, un héroe tan maravilloso sabría también imponer, sin duda, orden en casa, lo cual solía ser a menudo necesario pues las cosas no iban siempre bien en Roma, que se había convertido en una gigantesca ciudad con mucha gente pobre sin nada para vivir. Si alguna vez las provincias dejaban de enviar grano a Roma, se desataba una hambruna en la ciudad.

En cierta ocasión, en torno al año 130 a.C. (es decir, 16 años después de la destrucción de Cartago), dos hermanos intentaron preocuparse por estas masas humanas pobres y hambrientas y asentarlas como labradores en la lejana África. Aquellos dos hermanos eran los Gracos. Pero ambos fueron muertos en el curso de las luchas políticas.

Al igual que los soldados, esas masas humanas se hallaban siempre dispuestas a hacer cualquier cosa por un hombre con tal de que les diera grano y les ofreciera hermosos festivales, pues a los romanos les encantaban los juegos festivos. No eran, desde luego, como los de los griegos, en los que los propios ciudadanos distinguidos practicaban el deporte e interpretaban cánticos en honor del padre de los dioses. Aquello habría parecido ridículo a los romanos. ¿Qué hombre serio y respetable se pondría a cantar o se despojaría de su ropaje solemne con sus numerosos pliegues, la toga, para lanzar una jabalina en presencia de otra gente? Ese tipo de cosas se reservaba para los prisioneros, a quienes se obligaba a combatir a brazo y con armas en el teatro en presencia de miles y miles de personas, y a luchar contra fieras salvajes y representar auténticas batallas. Los combates se desarrollaban tremendamente en serio y de forma muy sangrienta. Precisamente, lo que entusiasmaba a los romanos no era sólo que se hiciera combatir en el teatro a deportistas entrenados, sino también que se arrojara a condenados a muerte a las fieras salvajes, leones y osos, tigres y elefantes.

El que podía ofrecer al pueblo un gran número de esa clase de peleas fastuosas y

repartir mucho grano era querido en la ciudad y podía permitirse cualquier cosa. Ya puedes imaginar que fueron muchos quienes lo intentaron. A veces, una de esas personas tenía de su parte al ejército y a los romanos distinguidos, mientras que otra contaba con las masas de los ciudadanos y los labradores empobrecidos. En tales casos, ambos luchaban durante largo tiempo por el poder, y tan pronto se imponía uno como el otro. Dos de estos enemigos fueron Mario y Sila. Mario había combatido en África y liberado, más tarde, con su ejército al imperio romano de un terrible peligro. El año 113 a.C., unos pueblos guerreros volvieron a invadir Italia desde el norte (como lo habían hecho en su momento los dorios en Grecia o los galos en Roma, 700 años después). Se llamaban cinabrios y teutones y estaban emparentados con los actuales alemanes. Luchaban con tanto valor que hicieron huir incluso a las legiones romanas. Sólo Mario, junto con su ejército, logró detenerlos y derrotarlos por completo.

De ese modo se convirtió en el hombre más elogiado de Roma. Pero, mientras tanto, Sila había seguido luchando en África y alcanzado la categoría de triunfador. Entonces, ambos combatieron entre sí. Mario hizo matar a todos los amigos de Sila. Y éste a su vez preparó largas listas con todos los romanos afectos a Mario y ordenó asesinarlos. En un gesto de generosidad, legó todos sus bienes al Estado. Luego, gobernó con sus soldados sobre el imperio hasta el año 79 a.C.

Los romanos habían experimentado grandes cambios durante aquella terrible confusión. Ya no eran labradores. Algunos ricos habían comprado las posesiones de los pequeños agricultores y pusieron a trabajar a esclavos en sus gigantescas fincas. Los romanos se acostumbraron en general a que todo lo hicieran los esclavos. No sólo los trabajos en minas y canteras; hasta los mismos profesores particulares de los hijos de la gente de categoría eran en su mayoría esclavos, prisioneros de guerra o descendientes de ellos. Se les trataba como si fueran mercancía. Y se compraban y vendían como bueyes u ovejas. Quien adquiría un esclavo pasaba a ser su dueño. Podía hacer con él lo que quisiera; incluso matarlo. Los esclavos no tenían ningún derecho. Algunos señores los vendían para juegos de esgrima en los teatros, donde tenían que luchar contra animales salvajes. Estos esclavos se llamaban gladiadores. Los gladiadores se rebelaron en cierta ocasión contra este trato. Un esclavo llamado Espartaco les exhortó a combatir, y muchos esclavos de las propiedades rurales se le unieron. Lucharon con una tremenda desesperación, y los romanos sólo consiguieron vencer a aquellos ejércitos de esclavos con dificultad. Luego, se vengaron, por supuesto, de manera terrible. El hecho sucedió el año 71 a.C.

En esta época hubo nuevos generales queridos por el pueblo romano. Sobre todo, uno: Cayo Julio César, que supo conseguir como otros inmensas sumas de dinero en préstamo para dar con ellas magníficas fiestas al pueblo y hacerle donaciones de grano. Pero supo también algo más. Era, sin duda, un gran general. Uno de los

mayores que hayan existido. En cierta ocasión marchó a una guerra. Al cabo de pocos días llegó a Roma una carta suya en la que sólo aparecían tres palabras latinas: *Veni, vidi, vici*. Que significa en castellano: «Llegué, vi y vencí». Tal era la rapidez con que actuaba.

Conquistó Francia, que entonces se llamaba las Gallas, para el imperio romano y la convirtió en provincia. No fue ninguna minucia, pues en aquel país vivían pueblos extraordinariamente valientes y guerreros que no se dejaban amedrentar con facilidad. César combatió allí siete años. Entre el 58 y el 51 a.C. Y luchó contra los suizos, llamados entonces helvecios, contra los galos y contra los germanos. Cruzó dos veces el Rin hacia Alemania, y otras dos el mar, hacia Inglaterra, que los romanos conocían con el nombre de Bretaña. Lo hizo para imponer a los pueblos vecinos respeto a los romanos. Aunque los galos se defendieron durante años a la desesperada, César los venció una y otra vez y dejó por todas partes guarniciones de tropas. Desde entonces, las Galias fueron una provincia de Roma. La población se acostumbró pronto a hablar latín. Igual que en España. Por eso, porque las lenguas de los franceses y los españoles proceden de los romanos, se llaman lenguas romances.

Tras la conquista de las Galias, César marchó con su ejército a Italia y fue a partir de entonces el hombre más poderoso del mundo y combatió y venció a otros generales de quienes había sido aliado anteriormente. También trabó amistad con la bella reina de Egipto, Cleopatra, e incorporó este país al imperio romano. Luego se dispuso a poner orden, para lo cual estaba dotado de una gran capacidad, pues tenía también ordenada su cabeza. Podía dictar dos cartas a un tiempo, sin que sus pensamientos se confundieran. ¡Imagínate!

Pero no sólo introdujo orden en todo el imperio, sino también en el tiempo. ¿Qué significa esto? Quiere decir que reorganizó el calendario. Casi tal como lo tenemos hoy, con sus doce meses y los años bisiestos. El calendario, de acuerdo con su nombre de Cayo Julio César, se llama calendario juliano. Y como era una persona tan importante, se dio también su nombre a un mes: el mes de julio, que se llama así por aquel hombre delgado y calvo al que le gustaba llevar en la cabeza una corona de laurel confeccionada en oro y que encerraba en su cuerpo débil y enfermo una voluntad tan fuerte y una inteligencia tan clara.

César era entonces el hombre más poderoso del mundo. Habría podido llegar a ser rey del imperio mundial romano. Y lo habría conseguido. Pero los romanos eran celosos. También lo era su mejor amigo: Bruto. No querían dejarse gobernar por él. Pero como temían que los sometiera, decidieron asesinarlo. En el consejo de Estado romano, el Senado, lo rodearon de improviso y lo apuñalaron. César se defendió. Pero al ver a Bruto, dijo, al parecer: «¿También tú, Bruto, hijo mío?», y se dejó acuchillar por sus atacantes sin oponer resistencia. Era el año 44 a.C.

Después de julio viene agosto. César Octaviano Augusto (de donde deriva la

palabra «agosto») era, en efecto, hijo adoptivo de Julio César. Tras largas luchas con diferentes generales por mar y por tierra, consiguió finalmente dominar todo el imperio en solitario a partir del año 31 a.C. Fue el primer emperador romano. De su nombre, César, deriva la palabra que en alemán significa «emperador»: Kaiser, pues los romanos no la pronunciaban como nosotros, «César», sino «Káesar», que se convirtió en «Kaiser».

Si Julio César había dado nombre a un mes, los romanos llamaron a otro por el de Augusto. Se lo había merecido realmente. No era una persona tan destacada como César, pero sí un hombre muy recto y reflexivo, muy capaz de gobernarse a sí mismo y que tenía, por tanto, el derecho a gobernar a otros. Se cuenta de él que nunca daba una orden ni decidía nada mientras estaba encolerizado. Cuando el enfado se apoderaba de él, recitaba antes por lo bajo el alfabeto. De ese modo pasaba un tiempo y a Augusto se le aclaraban las ideas. Así era él; un hombre con la cabeza clara que administraba bien y con justicia el extenso imperio. No era sólo un guerrero y no se dedicaba únicamente a contemplar juegos de gladiadores. Vivía de manera muy sencilla y tenía un gran sentido para las esculturas hermosas y los poemas bellos. Y como los romanos no sabían esculpir ni componer poesía tan bien como los griegos en su tiempo, hizo imitar las obras de arte más hermosas de aquellos y colocarlas en sus palacios y jardines. Los poetas romanos de su época (que son los más famosos de cuantos hubo en Roma) se esforzaron por componer de la manera más parecida a los griegos, que fueron sus modelos. Lo griego se consideraba entonces el colmo de lo bello. Por eso, en Roma era de buen tono hablar griego, leer a los antiguos poetas de Grecia y coleccionar obras de arte griegas. Aquello fue una suerte para nosotros, pues si los romanos no lo hubieran hecho, es posible que hoy no supiéramos casi nada de todos esos asuntos.

LA BUENA NUEVA

Augusto gobernó del año 31 a.C. al 14 d.C. Este dato te permite ver que Jesucristo nació en tiempos de Augusto en Palestina, que era también entonces una provincia romana. La vida y la doctrina de Jesucristo las hallarás en la Biblia. Ya sabes qué es lo que más abunda en sus enseñanzas: que no importa si una persona es rica o pobre, distinguida o humilde, señor o esclavo, un gran pensador o un niño, sino que todos los seres humanos son hijos de Dios y que el amor de este padre es infinito. Que nadie está sin pecado ante él, pero que Dios se compadece del pecador. Que lo relevante no es la justicia, sino la gracia.

Ya sabes qué es la gracia: el amor de Dios, grande y gratuito y que otorga el perdón. Y sabes también que tenemos que portarnos con nuestros prójimos como esperamos que Dios, nuestro padre, se porte con nosotros. Por eso Jesús enseñaba: «Amad a vuestros enemigos; haced el bien a quienes os odian; bendecid a quienes os maldicen; rezad por quienes os insultan. Ofrece la otra mejilla a quien te abofetee en una, y da también el sayo a quien te quite la capa. Da a todo el que te pide, y no exijas la devolución a quien se lleve lo tuyo».

Ya sabes que Jesús recorrió su país durante muy poco tiempo predicando, enseñando, curando a los enfermos y consolando a los pobres. Sabes que fue acusado de querer convertirse en rey de los judíos. Por eso fue clavado en la cruz como un judío rebelde bajo el funcionario romano Poncio Pilato. Aquella terrible condena sólo se aplicaba a esclavos, salteadores y miembros de pueblos sometidos. Se consideraba además como la infamia más terrible. Pero Cristo había enseñado que el máximo dolor del mundo tiene un sentido, que los mendigos, los que lloran, los perseguidos y los que sufren son bienaventurados en su desdicha. Por eso, para los primeros cristianos el hijo de Dios sufriente y torturado fue el símbolo de su enseñanza. Hoy en día apenas podemos imaginar qué significa eso. La cruz era algo peor aún que la horca. Y aquel patíbulo infamante fue el signo de la nueva doctrina. Imagínate qué pudo haber pensado un funcionario o un soldado de Roma, un profesor romano con formación griega, orgulloso de su saber, su oratoria y su conocimiento de los filósofos, al oír hablar de la enseñanza de Cristo a uno de los grandes predicadores, como el apóstol Pablo, en Atenas o en Roma. Pablo predicaba allí tal como podemos leer hoy en el capítulo XIII de su primera epístola a los Corintios:

> Os indicaré un camino mucho mejor: aunque hable todas las lenguas humanas y angélicas, si no tengo amor, soy un metal estridente o un platillo estruendoso. Aunque posea el don de profecía y posea los misterios todos y la ciencia entera, aunque tenga una fe como para mover montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque reparta todos mis bienes y entregue mi cuerpo a

> las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve. El amor es paciente, es amable, el amor no es envidioso ni fanfarrón, no es orgulloso ni destemplado, no busca su interés, no se irrita, no apunta las ofensas, no se alegra de la injusticia, se alegra de la verdad. Todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca acabará.

Cuando Pablo predicaba así, los romanos distinguidos, para quienes lo importante era el derecho, debían de sacudir la cabeza. Pero los pobres y atormentados sintieron por vez primera que algo nuevo había llegado al mundo: el gran anuncio de la gracia divina que significa más que el derecho y se llama la buena nueva. Buena noticia, o buena nueva, se dice en griegoeu-angelion , es decir, evangelio. Esta buena nueva de la gracia del padre divino, que es único e invisible tal como habían enseñado primeramente los judíos, entre quienes Cristo vivió y predicó, fue anunciada pronto a todo el imperio romano.

Aquello despertó la atención de los funcionarios de Roma. Ya sabes que, en general, no se inmiscuían en asuntos de religión. Pero en este caso se trataba de algo novedoso. Los cristianos, que creían en el único Dios, no querían quemar incienso ante las imágenes del César. Pero, desde que en Roma había un César, esto se había convertido en práctica habitual. Los emperadores se hacían venerar como dioses, tal como lo habían hecho los soberanos egipcios y chinos, babilonios y persas. Sus estatuas se alzaban en todo el país, y quien fuera un buen ciudadano del Estado debía ofrecer de vez en cuando unos granitos de incienso ante aquellas imágenes del César. Pero los cristianos no lo hacían, así que se pretendió obligarles a ello.

Ahora bien, unos 30 años después de la crucifixión de Cristo (es decir, en torno al año 60 después de su nacimiento), reinaba en el imperio romano un emperador cruel: Nerón. Aún hoy se habla de él con estremecimiento, como el monstruo más terrible. Lo repulsivo en él no es que fue una persona grandiosa de una total falta de piedad y una maldad atroz, sino simplemente un tipo débil, vanidoso, desconfiado y corrompido, que componía poemas y cantaba, que comía o, más bien, tragaba los alimentos más exquisitos, un hombre sin dignidad ni firmeza. Tenía una cara blanda y no del todo fea, con una sonrisa satisfecha y cruel en su boca. Hizo asesinar a su madre, a su esposa y a su preceptor, además de a muchos parientes y amigos. Estaba siempre atemorizado y se le podría haber matado en cualquier momento, pues era además un cobarde.

Por aquellas fechas estalló en Roma un incendio que, durante muchos días y noches, destruyó una tras otra las manzanas de casas y los barrios y dejó sin hogar a cientos de miles de personas, pues Roma era ya entonces una gran ciudad con más de un millón de habitantes. ¿Y qué hizo Nerón entretanto?

Subió a la terraza de su magnífico palacio e interpretó, acompañándose con una

lira, un canto compuesto por él sobre la quema de Troya. Le parecía muy apropiado para el momento. Pero el pueblo, que hasta entonces no le había odiado demasiado, se enfureció ante aquello. Nerón había ofrecido a menudo a la población hermosos festejos y sólo se había mostrado cruel con sus amigos y conocidos más próximos. Ahora, sin embargo, la gente se decía: «Ha sido el propio Nerón quien ha incendiado Roma». No se sabe si esto fue cierto o no. En cualquier caso, Nerón sabía que se le consideraba capaz de hacerlo, así que buscó un chivo expiatorio. Y lo encontró en los cristianos. Los cristianos habían declarado muchas veces que este mundo debía ser destruido para que surgiera otro mejor y más puro. Ya sabes qué querían decir con eso. Pero como la gente acostumbra a escuchar sólo superficialmente, no tardó en correrse por Roma que los cristianos deseaban el fin del mundo y odiaban a la humanidad. ¡Curioso reproche!, ¿no crees?

Dondequiera que los encontraba, Nerón los hacía encarcelar y ajusticiar cruelmente. No sólo ordenó que fueran desgarrados por fieras salvajes en los teatros, sino que fueran quemados vivos como antorchas en su jardín particular con motivo de una gran fiesta nocturna. Pero los cristianos soportaron todos los tormentos en esta y otras persecuciones posteriores con un valor inaudito. Se sentían ufanos de ser testigos de la fuerza de la nueva fe. Testigo se dice en griego *mártys*. Y estos «mártires» fueron venerados luego como los primeros santos. Los cristianos peregrinaban a sus tumbas para rezar en ellas. Y como no podían reunirse a la luz del día y en público, se juntaban a escondidas en las tumbas. Estas tumbas eran pasadizos y cámaras subterráneas extramuros de la ciudad, apartadas de las calles, en cuyas paredes había pintadas imágenes muy sencillas de la historia sagrada. Las imágenes debían recordar a los cristianos el poder de Dios y la vida eterna: Daniel en la cueva de los leones, los tres jóvenes en el horno, o Moisés golpeando la roca para sacar agua.

Los cristianos se reunían de noche allí, en aquellos pasadizos subterráneos, y comentaban la doctrina de Cristo, compartían la santa eucaristía y se infundían valor cuando amenazaba una nueva persecución. Y, a pesar de todas las persecuciones, el número de quienes creían en la buena nueva y estaban dispuestos a padecer por ella todo cuanto había padecido Cristo aumentó durante el siglo siguiente en todo el imperio.

Pero no fueron sólo los cristianos quienes hubieron de soportar la dureza del Estado romano, pues tampoco les fue mejor a los judíos. Pocos años después de Nerón, estalló en Jerusalén una sublevación contra los romanos. Los judíos querían ser libres definitivamente. Lucharon con una obstinación y un valor inauditos contra las legiones, que se vieron obligadas a asediar y atacar durante mucho tiempo cada ciudad judía antes de tomarla. Jerusalén fue sitiada durante dos años y sometida por hambre por Tito, hijo de Vespasiano, emperador de Roma en ese momento. El que

huía era crucificado ante la ciudad por los romanos que, finalmente, penetraron en ella. Era el año 70 d.C. Tito ordenó, al parecer, salvar el santuario del único Dios, pero el templo fue incendiado y saqueado por los soldados. Los objetos sagrados fueron mostrados en Roma en un desfile triunfal; todavía hoy se pueden ver representados en el arco de triunfo que Tito se hizo levantar entonces en Roma. Jerusalén fue destruida, y los judíos dispersados por los cuatro vientos. Antes de ese momento se habían asentado ya en muchas ciudades como comerciantes. Ahora fueron un pueblo sin patria que se reunía en Alejandría, Roma y otras ciudades extranjeras en escuelas de oración, objeto de las risas y las burlas de todos por seguir observando sus antiguas costumbres en medio de los paganos, leer la Biblia y esperar al Mesías que habría de salvarlos.

CÓMO SE VIVÍA EN EL IMPERIO Y JUNTO A SUS FRONTERAS

Quien no fuera cristiano, judío o pariente próximo del emperador, podía llevar entonces en el imperio romano una vida tranquila y cómoda. La gente viajaba de España al Eufrates y del Danubio al Nilo por las carreteras romanas, magníficamente construidas. El correo oficial romano llegaba de manera regular a cada una de las plazas fortificadas de la frontera del imperio para llevar y recoger noticias. En las grandes ciudades, Alejandría o Roma, se disponía de todas las ventajas para llevar una vida cómoda. En la propia Roma había grandes barrios con viviendas de alquiler de muchos pisos y mal construidas, habitadas por los pobres. En cambio, las viviendas y villas particulares romanas estaban decoradas con bellísimas obras de arte griegas y muebles suntuosos, y disponían de jardincillos encantadores con fuentes de agua fresca. En invierno se podían caldear las habitaciones con una especie de calefacción central haciendo circular aire caliente por debajo del suelo a través de ladrillos huecos. Todos los romanos ricos tenían alguna casa en el campo, casi siempre a orillas del mar, con muchos esclavos para el servicio y bellas bibliotecas donde se podían encontrar todos los buenos poetas griegos y latinos. Las villas de los ricos contaban también con sus propias instalaciones deportivas y con bodegas llenas de los mejores vinos. Cuando un romano se aburría en casa, acudía a la plaza del mercado, a los tribunales o a los baños. Los baños, llamados termas, eran instalaciones inmensas a las que llegaba el agua de las montañas lejanas a través de conducciones, decoradas con gran pompa y suntuosidad, con naves para baños calientes y fríos, y salas para baños de vapor y ejercicios deportivos. En la actualidad existen aún ruinas de esos imponentes baños o termas. Tienen unas bóvedas tan enormes y columnas de mármol y piscinas de rocas valiosas de tantos colores que podrían parecerte palacios fabulosos.

Los teatros eran aún más grandes e impresionantes. El gran teatro de Roma, llamado Coliseo, daba asiento a unos 50.000 espectadores. En un gran estadio de una capital moderna no caben muchas más personas. Allí se celebraban sobre todo luchas de gladiadores y combates con fieras. Ya sabes que también los cristianos tuvieron que morir en esos teatros. El espacio para los espectadores que se alzaba sobre el coso estaba construido alrededor en pendiente, como un gigantesco embudo oval. ¡Qué griterío debía de producirse cuando se juntaban allí 50.000 personas! En la tribuna principal, en la parte inferior, tomaba asiento el emperador bajo una suntuosa cubierta que le protegía de la luz del sol. Los juegos comenzaban cuando dejaba caer un pañuelo a la arena, a la palestra. Entonces los gladiadores se acercaban, se colocaban ante la tribuna de la corte y exclamaban: «¡Ave, César, los que van a morir te saludan!».

Sin embargo, no debes creer que los emperadores no tenían otra cosa que hacer que estar sentados en el teatro, y que todos fueron unos viciosos y unos perturbados como Nerón. Muy al contrario. Los cesares estaban ocupadísimos en mantener en paz el imperio, pues al otro lado de las lejanas fronteras había por todas partes pueblos salvajes y guerreros que habrían invadido muy gustosos las ricas provincias para saquearlas. En el norte, más allá del Danubio y el Rin, vivían los germanos, que suponían una especial preocupación para los romanos. El propio Julio César hubo de luchar contra ellos al conquistar Francia. Eran individuos de gran tamaño y fortaleza que atemorizaban a los romanos con sus gigantescos cuerpos. Su país, la actual Alemania, se hallaba además enteramente cubierto por espesos bosques y oscuros pantanos donde se extraviaban las legiones romanas. Pero, sobre todo, los germanos no estaban acostumbrados a vivir en villas hermosas con calefacción central. Eran labradores, como lo habían sido antes los romanos, y vivían en granjas de madera muy diseminadas.

Los romanos de las grandes ciudades que dieron información sobre ellos en tratados escritos en latín hablan gustosos de la gran sencillez de la vida germánica y de la sobriedad y rigor de sus costumbres, del placer que sentían por la lucha y de su fidelidad al jefe de la tribu. A los escritores latinos les encantaba mostrar a sus compatriotas todo esto para explicarles la diferencia entre la forma de vivir sencilla, genuina y natural en los bosques, y las costumbres refinadísimas y relajadas de los romanos.

Los germanos eran realmente unos guerreros peligrosos. Así lo experimentaron los romanos ya en tiempo de Augusto. Por aquellas fechas, un tal Arminio, o Hermann, era el jefe de la tribu germánica de los queruscos. Como había crecido en Roma, conocía bien las prácticas de guerra romanas. Por eso, logró caer por sorpresa sobre un ejército romano en su marcha a través del bosque de Teutoburgo y derrotarlo por completo. Desde entonces, los romanos no se atrevieron a introducirse mucho en Alemania. En cambio, consideraron tanto más importante proteger sus fronteras de los germanos. Para ello construyeron, ya en el siglo I d.C., el limes, un muro junto a la frontera (de manera muy similar a como lo había hecho el emperador Qin Shi Huangdi), del Rin al Danubio, una muralla de empalizadas con fosos y torres de vigilancia destinada a salvaguardar el imperio de las tribus nómadas de germanos. En efecto, lo más inquietante para los romanos era que los germanos no se quedaban tranquilos en sus granjas cultivando la tierra, sino que continuamente se les ocurría cambiar de campos y cazaderos y hacían subir a sus mujeres y niños sobre carros de bueyes para ponerse en marcha en busca de un nuevo lugar donde vivir.

Así, los romanos se vieron obligados a apostar guarniciones en la frontera de manera permanente para vigilar el imperio. A orillas del Rin y del Danubio se instalaron tropas de todos los rincones del mundo. En las cercanías de Viena tenían su

campamento soldados egipcios que construyeron allí, junto al Danubio, un santuario para la diosa egipcia Isis. Es la actual ciudad de Ybbs, en cuyo nombre perdura todavía el de Isis. En otros casos, las tropas fronterizas veneraban igualmente a toda clase de dioses de orígenes lejanos: al dios persa Mitra y, pronto también, al dios único e invisible de los cristianos. La vida en aquellas remotas fortificaciones fronterizas no era muy diferente de la de Roma. En las actuales ciudades de Colonia, Tréveris, Augsburgo y Ratisbona (Alemania), Saizburgo y Viena (Austria), Arles (Francia) o Bath (Inglaterra) había teatros y baños, villas para los funcionarios y cuarteles para los soldados. Los soldados más viejos compraban gustosos tierras en los alrededores, se casaban con mujeres indígenas y se asentaban junto al campamento. De ese modo, la población de las provincias romanas se habituó poco a poco a la manera de ser de los romanos. Pero los pueblos al otro lado del Danubio y del Rin se mostraban cada vez más inquietos. Los emperadores romanos pasaban más tiempo en los campamentos de la frontera que en sus palacios de Roma. Entre ellos hubo individuos extraordinarios como el emperador Trajano, que vivió cien años después del nacimiento de Cristo. La gente siguió contando durante mucho tiempo historias relativas a su rectitud y su clemencia.

Las tropas de Trajano pasaron el Danubio para entrar en las actuales Hungría y Rumania para convertir en provincias romanas aquellos territorios situados al otro lado de sus orillas y poder proteger así mejor el imperio. Esa comarca se llamaba entonces Dacia; y desde que se romanizó y sus habitantes hablaron latín, recibió el nombre de Rumania. Pero Trajano no se limitó a dirigir campañas de guerra, sino que hizo también adornar Roma con magníficas plazas. Para crear espacio para aquellas grandes plazas fue necesario desmontar colinas enteras; luego, un arquitecto griego construyó en ellas templos y centros comerciales, tribunales, pasajes con columnas y monumentos. Todavía se pueden ver sus ruinas en la actual Roma.

Los emperadores que sucedieron a Trajano se preocuparon así mismo por el imperio y defendieron sus fronteras. El emperador Marco Aurelio, que gobernó entre los años 161 y 180 d.C., residía constantemente en los campamentos a orillas del Danubio, en Carnuntum y Vindobona, llamada hoy Viena. Sin embargo, a Marco Aurelio no le gustaba en absoluto la guerra. Era una persona amable y silenciosa, cuyo mayor placer consistía en leer y escribir; era un filósofo. De él se nos ha conservado su diario, que redactaba sobre todo durante sus campañas de guerra. En él escribió casi exclusivamente acerca del dominio de uno mismo y la tolerancia, la resistencia al sufrimiento y los dolores y el heroísmo callado del pensador. Son pensamientos que le habrían agradado a Buda.

Pero Marco Aurelio no podía retirarse al bosque a meditar. Tenía que luchar en los alrededores de Viena contra las tribus germánicas, que en aquellos momentos se movían con especial intensidad. Se cuenta que los romanos llevaron consigo leones

para azuzarlos contra los enemigos al otro lado del Danubio. Pero los germanos no habían visto nunca leones, por lo que tampoco les tenían miedo. Sencillamente, mataron a aquellos «grandes perros». Marco Aurelio murió en Vindobona durante estas guerras. Era el año 180 d.C.

Los siguientes emperadores pasaron aún más tiempo en la frontera, y menos en Roma. Eran auténticos soldados, elegidos por las tropas, depuestos a veces por ellas y, a veces también, asesinados por los mismos soldados. Muchos de esos emperadores no eran siquiera romanos, sino extranjeros, pues las legiones sólo estaban formadas por romanos en una proporción mínima. Casi no existían ya aquellos campesinos italianos que en otros tiempos habían conquistado el mundo como soldados, pues las granjas de labranza se habían convertido en gigantescas haciendas donde trabajaban esclavos de otros países. El ejército se componía igualmente de extranjeros. Ya hemos hablado de los egipcios a orillas del Danubio. No obstante, un contingente especialmente numeroso de soldados estaba compuesto por germanos que, como sabes, eran muy buenos guerreros. Estas tropas extranjeras del este y el oeste de aquel imperio inmenso, junto a las fronteras germánica y persa, en España, en Bretaña, en el norte de África, en Egipto, en Asia Menor y en Rumania elegían ahora emperadores a sus generales favoritos, que se peleaban por el poder y se hacían matar unos a otros como en tiempos de Mario y Sila. En los años posteriores al 200 d.C. reinó una terrible confusión y una tremenda miseria. En el imperio romano no había ya casi más que esclavos o soldados extranjeros que no se entendían entre sí. Los campesinos de las provincias no podían pagar ya los impuestos y se rebelaban contra los propietarios de las tierras. En aquella época de espantosa miseria en la que, además, el país era arrasado por pestes y bandidos, muchas personas encontraron consuelo en las enseñanzas de la buena nueva, el Evangelio. Los libres y esclavos que se convertían al cristianismo y se negaban a ofrecer sacrificios al emperador eran cada vez más numerosos.

Cuando los apuros del imperio romano habían llegado al máximo, tomó el poder el hijo de unos padres muy pobres. Era el emperador Diocleciano, que consiguió el poder el año 284 d.C. Diocleciano intentó reconstruir todo aquel Estado en ruinas. Fijó unos precios máximos para todos los alimentos, debido a la hambruna general, y se dio cuenta de que el imperio no podía gobernarse ya desde un solo lugar. Declaró, pues, nuevas capitales a cuatro ciudades del país y colocó en ellas a cuatro coemperadores. Para dar nuevamente dignidad y respeto a la institución imperial, impuso un ceremonial cortesano riguroso y unos ropajes suntuosos y con bellos bordados para la corte y los funcionarios. Como es natural, insistió con particular severidad en los sacrificios al emperador y persiguió, por tanto, a los cristianos de todo el país con especial dureza. Fue la última y peor persecución. Al cabo de más de 20 años de gobierno, Diocleciano renunció al imperio y se retiró cansado y enfermo a

un palacio de Dalmacia como persona particular. Allí tuvo que ver todavía la irracionalidad de su lucha contra el cristianismo.

En efecto, su sucesor en el gobierno, el emperador Constantino, puso fin a aquella lucha. Se cuenta que, antes de entrar en combate contra Majencio, uno de los anteriores coemperadores de Diocleciano, vio en sueños la cruz y oyó estas palabras: «Con este signo vencerás». Tras haber vencido, decidió, en el año 313, que no se debía perseguir más al cristianismo. Él, no obstante, siguió siendo pagano aún por mucho tiempo y sólo se bautizó poco antes de morir. Constantino no gobernó ya desde Roma. En aquel tiempo el imperio estaba amenazado sobre todo por el este, precisamente por los persas, que habían vuelto a ser de nuevo poderosos. Constantino eligió, por tanto, como sede de gobierno la antigua colonia griega de Bizancio, a orillas del mar Negro. Desde entonces se llama, por su nombre, la Ciudad de Constantino: Constantinopla.

Algo más tarde, a partir del año 395 d.C., ya no hubo sólo en el imperio romano dos capitales sino dos Estados. El imperio romano occidental, donde se hablaba latín, con Italia, las Galias, Bretaña, España y el norte de África; y el imperio romano oriental, donde se hablaba griego, con Egipto, Palestina, Asia Menor, Grecia y Macedonia. A partir del 380 d.C., el cristianismo fue en ambos Estados la religión oficial. Eso significaba que obispos y arzobispos eran altos dignatarios, con gran influencia también sobre el Estado. Los cristianos no se reunían ya en subterráneos, sino en iglesias suntuosas y adornadas con columnas; y la cruz, el signo de la liberación del sufrimiento, marchó delante de las legiones como insignia de guerra.

LA TORMENTA

¿Has visto alguna vez formarse una tormenta en un día caluroso de verano? Es un fenómeno grandioso, sobre todo en las montañas. Al principio no se observa nada, pero el propio cansancio nos hace sentir que algo flota en el aire. Luego, se oye tronar por aquí y por allá. No se sabe con seguridad de dónde llegan los truenos. A continuación, las montañas parecen de pronto misteriosamente próximas. No se mueve un soplo de aire y, sin embargo, las nubes ascienden apelotonadas. Las montañas desaparecen casi tras un muro de vaho. Las nubes se acercan desde todas partes, pero no se nota ningún viento. Los truenos aumentan. Todo presenta un aspecto amenazador y fantasmal. La espera se prolonga. De pronto, todo se desata. Al principio es como una liberación. La tormenta desciende al valle con relámpagos y crujidos por todas partes. La lluvia golpetea con gotas gruesas y pesadas. La tormenta ha comenzado en alguna estrecha hondonada del valle. El eco de las paredes rocosas hace que retumben los truenos. El viento llega de todos lados. Cuando todo haya pasado y caiga por fin la noche tranquila y estrellada, te resultará difícil explicar de dónde salieron todas aquellas nubes de tormenta y qué trueno correspondía a cada rayo.

Algo muy parecido ocurrió con la época de la que voy a hablarte ahora. En aquel tiempo estalló la tormenta que hizo añicos el imperio mundial romano. Se habían oído ya truenos; eran las migraciones de los germanos hacia la frontera, la invasión de cimbrios y teutones, las guerras que Julio César, Augusto, Trajano, Marco Aurelio y muchos otros debieron emprender contra las tribus germánicas para impedirles penetrar en el imperio.

Pero entonces llegó la tormenta. Comenzó muy a lo lejos, casi junto a la muralla que había levantado en otros tiempos el emperador Qin Shi Huangdi, el enemigo de la historia. Como las hordas asiáticas de jinetes de la estepa no podían saquear ya China, se dirigieron hacia el oeste para buscar allí sus presas. Eran los hunos. Nunca se habían visto en Occidente aquellos pueblos, aquellos hombres pequeños y amarillos, de ojos rasgados y espantosas cicatrices en el rostro. Eran verdaderos centauros, pues casi nunca desmontaban de sus pequeños y veloces caballos; llegaban incluso a dormir sobre ellos, trataban sus asuntos a caballo, comían a caballo y ablandaban la carne cruda que comían colocándola bajo la silla de montar. Atacaban en medio de un griterío terrorífico a galope tendido y disparaban auténticas nubes de flechas contra sus enemigos; luego, daban media vuelta y se alejaban zumbando, como si quisieran huir. Si alguien les seguía, se volvían en la silla y disparaban sus flechas contra sus perseguidores. Eran más ágiles, astutos y sedientos de sangre que todos los demás pueblos vistos anteriormente. Llegaron a llevarse por delante incluso a los valientes germanos.

Una tribu de estos germanos, los visigodos, quiso ponerse a salvo en la seguridad del imperio romano, donde se les acogió. Pero pronto comenzaron las luchas contra los anfitriones. Los visigodos llegaron a Atenas y la saquearon, se presentaron ante Constantinopla y, finalmente, todo el pueblo se puso en movimiento y, bajo su rey Alarico, marchó a Italia en el año 410 d.C.; y, tras la muerte de Alarico, a España, donde se quedó. Para protegerse de sus ejércitos, los romanos habían tenido que retirar muchos soldados de las fortalezas fronterizas de las Galias y Bretaña, del Rin y del Danubio. Entonces, las numerosas tribus germánicas, que habían estado esperando durante siglos ese momento, comenzaron a penetrar por la fuerza.

Se trataba en parte de pueblos con nombres que puedes encontrar actualmente en el mapa de Alemania: suabos, francones o alamanes. Todos pasaban el Rin con sus rechinantes carros de bueyes, con mujeres y niños y con sus pertenencias; luchaban y vencían. Cuando eran derrotados, aparecían detrás de ellos nuevos pueblos que triunfaban a su vez. No importaba que murieran a millares, pues les seguían decenas de miles. Aquella época se conoce con la expresión de migraciones de los pueblos, o invasiones de los bárbaros. Es la tormenta que agitó y destruyó el imperio romano, pues las tribus germánicas no se quedaron tampoco en Francia y España. Los vándalos marcharon hasta la antigua Cartago atravesando Italia y Sicilia. Allí fundaron un Estado de piratas y marcharon en sus barcos contra las ciudades costeras, que conquistaron y redujeron a cenizas. Todavía hoy se habla de vandalismo, aunque los vándalos no fueron en realidad peores que otros muchos.

Pero entonces llegaron los hunos, que eran todavía más perniciosos. Tenían un nuevo rey, Atila, que accedió al gobierno el año 444 d.C. ¿Te acuerdas de quién llegó al poder en el 444 a.C.? Pericles, en Atenas. Fue la época más hermosa. Atila era, realmente, lo contrario de Pericles en todo. De él se decía que donde pisaba no volvía a crecer la hierba, pues sus hordas quemaban y asolaban todo. Pero, a pesar del oro y la plata y los objetos preciosos saqueados por los hunos y de los fastuosos adornos con que se engalanaban sus magnates, Atila siguió llevando una vida sencilla; comía en platos de madera y vivía en una simple tienda. No disfrutaba con el oro y la plata. Sólo le agradaba el poder. Se dice que nunca rió. Era un soberano terrible. Había conquistado medio mundo. Todos los pueblos con los que no acabó, se vieron obligados a ir a la guerra con él. Su ejército era inmenso. Formaban parte de él muchos germanos, sobre todo ostrogodos (los visigodos habían recalado ya en España). Desde su campamento en Hungría, Atila envió un emisario al emperador romano occidental con este mensaje: «Atila, mi señor y el tuyo, te comunica que debes darle la mitad de tu reino, y a tu hija por esposa». Al negarse el emperador, Atila se puso en marcha con su imponente ejército para castigarlo y coger lo que se le había negado. En el año 451 d.C. se entabló una gran batalla en los Campos Cataláunicos, en las Galias. Se habían congregado todos los ejércitos del imperio

romano, incluidas las tropas germánicas, para luchar unidos contra la turba salvaje de Atila. La batalla tuvo un resultado incierto y Atila se dirigió contra Roma. Todo el mundo estaba atemorizado y aterrado. Los hunos se hallaban cada vez más cerca. Nada podía lograrse por la fuerza militar.

Entonces, el obispo cristiano de Roma salió a su encuentro acompañado de sacerdotes y estandartes eclesiásticos. Era el papa León, llamado el Grande. Todos creían que los hunos los masacrarían sin contemplaciones. Pero Atila accedió a dar media vuelta. Se retiró de Italia, y Roma, por esta vez, quedó a salvo. Poco después moría Atila, el año 453 d.C., el día de su boda con una princesa germánica.

El imperio romano occidental se habría perdido, si el papa no lo hubiera salvado en aquel momento, pues los emperadores carecían totalmente de poder. Los únicos soberanos eran entonces las tropas. Y esas tropas eran casi en exclusiva germánicas. Al final, los soldados germanos descubrieron que el emperador estaba perfectamente de sobra y decidieron destituirlo. El último emperador romano tenía un curioso nombre: se llamaba Rómulo Augústulo. Recuerda que el primer rey de Roma, su fundador, se llamaba Rómulo; y el primer emperador romano, Augusto. El último, es decir, Rómulo Augústulo, fue depuesto el año 476 d.C.

Un caudillo germánico, Odoacro, se hizo nombrar rey de los germanos en Italia. Aquello fue el fin del imperio romano occidental, el latino, por lo que se considera también el final del largo periodo transcurrido desde los inicios más remotos y al cual llamamos «Antigüedad».

Con el año 476 comienza una nueva era, la Edad Media, llamada así sencillamente por encontrarse entre la Antigüedad y la Edad Moderna. Pero entonces nadie se dio cuenta de que comenzaba un nuevo periodo. Todo continuó tan revuelto como antes. Los ostrogodos, que habían marchado anteriormente con los ejércitos de los hunos, se habían instalado en el imperio romano oriental. Allí, el emperador, que quería deshacerse de ellos, tuvo la idea de aconsejarles que sería mejor que marchasen al imperio romano occidental, es decir, que conquistaran Italia. Los ostrogodos se fueron realmente a Italia, el año 493 d.C., bajo el mando de su gran rey Teodorico. Acostumbrados como estaban a luchar, conquistaron pronto aquel país pobre y saqueado. Teodorico apresó al rey Odoacro y, aunque le había prometido conservarle la vida, lo apuñaló durante un banquete.

Siempre me ha extrañado que Teodorico pudiera haber hecho algo tan abominable, pues, aparte de eso, fue un soberano realmente grande, importante e instruido. Se empeñó en que los godos vivieran en paz con los italianos y entregó a cada uno de sus soldados sólo una parcela de tierra cultivable para que se dedicaran a la agricultura. Como capital eligió Ravena, una ciudad portuaria del norte de Italia.

Allí hizo construir magníficas iglesias con maravillosos mosaicos de colores. No era eso lo que habían imaginado los emperadores orientales, pues no creían que los

ostrogodos fueran a establecer allá, en Italia, un reino poderoso y floreciente que, al final, podía convertirse en un peligro para los soberanos de Constantinopla.

En esta ciudad vivía entonces, desde el año 527, un soberano más poderoso, más amante del fasto y más ambicioso: Justiniano. Su ambición era unir de nuevo la totalidad del imperio romano bajo su gobierno. En su corte se vivía todo el lujo de Oriente; él y su mujer, Teodora, que había sido bailarina de circo, vestían pesados ropajes de seda bordados con piedras preciosas, con cadenas de oro y perlas de mucho runrún y tintineo.

Justiniano hizo construir en Constantinopla una inmensa iglesia con cúpula, Hagia Sophia (Santa Sofía), y quiso reavivar, en general, la magnificencia desaparecida de la antigua Roma. Para ello, mandó recopilar, ante todo, las múltiples leyes de los antiguos romanos, con todas las observaciones que habían hecho acerca de ellas los grandes eruditos y juristas. Esta recopilación es el gran código del derecho romano, llamado en latín*Corpus iuris civilis Justiniani*. Todo aquel que quiera ser juez o abogado hoy en día debe leerlo, pues sigue siendo el fundamento de muchísimas leyes.

Justiniano intentó, pues, arrojar a los godos de Italia tras la muerte de Teodorico y conquistar el país. Pero los godos se defendieron durante décadas en aquella tierra extranjera con un heroísmo inaudito. El asunto no era nada fácil, pues tenían también en su contra a los italianos, y la confusión fue aún mayor porque los godos eran también cristianos, aunque no creían exactamente en las mismas doctrinas que los romanos y los súbditos de Justiniano. No creían, por ejemplo, en la Trinidad. Por eso fueron combatidos y acosados como infieles. En aquellas luchas acabaron sucumbiendo casi todos. El resto, un ejército de 1.000 hombres, obtuvo tras la última batalla libertad de retirada y desapareció en el norte. Fue el final del gran pueblo de los ostrogodos. Justiniano era ahora también soberano de Rávena, donde construyó iglesias magníficas en las que aparecen solemnemente representados él y su esposa.

Pero los soberanos del imperio romano oriental no gobernaron en Italia mucho tiempo. El año 568 d.C. llegaron del norte nuevos pueblos germánicos, los longobardos. Volvieron a conquistar el país, y una comarca de Italia sigue llamándose en la actualidad Lombardía, por el nombre de esos pueblos. Fue el último gran rugido de la tormenta. Luego cayó lentamente la noche clara y estrellada de la Edad Media.

COMIENZA LA NOCHE ESTRELLADA

Es probable que también tú creas que las invasiones de los bárbaros fueron una especie de tormenta, pero sin duda te parecerá extraño que la Edad Media se haya de considerar una noche estrellada. Sin embargo, así fue. Quizá hayas oído hablar de la «tenebrosa Edad Media». Con esta expresión se quiere decir que, en aquella época, tras la caída del imperio romano sólo unas pocas personas sabían leer y escribir, que desconocían lo que ocurría en el mundo, que contaban toda clase de milagros y cuentos fabulosos y, sobre todo, que eran muy supersticiosas. Que las casas eran entonces pequeñas y oscuras, los caminos y las carreteras construidos por los romanos se habían deteriorado y estropeado y las ciudades y campamentos romanos eran ruinas cubiertas de hierba. Que las buenas leyes romanas habían caído en el olvido y las hermosas esculturas griegas estaban destrozadas. En realidad, no era de extrañar, tras los terribles periodos de guerra de las invasiones de los bárbaros.

Pero eso no es todo. No se trataba de una noche cerrada, sino de una noche estrellada, pues por encima de toda aquella oscuridad y de la inquietante incertidumbre que provocaba en las personas el temor a magos y brujas, al demonio y a los espíritus malignos, como niños en un lugar sin luz, sobre todo ello brillaba, no obstante, el cielo estrellado de la nueva fe que les indicaba un camino. De la misma manera que uno no se pierde fácilmente en el bosque si ve las estrellas, la Osa Mayor o la estrella Polar, tampoco la gente llegó a extraviarse del todo en aquel tiempo, por más a menudo que tropezara en la oscuridad. Una cosa sabían con certeza: que todos los seres humanos han recibido su alma de Dios, que todos son iguales ante El, el pordiosero lo mismo que el rey, y que, por tanto, no debía haber esclavos a quienes se tratara como objetos. Que el Dios único e invisible que ha creado el mundo y salva a los humanos por medio de su gracia quiere que seamos buenos. No es que entonces hubiera únicamente gente buena. En Italia, al igual que en las comarcas germánicas, había numerosos guerreros terriblemente crueles, salvajes, brutales y duros de corazón que actuaban de manera maliciosa, sanguinaria y despiadada. Pero ahora lo hacían con peor conciencia que en tiempo de los romanos. Sabían que eran malos. Y temían la venganza de Dios.

Muchas personas deseaban vivir enteramente de acuerdo con la voluntad divina. No querían permanecer en medio del ajetreo de las ciudades y de la gente, donde se corre tan a menudo el peligro de hacer algo injusto. De manera muy similar a los ermitaños indios, marchaban al desierto para rezar y hacer penitencia. Eran los monjes. Al principio los había en Oriente, en Egipto y Palestina. Para muchos de ellos, lo más importante era la penitencia. Se trataba de una doctrina que habían aprendido también, en parte, de los indios, de quienes ya has oído que se mortificaban de manera particular. Había monjes que se instalaban en medio de la ciudad sobre una

alta pilastra, sobre una columna, y pasaban allí la vida casi inmóviles pensando en la condición pecadora del ser humano. La poca comida que necesitaban la subían en una cesta. Sentados así, contemplaban desde lo alto el ajetreo que se desarrollaba a sus pies y esperaban acercarse a Dios. Se les llamaba santos estilitas, de la palabra griega stylos, que significa columna.

Pero en Occidente, en Italia, vivió un santo, también monje, que de manera muy parecida a Buda, no encontró la calma interior en esta vida solitaria de penitencia. Se llamaba Benito, «el bendecido». Pensaba que la penitencia por sí sola no respondía a las enseñanzas de Cristo. No basta con hacerse ser bueno uno mismo, sino que, además, hay que hacer el bien. Pero para hacer el bien no podemos estar sentados sobre una columna, sino que debemos trabajar. Ese era su lema: reza y trabaja. Benito fundó una asociación con algunos monjes que pensaban como él y querían vivir de esa manera. Esa asociación recibe el nombre de orden. Los miembros de su orden se llaman, por él, benedictinos. Los lugares donde residía esa clase de monjes eran los monasterios. Quien deseaba entrar en un monasterio y permanecer allí para siempre como miembro de la orden debía prometer tres cosas: 1, no poseer nada personalmente; 2, no casarse; 3, obedecer siempre y sin condiciones al superior del monasterio, el abad.

Cuando alguien profesaba como monje no tenía que limitarse, pues, a rezar en el monasterio, aunque los rezos se tomaban, por supuesto, muy en serio y los oficios divinos se celebraban varias veces al día. Además, había que hacer el bien. Pero para ello era también necesario saber y ser capaz de algo. Por eso, los monjes benedictinos fueron los únicos en interesarse por todas las ideas y descubrimientos de la Antigüedad. Coleccionaron los antiguos libros en rollo, dondequiera que pudieron encontrarlos, a fin de estudiarlos, y los copiaron por escrito para difundirlos. En un trabajo de años, pintaron en gruesos tomos realizados en pergamino sus letras claras y recurvadas y escribieron no sólo biblias y vidas de santos, sino también antiguos poemas latinos y griegos. Si los monjes no se hubieran tomado tanto trabajo, no conoceríamos casi ninguno de ellos. Pero, sobre todo, reprodujeron los antiguos libros sobre ciencias naturales y cultivo de los campos y los copiaron con tanta fidelidad como les fue posible, pues, aparte de la Biblia, lo más importante para ellos era cultivar bien la tierra para tener grano y pan no sólo para ellos, sino también para los pobres. En los parajes abandonados no había ya apenas posadas. Quien se atrevía a viajar debía pernoctar en los monasterios, donde recibía un buen alojamiento. En ellos reinaban el silencio, la laboriosidad y la tranquilidad. Los monjes daban también clases a los niños de los alrededores del monasterio; les enseñaban a leer y escribir, a hablar latín y a comprender la Biblia. Así, el monasterio era entonces el único lugar en medio de extensos territorios donde existía cultura y civilización y donde no había muerto el recuerdo de las ideas de griegos y romanos.

Italia no fue el único país donde hubo monasterios de ese tipo. Al contrario; los monjes consideraban especialmente importante construirlos en tierras salvajes y lejanas para predicar allí el Evangelio, instruir al pueblo y roturar bosques impenetrables. Irlanda e Inglaterra contaron con un gran número de monasterios. Estos países, al ser islas, no se habían visto tan duramente afectados por la tormenta de las migraciones de los pueblos, aunque también ellos habían sido colonizados en parte por tribus germánicas llamadas anglos y sajones, que aceptaron muy pronto el cristianismo.

Luego, los monjes de Irlanda e Inglaterra marcharon a predicar y enseñar a los reinos de los galos y los germanos. Estos últimos no eran aún cristianos en su totalidad. Su príncipe más poderoso se había cristianizado sólo de nombre. Se llamaba Clodoveo y pertenecía a la familia de los merovingios. Gobernaba como rey sobre la tribu de los francos y, con valor y astucia, mediante el asesinato y el engaño, había puesto pronto bajo su dominio a media Alemania y una gran parte de la actual Francia, que sigue llamándose así, Francia, por el rey de los francos, Clodoveo.

Clodoveo, pues, se había hecho bautizar, a sí y a su pueblo, en el año 496, probablemente porque creía que el dios de los cristianos era un poderoso demonio que le ayudaría a triunfar. No era una persona piadosa. Los monjes tenían aún muchísimo quehacer en el país de los germanos. Fundaron monasterios y enseñaron a los francos o alamanes el cultivo de los árboles frutales y la vid y mostraron a aquellos feroces guerreros que en el mundo existían otras cosas además de la fuerza corporal y el valor en la batalla. Fueron muy a menudo consejeros de los reyes cristianos de los francos en la corte merovingia; y como eran quienes mejor sabían leer y escribir, redactaban las leyes y realizaban para el rey todas las tareas de escribanía. Pero los trabajos de escribanía eran también tareas de gobierno, pues los monjes escribían cartas dirigidas a otros reyes, mantenían los vínculos con el papa de Roma y, vestidos con sus hábitos sencillos y nada vistosos, eran los auténticos soberanos del reino de los francos, sumido todavía en un gran desorden.

Otros monjes llegados de Irlanda e Inglaterra se atrevieron a penetrar en las zonas salvajes y en los densos bosques del norte de Alemania y en la actual Holanda, cuyas poblaciones no eran cristianas ni siquiera de nombre. La predicación del Evangelio en aquellas tierras era arriesgada, pues los campesinos y guerreros del país se mantenían firmes en la fe de sus padres. Rezaban a Wotan, el dios del viento de las tormentas, a quien no veneraban en templos sino al aire libre, a menudo bajo viejos árboles considerados sagrados. En cierta ocasión llegó hasta uno de esos árboles el monje y sacerdote cristiano Bonifacio para predicar su fe. Quería mostrar a los germanos del norte que Wotan era sólo una figura fabulosa, así que cogió un hacha para hacer astillas el árbol sagrado con sus propias manos. Todos los presentes esperaban ver cómo un rayo caído del cielo acababa con él en un instante. Pero el árbol se derrumbó

sin que ocurriera nada. Muchos se hicieron bautizar a continuación por Bonifacio, pues habían perdido su antigua fe en el poder de Wotan y de los demás dioses; pero otros se indignaron con él y lo mataron en el año 754.

No obstante, la época del paganismo había concluido en Alemania. Pronto comenzaron todos a acudir a las sencillas iglesias de madera construidas junto a los monasterios y, acabados los servicios divinos, pedían consejo a los monjes sobre cómo tratar el ganado enfermo y proteger los manzanos contra las orugas. También los poderosos del reino acudían a visitar a los monjes; y los más feroces y violentos de ellos fueron precisamente quienes más gustosos les ofrecieron grandes posesiones, pues pensaban poder apaciguar a Dios de esa manera. Los monasterios se hicieron, pues, ricos y poderosos, pero los propios monjes siguieron viviendo pobres en sus celdas sencillas y pequeñas, y rezaron y trabajaron tal como les había ordenado san Benito.

NO HAY MÁS DIOS QUE ALÁ, Y MAHOMA ES SU PROFETA

¿Te imaginas el desierto? El auténtico desierto, el de arena, recorrido por largas caravanas de camellos con pesadas cargas y raras mercancías. La arena se extiende por todas partes. Tan sólo a lo lejos se ven algunas palmeras que se alzan contra el cielo separadas por grandes distancias. Hacia ellas se dirigen las cabalgaduras, pues hay allí un oasis con una fuente y un poco de agua fangosa. Luego, la marcha continúa. Y, finalmente, la caravana llega a un oasis mayor donde hay toda una ciudad, con casas blancas en forma de cubos en las que viven personas de piel morena vestidas también de blanco, gente de pelo negro y ojos oscuros y brillantes. Los hombres, ya se ve, están acostumbrados a la lucha. Recorren el desierto sobre sus caballos, maravillosamente rápidos, saquean caravanas y combaten entre sí; oasis contra oasis, ciudad contra ciudad, tribu contra tribu. Eso es lo que vemos aún hoy en Arabia; y así debió de ser, sin duda alguna, hace miles de años. Sin embargo, en este extraño territorio desértico con sus escasos y combativos pobladores ocurrió lo más raro, tal vez, de cuanto voy a contarte.

La cosa fue así: en el tiempo en que los monjes aconsejaban a los sencillos campesinos de Alemania y en que los reyes de los merovingios dominaban sobre los francos, es decir, alrededor del año 600 d.C., nadie hablaba de los árabes, que recorrían el desierto sobre sus cabalgaduras, vivían en tiendas y luchaban entre sí. Tenían una fe sencilla sobre la que no reflexionaban demasiado. Rezaban a las estrellas, al igual que los antiguos babilonios, y sobre todo a una piedra que creían caída del cielo. La piedra se encontraba en un santuario llamado Kaaba, en la ciudad de La Meca, situada en un oasis. Los árabes solían peregrinar allí a través del desierto para orar.

Por aquellas fechas vivía en La Meca un hombre llamado Mahoma, hijo de Abdallah. Su padre era una persona distinguida, aunque no rica, y pertenecía a la familia encargada de custodiar el santuario de la Kaaba en La Meca. Murió muy pronto y no dejó a su hijo Mahoma más que cinco camellos. No era gran cosa, y Mahoma no pudo seguir viviendo mucho tiempo en el desierto, en el campamento de tiendas, como los demás hijos de las personas distinguidas, sino que hubo de ponerse al servicio de gente rica como pastor de cabras. Más tarde trabajó para una mujer adinerada mucho mayor que él y emprendió a su servicio largos viajes como camellero con las caravanas de mercaderes. Se casó con su patrona y vivió en feliz matrimonio. La pareja tuvo seis hijos, y Mahoma tomó además como hijo a su joven primo Alí.

Mahoma, aquel hombre fuerte y vivaz, de cabellos y barba negros, con su gran nariz aguileña y su andar grave y balanceante, era muy apreciado. Le llamaban «el

justo». Pronto demostró interés por asuntos de fe y le gustaba hablar no sólo con los peregrinos árabes que llegaban a La Meca a visitar la Kaaba, sino también con cristianos de la cercana Abisinia y con judíos, bastante numerosos en los oasis árabes. Uno de los relatos contado tanto por los judíos como por los cristianos le impresionó de manera especial: la doctrina del único Dios, invisible y todopoderoso.

De noche, junto a la fuente, le gustaba que le hablaran de Abraham y José, de Cristo y María. Y un buen día, durante un viaje, tuvo de pronto una visión. ¿Sabes qué es eso? Un sueño en el que no se duerme. A Mahoma le pareció ver al arcángel Gabriel ante él y oyó cómo le hablaba con fuerte voz. «¡Lee!», exclamó el ángel. «No sé leer», balbuceó Mahoma. «¡Lee!», volvió a decirle el ángel en voz alta por segunda y tercera vez, ordenándole que rezara en nombre del señor, su dios. Mahoma regresó a casa completamente afectado por aquella visión. No sabía qué le había sucedido.

Durante tres años no dejó de reflexionar y dar vueltas a aquella experiencia. Finalmente, al cabo de esos años volvió a tener otra visión. Vio de nuevo ante sí al arcángel Gabriel circundado por la luz de una gloria celestial. Temblando y fuera de sí, Mahoma corrió a su casa y se tendió trastornado en la cama. Su mujer lo cubrió con un manto. Mientras estaba así tumbado, oyó de nuevo la voz: «Levántate y amonesta a la gente —le ordenó— y glorifica a tu señor». Aquello fue para Mahoma un mensaje de Dios que le ordenaba advertir al mundo de la amenaza del infierno y proclamar la grandeza del Dios único e invisible. Desde ese momento, Mahoma se sintió como el profeta, como el portavoz por cuya boca anunciaba Dios su voluntad a los humanos. Predicó en La Meca la doctrina del único dios omnipotente, el juez supremo que le había elegido a él, Mahoma, como su mensajero. Pero la mayoría de la gente se rió de él. Sólo su esposa y algunos miembros de la familia y amigos le creyeron.

Pero los sacerdotes del santuario de La Meca, aquellos personajes importantes encargados de su protección, vieron en Mahoma, naturalmente, no sólo un loco, sino también un enemigo peligroso. Así pues, prohibieron a todos los habitantes de La Meca comerciar con la familia de Mahoma y con sus seguidores. Esta prohibición se colgó de la Kaaba. Fue un golpe tremendo, y los amigos y familiares del profeta hubieron de padecer durante años hambre y necesidad. Pero Mahoma había conocido en La Meca algunos peregrinos llegados de fuera, de una ciudad de oasis enemistada desde hacía tiempo con La Meca. En aquella ciudad vivían muchos judíos, de modo que sus habitantes árabes conocían la doctrina del único dios, y la predicación de Mahoma les agradó.

Sin embargo, el hecho de que Mahoma predicara entre aquellas tribus enemigas y su amistad con ellas fuera en aumento irritó a la gente distinguida de La Meca, sobre todo a los guardianes de la Kaaba, que determinaron asesinarlo por alta traición.

Mahoma envió a todos sus partidarios fuera de La Meca a la ciudad del desierto que había trabado amistad con él, y cuando los asesinos a sueldo entraron finalmente en su casa, huyó a esa ciudad por una ventana trasera el 16 de junio del año 622. Esta huida se llama en árabe «hégira», y los seguidores de Mahoma cuentan los años a partir de ella, como contaban los griegos por las olimpiadas, los romanos por la fundación de Roma y los cristianos por el nacimiento de Cristo.

Mahoma fue recibido solemnemente en esta ciudad, a la que más tarde se dio en su honor el nombre de Medina, la Ciudad del Profeta. Todo el mundo corrió a su encuentro y todos querían alojarlo. Para no ofender a nadie, Mahoma dijo que viviría allí donde fuera su camello por sí mismo. Y así lo hizo. Mahoma impartió entonces sus enseñanzas a sus seguidores, que le escucharon con agrado. Les contó cómo Dios se había manifestado a los judíos por medio de Abraham y Moisés, cómo había adoctrinado a los humanos por la boca de Cristo y cómo ahora le había elegido a él, Mahoma, para ser su profeta.

Les enseñó a temer sólo a Dios, que en árabe se dice Alá, y a nadie más. Según Mahoma, carece de sentido angustiarse o alegrarse, pues nuestro destino futuro está determinado de antemano por Dios y escrito en un gran libro. Lo que vaya a ser, será de todos modos; la hora de la muerte se nos ha fijado ya desde el principio. Debemos entregarnos a la voluntad de Dios. Ahora bien, «entrega» se dice «islam», por lo cual Mahoma dio a su doctrina el nombre de Islam. Explicó que sus seguidores debían luchar y vencer por esa doctrina, que no era pecado matar a un infiel que no quisiera reconocerlo como profeta y que el valiente guerrero que cayera combatiendo por Alá y el profeta iría al punto al paraíso, mientras que el infiel o el cobarde bajarían al infierno. Mahoma describió el paraíso a sus partidarios de manera especialmente magnífica en sus predicaciones, visiones y revelaciones, que reciben en conjunto el nombre de «Corán».

> Los creyentes están allí recostados unos frente a otros sobre blandos almohadones; muchachos inmortales les sirven como pajes el mejor de los vinos en jarras y vasijas, y nadie se emborracha ni a nadie le duele la cabeza por beberlo; hay allí maravillosas frutas y toda la carne de aves que uno pueda desear; les atienden muchachas de grandes ojos, bellas como perlas. Los bienaventurados se reúnen bajo flores de loto sin espinas y plataneros en flor, bajo sombras extensas y junto a corrientes de aguas abundantes; sobre ellos cuelgan los racimos, y las copas de plata pasan sin cesar de mano en mano. Llevan vestidos de seda verde y brocado adornados con pasadores de plata.

Ya puedes figurarte que, para los pobres habitantes del ardoroso desierto, un paraíso así era una promesa por la que merecía la pena luchar y morir.

Entonces, los habitantes de Medina marcharon contra La Meca para vengar a su profeta y saquear las caravanas. Vencieron una vez y consiguieron un magnífico botín; pero luego volvieron a perderlo todo. Los habitantes de La Meca se presentaron ante Medina con intención de sitiarla, pero hubieron de dar la vuelta al cabo de diez días. Luego, Mahoma peregrinó a La Meca en compañía de 1.500 hombres armados. En La Meca no habían visto nunca de aquel modo, como un poderoso profeta, al pobre y ridiculizado Mahoma. Muchos se pasaron a sus filas y Mahoma conquistó pronto toda la ciudad con un ejército, pero perdonó la vida a sus habitantes y se limitó a arrojar fuera del santuario las imágenes de los ídolos. Se había convertido en un hombre poderoso, y para honrarlo llegaron de todas partes emisarios venidos de campamentos y oasis. Poco antes de morir predicó aún ante 40.000 peregrinos y les inculcó por última vez sus principios: que no hay más dios que Alá; que él, Mahoma, era su profeta; y que había que someter a los infieles. Les exhortó a que rezaran cinco veces al día de cara a La Meca, se abstuvieran de beber vino y fueran valerosos. Poco después moría, en el año 632.

En el Corán leemos: «Combatid a los infieles hasta acabar con cualquier resistencia». Y en otro pasaje: «Matad a los idólatras dondequiera que los halléis; hacedlos prisioneros, sitiadlos, acechadlos en todas partes. Pero, si se convierten, dejadlos ir en paz».

Los árabes se atuvieron a estas palabras del profeta y, una vez convertidos o muertos todos los habitantes de su desierto, marcharon a los países próximos guiados por los sucesores de Mahoma, o «califas», Abu Bakr y Ornar. Las naciones vecinas quedaron como paralizadas ante un fervor tan salvaje. Seis años después de la muerte de Mahoma, las tropas de guerreros árabes habían conquistado Palestina y Persia en luchas sangrientas y obtenido botines increíbles. Otros ejércitos marcharon contra Egipto, que pertenecía aún al imperio romano oriental, pero que era entonces una tierra cansada y empobrecida, y lo conquistaron en los cuatro años siguientes. La gran ciudad de Alejandría cayó también en sus manos. Se dice que Ornar preguntó en aquella ocasión qué se debía hacer con la magnífica biblioteca donde en otros tiempos había llegado a haber 700.000 libros en rollos de poetas, escritores y filósofos griegos. Y cuentan que Ornar dijo: «Si en los libros hay escrito lo que está también en el Corán, entonces sobran; y si hay en ellos algo diferente, son dañinos». No sabemos si esto es cierto, pero no hay duda de que siempre ha habido gente que pensaba de ese modo, o parecido; y así, en aquellas luchas y confusión, se perdió para siempre la valiosísima e importantísima colección de libros.

A partir de ese momento, el imperio árabe se extendió con una fuerza imponente. Partió de La Meca como un fuego, por así decirlo, en todas las direcciones, como si Mahoma hubiera arrojado allí sobre el mapa una chispa ardiente. De Persia pasó a la India; y de Egipto se propagó por todo el norte de África. Sin embargo, los árabes no

mantuvieron la unidad. A la muerte de Omar eligieron varios califas o sucesores y lucharon entre sí de forma cruel y sanguinaria. Hacia el 670, unos ejércitos árabes intentaron conquistar también Constantinopla, la antigua capital del imperio romano oriental, pero sus habitantes se defendieron con heroísmo y desesperación durante siete años, hasta que los sitiadores se retiraron. En cambio, los árabes conquistaron desde África la isla de Sicilia. Pero esto no fue todo. Pasaron también a España, donde, como quizá recordarás, gobernaban los visigodos desde las migraciones de los pueblos. En una batalla que duró siete días enteros, el general Tarik se llevó la victoria y España quedó bajo el dominio mahometano.

Desde allí los árabes marcharon, a Francia, el reino de los francos, de los soberanos merovingios, y se enfrentaron a guerreros campesinos de tribus germánicas cristianas. El jefe de los francos era Carlos Martel, es decir, Carlos «el Martillo», por el coraje con que sabía golpear. Y, en efecto, el año 732, exactamente a los 100 de la muerte del profeta, venció a los árabes. Si Carlos Martel hubiera perdido en aquel entonces la batalla en los alrededores de Tours y Poitiers, en el sur de Francia, los árabes habrían conquistado seguramente todo el país junto con Alemania y habrían destruido los monasterios. Todos nosotros seríamos, quizá, mahometanos, como lo son aún hoy los persas y muchos indios, los árabes de Mesopotamia y Palestina, los egipcios y los norteafricanos.

Los árabes no siguieron siendo en general los feroces guerreros del desierto que habían sido en tiempos de Mahoma. Al contrario. En cuanto remitió un poco la primera furia guerrera, comenzaron a aprender en todos los países conquistados de los pueblos sometidos y convertidos. De los persas aprendieron a conocer todo el lujo del Oriente, el placer por las bellas alfombras y tejidos, los edificios suntuosos, los magníficos jardines y los artefactos preciosos de hermosos dibujos.

Como los mahometanos tenían prohibida la reproducción de la imagen de personas o animales a fin de eliminar cualquier recuerdo de la idolatría, decoraron sus palacios y mezquitas con magníficos trazos coloristas y entrelazados que llamamos arabescos, por los árabes. Pero, más aún que de los persas, los árabes aprendieron de los griegos que habitaban en las ciudades conquistadas del imperio romano oriental. Pronto dejaron de quemar libros y pasaron a coleccionarlos y leerlos. Leyeron con especial agrado los escritos de Aristóteles, el famoso maestro de Alejandro Magno, y los tradujeron también al árabe. De él aprendieron a interesarse por las cosas de la naturaleza y por las causas de todo. Y lo hicieron con gusto y dedicación. Muchos nombres científicos que oirás en el colegio en uno u otro momento vienen del árabe, por ejemplo los nombres de «química» o «álgebra». El libro que tienes en tus manos está hecho de papel, que también se lo debemos a los árabes, quienes lo aprendieron a su vez de prisioneros de guerra chinos.

Personalmente, sin embargo, siento un especial agradecimiento hacia los árabes

por dos cosas. La primera, los maravillosos cuentos que narraron y escribieron y que podrás leer en las*Mil una noches*. La segunda es aún más fabulosa que los propios cuentos, aunque no se te ocurrirá de buenas a primeras. Presta atención: «12». ¿Por qué decirnos «doce», y no «uno-dos» o «uno y dos», que significa «tres»? Es que la unidad, me dirás, no es una unidad, sino una decena. ¿Sabes cómo escribían «doce» los romanos?: «XII». ¿Y 112?: «CXII». ¿Y 1112?: «MCXII». ¡Imagínate si tuviéramos que multiplicar y sumar con esas cifras romanas! Pero con nuestras cifras «árabes» es la mar de sencillo. No sólo porque son bellas y fáciles de escribir, sino porque poseen algo nuevo: un valor de posición. Un número situado a la izquierda de otros dos es una centena. Y cien se escribe como un uno con dos ceros.

¿Habrías hecho tú un descubrimiento tan práctico? Yo, seguro que no. Este invento, y hasta la palabra «cifra», nos vienen de los árabes, y fueron los indios los que les dieron la idea de todo ello. Esto es lo que me parece a mí casi más fabuloso que los propios cuentos, tan magníficos. Y aunque sea bueno que Carlos Martel venciera a los árabes el año 732 d.C., tampoco es nada malo que ellos fundaran su gran imperio y recibieran en herencia y recogieran las ideas, formas e inventos de los persas y los griegos, de los indios y hasta de los chinos.

UN CONQUISTADOR CAPAZ, ADEMÁS, DE GOBERNAR

Si lees esta historia creerás, quizá, que es muy fácil conquistar el mundo o fundar grandes imperios, pues es algo que ocurre continuamente en la historia mundial. En realidad, en otros tiempos no era tan difícil. ¿A qué se debía?

Has de pensar que, entonces, no había aún periódicos ni correo, y que la mayoría de la gente no sabía con precisión qué ocurría a unos días de viaje de sus casas. Vivían en valles y bosques, cultivaban la tierra y lo más lejano que conocían eran las tribus vecinas. Pero con ellas solían mantener casi siempre hostilidades y querellas. Se hacían mutuamente todas las maldades imaginables, arrojaban el ganado del vecino fuera de los pastos y llegaban, incluso, a quemarse las granjas unos a otros. Era un constante tira y afloja de robos, venganzas y peleas.

La gente sólo conocía de oídas la existencia de algo más allá del pequeño círculo propio. Si, en alguna ocasión, llegaba a un valle o a un lugar del bosque un ejército de algunos miles de hombres, no había nada que hacer. Los vecinos se alegraban cuando ese ejército masacraba a sus enemigos y no pensaban que ellos serían los siguientes. Y si no los mataban sino que sólo les obligaban a unirse al ejército y seguir marchando contra los próximos vecinos, la actitud de los vencidos era casi siempre de agradecimiento. Así es como se formaban los ejércitos; y a las tribus individuales les resultaba cada vez más difícil vencerlos, por más valerosas que fueran. Eso es lo que ocurría en ocasiones con las campañas de conquista de los árabes, y algo similar pasó también con el famoso rey de los francos del que voy a hablarte ahora: Carlomagno.

Pero, aunque la conquista no era tan difícil como hoy, gobernar lo era mucho más. Había que enviar mensajeros a todas las regiones lejanas y remotas, unir los pueblos y tribus enfrentados para que comprendieran que había cosas más importantes que sus hostilidades tribales y sus venganzas de sangre. Quien quisiera ser un buen soberano debía ayudar a los campesinos, que llevaban una vida mísera e indigente, y procurar que la gente aprendiera algo y no perdiera cuanto los seres humanos habían pensado y escrito anteriormente. Un buen soberano debía ser entonces, en realidad, una especie de padre de su gran familia de pueblos y decidir todo personalmente.

Pues bien, uno de esos soberanos fue, sin duda, Carlomagno. Por eso lo llamamos «Magno». Descendía del jefe de los merovingios Carlos Martel, que había alejado a los árabes de Francia. Los merovingios no eran una familia real de mucha prestancia. Todo cuanto sabían hacer era estar sentados en el trono con su larga cabellera y su barba ondulante y repetir monótonamente los discursos que sus ministros les habían inculcado a machamartillo. No viajaban a caballo sino en carretas de bueyes, como los labradores; así es como se presentaban también en las asambleas del pueblo. No

obstante, quien gobernaba de verdad era una familia laboriosa de la que procedía también Carlos Martel. El padre de Carlomagno, Pipino, pertenecía así mismo a esa familia, pero no quiso limitarse a ser sólo un ministro cuyos discursos los pronuncia otro de memoria; además de tener el poder real quería también el título de rey. Así pues, destronó al rey de los merovingios y se hizo soberano del reino de los francos, al que pertenecía entonces aproximadamente la mitad de la actual Alemania y la parte oriental de la actual Francia.

Sin embargo, no debes imaginarte un reino consolidado, un verdadero Estado con funcionarios y, a poder ser, con una policía; ni nada comparable con el imperio romano. Por aquellas fechas no existía tampoco un pueblo alemán, como tampoco lo había habido en tiempos de los romanos. Lo que había eran tribus individuales que hablaban diferentes dialectos, tenían distintas costumbres y usos y estaban tan poco dispuestas a soportarse entre sí como los dorios y los jonios en la Grecia de su tiempo.

Los jefes o cabecillas de estas tribus se llamaban duques (de la palabra latina ducere, «conducir») porque conducían a sus ejércitos en la guerra marchando al frente de ellos. En Alemania había varios de esos ducados: el ducado de Baviera, el de Suabia, el de los alamanes, etc. Pero la tribu más poderosa eran, precisamente, los francos. Los demás estaban obligados a acudir a su llamada a combate, es decir, a luchar a su lado en caso de guerra. Esta soberanía en la guerra constituía, propiamente, el principal poder de los francos en tiempos de Pipino, padre de Carlomagno. Y ese poder militar fue aprovechado también por Carlomagno al subir al trono el año 768.

Primero conquistó toda Francia. Luego pasó los Alpes para ir a Italia, a donde, como recordarás, habían migrado los longobardos al final de las invasiones de los bárbaros. Carlomagno depuso al rey de los longobardos y dio el poder del país al papa de Roma, cuyo protector se consideró durante toda su vida. Luego marchó a España y luchó contra los árabes, pero regresó pronto.

Tras haber extendido su reino hacia el sur y el oeste, le llegó el turno al este. En el este, la actual Austria (en alemán Osterreich, que significa «reino del este»), habían entrado entonces de nuevo hordas de jinetes asiáticos muy similares a los hunos. Pero, en este caso, su soberano no era tan violento como Atila. Cercaban siempre sus campamentos con vallas difíciles de conquistar. Carlomagno y sus ejércitos combatieron durante ocho años contra los avaros en Austria y los derrotaron tan completamente que no quedó nada de ellos. Pero los avaros, al igual que antes los hunos, habían empujado por delante en su invasión a otros pueblos. Estos pueblos eran los eslavos, que fundaron también por aquellas fechas una especie de reino, aunque más desorganizado y violento que el de los francos. Carlomagno entabló también combate con ellos y los obligó, en parte, a unirse a su ejército y, en parte, a

entregarle tributos anuales. Pero durante estas campañas de guerra no olvidó nunca lo más importante para él, poner bajo su soberanía todas las tribus y ducados tribales alemanes y hacer de ellos realmente un pueblo.

Por entonces, sin embargo, la mitad oriental de Alemania no pertenecía aún al reino de los francos. El pueblo allí asentado era el de los sajones, tan ferozmente belicosos como las tribus germanas de la época de los romanos. Seguían siendo todavía paganos y no querían saber nada del cristianismo. Pero Carlomagno se consideraba jefe de todos los cristianos. En esto no pensaba de manera muy diferente de los mahometanos y creía que se podía obligar a la gente a adoptar una fe. Por eso luchó durante muchos años contra Widukind, caudillo de los sajones, que se le sometieron, aunque, luego, se enfrentaron a él; Carlomagno regresó y asoló su país. Pero, apenas se marchaba, volvían a liberarse. Iban con él a la guerra muy obedientes, pero, de pronto daban media vuelta y atacaban a sus tropas. Al final, Carlomagno les impuso un castigo terrible e hizo ejecutar a más de 4.000 sajones. Los demás se hicieron bautizar a continuación, pero hubo de pasar mucho tiempo hasta que amaron la religión del amor.

Carlomagno, no obstante, había llegado a ser para entonces realmente poderoso. Ya te he dicho además que no sólo sabía conquistar, sino también gobernar y cuidar de su pueblo. Consideraba especialmente importantes las escuelas, y él mismo pasó toda su vida aprendiendo. Hablaba latín tan bien como alemán, y entendía el griego. Le gustaba hablar mucho, con una voz clara y aguda. Se interesó por todas las ciencias y artes de la Antigüedad y tomó lecciones de oratoria y astrología de monjes eruditos de Inglaterra e Italia. Se cuenta, sin embargo, que le resultaba difícil escribir, pues su mano estaba más acostumbrada a sostener la espada que a trazar una tras otra letras bellamente recurvadas.

Le encantaba ir de caza a caballo o nadar. Solía vestir con mucha sencillez. Llevaba una camisa de lino, una bata con bandas de seda de colores y pantalones largos con polainas; y en invierno un jubón de piel con una capa azul. Se ceñía siempre una espada con empuñadura de oro o plata. Sólo en los festejos se ponía un traje bordado en oro, calzado con pedrería, un gran pasador de oro en la capa y una corona de oro y piedras preciosas. ¡Imagínate vestido así a aquel hombre imponente, de elevada estatura, en su palacio favorito de Aquisgrán, recibiendo a embajadores llegados de todas partes: de su reino de Francia, Italia y Alemania, de los países de los eslavos y de Austria!

Carlomagno hacía que se le enviara información exacta desde todos los lugares y decidía lo que debía llevarse a cabo en todo el país. Nombró jueces e hizo recopilar las leyes, pero también determinaba quién había de ser obispo y llegó incluso a fijar los precios de los alimentos. Pero lo más importante para él era la unidad de los alemanes. No quería gobernar sólo sobre unos cuantos ducados tribales, sino hacer de

ellos un imperio sólido. Cuando esta idea no agradaba a algún duque, como ocurrió con Tasilo de Baviera, Carlomagno lo deponía. Tienes que pensar que fue entonces cuando se empleó por primera vez una palabra alemana común para la lengua de todas las tribus germánicas y que ya no se habló sólo de franconio, bávaro, alamánico o sajón, sino, por primera vez de «thiudisk», es decir «deutsch» (alemán).

Como Carlomagno se interesaba por todo lo alemán, hizo poner también por escrito los antiguos cantos heroicos aparecidos, probablemente, en las guerras de las migraciones de los pueblos. Esas epopeyas trataban de Teodorico, llamado más tarde Dietrich de Berna; de Atila; o Etzel, el rey de los hunos; de Sigfrido, que mató al dragón y fue apuñalado arteramente por Hagen. Pero los cantos de esta época se han perdido casi todos; sólo conocemos las sagas por descripciones realizadas casi 400 años después.

Sin embargo, Carlomagno no se sentía sólo rey de los alemanes y señor del reino de los francos, sino también protector de todos los cristianos. Y así lo creía también el papa de Roma, a quien protegió en varias ocasiones frente a los longobardos, en Italia. Cierta vez en que Carlomagno se hallaba rezando en la mayor iglesia de Roma, la de San Pedro, la noche de Navidad del año 800, el papa se le acercó de pronto y le impuso una corona. Luego, él y todo el pueblo se arrodillaron ante Carlos y lo honraron como el nuevo emperador romano impuesto por Dios para salvaguardar la paz del imperio. Carlomagno debió de sentirse muy sorprendido, pues probablemente no sospechaba qué pretendían de él. Pero a partir de ese momento llevó la corona y fue el primer emperador alemán del Sacro Imperio Romano, según se llamó más tarde.

El imperio de Carlos debía hacer revivir el poder y la grandeza del antiguo imperio romano, sólo que ahora los soberanos no serían los romanos, paganos, sino los germanos, cristianos. El plan y el objetivo de Carlomagno era hacer de los germanos los caudillos de la cristiandad, y ésa ha sido durante largo tiempo la meta de los emperadores alemanes, aunque su realización casi plena sólo se dio bajo el gobierno de Carlos. A su corte llegaron enviados de todo el mundo para mostrarle sus respetos. El poderoso emperador romano oriental de Constantinopla no fue el único en querer estar a buenas con él; el propio soberano de los árabes en la lejana Mesopotamia, el gran príncipe de los cuentos Harón al Rashid, que tenía su maravilloso palacio en Bagdad, cerca de la antigua Nínive, le envió como regalo preciosos tesoros, ropajes lujosos, especias raras y un elefante. Más adelante le mandó un reloj de agua, cuyo mecanismo era tan suntuoso como no se había visto nunca en el reino de los francos. En consideración al poderoso emperador, Harón al Rashid permitió incluso que los peregrinos cristianos pudieran acudir a Jerusalén, al santo sepulcro de Cristo, sin molestias ni impedimentos, Jerusalén se hallaba, según recordarás, bajo el dominio árabe.

Todo ello se debió a la inteligencia, la fuerza de voluntad y la superioridad del nuevo emperador, según se vio claramente tras su muerte, en el año 814. Las cosas se sucedieron en aquel momento con una triste celeridad. El imperio fue repartido al cabo de un tiempo entre los tres nietos de Carlos y pronto se descompuso en los reinos de Alemania, Francia e Italia.

En las zonas que habían pertenecido anteriormente al imperio romano se siguieron hablando lenguas romances, es decir francés e italiano. Los tres países no volvieron a unirse ya nunca. También se agitaron los ducados tribales alemanes y recuperaron de nuevo su independencia. Los eslavos se liberaron inmediatamente después de la muerte de Carlos y fundaron así mismo un poderoso reino bajo su primer gran rey, Svatopluk. Las escuelas creadas por Carlos en Alemania decayeron y el arte de leer y escribir siguió siendo conocido tan sólo en algunos monasterios dispersos. Tribus germánicas del norte, los daneses y los normandos, llamados vikingos, saquearon con fiereza y sin temor como piratas las ciudades de la costa. Eran casi invencibles. Fundaron reinos en el este, entre los eslavos de la actual Rusia, y en el oeste, en la costa de la actual Francia. Una región francesa se sigue llamando actualmente Normandía por aquellos normandos.

El Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana, la gran obra de Carlomagno, no perduró en el siguiente siglo ni siquiera de nombre.

LA LUCHA POR EL DOMINIO DE LA CRISTIANDAD

La historia del mundo no es, por desgracia, una hermosa obra literaria. En ella no se busca el entretenimiento. Los sucesos desagradables se repiten en la historia una y otra vez. Apenas habían transcurrido 100 años desde la muerte de Carlomagno, cuando, en la época en que el país se hallaba en una situación tan triste, volvieron a entrar de nuevo hordas de jinetes, como antes los hunos o los avaros. En realidad, no es demasiado extraño. El camino de la estepa asiática hacia Europa era cómodo y, por tanto, más atrayente que una incursión contra China, que, además de estar protegida por la gran muralla de Qin Shi Huangdi, era por aquel entonces un Estado poderoso y ordenado, con ciudades grandes y florecientes y una vida increíblemente cultivada y de buen gusto en la corte imperial y en los hogares de los altos funcionarios, caracterizados por su cultura.

Por las mismas fechas en que en Alemania se recopilaban los antiguos poemas guerreros, para volver a quemarlos enseguida por demasiado paganos, y en que los monjes realizaban en Europa tímidos intentos para volver a contar la historia bíblica en rima alemana y en verso latino (es decir, en torno al año 800), vivían en China los mayores poetas que hayan existido, quizá, jamás. Escribían a la acuarela con ágiles trazos de pincel sobre seda versos escuetos, breves y sencillos, que a pesar de su simplicidad dicen tanto que, una vez leídos, ya no se olvidan. El imperio chino estaba bien administrado y protegido. Por eso, las muchedumbres de jinetes preferían introducirse constantemente en Europa. Esta vez fueron los magiares. Al no haber ningún papa León Magno ni emperador Carlomagno que se les pudiera enfrentar, conquistaron pronto las actuales Hungría y Austria y cayeron sobre Alemania para saquear y matar.

Entonces, los diversos ducados tribales tuvieron que elegir un caudillo, a gusto o a disgusto. Y, en el año 919, eligieron a Enrique, duque de Sajonia, como rey común que, finalmente, derrotó a los magiares y los mantuvo alejados de Alemania. Su sucesor, el rey Otón, llamado Otón el Grande, no los aniquiló tal como había hecho Carlomagno con los avaros, pero los obligó a asentarse en Hungría tras una terrible derrota en el año 945. Y allí siguen viviendo todavía sus descendientes, los actuales húngaros.

La tierra que les había arrebatado Otón no la conservó, sin más, como rey para sí, sino que la concedió a un príncipe. Era una práctica habitual en aquel entonces. En el año 976, Otón II, hijo de Otón el Grande, concedió de igual modo a un noble alemán, Leopoldo, de la familia de los Babenberg, una parte de la actual Austria Inferior, la región en torno al Wachau. Aquel noble construyó una fortaleza en las tierras que el rey le había concedido y gobernó allí como un príncipe. Había dejado de ser un funcionario corriente del rey; era algo más, un señor en su tierra, mientras el rey se lo

consintiese.

Los campesinos que habitaban allí no eran ya en su mayoría personas libres, como lo habían sido antes los campesinos germanos. Estaban adscritos a la tierra adjudicada por el rey o poseída por algún propietario distinguido. Las personas que la cultivaban pertenecían a la tierra como las ovejas y cabras que pastaban en ella, como los ciervos, los osos y los jabalíes que vivían en los bosques, como los ríos, los bosques, los pastos, los prados y los campos. Se les llamaba «colonos» y «siervos». No eran propiamente ciudadanos del imperio; no tenían derecho a ir a donde quisieran dentro del país ni a cultivar o dejar de cultivar sus campos. Eran lo que su nombre indicaba: personas no libres.

«Entonces, ¿eran esclavos, como en la Antigüedad?». En realidad, tampoco. Ya sabes que la esclavitud dejó de existir en nuestros países desde la imposición del cristianismo. Los no libres no eran esclavos, pues pertenecían a la tierra, y la tierra era propiedad del rey, aunque la hubiera concedido a los nobles. El noble o el príncipe no tenía, por tanto, derecho a venderlos o matarlos, como lo había tenido anteriormente el señor respecto a sus esclavos. Por lo demás, podía no obstante ordenarles lo que quisiera. Debían cultivar la tierra y trabajar para él cuando lo mandase, enviar regularmente pan y carne a su castillo para que comiera, pues el noble no trabajaba personalmente en el campo; como mucho, iba de caza cuando le apetecía. Las tierras concedidas por el rey eran en realidad suyas, pues también su hijo las heredaba de él si no había cometido algún delito contra el monarca. Y lo único que el príncipe debía al rey por la tierra concedida, llamada feudo, era ir a guerrear con sus hacendados y campesinos, cuando había guerras, que, por lo demás, eran muy frecuentes.

Toda Alemania estaba concedida entonces por el rey a ciertas personas distinguidas. El rey se reservaba tan sólo unas pocas propiedades. En Francia e Inglaterra ocurría lo mismo que en Alemania. El año 986 fue elegido rey en Francia un duque poderoso, Hugo Capeto; Inglaterra había sido conquistada el 1016 por un marino danés, Canuto, señor también de Noruega y de algunas zonas de Suecia, que dejó a los poderosos príncipes gobernar sobre sus feudos.

El poder de los reyes alemanes había aumentado mucho por su triunfo sobre los magiares. Otón el Grande, el vencedor de Hungría, consiguió además que los príncipes de los eslavos, los bohemios y los polacos reconocieran su soberanía feudal. Es decir, que consideraran su tierra como concedida por el rey alemán y le siguieran a la guerra cuando se lo solicitara.

Otón el Grande, convertido en un soberano tan poderoso, marchó a Italia, donde se había producido un terrible desorden y habían estallado guerras violentas bajo los longobardos. Otón declaró también a Italia feudo alemán y lo concedió a un príncipe longobardo. El papa se mostró agradecido a Otón por refrenar un tanto a los nobles

longobardos con su poderío y lo coronó emperador romano el año 962, tal como había sido coronado Carlomagno en el 800.

De ese modo, los reyes alemanes fueron de nuevo emperadores romanos y, por tanto, protectores de la cristiandad. Les pertenecía la tierra que araban los labradores desde Italia hasta el Mar del Norte, y desde el Rin hasta más allá del Elba, donde los campesinos eslavos eran «siervos» de nobles alemanes. A menudo el emperador concedía estas tierras no sólo a los príncipes, sino también a sacerdotes, obispos y arzobispos, que habían dejado de ser ya meros funcionarios de la iglesia y gobernaban como los nobles sobre extensos territorios y marchaban a la guerra a la cabeza de sus siervos campesinos.

Al principio, todo esto le pareció muy bien al papa. Además se llevaba de maravilla con los emperadores alemanes que lo protegían y defendían y eran hombres muy piadosos.

Pero la situación cambió pronto. El papa no quería permitir que el emperador pudiese decidir cuál de sus sacerdotes debía ser obispo de la región de Maguncia o Tréveris, de Colonia o Passau. El papa decía: «Se trata de cargos clericales y debo asignarlos yo, que soy el clérigo de más categoría». Pero, en realidad, no eran únicamente cargos clericales. El arzobispo de Colonia era pastor de almas y, al mismo tiempo, príncipe y señor de aquellas tierras. Y correspondía al emperador decidir quién debía ser príncipe y señor de sus territorios. Si lo piensas y consideras con atención, te darás cuenta de que ambos, tanto el emperador como el papa, tenían, desde su punto de vista, toda la razón. Al conceder tierras a los sacerdotes, se había caído en un atolladero, pues el señor supremo de todos los sacerdotes era el papa; y el de todas las tierras, el emperador. Aquello tenía que provocar inevitablemente un conflicto que estalló muy pronto y que se denomina lucha de las investiduras.

El año 1073 fue elegido papa en Roma un monje especialmente piadoso y diligente, que durante toda su vida anterior se había preocupado por la pureza y el poder de la iglesia. Se llamaba Hildebrando y, como papa, llevó el nombre de Gregorio VII.

En aquel tiempo era rey de Alemania un franco. Se llamaba Enrique IV. Al llegar aquí debes saber que el papa no se consideraba sólo el sacerdote supremo, sino también el soberano de todos los cristianos de la Tierra impuesto por Dios. Y así se sentía también, ni más ni menos, el emperador alemán, sucesor de los antiguos emperadores romanos y de Carlomagno, por su condición de protector y mandatario supremo de todo el mundo cristiano. Es cierto que Enrique IV no había sido coronado aún emperador, pero creía tener derecho a ello como rey alemán. ¿Quién de los dos cedería?

Al entablarse la lucha entre ambos, se produjo una increíble conmoción. Muchos eran favorables al rey Enrique IV; y otros muchos también al papa Gregorio VII. En

la actualidad se conocen todavía 155 escritos polémicos redactados entonces por los partidarios y adversarios del rey, a favor y en contra. Tantos fueron los que tomaron parte en esta lucha. En algunos de esos escritos polémicos se describe al rey Enrique como una persona malvada e iracunda; en otros se califica al papa duro de corazón o despótico.

Me parece que no vamos a creer a ninguno de los dos. Pensaremos que ambos tenían razón desde su punto de vista y, por eso, no consideraremos tan importante si el rey Enrique fue o no poco amable con su mujer (lo decían los enemigos del rey), y si el papa Gregorio no había sido elegido en realidad con todas las formalidades habituales (lo decían los adversarios del papa). A estas alturas nos es ya imposible viajar al pasado e indagar cómo fueron en realidad las cosas y si en alguno de esos escritos se calumnió al papa o al emperador. Probablemente se calumnió a ambos, pues, cuando la gente polemiza, suele ser casi siempre injusta. Lo que aquí quiero mostrarte es lo difícil de llegar a saber, después de más de 900 años, qué sucedió en realidad.

El rey Enrique no lo tenía fácil: los nobles a quienes había concedido tierras (es decir, los príncipes alemanes) estaban en su contra. No querían que el rey adquiriera demasiado poder, pues en tal caso podría darles órdenes. El papa Gregorio inició las hostilidades al excluir al rey de la iglesia, es decir, al prohibir a cualquier sacerdote celebrar la misa para él. Esto se conocía con el nombre de excomunión. Entonces, los príncipes declararon que no querían saber nada con un rey excomulgado y que elegirían a otro para el cargo. Enrique, por tanto, se vio obligado ante todo a procurar que el papa retirara aquella terrible excomunión. Para él era lo más importante. Si no lo conseguía, se había acabado su realeza. Así pues, viajó solo y sin ejército a Italia para negociar con el papa y pedirle que levantara la excomunión.

Era invierno, y los príncipes alemanes que querían impedir al rey Enrique reconciliarse con el papa habían ocupado carreteras y caminos. Así, el rey, acompañado de su esposa, tuvo que dar un gran rodeo y atravesó en medio del frío helado del invierno el puerto de Mont Genis, el mismo probablemente por donde había entrado Aníbal en Italia en otros tiempos.

El papa se hallaba de camino hacia Alemania para tratar con los enemigos del rey. Al oír que Enrique se acercaba, huyó a una fortaleza del norte de Italia llamada Canossa. Creía que el rey aparecería con un ejército. Al verlo venir solo para obtener la absolución de la excomunión, se sorprendió y alegró. Hay quien dice que el rey apareció con ropas de penitente, vestido con un hábito de tela basta, y que el papa le hizo esperar así durante tres días en el patio del castillo, descalzo en el duro frío de invierno, en medio de la nieve, hasta que se compadeció y levantó la excomunión eclesiástica. Algunos contemporáneos describen cómo el rey pidió al papa entre gemidos la gracia que éste, finalmente, le concedió compadecido.

Hoy, cuando se quiere decir de alguien que se humilla y se ve obligado a pedir clemencia a un adversario, se sigue hablando de «viaje a Canossa». Pero ahora voy a mostrarte cómo contaba la misma historia un amigo del rey: «Cuando Enrique se dio cuenta de su mala situación, concibió en secreto un plan astuto. De pronto e inesperadamente viajó al encuentro del papa. De ese modo obtuvo de un golpe dos ventajas: fue absuelto de la excomunión y, al presentarse en persona, impidió que el papa se reuniera con sus enemigos, lo que habría sido peligroso para él».

De ese modo, los amigos del papa consideraron la marcha a Canossa como un éxito extraordinario del papa; y los partidarios del rey, como una gran ventaja para su señor.

Este caso te demuestra lo atentos que debemos estar cuando queremos enjuiciar a dos potencias en conflicto. Pero la lucha no concluyó con el viaje a Canossa; ni siquiera con la muerte del rey Enrique, que había obtenido entretanto la dignidad imperial, ni con la del papa Gregorio. Es cierto que Enrique logró aún la deposición de Gregorio, pero la voluntad de aquel gran papa se fue imponiendo poco a poco. Los obispos fueron elegidos por la iglesia, y al emperador sólo se le permitió decir si estaba de acuerdo con la elección. El señor de la cristiandad fue el papa, y no el emperador.

Recordarás que los marinos nórdicos, los normandos, habían conquistado una franja de la costa francesa que aún se sigue llamando Normandía por su nombre. Aquella gente se acostumbró enseguida a hablar francés, como sus vecinos, pero no perdió el gusto por las navegaciones arriesgadas, por los desplazamientos y las conquistas. Algunos de ellos llegaron hasta Sicilia, donde lucharon contra los árabes, conquistaron, además, Italia meridional y, desde allí —guiados por su gran caudillo Roberto Guiscardo— defendieron al papa Gregorio VII contra los ataques de Enrique IV. Otros cruzaron el estrecho brazo de mar entre Francia e Inglaterra y, bajo su rey Guillermo, llamado desde entonces «Guillermo el Conquistador», vencieron al monarca inglés (un sucesor indígena del rey danés Canuto). Corría el año 1066, y casi todos los ingleses conocen esta fecha, pues fue la última vez en que un ejército enemigo pudo poner pie en Inglaterra.

Guillermo hizo que sus funcionarios le prepararan una lista detallada de todas las aldeas y fincas agrícolas y entregó muchas de ellas en feudo a sus compañeros de lucha. De ese modo, los nobles ingleses fueron normandos; y como aquellos normandos hablaban francés, pues provenían de Normandía, la lengua inglesa sigue siendo aún hoy una mezcla de antiguas palabras germánicas y romances.

CABALLEROS CABALLERESCOS

Seguro que has oído hablar de los antiguos caballeros de la época caballeresca. Quizá hayas leído incluso libros donde aparecen a menudo corazas y escuderos, cimeras y nobles corceles, vistosos escudos de armas y ciudades fortificadas, torneos y justas en que las mujeres otorgaban el galardón, viajes azarosos y damiselas abandonadas en el castillo, trovadores ambulantes y cabalgadas a Tierra Santa. Y lo más hermoso del asunto es que todo eso existió realmente. Nada de aquel esplendor romántico es invención. El mundo tuvo en otros tiempos un aspecto muy vistoso y aventurero, y a la gente le gustaba participar en los extraños juegos de la caballería, que a veces iban muy en serio.

Pero, ¿cuándo hubo caballeros, y cómo fue en realidad todo aquello?

Caballero significaba, propiamente, jinete, y la caballería comenzó también con el hecho de montar a caballo. La persona que podía permitirse mantener un corcel de combate para ir con él a la guerra era un caballero. Quien no podía permitírselo, tenía que marchar a pie, y no lo era. Así pues, las personas distinguidas a quienes el rey había concedido tierras en feudo eran caballeros. Los siervos campesinos debían suministrarles el pienso para el caballo. Pero los funcionarios de esas personas distinguidas, los administradores de sus fincas a quienes el príncipe había cedido a su vez una parte de la tierra obtenida en feudo, eran lo bastante ricos como para mantener una hermosa cabalgadura, aunque, por lo demás, no fueran muy poderosos. Cuando el rey llamaba a su señor a la guerra, tenían que acompañarle con sus caballos. Por eso eran también ellos caballeros. Los únicos que no tenían la condición de tales eran los campesinos y los sirvientes pobres, los siervos y los vasallos, que combatían a pie en la guerra.

El principio de todo esto se sitúa en la época del emperador Enrique IV, es decir, después del año 1000, y continuó así durante los siglos siguientes. No sólo en Alemania, sino, sobre todo, también en Francia.

Pero aquellos jinetes no eran aún caballeros tal como nos los imaginamos. Los príncipes y los nobles fueron construyéndose poco a poco grandes castillos sólidos y altaneros, como podemos verlos todavía en nuestras tierras. Castillos en los que eran auténticos señores. ¡Que fuera alguien a molestarlos! Esos castillos se alzaban a menudo sobre roquedos abruptos y recortados a donde sólo podía ascenderse por un lado, por el que subía únicamente una estrecha senda para cabalgaduras.

Antes de llegar a la puerta del castillo se abría un amplio foso lleno, a veces, de agua y atravesado por un puente levadizo que podía levantarse en cualquier momento mediante cadenas; en ese caso, el castillo quedaba cerrado y nadie podía entrar en él, pues al otro lado del foso se elevaban gruesos y firmes muros con saeteras, por donde se podían disparar flechas, y aberturas por las cuales se podía arrojar sobre los

enemigos pez hirviendo. Los propios muros tenían salientes, o almenas, y tras ellos se podía estar de pie y observar al enemigo. Al otro lado de aquel grueso muro se levantaba todavía otro más, y hasta un tercero, antes de llegar al patio del castillo. Desde él se accedía a las habitaciones donde vivía el caballero. Una sala con una chimenea en la que ardía un fuego estaba destinada a las mujeres, menos endurecidas que los hombres.

En aquellos castillos se vivía, efectivamente, con mucha incomodidad. La cocina era un cuarto ennegrecido por el hollín donde se asaba la carne en espetones sobre un fuego de leña crepitante. Junto a las habitaciones para los siervos y los caballeros había otros dos espacios: la capilla, donde el capellán celebraba los oficios divinos, y la torre del homenaje. Esta construcción era un torreón imponente, situado casi siempre en la parte más interior del castillo, donde se solían almacenar provisiones y al que se retiraban los caballeros cuando el enemigo había superado la montaña, los fosos, el puente levadizo, la pez hirviente y los tres muros. En ese momento se encontraban ante aquella torre amenazadora e imponente en cuyo interior podían defenderse los caballeros hasta que llegaba ayuda.

¡Y no nos olvidemos de otra cosa! Las mazmorras, un sótano profundo, estrecho, lóbrego y frío al que el caballero arrojaba a sus enemigos prisioneros y donde éstos se consumían mientras no se los liberara mediante un elevado rescate.

Seguro que has visto ya alguno de esos castillos. Pero, cuando vuelvas a visitar otro, no pienses sólo en los caballeros con sus cotas de mallas que pasearon por ellos; fíjate también un momento en los muros y torres y piensa en los hombres que los levantaron. Torres que se alzan sobre rocas puntiagudas entre precipicios. Todo aquello hubieron de hacerlo los súbditos campesinos, las personas que no eran libres, los vasallos, como se les llamaba. Ellos eran quienes tenían que picar y acarrear las piedras, subirlas con poleas y colocarlas unas sobre otras; y cuando sus fuerzas no daban para más, debían ayudarles sus mujeres y sus hijos, pues el caballero podía impartirles cualquier orden. Era mejor, sin duda, ser caballero que vasallo.

Los hijos de los vasallos eran a su vez vasallos; y los hijos de los caballeros, caballeros. No había gran diferencia con la antigua India y sus distintas castas.

Al cumplir los siete años, el hijo de un caballero marchaba a otro castillo para conocer allí la vida. Se le llamaba doncel o paje, y tenía que servir a las mujeres, llevarles la cola del vestido o, quizá, leerles en voz alta, pues las mujeres no solían saber leer ni escribir. Los pajes, en cambio, lo aprendían a veces. A los 14 años, los pajes ascendían a la categoría de escuderos. Y no tenían que permanecer sentados junto al fuego en el castillo; podían acompañar en las cabalgadas y salir de caza y a la guerra. El escudero llevaba el escudo y la lanza del caballero, le proporcionaba una segunda lanza cuando la primera se astillaba en combate y tenía que obedecer y ser fiel a su señor sin condiciones. Si había servido con valor y entrega como escudero,

recibía a los 21 años el espaldarazo de caballero. Se trataba de un acto solemne. El escudero tenía que realizar antes un largo ayuno y rezar en la capilla del castillo. El sacerdote le daba la sagrada comunión. Luego, tenía que arrodillarse entre dos testigos portando la armadura completa, pero sin casco, espada ni escudo; y su señor, que lo hacía caballero, le propinaba un golpe en cada hombro y en la nuca con la parte plana de la espada, acompa ñado de estas palabras:

> En honor de Dios y de María,
> Te propino tan sólo este golpe.
> Sé valiente, honorable y recto.
> Mejor caballero que siervo.

Luego, el escudero debía levantarse. Ya no era escudero, sino caballero; podía hacer caballeros a otros y llevar armas en su escudo (un león, una pantera o una flor), y la mayoría de las veces elegía también un bello lema para su vida. Luego se le entregaba solemnemente la espada y el casco, se le colocaban espuelas doradas y se le colgaba el escudo del brazo; a continuación, partía a caballo en compañía de un escudero, con su cimera de colores, una poderosa lanza y una capa de color rojo escarlata sobre la cota de malla para mostrarse digno de su condición de caballero.

Esta ceremonia tan solemne te hará comprender que un caballero era algo más que un simple guerrero a caballo. En realidad era casi miembro de una orden, una especie de monje, pues los buenos caballeros no debían ser sólo jinetes valientes. De la misma manera que el monje servía a Dios con la oración y sus buenas obras, el caballero debía servirle con su fuerza. Tenía que proteger a los débiles y desamparados, a las mujeres y a los pobres, a las viudas y a los huérfanos. Sólo debía desenvainar la espada en favor de la justicia y servir a Dios con cada uno de sus actos. Debía obediencia incondicional a su dueño, su señor feudal, y tenía que atreverse a todo por él. No podía ser brutal, pero tampoco cobarde. Nunca podía atacar junto con otro a un enemigo solo, sino que debía enfrentarse a él en combate singular. No le estaba permitido humillar a un adversario vencido. Todavía seguimos llamando «caballerosa» a la persona que se comporta así, pues actúa según los ideales del caballero.

Cuando un caballero amaba a una mujer, salía a combatir por su honor y procuraba afrontar grandes aventuras para hacer famosa a la dama de su corazón. Sólo se acercaba a ella con veneración y hacía todo cuanto le ordenaba. También esto formaba parte de la caballería. Si en la actualidad te resulta completamente natural ceder el paso a una señora ante una puerta o agacharte antes que ella si se le cae algo al suelo, es que pervive en ti un pequeño resto de las ideas de los antiguos caballeros por las que un hombre de verdad debe proteger a los débiles y honrar a las mujeres.

El caballero demostraba también en tiempos de paz su valor y su habilidad en los juegos caballerescos llamados torneos. A estas competiciones acudían caballeros de muchos países para medir sus fuerzas. Galopaban hacia el contrario armados de pies a cabeza con lanzas embotadas e intentaban descabalgarse el uno al otro. La esposa del señor del castillo otorgaba al vencedor el trofeo, que solía ser una guirnalda. Para agradar a las mujeres, el caballero no debía ser brillante únicamente en gestas de armas. Tenía que comportarse con comedimiento y nobleza, no decir palabrotas ni juramentos, como les gustaba a los guerreros, y debía dominar las artes de la paz, como el ajedrez y la poesía.

En realidad, los caballeros fueron a menudo grandes poetas que cantaron las glorias de sus damas queridas, su belleza y su virtud. En aquellos tiempos se cantaban y escuchaban también con gusto las hazañas de otros caballeros del pasado. Había largas historias en verso que hablaban de Parsifal y los caballeros del santo cáliz de la última cena de Cristo, el Grial, del rey Arturo y de Lohengrin, y también del desafortunado amante Tristán, y hasta de Alejandro Magno y la guerra de Troya.

Había trovadores que recorrían el país, de castillo en castillo, cantando aún las antiguas sagas de Sigfrido, el matador de dragones, y de Dietrich de Berna, el rey godo Teodorico. Estos poemas nos son conocidos sólo de esta época, tal como se cantaban en Austria, a orillas del Danubio, pues los que ordenó poner por escrito Carlomagno se perdieron. Cuando leas el «Canto de los nibelungos» (así se llama el poema que trata de Sigfrido), te darás cuenta de que todos los antiguos campesinos guerreros germánicos se han convertido en auténticos caballeros, y que hasta el propio Atila, el terrible soberano de los hunos, aparece descrito como el rey Etzel, caballeresco y noble, que celebra unas solemnes bodas en Viena con Kriemhilde, la viuda de Sigfrido.

Ya sabes que los caballeros consideraban su principal tarea luchar por Dios y la cristiandad. Para ello encontraron además una magnífica oportunidad. El sepulcro de Cristo en Jerusalén se hallaba, al igual que toda Palestina, en manos de los árabes, los infieles. Y cuando un fogoso predicador se lo recordó en Francia a los caballeros cristianos, y el papa —que tras su victoria sobre los reyes alemanes se había convertido en el poderoso soberano de la cristiandad— pidió su ayuda para liberar el Santo Sepulcro, miles y miles de caballeros exclamaron: «¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!».

El año 1096, guiados por un príncipe francés, Godofredo de Bouillon, avanzaron hacia Constantinopla siguiendo el curso del Danubio, y de allí pasaron a Palestina atravesando Asia Menor. Los caballeros y sus acompañantes habían cosido en sus espaldas cruces rojas de tela. Se les llamaba cruzados. Su propósito era liberar el país donde había sido crucificado Cristo en otros tiempos. Cuando, tras muchas privaciones y años de lucha, llegaron por fin a las puertas de Jerusalén, se sintieron

tan conmovidos al ver realmente aquella ciudad santa de la que tanto sabían por la Biblia, que, según se dice, besaron el suelo llorando. Luego sitiaron la ciudad, valientemente defendida por soldados árabes, y finalmente la tomaron.

Una vez en Jerusalén no se comportaron como caballeros ni como cristianos. Pasaron a cuchillo a todos los mahometanos y perpetraron atroces crueldades. Luego hicieron penitencia y marcharon hasta el santo sepulcro de Cristo descalzos y entonando salmos.

Los cruzados fundaron en Jerusalén un Estado cristiano cuyo custodio fue Godofredo de Bouillon. Pero aquel Estado pequeño y débil, situado lejos de Europa en medio de reinos mahometanos, era asediado constantemente por guerreros árabes, de modo que nuevos predicadores exhortaron en Francia y Alemania a realizar nuevas cruzadas. No todos tuvieron éxito.

Pero las cruzadas aportaron un beneficio no pretendido en absoluto por los propios caballeros: los cristianos conocieron en el lejano Oriente la cultura de los árabes, sus construcciones, su sentido de la belleza y su erudición. Y aún no habían transcurrido cien años desde la primera cruzada, cuando los escritos del maestro de Alejandro Magno, los libros de Aristóteles, fueron traducidos del árabe al latín y leídos y estudiados con empeño en Italia, Francia y Alemania. Se reflexionó sobre la manera de armonizar las doctrinas de Aristóteles con la enseñanza de la iglesia, y se escribieron gruesos libros en latín con dificilísimas reflexiones sobre esta cuestión. Todo cuanto habían aprendido y experimentado los árabes en sus campañas de conquista a lo largo del mundo, fue llevado ahora por los cruzados a Francia y Alemania. El ejemplo de sus supuestos enemigos convirtió en muchos aspectos a los feroces guerreros de Europa en auténticos caballeros caballerescos.

EL EMPERADOR EN LA ÉPOCA DE LA CABALLERÍA

En esta época fabulosa, tan variada y aventurera, reinaba en Alemania una nueva familia de caballeros llamada Hohenstaufen, por el nombre del castillo familiar. De ella procedía el emperador Federico I Hohenstaufen, que tenía una hermosa barba roja y al que se llamó, por eso, Federico Barbarroja. Los italianos le dieron el nombre de Federico Barbarossa, que significa lo mismo. Seguro que te preguntarás por qué en Alemania se le menciona tan a menudo por su nombre italiano, Barbarossa, a pesar de ser un emperador alemán. En realidad, Federico estaba cada dos por tres en Italia y fue allí donde llevó a cabo sus hazañas más famosas. Lo que atrajo a Barbarroja a Italia no fueron sólo el papa y su poder para otorgar la corona imperial romana a los reyes alemanes. Quería también gobernar sobre todo el país, pues necesitaba dinero. «¿No podía conseguirlo en Alemania?», me preguntarás. En realidad, no. En Alemania apenas había dinero por aquel entonces.

¿Has pensado alguna vez para qué necesitamos el dinero? «¡Para vivir, por supuesto!», me dirás. Pero eso no es cierto; ¿le has dado alguna vez un bocado a una moneda? Se puede vivir sólo con pan y otros alimentos, y quien cultiva el grano para hacer pan no necesita dinero, como tampoco lo necesitó Robinson Crusoe. Tampoco lo necesita aquel a quien se le da pan gratis. Así ocurría en Alemania. Los labradores sometidos a servidumbre cultivaban los campos y daban a los caballeros y a los monasterios, propietarios de la tierra, un décimo de su cosecha.

Pero, ¿de dónde obtenían los labradores sus aperos, sus ropas y los arreos de los animales de labranza? En la mayoría de los casos los intercambiaban. Cuando un labrador tenía, por ejemplo, un buey pero prefería seis ovejas para conseguir lana con que hacerse ropa, se lo cambiaba a su vecino. Y si mataba el buey y trabajaba los dos cuernos durante las largas noches de invierno para convertirlos en hermosos recipientes para beber, podía cambiar un cuerno por lino del campo de su vecino para que su mujer le tejiera un abrigo. Esta actividad se llama trueque. En Alemania, las cosas funcionaban entonces bastante bien de esta manera, sin dinero, pues la mayoría de la gente era labradores o propietarios de fincas. Todos los monasterios poseían igualmente muchas tierras que les habían donado o legado las personas piadosas.

En todo el extenso imperio alemán no había entonces casi nada, fuera de grandes bosques y pequeños campos, algunas aldeas, castillos y monasterios. No había, pues, ciudades. Ahora bien, el dinero se necesita sólo en las ciudades. El zapatero, el comerciante en paños o el escribano no pueden calmar el hambre y la sed con sus cueros, sus telas o su tinta. ¡Pero tampoco puedes ir al zapatero y darle pan a cambio de unos zapatos, para que tenga con qué vivir! ¿De dónde sacarías el pan, si no eres labrador? ¡Del panadero! Pero, ¿qué ibas a darle a cambio al panadero? Quizá podrías

ayudarle. Pero, ¿y si no te necesita? ¿O si tienes que ayudar a la frutera? Ya ves que vivir del trueque en las ciudades sería increíblemente complicado.

Por eso, la gente se puso de acuerdo en utilizar para el intercambio algo que todo el mundo quisiera tener y recibir, y que fuera fácil de repartir y llevar encima. Y que tampoco se estropeara cuando no se utilizase. Lo más apropiado para ello es el metal, es decir, el oro y la plata. Antes, todo el dinero era de metal, y la gente rica de verdad llevaba siempre en el cinto una bolsa con monedas de oro. Ahora puedes dar dinero al zapatero por unos zapatos; él le comprará pan al panadero, y éste se lo entregará al labrador a cambio de harina, y el labrador comprará, quizá, finalmente con tu dinero un arado nuevo que no le habría sido posible conseguir mediante trueque en el huerto del vecino.

Así pues, en tiempos de la caballería no había en Alemania casi ninguna ciudad y, por tanto, no se necesitaba dinero. Pero en Italia se conocía el dinero desde el tiempo de los romanos. Allí había habido siempre grandes ciudades con muchos comerciantes que llevaban el dinero en el cinturón y guardaban aún más en grandes y voluminosos cofres.

Algunas ciudades estaban situadas a orillas del mar, por ejemplo Venecia, que se levantaba en realidad en medio de las aguas, sobre pequeñas isletas a las que habían huido en otros tiempos sus habitantes escapando de los hunos. Había también otras poderosas ciudades portuarias, sobre todo Genova y Pisa, y los barcos de los burgueses (así se llamaban los habitantes de la ciudad) se hacían a la vela hacia destinos lejanos y traían de Oriente bellos tejidos, alimentos raros y armas valiosas. Estas mercancías se llevaban a vender desde los puertos tierra adentro, a ciudades como Florencia, Verona o Milán, donde con aquellas telas se hacían, quizá, vestidos, banderas o tiendas de campaña. Y de allí se enviaban a revender a Francia, cuya capital tenía ya entonces casi 100.000 habitantes; o a Inglaterra o Alemania, aunque el comercio con Alemania era escaso, pues en este país había poco dinero para pagar tales objetos.

Los burgueses de las ciudades se enriquecían cada vez más y nadie podía darles órdenes, pues no eran labradores y no pertenecían, por tanto, a ninguna tierra. Pero como, por otra parte, nadie les había concedido tierras, no eran tampoco auténticos señores. Se gobernaban a sí mismos (de manera muy parecida a como se hacía en la Antigüedad), contaban con sus propios tribunales y llegaron a ser pronto en sus ciudades tan libres e independientes como los monjes o los caballeros. Por eso se llamó a los burgueses el tercer estado, pues los labradores no entraban siquiera en la cuenta.

Al llegar aquí, volvemos, por fin, al emperador Federico Barbarroja y a sus necesidades de dinero. Como emperador romano de la nación alemana deseaba gobernar de verdad en Italia y hacer que los burgueses italianos le pagaran impuestos

y tributos. Pero éstos no tenían ninguna voluntad de hacerlo. Querían seguir con la misma libertad a la que estaban acostumbrados. Así pues, Barbarroja marchó a Italia con un ejército a través de los Alpes y convocó allí, en el año 1158, a juristas famosos para que declararan solemne y públicamente que, como sucesor de los cesares romanos, el emperador romano-germánico tenía todos los derechos que habían tenido éstos 1.000 años antes.

Sin embargo, aquel asunto no preocupó mucho a las ciudades italianas. No estaban dispuestas a pagar nada, así que el emperador marchó con su ejército contra ellas, en especial contra Milán, capital de los sublevados. Barbarroja estaba tan furioso que juró, según dicen, no ponerse la corona hasta haber conquistado la ciudad. Y lo cumplió. Una vez que Milán hubo caído, y tras su destrucción completa, el emperador dio un banquete en el que aparecieron él y su esposa portando la corona sobre sus cabezas.

Pero, por mayores que hubieran sido las hazañas de guerra realizadas por Barbarroja, en cuanto dio la espalda a Italia para volver a su patria, se desató un infierno. Los milaneses reconstruyeron la ciudad y no quisieron saber nada de un soberano alemán. Así, Barbarroja marchó a Italia en seis ocasiones, pero regresó con más fama guerrera que éxito.

El emperador estaba considerado como un modelo de caballero. Tenía mucha fuerza, y no sólo física. Era también generoso y sabía celebrar fiestas. Hoy no tenemos ya ni idea de cómo es una fiesta de verdad. En aquel tiempo, la vida diaria era más pobre y monótona que ahora, pero las fiestas tenían una prodigalidad y un colorido indescriptibles —realmente, como en un cuento—. El año 1181, para celebrar el nombramiento de caballero de su hijo, Federico Barbarroja dio, por ejemplo, una fiesta en Maguncia a la que fueron invitados 40.000 caballeros con sus escuderos y siervos. Vivieron en tiendas vistosas; y la más grande de todas, hecha de seda y levantada en el centro del campamento, fue ocupada por el emperador y sus hijos. Por todas partes ardían hogueras donde se asaban en espetones bueyes enteros, cerdos y un sinnúmero de gallinas; y había gente de todas las partes del mundo: saltimbanquis y funambulistas, pero también trovadores que, por la noche, durante la cena, interpretaban las bellísimas sagas del pasado. Debió de ser magnífico. El propio emperador demostró su fuerza en torneos junto con sus hijos en presencia de todos los nobles del imperio. La fiesta duró muchos días y fue cantada todavía durante largo tiempo.

Al ser un auténtico caballero, Federico Barbarroja emprendió finalmente una cruzada. Fue la tercera, en el año 1189. En ella participaron también el rey inglés, Ricardo Corazón de León, y el francés, Felipe. Ambos fueron por mar, y sólo Barbarroja marchó por tierra. Durante el viaje se ahogó en un río en Asia Menor.

Otro hombre aún más curioso, grandioso y admirable fue su nieto, llamado

también Federico. Federico II Hohenstaufen. Había crecido en Sicilia y, cuando era todavía un niño incapaz de gobernar, habían estallado en Alemania entre las familias poderosas muchas luchas por el gobierno. Unos eligieron para rey a un tal Felipe, pariente de Barbarroja; los otros a un tal Otón, de la familia de los güelfos. Y la gente, que no podía soportarse, tuvo una nueva ocasión de pelear. Si uno se decidía por Felipe, su vecino elegía a Otón por ese mismo motivo; y la estupenda costumbre adquirida por estos partidos, llamados en Italia güelfos y gibelinos, se mantuvo aún durante largo tiempo. Incluso cuando ya hacía mucho que Felipe y Otón habían dejado de existir.

Entretanto, Federico había crecido en Sicilia. Y había crecido muy de veras. No sólo en tamaño, sino también en inteligencia. Su tutor fue uno de los hombres más importantes que hayan existido: el papa Inocencio III, quien consiguió por fin lo que Gregorio VII, el gran adversario del rey alemán Enrique IV, había querido y pretendido. Era, realmente, la cabeza de toda la cristiandad. Destacó por su inteligencia y su erudición y se impuso a todos, no sólo al clero sino también a los príncipes de Europa entera. Su poder llegaba hasta Inglaterra. Cuando, en cierta ocasión, el rey inglés Juan no le obedeció, el papa lo excomulgó y prohibió a los sacerdotes ingleses celebrar misa. Los nobles ingleses se indignaron tanto contra su rey por este motivo que le arrebataron casi todo su poder. El año 1215 hubo de prometer solemnemente que no haría nada contra su voluntad. Aquello fue la gran promesa, o gran carta (en latín, *Magna Charta*), otorgada por el rey a los condes y caballeros y en la que les concedía para siempre un número de derechos que siguen disfrutando aún hoy los ciudadanos ingleses. Pero Inglaterra tuvo que pagar desde entonces al papa Inocencio III impuestos y tributos. A tanto llegaba su poder.

No obstante, el joven Federico II Hohenstaufen era también notablemente inteligente y, además, un triunfador. Para conseguir el título de rey de Alemania emprendió una arriesgada marcha a caballo de Sicilia a Constanza atravesando Italia y las montañas suizas, casi sin séquito. Su adversario, Otón el Güelfo, marchó a su encuentro con un ejército. Las perspectivas parecían casi desesperadas para Federico. Pero los ciudadanos de Constanza, al igual que todos cuantos lo habían visto y conocido, estaban tan encantados con su personalidad que se unieron a él y cerraron a toda prisa las puertas de la ciudad, de modo que Otón, llegado exactamente una hora después de Federico, hubo de emprender la retirada.

Federico supo conquistarse a todos los príncipes alemanes y, de ese modo, se convirtió pronto en un poderoso soberano, señor de todos los feudatarios de Alemania e Italia. Parecía inevitable la lucha entre los dos poderes, como había ocurrido en su tiempo entre el papa Gregorio VII y Enrique IV. Pero Federico no era Enrique IV. No fue a Canossa y no quiso hacer penitencia ante el papa; creía firmemente que estaba llamado a gobernar el mundo, tal como lo creía el papa Inocencio de sí mismo.

Federico sabía todo cuanto sabía Inocencio, pues, al fin y al cabo, éste había sido su tutor; sabía todo cuanto sabían los alemanes, pues eran su familia; y, en fin, sabía todo cuanto habían sabido los árabes en Sicilia, pues allí había crecido. Más tarde pasó en Sicilia la mayor parte de su vida, y allí pudo aprender también más que en ningún otro lugar del mundo.

Sicilia había estado dominada por todos los pueblos: fenicios, griegos, cartagineses, romanos, árabes, normandos, italianos y alemanes. Pronto se sumaron también a ellos los franceses. Aquello debería haber sido una torre de Babel, pero con una diferencia: que en Babel la gente acabó no entendiendo nada, mientras que Federico terminó por comprenderlo casi todo. No conocía sólo todas las lenguas, sino también muchas ciencias, además de componer poesía y ser un magnífico cazador. Escribió incluso un libro sobre cetrería, pues entonces se cazaba con halcones.

Pero sobre todo conoció todas las religiones. Sólo hubo una cosa que no supo comprender: por qué la gente se pelea constantemente. Le gustaba conversar con eruditos mahometanos, pero era un cristiano piadoso. Sin embargo, el papa se enfadó aún más con él al oírlo. En especial el papa siguiente a Inocencio, llamado Gregorio. Era tan poderoso como su antecesor, pero probablemente no tan sabio. Quería a toda costa que Federico emprendiera una cruzada. Federico acabó por llevarla a cabo y consiguió sin lucha lo que los demás sólo habían logrado con un número terrible de víctimas: que los peregrinos cristianos pudieran acudir al santo sepulcro sin ser molestados y fueran dueños de todo el territorio alrededor de Jerusalen. ¿Y cómo lo hizo? Reuniéndose con el califa y sultán del país y firmando un tratado.

Ambos se sentían dichosos de que todo hubiera sucedido tan bien y sin ninguna lucha. Pero el obispo de Jerusalén se disgustó, pues nadie le había consultado, y acusó al emperador ante el papa de llevarse bien con los árabes. El papa acabó creyendo que el emperador se había convertido realmente al mahometismo y lo excomulgó. Pero el emperador Federico II no se preocupó por ello, pues estaba convencido de haber conseguido para los cristianos más que todos los emperadores anteriores y se ciñó la corona de Jerusalén con sus propias manos, al no encontrar a ningún miembro del clero que lo quisiera hacer contra la voluntad del papa.

Luego volvió a su hogar en barco llevándose los numerosos regalos del sultán: leopardos de caza y camellos, piedras raras y todo tipo de objetos notables. Reunió todo aquello en Sicilia e hizo que trabajaran para él grandes artistas; y, cuando se cansó de gobernar, disfrutó con aquellas preciosidades. No obstante, gobernó muy de veras. No le agradaba conceder tierras y nombró, por tanto, funcionarios que, en vez de tierras, recibían un dinero mensual. Tienes que pensar que aquello ocurría en Italia, donde había dinero. Federico fue también muy justo, pero al mismo tiempo de un gran rigor.

Al ser tan distinto de toda la gente de entonces, nadie, ni siquiera el papa, sabía con exactitud qué quería. En Alemania, tan lejana, no se preocuparon mucho por aquel extraño emperador con ocurrencias tan curiosas. Y como la gente no le entendía, llevó una vida difícil. Al final, su propio hijo se rebeló contra él y azuzó a los alemanes, y su consejero predilecto se pasó al bando del papa, con lo que Federico se quedó completamente solo. No pudo llevar a cabo la mayoría de proyectos inteligentes que quiso introducir en el mundo, lo cual hizo de él poco a poco un ser muy desdichado y también muy colérico. Así fue como murió, en el año 1250.

Su hijo Manfredo murió en la lucha por el poder, y su nieto Conradino fue apresado por sus enemigos y decapitado en Napóles a la edad de 24 años. Aquél fue el triste final de la gran familia caballeresca de los Hohenstaufen.

Mientras Federico reinaba en Sicilia y se enfrentaba al papa, cayó sobre el mundo una tremenda desgracia contra la que ninguno de los dos pudo hacer nada al no hallarse de acuerdo. Hordas de jinetes asiáticos volvieron a invadir Europa. Esta vez fueron los más poderosos. Ni siquiera la muralla de Qin Shi Huangdi pudo detenerlos. Comenzaron conquistando China bajo su rey Gengis Kan, y la sometieron a un espantoso saqueo. Luego, hicieron lo mismo con Persia. A continuación, siguieron la ruta de los hunos, los avaros y los magiares hacia Europa. En Hungría llevaron a cabo una terrible devastación y asolaron también Polonia. Finalmente, el año 1241, llegaron a la frontera de Alemania, en Bresiau, que tomaron y redujeron a cenizas. Allí donde iban, mataban a todo el mundo. Nadie sabía cómo salvarse. Su imperio era ya el mayor que había existido en el mundo. Imagínate: ¡de Pekín a Bresiau! Sus tropas, sin embargo, no eran ya hordas salvajes, sino ejércitos de guerreros bien entrenados con jefes muy astutos. ¡La cristiandad era impotente! Destrozaron un gran ejército de caballeros y, en ese momento, cuando el peligro era mayor, murió su soberano en algún lugar de Siberia y los guerreros mongoles dieron media vuelta. Pero los países recorridos por ellos quedaron asolados a sus espaldas.

En Alemania, tras la muerte del último Hohenstaufen, dio comienzo una confusión aún mayor que la precedente. Cada cual quería un rey distinto y, así, nadie llegó a serlo. Y al no haber rey ni emperador, ni ninguna persona que gobernara, todo fue de cabeza. El más fuerte arrebataba todo al más débil sin ninguna consideración. Aquella situación se conoció como el derecho del más fuerte. Ya puedes comprender que no se trataba de derecho alguno, sino de una mera injusticia.

La gente lo sabía con mucha exactitud, se entristecía, se desesperaba y deseaba la vuelta del pasado. Ahora bien, cuando deseamos algo, solemos soñarlo, es decir, acabamos creyendo que es verdad. La gente creyó, pues, que el emperador Federico Hohenstaufen no había muerto sino que sólo había sido objeto de un hechizo y aguardaba sentado en una montaña. Ocurrió entonces algo extraño. Quizá tú mismo

hayas soñado con alguien identificándolo a veces con una persona y, a veces, con otra; y a veces, quizá, con ambas. Así le sucedió también a la gente de entonces. Soñaron con el gran soberano, sabio y justo, sentado en Untersberg o en Kyffhäuser (es decir, con Federico II de Sicilia), que regresaría alguna vez hasta que todos comprendieran sus deseos. Pero al mismo tiempo soñaron que tenía una gran barba (en este caso se trataba de su abuelo, Federico I Barbarroja) y que sería muy poderoso, triunfaría sobre “ todos los enemigos y establecería un espléndido reino, tan fastuoso como la fiesta celebrada en Maguncia.

Cuanto peor le iba a la gente, más esperaba el milagro. Se imaginaban con todo detalle al emperador sentado en la montaña; su barba rojiza y llameante había atravesado la mesa de piedra de tanto como llevaba allí durmiendo. El emperador se despertaría cada cien años y preguntaría a su escudero si los cuervos seguían volando en torno a la montaña. Sólo cuando el escudero dijera: «¡No, señor; no veo ninguno!», se alzaría y hendiría con la espada la mesa en la que había penetrado su barba al crecer, abriría de un tajo la montaña en cuyo interior se hallaba hechizado y saldría a caballo con todos sus vasallos revestido de magnífica armadura. ¿No crees que si aparecieran hoy se quedarían estupefactos?

Pero al final, lo que puso el mundo en orden no fue un milagro así, sino un caballero enérgico, hábil y de miras más amplias cuyo castillo se alzaba en Suiza y se llamaba Habsburgo. Este caballero tenía por nombre Rodolfo de Habsburgo. Los príncipes le habían elegido rey en 1273 porque esperaban que, como caballero pobre y poco famoso, no se inmiscuiría en sus asuntos. Pero no habían contado con su habilidad e inteligencia. Es cierto que al principio poseía pocas tierras y, por tanto, escaso poder. Pero supo aumentarlas de manera muy sencilla, incrementando así su autoridad.

Tras marchar a la guerra contra Otokar, el rebelde rey de los bohemios, y vencerlo, le arrebató una parte del país. De ese modo quedó justificado como rey. Luego se la concedió en feudo a sus propios hijos en el año 1282. Esa parte era el país de Austria. Así fue como consiguió un gran poder para su familia, llamada Habsburgo por el nombre de su castillo suizo. Y la familia supo aumentar ese poder mediante concesiones continuas de nuevos feudos a sus parientes recurriendo a bodas y legados hereditarios, hasta el punto de que los Habsburgo fueron pronto una de las dinastías principescas mejor consideradas y más influyentes de Europa. No obstante, gobernaron más en sus grandes feudos familiares (es decir, en Austria) que en el imperio alemán, a pesar de ser reyes y emperadores alemanes. Pronto, los demás señores feudales, duques, obispos y condes, gobernaron en sus territorios de Alemania como príncipes no sometidos a casi ninguna limitación. Pero con los Hohenstaufen había concluido la verdadera época de la caballería.

CIUDADES Y BURGUESES

En los cien años que transcurrieron entre Federico I Barbarroja, muerto en 1190, y Rodolfo I de Habsburgo, muerto en 1291, se produjeron en Europa muchísimos cambios. Más de los que uno pueda imaginar. Ya te he contado que en tiempos de Barbarroja había en Italia poderosas ciudades cuyos burgueses se atrevían a enfrentarse al emperador y hacerle la guerra; mientras, en Alemania, había caballeros, monjes y campesinos. Al cabo de cien años, la situación era muy diferente. Los alemanes habían viajado mucho, aunque sólo fuera por las cruzadas que les llevaron a Oriente, y entablado relaciones comerciales con países lejanos. En ellos, sin embargo, no se podían intercambiar bueyes por ovejas, ni cuernos para beber por paños. Allí se necesitaba dinero. Y si había dinero, había también mercados donde era posible comprar toda clase de mercancías. Estos mercados no se podían establecer en cualquier parte. Se trataba de lugares determinados protegidos con murallas y torres y situados casi siempre en las cercanías de un castillo. Quien entraba en ellos y practicaba el comercio era un burgués y ya no estaba sometido a un propietario de tierras. En aquellos tiempos se decía: «El aire de la ciudad hace a la gente libre», pues los burgueses de las ciudades más importantes no eran súbditos de nadie fuera del rey.

No debes imaginar la vida en una ciudad medieval como la vida urbana de hoy en día. Las ciudades eran casi siempre diminutas, estaban llenas de rincones y tenían callejas angostas y casas altas y estrechas con gablete. En ellas vivían muy apretujados los comerciantes y los artesanos con sus familias. Los comerciantes solían recorrer el país acompañados de gente armada. Se trataba de algo necesario, pues por aquel entonces muchos caballeros eran tan poco caballerosos que se habían convertido, sencillamente, en bandoleros. Instalados en sus castillos, acechaban a los comerciantes para saquearlos. Pero los ciudadanos y los burgueses no lo consintieron por mucho tiempo. Tenían dinero y podían pagar soldados. Solían vivir, pues, en conflicto con los caballeros y no era raro que los burgueses vencieran a esos caballeros bandoleros.

Los artesanos, sastres, zapateros, pañeros, panaderos, cerrajeros, pintores, carpinteros, canteros y constructores constituían asociaciones artesanales o federaciones llamadas gremios. Cada uno de ellos, por ejemplo el gremio de los sastres, era tan cerrado y tenía leyes casi tan rigurosas como el estamento de los caballeros. No todo el mundo podía alcanzar sin más ni más el grado de maestro sastre. Antes había que ser aprendiz durante un tiempo determinado; luego, se obtenía el grado de oficial y había que recorrer mundo para conocer ciudades y formas de trabajo ajenas. Estos oficiales itinerantes recorrían el país a pie y visitaban, a menudo durante años, muchas naciones hasta el momento de regresar a casa o encontrar una

ciudad desconocida que necesitara —pongamos por caso— un maestro sastre, pues en las ciudades pequeñas no hacían falta muchos y el gremio procuraba con gran rigor que no accediera al grado de maestro más gente de la que podía hallar trabajo. El oficial debía demostrar allí lo que sabía, es decir, preparar una pieza maestra (un bello abrigo, por ejemplo), y, a continuación, se le nombraba solemnemente maestro y era recibido en el gremio.

Los gremios tenían sus reglas, como la caballería, sus juegos en común, sus banderas de colores y sus hermosos principios que, como es natural, no siempre se observaban, como tampoco los principios de los caballeros. No obstante, existían, y eso ya era algo. El miembro de un gremio tenía que ayudar a otro, no le estaba permitido dañarle ante su clientela, pero tampoco debía suministrar malas mercancías a los suyos, estaba obligado a tratar bien a sus aprendices y oficiales y, sobre todo, tenía que cuidar de la buena fama de la profesión y la ciudad. Tenía que ser, por así decirlo, un artesano de Dios, como el caballero un luchador de Dios.

Y, en efecto, de la misma manera que los caballeros se sacrificaban para combatir por el sepulcro de Cristo en las cruzadas, los burgueses y artesanos hacían también a menudo entrega de sus bienes, sus fuerzas y su bienestar cuando se trataba de construir una iglesia en la ciudad. Para ellos era enormemente importante que su nueva iglesia o su nueva catedral fueran mayores, más bellas y más suntuosas que el edificio más espléndido de cualquiera de las ciudades vecinas. Toda la ciudad compartía aquella ambición y todo el mundo se entregaba entusiasmado a la tarea. Se buscaba al constructor más famoso para que trazara los planos; los canteros tallaban las piedras y hacían estatuas; y los pintores realizaban cuadros para el retablo y ventanales policromos que resplandecían en el interior de las iglesias. A nadie le importaba ser precisamente él el inventor, el diseñador o el constructor; la iglesia era obra de toda la ciudad; era, por decirlo así, el servicio divino realizado por todos en común. Es algo que se nota en esas iglesias. Ya no son los sólidos templos con aspecto de castillos, como las construidas en Alemania en tiempos de Barbarroja, sino espacios magníficos, con amplias bóvedas y altas y esbeltas torres campanarios; espacios donde todo el pueblo de la ciudad tenía sitio y donde se reunía para escuchar a los predicadores, pues por aquel entonces habían aparecido en el mundo nuevas órdenes de frailes a quienes ya no importaba tanto cultivar las tierras del monasterio y copiar libros, sino que recorrían el país, pobres como mendigos, para predicar la penitencia al pueblo y explicar la Biblia. Todo el pueblo acudía a la iglesia a escucharles, lloraba por sus pecados y prometía ser mejor y vivir de acuerdo con las doctrinas del amor.

Pero, de la misma manera que los cruzados llevaron a cabo la horrorosa masacre de Jerusalén, a pesar de ser tan piadosos, muchos burgueses de entonces no extrajeron de los sermones de penitencia la lección de mejorar, sino la de odiar a quienes no

tuvieran sus mismas creencias. Los judíos, sobre todo, eran tratados tanto peor cuanto más piadosa creía ser la gente. Tienes que pensar que los judíos eran el único pueblo que pervivía en Europa desde la Antigüedad. Babilonios y egipcios, fenicios, griegos, romanos, galos y godos habían desaparecido o se habían fusionado con otros pueblos. Sólo los judíos, cuyo Estado había sido destruido una y otra vez, subsistieron a lo largo de aquellos tiempos terribles, arrojados y perseguidos de país en país, y aguardaban a su salvador, el Mesías, desde hacía ya 2.000 años. No les estaba permitido poseer campos y ser labradores ni, por supuesto, caballeros. Tampoco podían ejercer un oficio artesanal. Por eso, la única profesión que se les dejaba ejercer era el comercio. Y eso fue lo que practicaron. Sólo podían habitar en ciertos lugares de la ciudad y vestir una ropa determinada; pero, con el tiempo, algunos de ellos consiguieron hacer mucho dinero, de modo que los caballeros y los burgueses se endeudaron con ellos. Eso, sin embargo, les hizo ser más odiados, y a menudo el pueblo caía sobre ellos para arrebatarles su dinero. Los judíos no podían defenderse ni les estaba permitido hacerlo mientras el rey o el clero no se preocuparan de ellos, lo cual sucedía a menudo.

Pero todavía lo pasaban peor quienes habían meditado mucho sobre la Biblia y comenzado a dudar de alguna doctrina. Esas personas que dudaban recibían el nombre de herejes. Y eran objeto de horribles persecuciones. Aquel a quien se reconocía como hereje era quemado vivo en público, tal como quemó Nerón a los cristianos en otros tiempos. Se destruyeron ciudades y asolaron comarcas enteras por causa de aquellas personas que dudaban. Se salía en cruzada contra ellos como contra los mahometanos; y eso lo hacían las mismas personas que habían construido para el Dios de la misericordia y para su buena nueva las poderosas catedrales que con sus torres altivas y sus pórticos llenos de esculturas, sus vidrieras de reflejos oscuros y los miles de estatuas parecían un sueño de la magnificencia del reino de los cielos.

En Francia hubo ciudades e iglesias antes que en Alemania. Francia era un país más rico y había tenido una historia más tranquila. Los reyes franceses habían sabido utilizar pronto en su provecho a los burgueses, el nuevo tercer estado. En torno al año 1300 comenzaron a dejar de conceder a menudo la tierra a los nobles en feudo, conservándola en cambio para sí y haciendo que la administraran los burgueses a cambio de dinero (tal como había hecho antes en Sicilia Federico II). De ese modo, los reyes franceses tenían cada vez más tierra en propiedad; y ya sabes que, entonces, poseer tierra significaba tener siervos, soldados y poder. Poco antes del 1300, los reyes de Francia eran ya los señores más poderosos, pues el rey alemán, Rodolfo de Habsburgo, estaba comenzando por entonces a acumular poder mediante la concesión de tierra a su familia. Pero los franceses eran entonces dueños no sólo de Francia, sino también del sur de Italia. Pronto fueron tan poderosos que, en el año 1305, obligaron incluso al papa a trasladarse de Roma a Francia, donde quedó, por así

decirlo, bajo la vigilancia de los reyes franceses. Los papas vivían en un gran palacio de Aviñón lleno de las más maravillosas obras de arte, pero eran casi prisioneros. Por eso, esta época que va del 1305 al 1376 d.C. recibe el nombre de la cautividad babilónica de los papas, en recuerdo del cautiverio de los judíos en Babilonia (que, como sabes, ocurrió entre el 586 y el 538 a.C.).

Pero los reyes franceses querían aún más. Recordarás que en Inglaterra gobernaba la familia normanda que la había conquistado en 1066 llegando de Francia. Eran, por tanto, franceses de nombre; y, por tal motivo, los reyes franceses exigieron ser también soberanos de Inglaterra. Pero como en la familia real francesa no había nacido ningún hijo varón que pudiera heredar el trono, los reyes ingleses exigieron a su vez que, como parientes y súbditos de los reyes de Francia, este país pasara a ser suyo. Así, a partir de 1339 comenzó una terrible guerra que duró más de cien años. Fue, además, una guerra en la que, con el tiempo, ya no luchaban entre sí caballeros individuales ateniéndose a las formas caballerescas, sino grandes ejércitos de burgueses a sueldo. Ahora no se trataba ya de miembros de una gran orden común, como la de los caballeros, cuyos combates constituían una gesta noble, sino, realmente, ingleses y franceses en lucha por la independencia de sus países. Los ingleses fueron ganando terreno poco a poco y conquistaron partes de Francia cada vez mayores. Y pudieron hacerlo, sobre todo, porque el rey francés que gobernaba al final de esta guerra era estúpido e incapaz.

Pero el pueblo no quería ser gobernado por extranjeros. Y entonces ocurrió el milagro: una sencilla pastora de 17 años, Juana de Arco, que se sintió llamada por Dios, consiguió que le dejaran guiar a los franceses revestida de armadura y marchando al frente del ejército; de ese modo arrojó a los ingleses del país. «La paz llegará cuando los ingleses estén en Inglaterra», decía. Pero los ingleses se vengaron terriblemente de ella. La apresaron y la condenaron a muerte por hechicera. Juana de Arco fue quemada el año 1431. No es extraño que se la considerara una maga, pues, ¿no es casi mágico que una muchacha del campo, sola, indefensa y sin cultura consiguiera compensar en dos años las derrotas de casi cien y hacer coronar a su rey sólo con la fuerza de su coraje y entusiasmo?

Es imposible que imagines con suficiente viveza esta época de la Guerra de los Cien Años, el tiempo anterior al 1400, cuando las ciudades crecían y los caballeros no se quedaban ya tozudamente en sus castillos solitarios, sino que vivían en las cortes de los reyes y príncipes ricos y poderosos. La vida era maravillosa, en especial en Italia, pero también en Flandes y Brabante (la actual Bélgica). Había allí ciudades grandes y ricas que comerciaban con telas costosas, con brocado y seda, y que se podían permitir ciertas cosas. Caballeros y nobles aparecían en las fiestas de la corte con vestidos suntuosos y ricamente adornados; ¡cómo me habría gustado estar presente cuando bailaban en corro con las damas en el salón o en el jardín florido al

son del violín o el laúd! Las damas vestían ropas aún más costosas y fantásticas. Llevaban tocas muy altas y puntiagudas, como panes de azúcar, con velos largos y finos, y se movían con delicadeza y exquisitez, como muñecas, con sus zapatos puntiagudos y sus vestidos fastuosos y resplandecientes de oro. Hacía tiempo que no se contentaban ya con las salas llenas de humo de los viejos castillos. Vivían en palacios grandes y de muchas habitaciones, con miles de miradores, torrecillas y almenas, cuyo interior estaba decorado con tapices policromos. En aquellas habitaciones se hablaba de manera exquisita y primorosa, y cuando un noble conducía a su dama a la mesa ricamente adornada, la tomaba de la mano con sólo dos dedos y extendía los demás todo cuanto podía. En las ciudades se consideraba desde hacía tiempo algo casi obvio saber leer y escribir. Comerciantes y artesanos tenían que dominar la lectura y la escritura, y muchos caballeros componían artísticos y delicados poemas para sus encantadoras damas.

La ciencia no era practicada ya exclusivamente por algunos monjes en sus celdas conventuales. Muy poco después del 1200, la famosa Universidad de París contaba ya con 20.000 estudiantes de todos los rincones del mundo que aprendían y debatían en grandes disputas las opiniones de Aristóteles y su coincidencia con la Biblia.

Toda aquella vida cortesana y urbana llegó también por esas fechas a Alemania, sobre todo a la corte del emperador. Esta corte se hallaba entonces en Praga, pues, tras la muerte de Rodolfo de Habsburgo, la elección había recaído en otras familias. Desde 1310 gobernaba desde Praga sobre toda Alemania la familia de los Luxemburgo como reyes y emperadores. Pero, en realidad, apenas mandaban ya realmente sobre el país, sino que cada uno de los príncipes feudales regía independientemente en Baviera, Württemberg, Austria, etc. El emperador alemán era tan sólo el más poderoso de ellos. La tierra propia de los Luxemburgo era Bohemia, en cuya capital, Praga, reinaba desde 1347 Carlos IV como soberano justo y amante del lujo. En su corte había caballeros tan nobles como en Flandes, y en sus palacios se podían ver cuadros tan bellos como en Aviñón. El año 1348 fundó, además, una universidad en Praga, la primera del imperio alemán.

En Viena, la corte de Rodolfo IV, llamado «el Fundador», yerno de Carlos IV, era casi tan esplendorosa y rica como la de éste. Te habrás dado cuenta de que ninguno de esos soberanos vivía ya en castillos solitarios ni recorría el país en arriesgadas campañas guerreras. Tenían su palacio en medio de la ciudad. De ahí puedes deducir lo importantes que habían llegado a ser las ciudades. Y eso no era más que el principio.

UNA NUEVA ERA

¿Conservas cuadernos de cursos anteriores o algún tipo de objetos viejos? Al hojearlos, uno se sorprende —¿verdad que sí?— de lo que ha cambiado en el poco tiempo transcurrido desde entonces. Nos extrañamos de cómo escribíamos. De las faltas y de los aciertos. Y, sin embargo, no nos dábamos cuenta de estar cambiando. Así ocurre también con la historia del mundo.

Sería estupendo que, de pronto, pasaran a caballo unos pregoneros por las calles y nos anunciaran: «¡Atención! ¡Comienza una nueva era!». Pero las cosas no son así: las personas cambian sus puntos de vista y apenas se percatan. Y, de pronto, lo advierten; como tú cuando examinas antiguos cuadernos de clase. Entonces se sienten ufanos y dicen: «Somos la nueva época». Y suelen añadir: «¡Antes, la gente era estúpida!».

Algo parecido ocurrió en las ciudades italianas en los años posteriores al 1400. Principalmente en las ricas y grandes ciudades de Italia central, sobre todo en Florencia. También allí había gremios y se había construido una gran catedral. Pero no existían propiamente caballeros nobles, como en Francia y Alemania. Los burgueses de Florencia no consentían ya que los emperadores alemanes les dictaran órdenes. Eran tan libres e independientes como lo habían sido en otros tiempos los ciudadanos de Atenas. Poco a poco, estos burgueses —comerciantes y artesanos— fueron considerando importantes ciertas cosas que no lo habían sido para los caballeros y artesanos de tiempos anteriores, en la auténtica Edad Media.

No se tenía mucho en cuenta que alguien fuera un guerrero o artesano de Dios que sólo actuaba en su honor y a su servicio. Sobre todo se quería de la gente que fuese capaz, que supiera e hiciera cosas y tuviera juicios propios. Que no preguntara a nadie por su opinión y no pidiera a nadie su aprobación. Que no consultara libros antiguos para saber cuáles habían sido los usos y costumbres de antaño, sino que abriera los ojos y aferrara las cosas. Eso era lo que les interesaba. Abrir los ojos y echar mano de las cosas. Se consideraba más o menos secundario que uno fuera noble o pobre, cristiano o hereje, o que observara o no todas las reglas del gremio. Lo principal eran la autonomía, la eficiencia, la inteligencia, el conocimiento y la energía. Se preguntaba poco por el origen, la profesión, la religión o la patria; la pregunta era, más bien: ¿qué clase de persona eres?

Y, de pronto, hacia 1420, los florentinos se dieron cuenta de que eran distintos de cómo se había sido en la Edad Media. De que valoraban otras cosas. De que les parecían bellos objetos que no se lo habían parecido a sus antepasados. Las antiguas catedrales y cuadros les resultaban tenebrosos y rígidos; las antiguas costumbres, aburridas. Buscaban algo tan libre, independiente y sin prejuicios como a ellos les gustara. Entonces descubrieron la Antigüedad. La descubrieron correctamente. Para

ellos carecía de importancia que la gente de entonces hubiera sido pagana. Lo único que les sorprendía era la eficiencia de aquellas personas. Con qué libertad habían debatido sobre todas las cuestiones de la naturaleza y el mundo, con razonamientos y contraargumentos; cómo se habían interesado por todo. Aquellas personas eran ahora los grandes modelos. Sobre todo, por supuesto, en ciencia.

La gente salió literalmente a la caza de libros latinos y se hicieron esfuerzos por escribir en un latín tan bueno y claro como el de los auténticos romanos. También se aprendió griego y se disfrutó con las magníficas obras de los atenienses de la era de Pericles. Pronto comenzaron a interesarse mucho más por Temístocles y Alejandro Magno, por César y Augusto que por Carlomagno o Barbarroja. Era como si todo el tiempo intermedio hubiera sido sólo un sueño, como si la libre Florencia fuera a convertirse en una ciudad como Atenas o Roma. La gente tuvo de pronto la sensación de que aquel tiempo antiguo y pasado de la cultura griega y romana había renacido. Ellos mismos se consideraban como recién nacidos por medio de aquellas obras antiguas. Por eso se hablaba mucho de «Rinascimento», palabra italiana que significa «renacimiento». La culpa de lo que quedaba en medio era, según se creía, de los feroces germanos, que habían destruido el imperio. Los florentinos querían hacer resurgir con sus propias fuerzas el espíritu antiguo.

Les entusiasmaba todo lo que fuera del tiempo de los romanos, las magníficas estatuas y los suntuosos y grandes edificios cuyas ruinas aparecían por toda Italia. Antes las llamaban «ruinas del tiempo de los paganos», y eran más bien objeto de temor que de observación atenta. Ahora, de pronto, se daban cuenta de su belleza. Y así, los florentinos comenzaron a construir otra vez con columnas.

Pero no sólo se buscaron cosas antiguas, sino que se contempló, además, la propia naturaleza de una forma tan nueva y sin prejuicios como lo habían hecho los atenienses 2.000 años antes. Se descubrió lo hermoso que era el mundo, el cielo y los árboles, las personas, las flores y los animales. Se pintaron las cosas tal como se veían. Ya no de manera solemne, grandiosa y sagrada, según se representaban en las historias santas de los libros de los monjes y las vidrieras de las catedrales, sino con viveza y gracia, con desenvoltura y naturalidad, con claridad y exactitud, tal como se quería que fuera todo. Abrir los ojos y aferrar las cosas era también la mejor actitud en asuntos de arte. Esa era la razón de que, en aquel tiempo, vivieran en Florencia los más grandes pintores y escultores.

Estos pintores no se sentaban ante sus cuadros para reproducir el mundo como unos buenos artesanos. Querían comprender además todo cuanto pintaban. Hubo sobre todo un pintor en Florencia para quien no fue suficiente pintar buenos cuadros, por bellos que sean. Y eso que los suyos eran, incluso, los más hermosos. Quería saber cómo eran en realidad todas aquellas cosas que pintaba, y cuál la relación existente entre ellas. Este pintor se llamaba Leonardo da Vinci. Era hijo de una

muchacha campesina y vivió de 1452 a 1519. Quería saber cuál es el aspecto de una persona cuando llora y cuando ríe, cómo se ve por dentro un cuerpo humano —los músculos, los huesos y los tendones—. Para ello pidió que le trajeran de los hospitales cadáveres de personas muertas y los diseccionó y estudió. Aquello era entonces algo totalmente insólito. Pero Leonardo no se detuvo ahí. Miró con ojos nuevos plantas y animales y reflexionó sobre cómo hacen las aves para volar. Entonces se le ocurrió la idea de si los seres humanos no serían capaces de algo igual. Fue la primera persona que investigó con precisión y detalle la posibilidad de construir un pájaro artificial, una máquina voladora. Y estaba convencido de que alguna vez se lograría. Se interesó por toda la naturaleza, pero no lo hizo consultando los escritos de Aristóteles o los libros de estudio de los árabes. Quería saber siempre si lo que leía en ellos era realmente cierto. Para ello se dedicó, sobre todo, a abrir los ojos; y sus ojos vieron más que los de cualquier persona antes de él, ya que no se limitó a mirar, sino que, además, pensó. Cuando deseaba saber algo, por ejemplo, qué ocurre cuando el agua forma remolinos o cómo asciende el aire caliente, se dedicaba a hacer experimentos. No daba mucho crédito a la sabiduría libresca de sus contemporáneos y fue el primer hombre que se dispuso a conocer de forma experimental todas las cosas de la naturaleza. Dibujaba sus observaciones y las apuntaba en notas y cuadernos que guardaba y cuyo número era cada vez mayor. Al hojear actualmente sus apuntes, uno se sorprende a cada momento de que un solo hombre pudiera estudiar y experimentar tantas cosas de las que entonces nadie sabía, o no quería saber, nada.

Pero sólo una mínima parte de sus contemporáneos llegó a sospechar que aquel pintor famoso había realizado tantos descubrimientos y tenía opiniones tan insólitas. Era zurdo y escribía con una letra diminuta y vuelta del revés que resulta imposible de leer. Esto le vino muy bien, probablemente, pues en aquel tiempo no dejaba de ser peligroso tener opiniones independientes. Así, entre sus anotaciones, leemos la siguiente frase: «El Sol no se mueve». No pone nada más. Pero esas palabras nos permiten ver que Leonardo sabía que la Tierra gira en torno al Sol, y que no es el Sol el que da la vuelta cada día alrededor de la Tierra, como se había creído durante miles de años. Quizá Leonardo se limitó a esta única frase porque sabía que en la Biblia no se decía nada de ello y que muchos creían que, despues de 2.000 años, las cosas de la naturaleza se debían seguir viendo como las habían visto los judíos cuando se escribió la Biblia.

Pero lo que llevó a Leonardo a guardarse para sí todos sus maravillosos descubrimientos no fue sólo el miedo a ser considerado un hereje. Conocía muy bien a los humanos y sabía que lo emplean todo para matarse unos a otros. Por eso, en otro pasaje de los manuscritos de Leonardo leemos lo siguiente: «Sé cómo se puede estar bajo el agua y permanecer mucho tiempo sin alimentarse. Pero no lo voy a hacer

público ni explicárselo a nadie, pues los seres humanos son malvados y utilizarían ese arte para asesinar, incluso, en el fondo del mar. Perforarían los cascos de los barcos y los hundirían con toda la gente que fuera en ellos». No todos los inventores fueron, por desgracia, tan buenas personas como Leonardo da Vinci, y así los seres humanos han llegado a saber desde hace tiempo lo que él no quiso enseñarles.

En la época de Leonardo da Vinci había en Florencia una familia especialmente rica y poderosa. Eran comerciantes de lana y banqueros. Se llamaban los Médicis y, con su consejo e influencia, dirigieron la historia de la ciudad casi todo el tiempo entre los años 1400 y 1500, como lo había hecho antiguamente Pericles en Atenas. El principal miembro de la familia fue Lorenzo de Médicis, llamado «el Magnífico» por el hermoso uso que dio a su gran riqueza. Se preocupaba por todos los artistas y eruditos. Si se enteraba de la existencia de algún joven dotado, lo llevaba a su casa y le proporcionaba instrucción. Por las costumbres de aquella casa puedes ver cómo pensaba la gente de entonces. No había allí en la mesa ningún orden de preferencia por el que los más ancianos y nobles se hubieran de sentar en la cabecera, sino que el primero en aparecer ocupaba el lugar preferente junto a Lorenzo de Médicis, aunque fuera un muchacho aprendiz de pintor; y quien llegaba el último, se sentaba al final, aunque se tratara de un embajador.

Todo aquel placer nuevo por el mundo, por las personas eficientes y los objetos hermosos, por las ruinas y los libros de romanos y griegos fueron imitados pronto en todas partes, pues una vez que se ha descubierto algo, el resto de la gente no tarda en aprender. En la corte del papa, que se encontraba de nuevo en Roma, se llamó a los grandes artistas para que construyeran palacios e iglesias según el nuevo estilo o los decoraran con cuadros y esculturas. En particular, cuando algunos clérigos ricos de la familia de los Médicis fueron elegidos papas, vivieron en Roma los mayores artistas de toda Italia, que crearon allí sus obras más grandes. Es cierto que la nueva manera de ver las cosas no estaba siempre en consonancia con la antigua piedad y, por tanto, los papas de entonces fueron menos sacerdotes y curas de almas de la cristiandad que príncipes magníficos deseosos de conquistar Italia y que gastaron de su capital inmensas sumas de dinero para maravillosas obras de arte.

Esta actitud de renacimiento de la Antigüedad pagana se había extendido igualmente por las ciudades de Alemania y Francia. Los burgueses comenzaron también allí a interesarse poco a poco por las nuevas ideas y formas y se dedicaron a leer nuevos libros en latín. Esto era más fácil y barato desde 1453, pues, ese año, un alemán realizó un gran invento; un invento tan extraordinario como la invención de las letras por los fenicios. Se trataba del arte de la imprenta. Hacía tiempo que se conocía en China —y desde hacía algunas décadas, también en Europa— la posibilidad de impregnar con tinta negra planchas de madera talladas e imprimirlas después sobre papel. Pero el descubrimiento del alemán Gutenberg consistió en tallar

letra a letra en taquitos de madera, y no placas enteras. Esos taquitos se podían colocar a continuación en una especie de cajas que se sujetaban en un marco y se imprimían cuantas veces se deseara. Una vez hecho un número suficiente de copias impresas de la página, se separaba el marco, y las letras podían volver a componerse. Era sencillo y barato. Más sencillo y barato, por supuesto, que cuando se copiaban los libros uno a uno en un trabajo de años, como tuvieron que hacer los esclavos romanos y griegos y los monjes. Pronto hubo en Alemania e Italia un gran número de imprentas y de libros impresos, Biblias y otros escritos, y se comenzó a leer con pasión en las ciudades y hasta en el campo.

Pero por aquel entonces otro descubrimiento transformó el mundo más todavía. Fue la invención de la pólvora. Los chinos la conocían también, probablemente, desde hacía tiempo, pero la emplearon sobre todo para fuegos artificiales y cohetes. Fue en Europa donde, a partir del año 1300, se comenzó a disparar cañonazos contra castillos y personas. Y no pasó mucho tiempo hasta que los soldados individuales tuvieron en sus manos enormes y toscas armas de cañón. Es cierto que era más rápido disparar con arcos y flechas. Un buen arquero inglés podía lanzar por entonces 180 flechas en un cuarto de hora, que es lo que le costaba a un soldado cargar el arcabuz y hacer fuego con una mecha encendida. Sin embargo, en la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra se utilizaron ya en varias ocasiones cañones y armas individuales, que se difundieron cada vez más a partir de 1400.

Pero aquello no era digno de caballeros. No se consideraba caballeresco meterle a alguien una bala en el cuerpo desde lejos. Ya sabes que los caballeros estaban acostumbrados a galopar unos contra otros para desmontar al adversario. Ahora, para defenderse de las balas de los ejércitos de ciudadanos tenían que llevar armaduras cada vez más pesadas y gruesas y pronto dejaron de montar a caballo con cotas de malla; y, con aquellas corazas, comenzaron a parecer hombres de hierro. Apenas podían moverse. Aquello era, sin duda, muy imponente, pero daba un calor terrible y no resultaba nada práctico. Por eso, a pesar de toda su valentía, los ejércitos de a caballo eran menos temibles. Cuando un afamado y belicoso príncipe caballeresco del ducado francés de Borgoña, llamado Carlos el Temerario por su valor impávido, quiso conquistar Suiza en el año 1476 con un ejército de caballeros armados, los campesinos y burgueses del país marcharon a pie junto a la ciudad de Murten contra aquellos rígidos hombres de hierro, los arrojaron de sus caballos, los mataron y se apoderaron de todas las tiendas y tapices suntuosos y caros que llevaba consigo el ejército de caballeros en su campaña de conquista. Todavía puedes verlos en Berna, la capital de Suiza. El país siguió siendo libre y los caballeros dejaron de existir.

Esa es la razón de que se llame el último caballero al emperador alemán que gobernó en torno al año 1500. Su nombre era Maximiliano y pertenecía a la familia de los Habsburgo, cuyo poder y riqueza no habían dejado de aumentar desde el rey

Rodolfo de Habsburgo. A partir de 1438 esta familia no fue sólo poderosa en su propia tierra austríaca, sino tan influyente en general que únicamente se elegía emperadores alemanes a los Habsburgo. Sin embargo, la mayoría de ellos, y también Maximiliano, el último caballero, lucharon mucho y tuvieron numerosas preocupaciones con los nobles y príncipes alemanes que gobernaban casi sin cortapisas en sus feudos y a menudo no querían siquiera seguir al emperador a la guerra cuando se lo ordenaba.

Desde que había dinero, ciudades y pólvora, la concesión de tierras con sus campesinos como recompensa por servicios de guerra había quedado tan anticuada como la propia caballería. Por eso, en las guerras que mantuvo contra el rey francés por las posesiones en Italia, Maximiliano no entró ya en combate con sus caballeros sino que pagó soldados que, a partir de entonces, fueron a la guerra para ganar dinero. Esos soldados recibían el nombre de lansquenetes. Eran unos tipos feroces y toscos, vestidos con ropas increíblemente llamativas; personas cuyo mayor disfrute consistía en saquear. No luchaban por su patria, sino por dinero, y marchaban con quien más les pagara. Por eso el emperador necesitaba mucho dinero. Y como no lo tenía, hubo de pedir prestado a comerciantes ricos que vivían en las ciudades. A cambio, tuvo que mostrarse amable con éstas, lo cual molestó a los caballeros que vieron como eran cada vez más prescindibles.

A Maximiliano no le gustaba en absoluto tener que atender a todas aquellas preocupaciones tan complicadas. Habría preferido participar en torneos, como los caballeros de antes, y describir sus aventuras en versos hermosos a la dama de su corazón. Era una extraña combinación de viejo y nuevo, pues le gustaba mucho el nuevo arte y no cesaba de pedir al máximo pintor alemán, Alberto Durero, que había aprendido mucho de los italianos, pero aún más de sí mismo, que realizara cuadros y grabados para darle fama. Así, el primer artista nuevo alemán nos retrata en sus magníficos cuadros el auténtico aspecto del último caballero. Sus pinturas, al igual que los cuadros y edificios de los grandes artistas de Italia, son los «pregoneros» que anunciaron a la gente: «¡Atención! ¡Ha comenzado una nueva era!». Y, si hemos llamado noche estrellada a la Edad Media, debemos considerar a esta nueva época despierta que se inició en Florencia como una clara y lúcida mañana.

UN NUEVO MUNDO

Lo que hasta ahora hemos llamado historia universal era apenas la historia de la mitad del mundo. La mayoría de las cosas han sucedido en torno al Mediterráneo, en Egipto, Mesopotamia, Palestina, Asia Menor, Grecia, Italia, España o el norte de África. O, como mucho, muy cerca de él: en Alemania, Francia e Inglaterra. A veces hemos echado una ojeada hacia el este, a China, aquel imperio tan bien protegido, y a la India, que en la época de la que estamos hablando estaba gobernada por una familia real mahometana. Pero no nos hemos preocupado por lo que queda al oeste de la vieja Europa, más allá de Inglaterra. Nadie se había preocupado por esos parajes. Sólo algunos marinos nórdicos habían visto alguna vez en sus correrías vikingas en el lejano oeste una tierra áspera, pero pronto volvieron a retirarse de ella, pues no había allí nada que buscar. Pero no ha habido muchos marinos tan audaces como los vikingos. ¿Quién iba a atreverse a navegar por el océano desconocido y, quizá, infinito, que se extendía al oeste de Inglaterra, Francia y España?

Una osadía semejante no fue posible hasta el hallazgo de un nuevo invento, que nos llegó también —a punto he estado de decir «como es natural»— de los chinos. Se trata del descubrimiento de que un trozo de hierro imantado que se mueva libremente se orientará siempre hacia el norte, señalará siempre el norte: la brújula. Los chinos habían utilizado desde hacía tiempo la brújula en sus viajes a través de los desiertos, y el conocimiento de este instrumento mágico llegó de manos de los árabes a los europeos, que lo habían conocido durante las cruzadas, en torno al 1200. Pero la brújula se empleó entonces muy poco. Se tenía miedo de ella y la gente la consideraba inquietante. La curiosidad fue superando paulatinamente al miedo. Pero no sólo la curiosidad. Allá, en tierras lejanas, podía haber tesoros, riquezas extrañas que podrían traerse al propio país. Pero nadie se atrevía aún a hacerse a la mar por el oeste; era demasiado grande y desconocida. ¿A dónde se llegaba una vez alcanzada la meta?

Entonces, un italiano pobre, aventurero y ambicioso nacido en Génova, que se llamaba Colón y había pasado muchas horas estudiando antiguas descripciones de la Tierra tuvo una ocurrencia que le dejó como embrujado. ¿A dónde se llegaba? ¡Si se viajaba siempre hacia el oeste, se tenía que llegar al este! ¡Al fin y al cabo, la Tierra es redonda! Es una esfera. Así estaba escrito en algunos libros de la Antigüedad. Y si, navegando siempre hacia el oeste se arribaba al lejano Oriente tras dar la vuelta al mundo, se alcanzaría la rica China y la fabulosa India. Allí había oro y marfil y especias raras. ¡Cuánto más sencillo sería navegar por el océano con ayuda de la brújula que recorrer todos aquellos desiertos y espantosas montañas, como lo había hecho en otros tiempos Alejandro Magno y como lo seguían haciendo las caravanas de mercaderes que traían seda de China a Europa! En unos días, pensaba Colón, se

podría llegar a la India por su nuevo camino, en vez de viajar muchos meses, como en el caso de la vieja ruta. Colón habló a todo el mundo de aquel plan, y todos se le rieron. ¡Vaya loco! Pero él no cedió. «¡Dadme barcos, dadme un barco! Lo intentaré y os traeré oro del maravilloso país de la India».

Colón se dirigió a España. Allí en el año 1479, dos reinos cristianos se habían unido mediante el matrimonio de sus soberanos y, tras una cruel guerra, habían acabado por echar de su magnífica capital de Granada a los árabes (que, como sabes, gobernaban en España desde hacía más de 700 años), hasta expulsarlos por completo del país. Colón no encontró ningún entusiasmo por su idea en las cortes de Portugal y España. No obstante, se permitió que fuera examinada por la famosa Universidad de Salamanca, que la consideró irrealizable. Colón aguardó desesperado siete años más, suplicando: «¡Dadme barcos!». Finalmente, decidió marchar de España e ir a Francia. De camino se encontró casualmente con un fraile, el confesor de la reina Isabel de Castilla. La idea de Colón convenció al confesor, que habló de ella a su soberana, quien, finalmente, hizo llamar a aquél de nuevo a su presencia. Y Colón estuvo a punto de echar a perder todo una vez más, pues lo que le pidió a la reina si su plan tenía éxito no era ninguna minucia. Colón quería un título de nobleza, ser representante del rey en todas las tierras indias descubiertas, además de almirante, y recibir una décima parte de los impuestos de esas tierras, junto con otras muchas cosas más. Al ser rechazada su demanda, Colón se dirigió a Francia. Pero, entonces, las tierras que pretendía descubrir habrían quedado sometidas al rey francés, lo cual asustaba a los españoles. Se le volvió a convocar y se le concedió cuanto pedía. Se le entregaron dos malos veleros pensando que, si se iban a pique, no se habría perdido gran cosa. Colón alquiló otro más.

Y así se hizo a la mar por el océano, siempre hacia el oeste, siguiendo un mismo rumbo para llegar a las Indias orientales. Había salido de España el 3 de agosto del año 1492. Tuvo que detenerse en una isla a reparar uno de sus barcos, y continuó siempre rumbo al oeste. ¡Pero la India no aparecía! Los tripulantes se impacientaron y, luego, se desesperaron. Colón no les mostró lo lejos que ya estaban de su patria, sino que les mintió. Y, por fin, el 11 de octubre de 1492, a las 2 de la noche, un cañonazo disparado desde uno de sus barcos dio la señal: ¡tierra!

Colón se sentía feliz y orgulloso. ¡La India! La gente pacífica que había allí, en la playa, eran, por tanto, ¡indios! Pero ya sabes que se trataba de un error. Colón no se encontraba en la India sino en una isla próxima a América. Los aborígenes americanos se siguen llamando todavía indios, y las islas a las que arribó Colón se conocen con el nombre de Indias occidentales en recuerdo de su error. La auténtica India se encontraba todavía enormemente lejos. Mucho más lejos de lo que se hallaba España tras él. Colón habría tenido que seguir navegando aún dos meses, por lo menos, habría sucumbido miserablemente con toda su gente, y no habría alcanzado la

verdadera India. Entonces, sin embargo, creyó hallarse en la India y tomó posesión del país en nombre del rey de España. E incluso más tarde, en sus demás viajes, siguió manteniendo que lo descubierto por él era la India. Nunca admitió que la gran idea que se había apoderado de él anteriormente fuera incorrecta y que la Tierra era mucho mayor de lo que había imaginado; que el viaje a la India por tierra es mucho más corto que la ruta por mar atravesando los océanos Atlántico e Indico. Quería ser virrey de la India, el país de sus sueños.

Es posible que sepas que la Edad Moderna se empieza a contar a partir de este año de 1492 d.C., en el que el fantasioso aventurero Cristóbal Colón descubrió América por casualidad, porque se la encontró en el camino, por así decirlo. Se trata de una fecha aún más casual que la del año 476 d.C., con la que se hace comenzar la Edad Media pues, entonces, se hundió realmente el imperio romano occidental y fue depuesto su último emperador con el curioso nombre de Rómulo Augústulo. Pero, en el año 1492, nadie, ni siquiera Colon, sabía que aquel viaje tendría un significado mayor que la aportación de oro nuevo traído de países desconocidos. A su regreso a España, Colón fue celebrado de manera increíble, pero, en sus siguientes viajes, su ambición y su orgullo, su codicia y su carácter fantasioso lo hicieron tan impopular que el rey ordenó apresarlo y traerlo encadenado de las Indias occidentales a quien era su virrey y almirante. Colón guardó toda su vida aquellas cadenas, incluso después de haber logrado el perdón, honores y riquezas. No pudo ni quiso olvidar semejante afrenta.

Los primeros barcos españoles con Colón y sus compañeros sólo habían descubierto islas con una población de indios apacibles, pobres y sencillos. Lo único que los aventureros españoles querían saber de ellos era de dónde habían sacado sus adornos de oro que algunos de ellos llevaban prendidos de la nariz. Ellos señalaron el oeste, y así se llegó por fin a la verdadera América. Ése era, en efecto, el país del oro buscado por los españoles, que tenían de él las ideas más increíbles y esperaban hallar ciudades con tejados de aquel metal. Los hombres que marcharon de España a los países aún no descubiertos a fin de conquistarlos para el rey de España y hacer botín eran unos individuos feroces. Se trataba, en realidad, de crueles capitanes bandoleros, increíblemente despiadados y de una inaudita falsedad y malicia para con los nativos, impulsados por una codicia salvaje hacia aventuras cada vez más fantásticas. Ninguna les parecía imposible, ningún medio les resultaba demasiado malo, si se trataba de conseguir oro. Eran increíblemente valerosos e increíblemente inhumanos. Lo más triste es que aquellas personas no sólo se llamaban cristianos sino que afirmaban continuamente que cometían todas aquellas crueldades con los paganos a favor de la cristiandad.

Uno de los conquistadores, Hernán Cortés, antiguo estudiante, fue de una ambición especialmente inaudita. Quería avanzar hasta el interior del país y tomar

como botín todos aquellos fabulosos tesoros. El año 1519 partió de la costa con 150 soldados españoles, 13 jinetes y algunos cañones. Los indios no habían visto aún nunca hombres blancos. Y tampoco caballos. Los cañones les producían un terror espantoso. Consideraban a los bandoleros españoles magos poderosos, cuando no dioses. No obstante, se defendieron a menudo con valor y atacaron la caballería de día y el campamento de noche. Pero Cortés se vengó terriblemente desde el primer momento, incendió las aldeas de los indios y mató a miles de ellos.

Pronto llegaron ante él enviados de un rey poderoso y lejano con fastuosos regalos de oro y plumas de colores. Le pidieron que volviera atrás. Pero aquellos preciosos regalos no hicieron sino aumentar la curiosidad y la rapacidad de Cortés. Así pues, siguió adelante entre increíbles aventuras y obligó a muchos indios a marchar con él, tal como habían hecho siempre los grandes conquistadores. Finalmente, llegó al reino del poderoso monarca que le había mandado enviados y regalos. El rey se llamaba Moctezuma; y su país, México, lo mismo que su capital. Moctezuma esperaba reverente a Cortés y su pequeña tropa ante la ciudad, situada en medio de lagos. Tras haber entrado en ella por un largo dique, los españoles se sorprendieron al ver el lujo, la belleza y el poderío de aquella imponente capital, tan grande como la mayor conocida por ellos en Europa. Tenía calles rectas y muchos canales y puentes, muchas plazas y grandes mercados a donde acudían a diario decenas de miles de personas para comprar y vender.

Cortés escribe en su informe al rey de España: «Allí se negocia con toda clase de alimentos, con joyas de oro, plata, hojalata, latón, huesos, conchas, caparazones de crustáceos y plumas, con piedras talladas y sin tallar, con cal y ladrillos, con madera sin labrar y trabajada». Describe cómo se vendían en algunas calles todo tipo de aves y animales, y en otras todo género de vegetales, cómo había boticarios, barberos, casas de huéspedes, plantas de jardín y frutos raros, pinturas, vajilla y productos de panadería. Cómo en el mercado tomaban continuamente asiento diez jueces que debían resolver al punto cualquier litigio. Luego describe los imponentes templos de la ciudad, tan grandes como ciudades enteras, con muchas torres altas y salas pintadas de colores con imágenes de dioses terribles y gigantescos a quienes se ofrecían espantosos sacrificios de víctimas humanas. También describe lleno de extrañeza las grandes casas de la ciudad con sus amplias estancias y bellos jardines florales, las conducciones de agua, los guardias y los aduaneros.

El palacio de Moctezuma le causó una especial impresión. Dice Cortés que España no posee nada igual. Había en él un hermosísimo jardín sobre el que se levantaban varios pisos apoyados en columnas y placas de jaspe y desde los que se disfrutaba de una amplia vista, salas espaciosas, estanques para aves y un gigantesco parque zoológico con todo tipo de animales encerrados enjaulas. En torno al rey se reunía una corte suntuosa de altos funcionarios que le mostraban el máximo respeto.

El propio Moctezuma se vestía cuatro veces al día de manera distinta, cada vez con ropajes completamente nuevos que nunca volvía a llevar. La gente se acercaba a él con la cabeza inclinada y el pueblo tenía que echarse a tierra y no debía mirarle cuando era transportado en una litera por las calles de México.

Cortés hizo apresar a aquel poderoso soberano sirviéndose de la astucia. Moctezuma estaba como paralizado ante tanta insolencia y falta de respeto. No intentó nada contra los intrusos blancos, pues una antigua leyenda mejicana decía que algún día llegarían del este hijos blancos del Sol para tomar posesión del país. Se creía que los españoles eran esos dioses blancos. Pero más bien eran demonios blancos. Con motivo de una celebración en el templo, cayeron sobre todos los nobles mejicanos y asesinaron a aquella gente inerme. Al estallar una espantosa sublevación, Cortés quiso obligar a Moctezuma a que, desde el tejado del palacio, ordenara a su pueblo permanecer tranquilo. Pero el pueblo no quiso oír nada más. La gente arrojó piedras contra su propio rey, y Moctezuma cayó herido de muerte. Entonces comenzó una terrible carnicería en la que Cortés demostró todo su valor, pues fue un auténtico milagro que aquel pequeño puñado de soldados españoles consiguiera huir de la ciudad indignada y alcanzar de nuevo la costa atravesando el país enemigo con enfermos y heridos. Como es natural, regresó pronto con más soldados, destruyó e incendió toda aquella floreciente ciudad, y los españoles comenzaron a aniquilar allí y en otras regiones de América de la manera más odiosa aquel pueblo antiguo y culto de los indios. Este capítulo de la historia de la humanidad es tan terrible y vergonzoso para nosotros, los europeos, que prefiero no hablar de él.

Entretanto, los portugueses encontraron la auténtica ruta por mar a las Indias y causaron allí estragos no mucho menores que los españoles entre los indios americanos. La sabiduría de los antiguos indios les resultó completamente indiferente. También ellos querían oro y más oro. Pero con aquel oro de la India y América llegó tanto dinero a Europa que los burgueses se enriquecieron cada vez más y los caballeros y terratenientes fueron cada vez más pobres. Pero, ahora que los barcos navegaban hacia el oeste y volvían de allí, los puertos occidentales de Europa se hicieron poderosos e importantes. No sólo en España, sino también en Francia, Inglaterra y Holanda. Alemania no participó en la conquista del otro lado del mar. Tenía entonces demasiado que hacer consigo misma.

UNA NUEVA FE

Recordarás que, desde el año 1500, había en Roma papas para quienes su sacerdocio era menos importante que el lujo y el poder, y que hicieron construir iglesias magníficas por artistas famosos. Tras el acceso al pontificado de dos papas de la familia de los Médicis, que tanto se había preocupado en Florencia por el arte y la suntuosidad, se levantaron en Roma edificios especialmente maravillosos y gigantescos. La antigua iglesia de San Pedro, fundada al parecer por Constantino y en la que Carlomagno había sido coronado emperador en otros tiempos, no les resultaba lo bastante esplendorosa y se dispusieron a construir una nueva de dimensiones imponentes y de una belleza nunca vista. Pero aquello costaba muchísimo dinero. El origen de ese dinero no importaba entonces tanto a los papas como el hecho de que llegara y permitiese concluir la magnífica iglesia. Así pues, para agradar al papa, algunos sacerdotes y frailes recaudaron dinero de una manera que no estaba de acuerdo con las enseñanzas de la iglesia. Hacían pagar a los fíeles por el perdón de los pecados. Esa práctica se conocía con el nombre de indulgencia. La iglesia enseñaba que sólo puede ser perdonado el pecador arrepentido, pero aquellos comerciantes de indulgencias no se atenían a esta doctrina.

En Wittenberg, en Alemania, vivía por entonces un monje de la orden de los agustinos. Se llamaba Martín Lutero. Cuando, en el año 1517, uno de esos comerciantes de indulgencias llegó a Wittenberg con el fin de recaudar dinero para la iglesia de San Pedro, cuya construcción dirigía aquel año el más famoso pintor del mundo, Rafael, Lutero quiso llamar la atención sobre aquel abuso reñido con la doctrina eclesiástica y clavó en las puertas de la iglesia una especie de cartel con 95 proposiciones en las que denunciaba aquel mercadeo con la gracia del perdón otorgada por Dios. En efecto, lo más terrible para Lutero era que se hubiese de alcanzar la gracia divina del perdón de los pecados mediante dinero. Siempre se había considerado un pecador que debía temer, como cualquier otro, la cólera divina, pero creía que sólo una cosa podía salvarlo de la condena de Dios: su gracia infinita. Y esa gracia, opinaba Lutero, no la pueden comprar los humanos. De poderlo hacer, no sería gracia. Hasta las personas buenas son pecadores merecedores de condena ante Dios, que todo lo ve y conoce. Sólo su fe en la gracia gratuita de Dios puede salvarlas. Y nada más.

En la enconada disputa que estalló en aquel momento en torno a las indulgencias y su abuso, Lutero insistió en ello enseguida y con una claridad e intransigencia aún mayores. Enseñó y escribió que todo es superfluo, excepto la fe; es decir, también los sacerdotes y la iglesia que lleva a los fieles a participar de la gracia de Dios en la misa. Esta gracia no se puede conseguir por ningún medio. El individuo únicamente puede salvarse por la confianza firme y la fe en su Dios. La fe en los grandes

misterios de la doctrina cristiana, la fe en que, en la Eucaristía, comemos el cuerpo de Cristo y bebemos su sangre en el cáliz. Nadie puede ayudar a otro a obtener la gracia divina. Cada creyente es, por decirlo así, su propio sacerdote. Los sacerdotes de la iglesia no son más que maestros y auxiliares y, por tanto, pueden vivir como las demás personas e, incluso, casarse. El creyente no debe aceptar sin más la doctrina de la iglesia. Tiene que indagar en la Biblia el pensamiento de Dios. Sólo es válido lo que está en la Biblia, opinaba Lutero.

Lutero no fue el primero en tener tales ideas. Cien años antes de él, un sacerdote llamado Hus había enseñado en Praga algo similar. Se le había invitado a acudir ante un concilio en Constanza y, contra las promesas del emperador, fue quemado como hereje en el año 1415. Sus numerosos seguidores fueron aniquilados en guerras sangrientas y feroces durante las cuales quedó asolada media Bohemia.

A Lutero y sus partidarios les podía haber ocurrido lo mismo, pero los tiempos habían cambiado. Aunque sólo fuera por la invención de la imprenta. Los escritos de Lutero, redactados con fuerza y garra, aunque a menudo resultaban también muy groseros, fueron comprados y leídos por toda Alemania y obtuvieron la adhesión de mucha gente. Cuando el papa lo supo, amenazó con excomulgarle. Pero Lutero tenía ya muchos seguidores y no le importó. Quemó en público la carta del papa y, entonces, fue excomulgado de verdad. Luego, él y sus partidarios se separaron de la iglesia. En Alemania hubo una imponente conmoción y mucha gente se puso de su lado, pues el papa, con su amor por el lujo y su riqueza, no era querido en aquel país. Algunos príncipes alemanes no tenían tampoco nada que objetar a una reducción del poder de obispos y arzobispos y a que las grandes posesiones de la iglesia pasaran a sus manos. Por tanto, se unieron a la «Reforma», como se llamó el intento de Lutero de volver a despertar la antigua piedad cristiana.

Por aquellas fechas, en el año 1519, había muerto el emperador Maximiliano, el último caballero, y su nieto, Carlos V de Habsburgo, nieto también de Isabel de Castilla, la reina de España, fue nombrado ahora emperador alemán. Tenía entonces sólo 19 años y no había estado nunca en Alemania; sólo en Bélgica, Holanda y España, que formaban también parte de los países heredados por él. Como soberano de España reinaba así mismo sobre la América recién descubierta, a donde había marchado Cortés para realizar sus conquistas. Así, algunos aduladores pudieron decir de él que en su reino no se ponía el Sol, pues en América es de día cuando entre nosotros es de noche. En realidad, su imponente imperio, al que pertenecían las antiguas tierras hereditarias habsburguesas de Austria y el legado de Carlos el Temerario de Borgoña, es decir, los Países Bajos, además de España y el imperio alemán, sólo tenía un competidor serio en Europa: Francia. Pero Francia no era ni de lejos tan grande como el imperio de Carlos V, aunque bajo su eficiente rey Francisco I se había hecho más uniforme, rica y sólida. Aquellos dos reyes se disputaron

entonces el poder en Italia, el país más rico de Europa, con guerras terriblemente confusas y largas. Los papas apoyaban unas veces a uno y otras a otro y, finalmente, en 1527, Roma fue saqueada por los lansquenetes del emperador, y la riqueza de Italia destruida.

Pero cuando Carlos V accedió al poder el año 1519 se llevaba bien con el papa, pues era un joven muy piadoso. Por eso, una vez coronado en Aquisgrán, quiso poner en orden los asuntos con el hereje Lutero. Nada le habría agradado tanto como ordenar, sin más, su encarcelamiento; pero el príncipe de la ciudad de Lutero, Wittenberg, el duque de Sajonia, llamado Federico el Sabio, no lo permitió y, a continuación, fue su gran protector y no dejó que nadie lo matara.

Entonces, Carlos dio orden de llamar al monje rebelde ante la Dieta imperial convocada por él en Alemania. La Dieta se reunió en Worms, en el año 1521. Allí se congregaron todos los príncipes y personas importantes del imperio en una asamblea solemne y fastuosa. Lutero se presentó ante ella con sus hábitos. Se había declarado dispuesto a renegar de su doctrina si se le demostraba su falsedad con la Biblia. Ya sabes que Lutero reconocía la Biblia como la palabra de Dios. Pero la Dieta imperial, los príncipes y los nobles no quisieron entrar en una disputa verbal con aquel doctor instruido y aplicado. El emperador le exigió que se retractara de sus doctrinas. Lutero le pidió un día para pensarlo. Estaba completamente decidido a mantenerse en su fe y escribió a un amigo en aquella ocasión: «Es seguro que no me retractaré ni un ápice, y confío en Cristo». Al día siguiente se presentó, pues, ante la Dieta imperial reunida y pronunció un largo discurso en latín y en alemán en el que explicó sus creencias, y dijo que lo sentía si había ofendido a alguien en el apasionamiento de la lucha. Pero no podía retractarse. El joven emperador, que probablemente no había entendido una palabra, ordenó decirle que respondiese de una vez con concisión y de manera tajante. Y Lutero, con fuertes palabras, repitió que sólo podrían obligarle a retractarse razones tomadas de la Biblia: «Mi conciencia es prisionera de la palabra de Dios y, por tanto, no puedo ni quiero retractarme de nada, pues es peligroso actuar contra la propia conciencia. Que Dios me ayude. Amén».

Entonces, la Dieta imperial dictó una ley por la que Lutero quedaba proscrito como hereje; es decir, nadie debía darle de comer, ayudarle o cobijarlo. Quien lo hiciera, sería también proscrito. Y lo mismo quien comprase o poseyese sus libros. Cualquiera podía matarlo y quedar impune. Estaba fuera de la ley (vogelfrei, entregado a las aves, como un ajusticiado, según se decía entonces en alemán). Entonces, su protector, Federico el Sabio de Sajonia, ordenó recogerlo en secreto y llevarlo a su castillo de Wartburg, donde vivió disfrazado y con nombre falso. Allí, en aquella cautividad voluntaria, Lutero tradujo la Biblia al alemán para que todos pudieran leerla y meditar sobre ella. Aquello, sin embargo, no era tan fácil, pues Lutero quería que todos los alemanes leyesen su Biblia, pero entonces no existía aún

un alemán común hablado de manera general. Los bávaros escribían en dialecto bávaro; y los sajones, en sajón. Lutero se esforzó, pues, en hallar una lengua comprensible para todos. Y así fue como, con su traducción de la Biblia, creó un alemán que sigue siendo hoy, con pocos cambios, la lengua escrita de los germanohablantes después de más de 400 años.

Lutero continuó en el castillo de Wartburg hasta tener noticia de una consecuencia de sus discursos y escritos que no le agradó en absoluto. Sus partidarios se habían convertido en luteranos más acérrimos aún que el propio Lutero. Retiraban las imágenes de las iglesias y enseñaban que era injusto bautizar a los niños, pues cada persona debía decidir libremente si quería ser bautizada. Por eso se les llamó iconoclastas (en griego, «rompeimágenes») y anabaptistas («rebautizadores»). Los campesinos se habían sentido profundamente impresionados por cierta doctrina de Lutero, al entenderla en el sentido que les convenía. Lutero había enseñado que toda persona debe obedecer exclusivamente a su conciencia, y a nadie más, y procurar obtener la gracia de Dios por su propia cuenta, como ser humano singular y libre. Los campesinos, sometidos a servidumbre y vasallaje, entendieron esta doctrina del hombre libre no sometido a nadie en el sentido de un derecho a la libertad. Armados de horcas y guadañas se reunieron en revuelta, mataron a los propietarios de tierras y marcharon contra monasterios y ciudades. Lutero luchó con todo el poder de sus sermones y escritos contra aquellos iconoclastas y anabaptistas, tal como había luchado antes contra la iglesia, y contribuyó a reprimir y castigar a los campesinos en guerra. Esa disensión entre los protestantes, como se llamó a los partidarios de Lutero, supuso una enorme ventaja para la gran iglesia unitaria católica.

En efecto, Lutero no había sido el único en mantener y predicar durante aquellos años esa clase de ideas. En Zurich, el párroco Zuinglio había marchado por caminos muy parecidos; y en Ginebra, otro estudioso llamado Calvino se había apartado también de la iglesia. Pero por más similares que fueran estas doctrinas entre sí, sus seguidores no pudieron unirse ni soportarse.

Una nueva y grave pérdida se sumó entonces a la sufrida por el papado. Por aquellas fechas era soberano de Inglaterra el rey Enrique VIII. Estaba casado con una tía del emperador Carlos V, pero no le gustaba su mujer. Habría preferido casarse con Ana Bolena, una de sus damas. Sin embargo, el papa, como máximo sacerdote, no podía permitírselo, así que, el año 1533, Enrique VIII apartó a su país de la iglesia romana y fundó una iglesia propia que le concedió el divorcio. Enrique continuó persiguiendo, no obstante, a los partidarios de Lutero, pero Inglaterra se perdió para siempre para la iglesia católica romana. El rey Enrique VIII se aburrió también pronto de Ana Bolena y ordenó decapitarla. Once días después se volvió a casar, pero esta nueva esposa falleció antes de que pudiera liquidarla. Enrique se divorció igualmente de la cuarta y se casó con una quinta a la que también mandó decapitar.

La sexta murió después de él.

A Carlos V no le proporcionaba ninguna alegría su gigantesco imperio, donde reinaba tanta confusión y en el que se luchaba cada vez con más ferocidad en nombre de la fe. Guerreó sucesivamente contra los príncipes alemanes partidarios de Lutero y contra el papa, contra los reyes de Francia y de Inglaterra y contra los turcos, que, llegados desde el este, habían conquistado ya en 1453 Constantinopla, la capital del imperio romano oriental. Los turcos asolaron Hungría y avanzaron hasta Viena, que sitiaron en vano en el año 1529.

Aquel soberano acabó hartándose de su imperio y del Sol que no se ponía en él. Estableció a su hermano Fernando como soberano de Austria y emperador de Alemania, dio a su hijo Felipe España y los Países Bajos y, el año 1556, se retiró como un pobre anciano y quebrantado al monasterio español de San Jerónimo de Yuste. Allí, según se cuenta, se dedicó a reparar relojes y ponerlos en hora. Quería conseguir que todos sonaran a la vez. Al no lograrlo, dijo, al parecer: «¡Cómo me he equivocado al querer aunar a todas las personas de mi imperio, cuando ni siquiera soy capaz de poner en hora unos relojes!». Carlos murió solitario y decepcionado. Pero los relojes de su anterior imperio siguieron dando la hora del tiempo cada vez más desunidos.

LA IGLESIA MILITANTE

En una de las guerras entre el emperador Carlos V y el rey de Francia, Francisco I, cayó gravemente herido un joven noble español. Se llamaba Ignacio de Loyola. Durante su larga convalecencia en el lecho de dolor, meditó mucho sobre su anterior vida como joven aristócrata y leyó mucho la Biblia y las leyendas de los santos. Entonces tuvo la idea de cambiar de vida. Quería seguir siendo un luchador, como lo había sido. Pero un luchador por la iglesia católica, tan amenazada por Lutero, Zuinglio, Calvino y Enrique VIII.

No obstante, una vez sano, no fue a la guerra, a participar en alguno de los numerosos conflictos que habían estallado entre luteranos y católicos, sino que marchó a la universidad, donde aprendió y reflexionó con empeño a fin de prepararse para su lucha. Quien quiera gobernar deberá gobernarse. Eso lo tenía claro. Se ejercitó, por tanto, realizando esfuerzos inauditos para hacerse dueño de sí mismo, tal como lo había pedido Buda pero con otra finalidad. También Ignacio quería desprenderse de cualquier deseo, pero no para liberarse del sufrimiento aquí, en la tierra, sino para no obedecer a más voluntad ni propósito que los de la iglesia y sus objetivos. Tras ejercitarse durante años, aprendió a ser capaz de evitar determinados pensamientos y a imaginar algo en cualquier momento con tanta claridad como si lo tuviera físicamente ante sus ojos. Aquello fue su escuela preparatoria. Luego, exigió otro tanto a sus amigos. Y una vez que todos habían quedado forjados como dueños de su imaginación, fundó con ellos una orden que se llamó la Compañía de Jesús. Los jesuitas.

Esta pequeña compañía de hombres escogidos e instruidos se ofreció al papa para combatir en favor de la iglesia; y el papa aceptó su oferta en el año 1540. A partir de ese momento iniciaron su combate con prudencia y fuerza, como un ejército. Comenzaron a luchar también ellos mismos contra los abusos que habían motivado el conflicto con Lutero. En un gran concilio que llevó a cabo sus deliberaciones en Trento, en el Tirol meridional, entre los años 1545 y 1563, se decidieron numerosos cambios y mejoras que aumentaron el poder y la dignidad de la iglesia. Los sacerdotes debían volver a ser sacerdotes, y no príncipes fastuosos. La iglesia tenía que preocuparse más por los pobres. Ante todo, debía trabajar para instruir al pueblo. Y en este terreno, el de la enseñanza, fue donde los jesuitas supieron obtener mayores logros. Eran personas instruidas y educadas y servidores incondicionales de la iglesia. Así, en calidad de maestros, pudieron dar a conocer sus ideas entre el pueblo y la gente distinguida, pues también trabajaron en las universidades. No obstante, su creciente influencia no se debió sólo a su función de maestros y predicadores de la fe en países lejanos. En muchas ocasiones fueron también confesores en las cortes de los reyes; y como eran hombres de amplias miras y conocedores del alma humana,

supieron guiar a menudo desde esos puestos las decisiones y resoluciones de los poderosos.

Estos esfuerzos por despertar de nuevo la antigua piedad de la gente mediante la renovación de la iglesia católica, y no separándose de ella, para combatir así con eficacia la Reforma se denominan Contrarreforma. En esta época de luchas de religión, la gente era seria y rigurosa. Casi tan seria y rigurosa como el propio Ignacio de Loyola. Se había acabado el placer que sentían los burgueses florentinos por los individuos magníficos y poderosos. La gente volvía a tener en cuenta si se era piadoso y se deseaba servir a la iglesia. Las personas distinguidas no llevaban ya ropajes de colores y holgados. Casi todos tenían aspecto monacal, vestidos con ropas negras y ajustadas adornadas con gorgueras blancas. Los rostros, con sus barbitas puntiagudas, dirigían miradas serias y sombrías. Los nobles llevaban siempre una espada al cinto y retaban a duelo a quien ofendiera su honor.

Aquellas personas de movimientos sosegados y medidos y de rígida cortesía eran casi todos guerreros tenaces. E implacables cuando se trataba de su fe. Los príncipes protestantes y católicos no luchaban sólo en Alemania; los combates más violentos se desarrollaron en Francia, donde los protestantes se llamaban hugonotes. En 1572, la reina de Francia invitó a todos los nobles hugonotes a una fiesta de bodas en la corte y ordenó asesinarlos, sin más, en la noche de San Bartolomé. Tal era la saña y la crueldad con que se luchaba en aquellos momentos.

El dirigente de todos los católicos, el más serio, riguroso e implacable de todos, era el rey de España, Felipe II, hijo del emperador Carlos V. La vida en su corte era envarada y solemne. Todo estaba regulado por normas que prescribían quién debía arrodillarse ante el rey e, incluso, quién podía tener puesto el sombrero en presencia del monarca; en qué orden se servía la comida en la mesa de la corte, y en cuál entraban en la iglesia los nobles para oír misa.

El propio rey Felipe era un soberano de una laboriosidad inusitada que pretendía resolver personalmente cualquier asunto y escribir toda la correspondencia. Trabajaba de la mañana hasta muy tarde con sus consejeros, entre quienes se hallaban muchos clérigos. Lo más importante en su vida era luchar contra cualquier forma de falta de fe. Hizo quemar como herejes en su propio país a miles de personas, no sólo protestantes sino también judíos y mahometanos no declarados, existentes todavía desde los tiempos del dominio de los árabes en España. Felipe se consideraba protector y combatiente de la iglesia, como antes el emperador alemán. Por eso luchó junto con una flota italiana contra los turcos que, desde la conquista de Constantinopla, eran cada vez más poderosos incluso por mar. En el año 1571 los derrotó por completo en Lepanto y destruyó su flota, haciendo que los turcos no volvieran a ser ya una potencia marítima.

Las cosas le fueron peor en su lucha contra los protestantes. Es cierto que logró

exterminarlos en su propio país, en España. Pero por entonces (como en tiempos de su padre) los Países Bajos, es decir, Bélgica y Holanda, pertenecían también a su imperio. Los protestantes abundaban en especial entre los burgueses de los ricos Estados del norte. Felipe hizo todo lo posible para amargarles su fe, pero ellos no cedieron. Entonces envió como representante suyo a un aristócrata español, más celoso y adusto, más sombrío, duro y riguroso que el propio rey Felipe. Se llamaba duque de Alba y tenía la auténtica figura del guerrero, delgado y pálido, con su barbita y su rostro férreo, como le gustaba a Felipe. Aquel duque de Alba hizo ejecutar a sangre fría a muchos burgueses y nobles de los Países Bajos, pero el pueblo neerlandés acabó por no tolerar todo aquello. Se entabló una guerra terrible y violenta, cuya conclusión fue que los Estados protestantes de los Países Bajos se liberaron de España en 1579 y expulsaron a sus tropas. Desde entonces fueron Estados comerciales libres, ricos, independientes y emprendedores que comenzaron a buscar también su fortuna más allá de los mares, en la India y América.

Pero aquella no fue la peor derrota sufrida por el rey Felipe II de España. Aún hubo otra más grave. En Inglaterra reinaba por entonces una mujer, la hija del rey Enrique VIII, el que se había casado tantas veces. Aquella reina, Isabel, era una apasionada protestante, muy inteligente, decidida y resuelta, pero también vanidosa y cruel. Lo más importante para ella era defender su país contra los católicos, que también abundaban en Inglaterra y a quienes persiguió implacablemente. Hizo apresar y ajusticiar a la reina católica de Escocia, María Estuardo, mujer de gran belleza y gracia que creía tener también derecho a gobernar sobre Inglaterra y ayudó así mismo a los burgueses protestantes de los Países Bajos en su lucha contra Felipe, quien se enfureció tanto por esa hostilidad contra la iglesia católica que decidió conquistar Inglaterra para el catolicismo o aniquilarla.

Gastando inmensas sumas de dinero, preparó una imponente flota de 130 veleros con más de 2.000 cañones y de 20.000 soldados españoles. Resulta fácil de escribir, pero intenta imaginarte 130 barcos en el mar. Se llamaba la Gran Armada, es decir, la gran flota de guerra. Cuando partió de España en 1588 con todos los pertrechos, armas y alimentos para seis meses parecía imposible que la pequeña isla de Inglaterra pudiera defenderse contra un poder tan tremendo.

Pero los hechos no se diferenciaron mucho de las guerras contra los persas en tiempos de los griegos. Aquellos grandes barcos pesadamente cargados carecían de movilidad y resultaban lentos en combate. Los ingleses no dejaron siquiera que se entablara una auténtica batalla. Se acercaron con sus navíos pequeños y rápidos, cañonearon la armada y se retiraron. Luego lanzaron contra la flota española barcos incendiados y sin tripulación y provocaron tal confusión en aquella masa imponente y compacta que los españoles se extraviaron en el desconocido mar de Inglaterra, se dispersaron y, finalmente, naufragaron, en parte, en medio de una fuerte tormenta.

Los barcos que regresaron a España fueron menos de la mitad y, además, sin haber tomado puerto en Inglaterra. Felipe, sin embargo, no dejó traslucir su profunda decepción. Se dice que dio las gracias amablemente al comandante de la flota y le dijo: «¡Te había mandado contra hombres y no contra el viento y las olas!».

Pero los ingleses no persiguieron sólo a los barcos de España en sus aguas. Sus buques mercantes los atacaron también en las costas de América y la India, e ingleses y holandeses no tardaron en expulsar a los españoles de muchos puertos ricos de aquellas tierras, y comenzaron a establecer factorías comerciales en el norte de las colonias españolas, en Norteamérica, de manera muy parecida a como lo habían hecho los fenicios. Muchos ingleses perseguidos o desterrados durante las guerras de religión marcharon allí para llevar una vida más libre.

En los puertos y asentamientos de la India no gobernaban propiamente los Estados de Inglaterra y Holanda, sino comerciantes ingleses y holandeses unidos para mercadear y llevar a Europa los tesoros de la India. Aquellas sociedades de comerciantes, llamadas compañías mercantiles, contrataban además soldados; si los indios no se mostraban amables con ellos o no querían entregar sus mercancías a un precio suficientemente barato, los soldados se adentraban en el país para «castigar» al pueblo. Aquello no fue mucho mejor que las guerras españolas contra los indios americanos. La conquista de las regiones costeras de la India resultó además tan fácil para los comerciantes ingleses y holandeses porque los príncipes indios no estaban unidos. En Norteamérica y la India se habló pronto la lengua de la pequeña isla situada al noreste de Francia: inglés. Surgió otra vez un nuevo imperio mundial; y de la misma manera que el latín se convirtió en su tiempo en una lengua universal gracias al imperio romano, hoy lo es también el inglés.

UNA ÉPOCA TERRIBLE

Si quisiera podría escribir muchos más capítulos sobre las luchas entre católicos y protestantes. Pero no quiero. Fue una época terrible. Y la situación se complicó pronto tanto que la gente apenas sabía por qué y contra qué luchaba propiamente. Los emperadores habsburgueses de Alemania, que gobernaban unas veces desde Praga y otras desde Viena y, en realidad, sólo tenían auténtico poder en Austria y, entonces también, en una parte de Hungría, eran hombres piadosos que querían restablecer el dominio de la iglesia católica en su imperio. Al principio permitieron a los protestantes celebrar los servicios divinos, pero pronto estalló la guerra en Bohemia.

En 1618 unos protestantes descontentos arrojaron a tres representantes del emperador por una ventana del castillo de Praga. Los representantes cayeron sobre un montón de estiércol, por lo que a dos de ellos no les ocurrió gran cosa. Sin embargo, aquel hecho fue el detonante de una horrorosa guerra que estalló entonces y duró treinta años enteros. ¡Treinta años! ¡Figúrate! Quien tuviera diez al enterarse de la defenestración, sería un hombre de cuarenta al conocer por fin la paz. ¡Si llegó a conocerla! En efecto, aquel conflicto no tardó en dejar de ser una guerra para convertirse en una cruel masacre de hordas de soldados feroces y mal pagados procedentes de todos los países, cuyo interés principal era el robo y el saqueo. Los tipos más brutales y despiadados de cualquier lugar se incorporaban al ejército, con el que esperaban hacer más botín. La fe se había olvidado hacía ya tiempo. Había protestantes alistados en ejércitos católicos; y católicos en ejércitos protestantes. Eran casi tan pavorosos para las tierras por las que supuestamente luchaban como para sus enemigos, pues dondequiera que montaban sus tiendas salían a buscar comida, y sobre todo bebida, entre los campesinos de los alrededores. Si el campesino no se la entregaba por las buenas, le forzaban a hacerlo o lo mataban. Vestidos con sus trajes de fantasía, con cintas de colores y grandes penachos de plumas, con la espada al cinto y pistola en mano recorrían el país a caballo saqueando y asesinando, y torturaban a personas inermes por pura maldad y brutalidad. Nada era capaz de detenerlos. Sólo seguían ciegamente a sus comandantes cuando éstos se hacían querer.

Uno de esos comandantes que luchó en el bando del emperador fue Wallenstein, un miembro de la nobleza pobre campesina dotado de una fuerza de voluntad y una inteligencia inauditas. Wallenstein marchó con su ejército hasta el norte de Alemania para conquistar allí las ciudades protestantes. Su pericia bélica y su habilidad consiguieron decidir casi la guerra a favor del emperador y la iglesia católica. Pero entonces intervino en la lucha otro país, Suecia, a las órdenes de su poderoso y piadoso soberano protestante, Gustavo Adolfo. Su deseo era salvar la fe protestante y fundar un gran imperio de esa misma confesión bajo la dirección de Suecia. Los

suecos reconquistaron el norte de Alemania y marchaban contra Austria cuando Gustavo Adolfo cayó en combate en el año 1632 (es decir, 14 después del comienzo de aquella guerra estremecedora). Algunas secciones del ejército sueco llegaron, no obstante, hasta las puertas de Viena, donde hicieron espantosos estragos.

Entonces Francia intervino también en la guerra. Es probable que creas que, en esta guerra de religión, los franceses, al ser católicos, lucharon en el bando del emperador contra los protestantes del norte de Alemania y contra Suecia. Sin embargo, ya no se trataba de una guerra de religión. Cada país intentaba sacar partido en aquella confusión generalizada. Y como el emperador de Alemania y los españoles eran las mayores potencias de Europa, los franceses, dirigidos por un ministro extraordinariamente hábil, el cardenal Richelieu, quisieron acabar con ellos aprovechando la ocasión y convertir así a Francia en el país más poderoso de Europa. Ese es el motivo de que los soldados franceses lucharan contra los del emperador.

Entretanto, Wallenstein había adquirido un enorme poder como comandante en jefe del emperador. El ejército lo veneraba y los soldados combatían por él y sus planes. El emperador le resultaba totalmente indiferente a aquella tropa salvaje. Y también la fe católica. Así, Wallenstein debió de sentirse cada vez más como el auténtico soberano. El emperador era impotente sin él y sin sus tropas. Wallenstein comenzó a negociar por su cuenta con el enemigo sobre la posibilidad de una paz y dejó de hacer caso a las órdenes del emperador. Este, entonces, ordenó encarcelarlo, pero Wallenstein fue asesinado antes por un antiguo amigo en 1634.

La guerra, no obstante, continuó durante otros 14 años con una ferocidad y un descontrol cada vez mayores. Se incendiaban pueblos enteros, se saqueaban ciudades, se asesinaba a mujeres y niños, se asaltaba y robaba sin que se viera un fin a todo aquello. Los soldados arrebataban a los campesinos el ganado y pisoteaban sus campos; la hambruna, unas terribles enfermedades infecciosas y enormes manadas de lobos salvajes convirtieron amplias zonas de Alemania en desiertos desolados. Y en el año 1648, después de todos aquellos crueles sufrimientos, los embajadores de los distintos soberanos se pusieron por fin de acuerdo tras largas y complicadas deliberaciones, para establecer una paz cuya conclusión fue que todo quedara como antes de la Guerra de los Treinta Años. Lo que había sido protestante debía seguir siéndolo; el ámbito propiamente dicho del imperio, Austria, Hungría y Bohemia, continuó siendo católico en el futuro. Suecia había vuelto a perder casi por completo su influencia tras la muerte de Gustavo Adolfo, pero retuvo algunas franjas del territorio conquistado en el norte de Alemania y a las orillas del mar Báltico. Sólo los embajadores del ministro francés Richelieu obtuvieron para su país muchas fortalezas y ciudades alemanas próximas al Rin. Él fue el auténtico vencedor de una guerra que ni le iba ni le venía.

Alemania se había convertido casi en un desierto. El número de supervivientes

llegaba apenas a la mitad de sus habitantes anteriores, y su vida transcurría en una espantosa miseria. Algunos emigraron a América; otros intentaron alistarse en ejércitos extranjeros, pues sólo habían aprendido a luchar.

A todas aquellas desgracias y desesperación se sumó otra nueva y terrible locura que se apoderó entonces de un número creciente de personas. Era el miedo a la magia negra, a la brujería y a las brujas. Ya sabes que en la Edad Media la gente era supersticiosa y creía en todo tipo de fantasmas. Pero, entonces, la situación no había sido tan mala.

Las cosas empeoraron ya bajo aquellos papas amantes del poder y el lujo del periodo que llamamos Renacimiento, la época de la nueva iglesia de San Pedro y del comercio con las bulas, en torno al año 1500. No eran piadosos, pero, en cambio, eran tanto más supersticiosos y tenían miedo al demonio y a toda clase de magia. Cada uno de los papas que, alrededor del 1500, hicieron famosos sus nombres para siempre con magníficas obras de arte, dio también órdenes crueles para perseguir con auténtico celo a magos y brujas, sobre todo en Alemania.

Te preguntarás cómo se podía perseguir algo que ni existe ni existió. Pero eso era precisamente lo más horrible. Cuando en un pueblo no se quería a una mujer, cuando a la gente le resultaba inquietante o incómoda, se decía de pronto: «¡Es una bruja! Tiene la culpa de la granizada»; o: «Ella es la culpable del lumbago del alcalde». El lumbago se sigue llamando en Alemania «Hexenschub», «disparo de bruja». A continuación, era encarcelada y se le preguntaba si estaba aliada con el demonio. Ella, por supuesto, decía aterrada que no. Pero entonces la torturaban y martirizaban con la mayor crueldad y durante tanto tiempo que, medio muerta de dolor y desesperación, admitía las acusaciones. Y aquello era su fin, pues ya había confesado ser una bruja y, por tanto, era quemada viva. En general, durante la tortura, conocida con el nombre de tormento, se le solía preguntar si sabía de otras brujas en el pueblo con las que se había dedicado a realizar encantamientos. Algunas, por pura debilidad, mencionaban algunos nombres que se les ocurrían en ese momento, sólo para que cesara la tortura; entonces se encarcelaba también a las citadas, se obtenía de ellas igualmente una confesión por la fuerza y se las quemaba en la hoguera. Pero lo peor fue el miedo al diablo y a la brujería en la espantosa época posterior a la Guerra de los Treinta Años. Se llevó a la hoguera a cientos y miles de personas en todas partes del país, tanto en las católicas como en las protestantes. No sirvió de mucho que algunos sacerdotes jesuitas amonestaran contra aquella locura. La gente vivía entonces con un miedo constante y angustioso a los poderes desconocidos de la magia y las artes del diablo, y sólo ese miedo puede hacer comprensibles todos los horrores cometidos contra tantos y tantos miles de personas inocentes.

Pero lo más curioso es que en ese mismo tiempo en que el pueblo era tan supersticioso, hubiese algunos que no habían olvidado las ideas de Leonardo da Vinci

y los demás grandes florentinos y seguían esforzándose por abrir los ojos y reconocer el mundo tal cual es. Esa gente halló el auténtico método mágico para conocer las cosas que han sido y serán, para saber de qué materia está compuesto un astro alejado de nosotros miles de millones de años, o cuándo ocurrirá exactamente un eclipse solar y desde qué parte de la Tierra podrá verse.

Este método mágico fue el del cálculo. No es que aquellas personas fueran los descubridores del cálculo, pues los comerciantes sabían contar desde siempre. Pero sí supieron comprender con claridad cada vez mayor qué es lo que se puede contar en la naturaleza. Cómo cualquier péndulo de 98 cm y 1 mm de longitud necesita exactamente un segundo para una oscilación y de qué depende ese hecho. Estos cálculos se llamaron leyes de la naturaleza. Ya lo sabía Leonardo da Vinci: «La naturaleza no quebranta sus leyes». De esta manera se supo con precisión que, una vez medido y descrito con exactitud, cualquier acontecimiento natural sólo podrá desarrollarse de esa misma manera y no de otra. Se trataba de un descubrimiento extraordinario y de una magia aún mayor que todo cuanto se atribuía a las pobres brujas, pues a partir de ese momento la naturaleza entera, los astros y las gotas de agua, las piedras que caen y las cuerdas vibrantes de un violín no eran ya una confusión enmarañada e inexplicable capaz de asustar a la gente. Quien conociera la fórmula de cálculo correcta poseía la fórmula mágica de todas las cosas. Podía decir a la cuerda de un violín: «Si quieres tocar un “la”, deberás oscilar 435 veces por segundo y habrás de tener tal longitud y tal tensión». Y así es como debe funcionar la cuerda.

El primer hombre que reconoció plenamente el enorme poder mágico encerrado en el cálculo de la naturaleza fue un italiano, Galileo Galilei. Galileo estudió, investigó y escribió todo esto durante mucho tiempo y, de pronto, alguien le acusó de que en sus escritos aparecía también la frase apuntada sin explicación por Leonardo da Vinci: que el Sol no se mueve, que la Tierra gira en torno al Sol, y los planetas con ella. Este dato había sido publicado el año 1543, poco antes de la muerte de Leonardo, por un erudito polaco llamado Copérnico después de un trabajo de cálculo de varios años, cuando se hallaba en el lecho de muerte; pero los sacerdotes, tanto católicos como protestantes, habían rechazado esa doctrina como anticristiana y herética. En el Antiguo Testamento hay, en efecto, un pasaje sobre el gran guerrero Josué que pide a Dios que no permita que se haga de noche antes de haber aniquilado por completo a sus enemigos. En él se dice que el Sol y la Luna se detuvieron ante su plegaria hasta que todos los adversarios de Josué fueron muertos o apresados. Y, como en la Biblia se dice que el Sol se había detenido, la gente creía que, normalmente, debía de moverse. Por eso, la afirmación de que el Sol está siempre quieto era herética y contraria al sentido de la Biblia. Así, en 1632, tras una larga vida de estudio, Galileo fue llevado a sus casi 70 años ante el tribunal eclesiástico, que le

dio a elegir entre ser quemado como hereje o retractarse de su opinión sobre el movimiento de la Tierra y el Sol. Galileo firmó que era un pobre pecador por haber enseñado que la Tierra giraba en torno al Sol y no lo quemaron en la hoguera, como le había ocurrido a más de uno de sus predecesores. Se cuenta, no obstante, que tras haber estampado su firma en el acta, dijo en voz baja: «Sin embargo, se mueve».

En realidad, todas las opiniones preconcebidas no pudieron impedir que las ideas y métodos de trabajo, los resultados de las investigaciones y los planes de Galileo impresionaran cada vez a más gente. Y si hoy en día nos es posible obligar a la naturaleza mediante estas fórmulas de cálculo a hacer lo que queremos, si disponemos actualmente de aviones, cohetes y radio y de nuestra técnica en general, se lo debemos a personas como Galileo Galilei, que indagaron las leyes para calcular la naturaleza en un tiempo en que estudiarlas era casi tan peligroso como ser cristiano en tiempos de Nerón.

UN REY FELIZ Y OTRO DESDICHADO

Inglaterra fue el único país poderoso que no participó en la Guerra de los Treinta Años. «¡Qué felices fueron los ingleses», dirás. Pero también ellos tuvieron entonces su época salvaje que, no obstante, no concluyó de forma tan terrible como la alemana. Quizá recuerdes que el rey inglés Juan se vio obligado a prometer a sus nobles en el año 1215 en una gran carta, la Magna Charla, que él y sus sucesores no harían nunca nada sin haber pedido antes su acuerdo a los nobles y los condes. Los reyes ingleses se atuvieron a esta promesa casi durante 400 años. Pero entonces llegó uno, Carlos I, nieto de la decapitada María Estuardo, que no quiso aceptarla. No le gustaba consultar su opinión a los nobles y a los burgueses reunidos en el Parlamento. Prefería gobernar como le apetecía, y lo que más le apetecía era gastar mucho dinero.

Aquello, sin embargo, no le sentó nada bien al pueblo inglés. Había en Inglaterra muchos protestantes especialmente rigurosos y piadosos llamados puritanos, palabra que significa, más o menos, los limpios. El lujo y la buena vida, del tipo que fuese, les resultaban odiosos de antemano. Su jefe en la lucha contra el rey fue un noble pobre, Oliver Cromwell, un guerrero extraordinariamente piadoso y valiente, con una gran fuerza de voluntad y, también, enormemente implacable. Junto con sus soldados, entrenados con rigor y profundamente creyentes, tomó prisionero al rey Carlos I después de largas luchas y lo llevó ante un tribunal de guerra. El rey fue condenado a muerte y decapitado el año 1649 por no haber cumplido las promesas de los demás monarcas y haber abusado de su poder. Inglaterra fue gobernada a partir de entonces por Cromwell, no en calidad de rey sino como «protector del país», según se llamaba. Y no lo fue de nombre, sino con sus hechos. Todo lo iniciado por Isabel, las colonias inglesas de América y las factorías comerciales de la India, la eficaz flota y el gran comercio marino, fueron también para él lo más importante. Su inteligencia despierta y su fuerza de voluntad estuvieron dirigidas a fortalecer el poder de Inglaterra en estos asuntos y debilitar lo más posible a sus vecinos, los holandeses. Cuando, tras su muerte, los reyes volvieron a tener el poder en Inglaterra (la familia real fue, desde 1688, holandesa), la tarea de gobernar no fue ya difícil. Hubo un progreso constante, pero, hasta hoy, ningún rey se ha atrevido a quebrantar las antiguas promesas de la gran carta.

Los soberanos franceses lo tenían más fácil, pues en su país no había ninguna gran carta. También ellos debían gobernar un país próspero y con muchos habitantes al que ni siquiera las guerras de religión habían conseguido aniquilar. Pero, sobre todo, en la época de la Guerra de los Treinta Años, el auténtico soberano de Francia había sido aquel ministro extraordinariamente hábil, el cardenal Richelieu, que hizo por su país tanto, por lo menos, como Cromwell por Inglaterra. En efecto, supo quitar a caballeros y nobles cualquier posibilidad de intervención y, con habilidad y astucia,

arrebató poco a poco su poder a aquella gente influyente en el país. Era un buen jugador de ajedrez que sabía sacar provecho a cualquier posición y que, de una ventaja pequeña, obtenía enseguida otra mayor. De ese modo supo hacerse progresivamente con todo el poder y conseguirlo también para Francia en Europa, tal como has visto. Al haber ayudado a derrotar al emperador en la Guerra de los Treinta Años, y como España se hallaba empobrecida e Italia desmembrada e Inglaterra no era aún tan poderosa, en el momento de la muerte de Richelieu Francia se consideraba el único país importante. Poco después de morir el cardenal ascendió al trono, en 1643, el rey Luis XIV. Tenía entonces cinco años y mantiene hasta hoy la marca mundial de permanencia en el poder, pues gobernó hasta 1715, es decir 72 años. Y además gobernó de veras, aunque no durante su niñez, por supuesto. No obstante, en cuanto hubo muerto su tutor, el cardenal Mazarino, que siguió mandando al estilo de Richelieu, decidió gobernar por su cuenta. Dio órdenes de que no se concediese ni siquiera un pasaporte a un francés sin que él mismo diera la autorización. Toda la corte se echó a reír y creyó que era un antojo del joven soberano. Pronto se cansaría, pensaron. Pero Luis no se cansó. Para él, ser rey era más que la casualidad de haber nacido así. Era como un gran papel en una obra de teatro que debía representar a lo largo de toda su vida. Y casi no hubo otro hombre antes o después de él que estudiara con tanta meticulosidad ese papel y lo representara hasta el final, sin fatigarse, con semejante dignidad y pompa.

El rey asumió todo el poder que habían poseído los ministros Richelieu y Mazarino. Los nobles no tenían más derecho que el permiso para contemplar cómo representaba su papel. El solemne espectáculo comenzaba ya con el llamado *lever*, a las 8 de la mañana, cuando el rey tenía a bien levantarse de la cama. En ese momento entraban a su dormitorio los príncipes de la familia junto con los camareros y el médico, y se le ofrecían al monarca de rodillas de manera ceremoniosa dos grandes pelucas empolvadas que parecían melenas ondeantes. El rey elegía la que le apetecía, se ponía una preciosa bata y se sentaba al lado de la cama. Entonces podían entrar ya en el dormitorio los más altos aristócratas, los duques; y mientras se afeitaba al soberano llegaban los secretarios, los oficiales y demás funcionarios. Luego, se abrían las puertas y aparecía una multitud de suntuosos dignatarios, mariscales, gobernadores, príncipes de la iglesia y favoritos a fin de presenciar maravillados aquel acto solemne en que su majestad se vestía.

Todo estaba regulado hasta el menor detalle. El máximo honor consistía en poder alcanzar al rey la camisa, calentada previamente con cuidado. Aquel honor competía al hermano del rey y, en su ausencia, a quien le siguiera en rango. El camarero sostenía una manga; un duque, la otra; y así es como su majestad se ponía la camisa. Las cosas continuaban de ese modo hasta que el rey aparecía vestido con sus vistosas medias de seda y sus pantalones cortos también de seda y un chaleco de satén, la

bufanda de color azul claro, la espada y su levita de punto con el cuello de encaje que le presentaba un alto funcionario, el guarda del cuello, sobre una bandeja de plata. A continuación el rey, con su sombrero de pluma y un bastón, salía sonriente y digno de su dormitorio al gran salón y tenía para cada uno una palabra amable y rebuscada, mientras la gente lo contemplaba y declaraba sumisa con palabras afectadas que estaba más hermoso que Apolo, el dios griego del Sol, y tenía más fuerza que Hércules, el héroe griego; que era, sin duda, como el propio dios Sol, que mantiene todo en vida con sus rayos y su brillo. Ya ves que se trataba de algo parecido a los tiempos del Faraón, llamado hijo del Sol, aunque con una gran diferencia: los antiguos egipcios lo creían de veras, y en el caso de Luis XIV era sólo una especie de juego que, tanto él como los demás, consideraban una representación ceremoniosa, bien estudiada y maravillosa de contemplar.

En la antesala, el rey daba a conocer el programa del día. Se sucedían entonces muchas horas de trabajo de gobierno con las que cumplía a diario, pues quería ocuparse de todos los asuntos del Estado. Había además numerosas cacerías, bailes y representaciones teatrales de grandes autores y actores con las que se entretenía su corte y a las que Luis XIV solía presentarse siempre. Las comidas eran tan fatigosas y ceremoniosas como el acto de levantarse, y el mismo hecho de acostarse se había convertido en una representación complicada parecida a un ballet. Se llegó a las exageraciones más ridículas. Así, por ejemplo, todos debían hacer una reverencia ante la cama del rey como ante el altar, aunque el propio rey no estuviera en ella. Cuando el monarca jugaba a las cartas y se entretenía, lo rodeaba siempre a una distancia respetuosa un enjambre de personas que permanecían atentas a sus conversaciones rebosantes de talento e ingenio, como si se tratara de revelaciones.

La meta de todos los hombres de la corte era vestirse igual que el rey y llevar el bastón, ponerse el sombrero, sentarse y caminar como él lo hacía. Y la meta de todas las mujeres, ser de su agrado. También ellas llevaban cuellos de encaje, y amplios vestidos de mucho frufrú confeccionados con los tejidos más costosos y los más preciosos adornos. Toda aquella vida se desarrollaba en unos palacios tan grandiosos como no se habían visto hasta entonces. La construcción de palacios era, en efecto, la gran pasión de Luis XIV, que hizo levantar fuera de París un palacio, Versalles, casi tan grande como una ciudad, con innumerables salas cubiertas de oro y damasco, con lámparas de araña y miles de espejos, con muebles torneados, con raso y seda y llenas de magníficas pinturas donde se veía siempre a Luis en figura de Apolo, honrado por todos los pueblos de Europa. Pero lo más grandioso no era el palacio mismo sino el parque, tan solemne, geométrico y artificioso como toda la vida de aquel lugar. Ningún árbol debía crecer como quisiera, ningún arbusto conservar su forma natural. Todas las plantas se injertaban y podaban hasta hacer de ellas paredes de follaje perfectamente rectas y setos redondos, céspedes amplios con arriates de flores en

caracol y avenidas con plazas circulares adornadas con estatuas, lagos y surtidores. Allí se paseaban arriba y abajo sobre la gravilla blanca los poderosos duques de otros tiempos con sus damas y conversaban con frases amaneradas y bellamente construidas sobre cómo había hecho la reverencia últimamente el embajador sueco y cosas por el estilo.

Ya puedes imaginar lo que costó un palacio como aquél y una vida de esas características. El mismo rey disponía de 200 sirvientes, y así era todo lo demás. Pero Luis XIV tuvo ministros inteligentes, casi siempre personas de origen humilde, a quienes había otorgado aquel poder por su gran capacidad. Esos ministros sabían cómo sacar dinero al país. Sobre todo mirando por el comercio con el extranjero y favoreciendo la manufactura y la industria francesa. En cambio, los campesinos sufrían un terrible agobio bajo el peso de impuestos y tributos; y mientras en la mesa de la corte se consumían los manjares más refinados en vajilla de plata y oro, los campesinos vivían literalmente de los restos y las malas hierbas.

Pero la vida de la corte no era lo más costoso. Lo más caro de todo eran las guerras mantenidas incesantemente por Luis XIV, casi siempre sin más motivo que aumentar su poder y arrebatar algo a los Estados vecinos. Luis tenía un ejército gigantesco y bien armado con el que atacó Holanda y Alemania y quitó a los alemanes, por ejemplo, Estrasburgo sin buscar siquiera una excusa adecuada. Se consideraba señor de toda Europa. Y en cierto sentido lo era. Todos los grandes lo imitaban. Cualquier príncipe alemán, por minúsculo que fuera el territorio de su soberanía, tuvo pronto un palacio gigantesco al estilo del de Versalles, con oro y damasco, avenidas de setos podados, señores con grandes pelucas y damas empolvadas con amplios vestidos, aduladores y habilidosos charlatanes.

Le imitaban en todo menos en una cosa: ellos eran lo que Luis XIV se limitaba a representar: amaneradas marionetas regias espléndidamente vestidas y un poco ridículas. Luis XIV fue algo más. Y para que no te limites a creérmelo, te repetiré aquí un pasaje de una carta que escribió a su nieto cuando marchó a España para ser rey: «No favorezcas a las personas que más te adulen y ten, en cambio, en consideración a quienes se atrevan a desagradarte por tu bien. No descuides tus asuntos por el placer; hazte un plan de vida que fije el tiempo destinado al descanso y a la diversión. Presta toda tu atención a los asuntos de gobierno. Antes de decidir, comienza escuchando cuanto puedas. Haz todo lo posible por conocer con exactitud a todos los hombres destacados para poder servirte de ellos cuando los necesites. Sé amable con todos y no digas nada ofensivo a nadie». Esos fueron, realmente, los principios del rey Luis XIV de Francia, aquella curiosa combinación de vanidad, gracia, derroche, dignidad, desconsideración, desenfado y laboriosidad.

QUÉ OCURRÍA ENTRETANTO EN EL ESTE DE EUROPA

Mientras Luis XIV mantenía su corte en París y Versalles, cayó sobre Alemania una nueva desgracia; los turcos. Ya sabes que habían conquistado Constantinopla más de 200 años antes (en 1453) y establecido luego un gran imperio mahometano al que pertenecían Egipto, Palestina, Mesopotamia, Asia Menor y Grecia. Es decir, todo el antiguo imperio romano de Oriente, de cuyo brillo y suntuosidad había quedado, por lo demás, poca cosa. Luego, continuaron aguas arriba del Danubio y derrotaron al ejército húngaro en el año 1526. En la batalla cayeron casi todos los nobles magiares, además del rey. Los turcos habían conquistado la mayor parte de Hungría e intentaron hacerse con Viena, pero se retiraron pronto. Como recordarás, su poder marítimo fue aniquilado en 1571 por el rey de España, Felipe II, y sus aliados venecianos, pero siguieron siendo un Estado poderoso, y en Budapest gobernaba un pacha turco. Ahora bien, muchos húngaros, que tras la muerte del rey de Hungría habían quedado sometidos a la soberanía del emperador, eran protestantes y lucharon, por tanto, contra éste en las guerras de religión. Además, tras la Guerra de los Treinta Años, los nobles húngaros se sublevaron en varias ocasiones y, finalmente, llamaron en su ayuda a sus vecinos turcos.

El sultán, que así se llamaba el soberano turco, aceptó con gusto y benevolencia aquella petición de ayuda. Hacía tiempo que deseaba una guerra, pues sus soldados y guerreros estaban haciéndose demasiado poderosos en la patria. Tenía miedo de que se le insolentaran y se alegró de poder enviarlos fuera. Si triunfaban, tanto mejor. Si caían en combate..., al menos se habría librado de ellos. Ya ves que era un señor bonachón. Así pues, el año 1683 armó un gigantesco ejército con tropas de todas partes del mundo. Los pachas de Mesopotamia y Egipto aportaron sus soldados; tártaros, árabes y griegos, húngaros y rumanos se reunieron en Constantinopla y marcharon contra Austria al mando del primer ministro o gran visir Kara Mustafá. Eran más de 200.000 hombres bien armados, con trajes raros y vistosos, con turbantes y banderas donde podía verse su signo, la media luna.

Los ejércitos del emperador, acantonados en Hungría, no lograron resistir aquel ataque. Se retiraron y dejaron que los turcos se acercaran hasta Viena. Viena tenía entonces, como cualquier ciudad, fortificaciones que fueron puestas a punto a toda prisa de manera provisional, mientras se hacía acopio de cañones y víveres. La ciudad debía ser defendida por 20.000 soldados hasta que el emperador llegara en su ayuda con sus aliados. El propio emperador se retiró apresuradamente con su corte a Linz y luego a Passau. Cuando los vieneses vieron cómo ardían a lo lejos pueblos y suburbios incendiados por los turcos, huyeron de la ciudad en número de unos 60.000 en filas interminables de carros y carrozas.

Los jinetes turcos se hallaban ya a las puertas. El gigantesco ejército acampó alrededor de Viena y comenzó a cañonear o a minar las murallas. Los vieneses se defendieron con todas sus fuerzas. Sabían qué se estaban jugando. Pero pasó un mes en que los turcos atacaban repetidamente la ciudad, mientras sus cargas abrían brechas cada vez más peligrosas en las murallas, y la ayuda seguía sin llegar. Lo más terrible fue la aparición de enfermedades infecciosas que se propagaron en la ciudad y que causaban más muertes que las balas de los turcos. También fue en aumento la escasez de alimentos, a pesar de que los soldados conseguían de vez en cuando, en salidas arriesgadas, llevar algún que otro buey a la ciudad. Al final, en Viena, se pagaban de 20 a 30 kreuzer por un gato, que era entonces muchísimo dinero para un asado tan poco apetecible. Cuando ya era casi imposible guardar las murallas, llegaron por fin los soldados imperiales en ayuda de la ciudad. ¡Cómo debieron de respirar los vieneses! Las tropas auxiliares no venían sólo de Austria y Alemania. El rey polaco Juan Sobieski, con quien el emperador había concluido anteriormente una alianza contra los turcos, se había declarado también dispuesto a colaborar en la lucha a cambio de grandes concesiones. No obstante, quería tener además el honor de ser el comandante en jefe, que también habría deseado para sí el emperador, y en aquellas negociaciones se perdió un tiempo precioso. Pero, finalmente, el ejército imperial apareció sobre las colinas de los alrededores de Viena a las órdenes de Sobieski y avanzó contra los turcos, que huyeron después de violentos combates sin tener siquiera tiempo de levantar y llevarse el campamento, que pudo ser saqueado por los soldados imperiales. Estaba formado por 40.000 tiendas de campaña y era, por tanto, una auténtica ciudad en pequeño, con calles tiradas a cordel y de un aspecto muy suntuoso.

Los turcos se fueron retirando cada vez más. Si entonces hubieran llegado a triunfar y conquistar Viena, las consecuencias habrían sido tan malas como si los árabes mahometanos hubiesen vencido junto a Tours y Poitiers mil años antes, cuando los derrotó Carlos Martel.

En esta ocasión, las tropas imperiales no cesaron de perseguirles mientras las gentes de Sobieski regresaban a su país. Un destacado general francés a quien Luis XIV no quiso aceptar en su ejército por su presencia insignificante, el príncipe Eugenio de Saboya, llegó a convertirse en un caudillo famoso del ejército austriaco y realizó en los años siguientes una conquista tras otra en las tierras sometidas al dominio turco. El sultán se vio obligado a entregar toda Hungría, que pasó a manos de Austria. La corte del emperador en Viena había conseguido mucho poder y dinero, y en Austria se construyeron palacios suntuosos y muchos monasterios de gran belleza en un estilo nuevo y espléndido llamado barroco. El poder de los turcos fue disminuyendo, pues a sus espaldas apareció también un poderoso enemigo: Rusia.

Hasta ahora no hemos oído una palabra sobre Rusia. Era un extenso y agreste país

boscoso, con inmensas estepas en el norte. Los terratenientes imperaban sobre los pobres campesinos con terrible crueldad; y el rey sobre los terratenientes con una crueldad aún mayor, si era posible. Un soberano ruso que reinó en torno al año 1580 se llamaba Iván el Terrible. Y con razón. Nerón fue benigno en comparación con él. Los rusos no se preocupaban gran cosa por Europa y por todo cuanto ocurría en ella. Tenían bastante con pelear entre sí y matarse unos a otros. Eran cristianos, pero no estaban sometidos al papa, sino al obispo o patriarca de la iglesia del imperio romano oriental de Constantinopla. Por eso tenían pocas relaciones con Occidente.

Entonces, en 1689 (es decir, seis años después del sitio de Viena por los turcos) subió al trono un nuevo soberano. Se llamaba Pedro; Pedro el Grande. No era menos feroz y cruel que sus predecesores: le gustaba beber tanto como a ellos y le agradaban por igual los actos violentos. Pero se le había metido en la cabeza la idea de hacer de su reino un Estado como los occidentales, Francia, Inglaterra o el imperio alemán. Sabía qué necesitaba: dinero, comercio y ciudades. Y quería enterarse de cómo los habían conseguido los demás países, así que viajó para conocerlos. En Holanda vio las grandes ciudades portuarias con sus enormes barcos que navegaban hasta la India y América a fin de practicar el comercio. Quiso tener también barcos como aquellos y aprender a construirlos. Para ello, sin pensárselo mucho, comenzó a trabajar como simple aprendiz de carpintero de ribera en el taller de un naviero holandés y dominó, realmente, su arte. Luego, regresó enseguida con una tropa de artesanos que debería construir los barcos.

Sólo le faltaba la ciudad portuaria. Y ordenó construirla. Una ciudad a orillas del mar, exactamente igual que las que había visto en Holanda. Pero allí junto al mar, en el norte de Rusia, sólo había marismas desoladas. Además, aquellas tierras pertenecían en realidad a Suecia, con la que Pedro el Grande estaba en guerra. Pero todo aquello le resultaba indiferente. Se reunió a los campesinos de los alrededores en muchos kilómetros a la redonda para que secaran las marismas y clavaran estacas en el suelo. Pedro puso a trabajar allí a 80.000 operarios y pronto surgió una ciudad portuaria a la que dio el nombre de San Petersburgo. A continuación, los rusos tuvieron que convertirse en auténticos europeos. Ya no les estaba permitido ir con largas cabelleras, una gran barba, sus trajes locales y largos chaquetones; tenían que vestirse como los franceses o alemanes. Pedro el Grande mandó azotar y ejecutar a quien no le gustara o a quien dijera algo contra sus innovaciones. Incluso a su propio hijo. No era un señor bondadoso, pero consiguió lo que quería. Es cierto que los rusos no se hicieron europeos tan deprisa, pero desde entonces Rusia intervino en el sangriento juego por el poder en Europa.

El propio Pedro el Grande comenzó a participar en él. El objetivo fue Suecia, que desde las conquistas de Gustavo Adolfo en la Guerra de los Treinta Años era el Estado más poderoso del norte de Europa. En tiempos de Pedro el Grande gobernaba

el país un hombre de una piedad menor y una visión no tan clara como la de Gustavo Adolfo; desde el año 1697 había ascendido al trono uno de los más fantasiosos jóvenes aventureros que hayan existido jamás: el rey Carlos XII. Podría haber aparecido en uno de los libros de Karl May o en algún otro relato de belleza *bravía*. Hizo cosas que parecen completamente irreales. No obstante era tan irracional como valiente, y eso ya significaba algo. Luchó con su ejército contra Pedro el Grande y derrotó a una potencia cinco veces mayor. Luego, conquistó Polonia y se adentró progresivamente hacia el interior de Rusia sin aguardar siquiera el auxilio de otro ejército sueco que iba de camino. Penetró cada vez más en la extensa Rusia cabalgando siempre delante de su ejército, vadeó ríos y atravesó pantanos, pero los cosacos rusos no aparecían por ninguna parte. Llegó el otoño y luego el invierno, vinieron los gélidos fríos de Rusia, y Carlos XII seguía sin tener la oportunidad de demostrar su valor al enemigo. Finalmente, cuando su ejército se hallaba casi muerto de hambre, congelado y agotado, surgieron los rusos y le infligieron una gran derrota en el año 1709.

Carlos tuvo que huir y marchó a Turquía. Allí permaneció cinco años e intentó incitar a los turcos a luchar contra Rusia. Pero no tuvo mucha suerte. Por fin, en el año 1714, se enteró de que en su patria, Suecia, no querían saber nada de un soberano que buscaba aventuras en Turquía, y de que los magnates del reino pretendían elegir otro rey.

Se puso entonces ropas de oficial alemán y cabalgó con un solo acompañante noche y día; de día a caballo, y de noche durmiendo en coches de posta, atravesando territorio enemigo en una enloquecida carrera entre los peligros más azarosos y marchando en 16 días de la frontera turca a Stralsund, en el norte de Alemania, perteneciente entonces a Suecia. El comandante de la fortaleza, a quien hizo despertar durante la noche, casi no daba crédito a sus ojos al ver de pronto ante él a su rey, pues creían que se hallaba dios sabe dónde, en algún lugar de Turquía. La ciudad se mostró entusiasmada ante aquella odisea, pero Carlos XII se acostó y durmió a pierna suelta. Tenía los pies tan hinchados por la larga cabalgada que hubieron de cortarle el calzado. Pero nadie pensó ya en elegir otro rey. Apenas llegado a Suecia, Carlos XII inició una nueva aventura bélica. Se enemistó con Inglaterra, Alemania, Noruega y Dinamarca. Primero quiso combatir contra este último país. Carlos cayó durante el asedio a una fortaleza danesa, en el año 1718, y algunos dicen que lo mató uno de sus súbditos pues el país no podía soportar ya todas aquellas guerras.

Así pues, Pedro el Grande se libró de este adversario, y el poder de su imperio ruso, del que se había nombrado emperador o zar, creció en todas direcciones, hacia Europa, hacia Turquía, hacia Persia y hacia los países asiáticos.

LA VERDADERA EDAD MODERNA

Si pudieras hablar con una persona que hubiera vivido en el tiempo en que los turcos sitiaron Viena, te llevarías una gran sorpresa por su manera de hablar alemán, por el gran número de palabras francesas y latinas utilizadas por ella, por el complicado y retorcido amaneramiento y formalismo de sus expresiones, por el modo en que se inclinaría ceremoniosamente y por cómo ensartaría con cualquier motivo una cita en latín cuya procedencia desconoceríamos tanto tú como yo. Sin embargo, es probable que tuvieras la impresión de que bajo aquella respetable peluca había una cabeza a la que le gustaba pensar en comer y beber bien, y que todo aquel señor, con sus encajes, puntillas y sedas y bien perfumado, apestaba con permiso de vuecencia, pues no se lavaba casi nunca.

Pero, tu asombro sería mayúsculo cuando comenzara a exponer sus opiniones: que se debe pegar a los niños; que las muchachas deben casarse casi niñas con hombres a quienes prácticamente no conocen; que los campesinos están en el mundo sólo para el trabajo y no les está permitido rechistar; que los mendigos y vagabundos tienen que ser azotados en público para, luego, encadenarlos y someterlos al escarnio en la plaza mayor; que los ladrones deben ser ahorcados y los asesinos troceados públicamente; que se ha de quemar a las brujas y demás magos dañinos que practican tan a menudo sus peligrosas actividades; que se ha de perseguir, desterrar o arrojar a una oscura mazmorra a quienes pertenecen a otra fe; que el cometa recién visto en el cielo significa malos tiempos; que para la inminente peste que se ha cobrado ya en Viena muchas víctimas debe de ser bueno llevar un brazalete rojo; que el señor Fulano, un amigo inglés, lleva mucho tiempo haciendo magníficos negocios con la venta en América de negros traídos de África como esclavos, lo cual es una buena ocurrencia del honorable señor, pues los indios cautivos no valen para trabajar.

Es probable que esas opiniones no las escucharas de boca de un patán, sino, incluso, de las personas más razonables y hasta piadosas de cualquier condición y país. Las cosas comenzaron a cambiar poco a poco a partir de 1700. Las numerosas y atroces miserias provocadas en Europa por las tristes guerras de religión hicieron pensar a mucha gente: ¿Es, realmente, importante qué artículos del catecismo se consideran verdaderos? ¿No tiene mayor importancia ser una persona buena y decente? ¿No sería mejor que los seres humanos, incluso quienes tienen opiniones diferentes y una fe distinta, se soportasen, que se respetaran mutuamente y tolerasen las convicciones de los demás? Esta fue la idea primera y más importante que entonces se expuso: la idea de la tolerancia. La diversidad de opiniones, pensaba la gente que hablaba así, sólo se puede dar en cuestiones de fe. Mientras que todas las personas razonables están de acuerdo en que 2 x 2 = 4. Por eso, lo que puede y debe unir a todos los seres humanos es la razón (el sentido común, como se decía también

entonces). En el reino de la razón se puede combatir con argumentos para convencer al otro, mientras que se deberá respetar y tolerar la fe del prójimo, que queda más allá de cualquier principio de razón.

Para aquella gente, lo segundo en importancia era, pues, la razón. El pensamiento claro y consciente acerca de las personas y la naturaleza. Sobre este asunto volvieron a encontrar muchas observaciones en las obras de los antiguos griegos y romanos y en las de los florentinos de la época del Renacimiento. Pero, sobre todo, las encontraron en las obras de hombres inteligentes que, como Galileo, habían partido en busca de la fórmula mágica del cálculo de la naturaleza. En estos asuntos no había diferencia de creencias. Sólo existían el experimento y la prueba. La razón decidía cuál era el aspecto de la naturaleza y qué ocurría en el mundo de los astros. La razón, dada por igual a todos los humanos, pobres y ricos, blancos, amarillos o rojos.

Pero, como la razón se ha dado a todos, todos tienen en el fondo el mismo valor, seguían enseñando aquellas personas. Sabes, sin duda, que ésta había sido ya la doctrina del cristianismo: que todos los seres humanos son iguales ante Dios. Pero los predicadores de la tolerancia y de la razón fueron más allá: no sólo enseñaron que los humanos son iguales en principio, sino que exigieron además que se tratara a todos por igual. Dijeron que toda persona, en cuanto ser creado y dotado de razón por Dios, posee derechos que nadie puede ni debe arrebatarle. Que todos tienen derecho a decidir por sí mismos su profesión y su vida; que todos deben ser libres para hacer y dejar de hacer lo que les aconsejen su razón y su conciencia. Que, además, no se ha de educar a los niños con la vara, sino con la razón enseñándoles a entender por qué una cosa es buena y otra mala. Que también los criminales son personas que, aunque hayan errado, pueden ser mejorados. Que es terrible grabar con un hierro candente una marca imborrable en la frente o en la mejilla de una persona que ha cometido un delito para que quede siempre a la vista su condición de criminal. Que existe una dignidad humana que prohibe, por ejemplo, burlarse públicamente de otro.

Todas estas ideas difundidas a partir de 1700, ante todo en Inglaterra y, luego, en Francia, se llaman «Ilustración», porque pretendían luchar contra la gran tiniebla de la superstición mediante la claridad de la razón.

A algunos les parece que esta Ilustración sólo enseñaba obviedades y que la gente de entonces imaginaba muchos de los grandes secretos de la naturaleza y el mundo de manera excesivamente simple. Eso es cierto, pero debes pensar que esas obviedades no eran entonces aún tan evidentes y que se necesitó mucho valor, sacrificio y constancia para exponer a los demás esos pensamientos de forma tan reiterada que hoy nos resultan realmente obvios. También has de pensar que, si bien la razón no puede resolver ni resolverá todos los enigmas, ha rastreado la solución de muchos.

En los últimos 200 años a partir de la Ilustración se ha investigado y sabido más acerca de los secretos de la naturaleza que en los 2.000 anteriores. Pero, sobre todo,

no debes olvidar qué significan para la vida la tolerancia, la razón y el sentimiento de humanidad, los tres principales artículos de fe de la Ilustración. Que una persona es sospechosa de haber cometido un crimen, no ha de ser ya torturada de forma inhumana por esa mera sospecha hasta que, inconsciente, admita todo cuanto se desee; que la razón nos ha enseñado que la brujería es imposible y que, por tanto, no se han de quemar más brujas (la última fue llevada a la hoguera en Alemania en 1749; y en Suiza se quemó a una incluso en 1783). Que las enfermedades se combaten no con trucos supersticiosos sino, ante todo, con la limpieza y la investigación científica de sus causas. Que ya no hay siervos o campesinos sujetos a la tierra ni esclavos. Que todas las personas de un Estado han de ser tratadas con las mismas leyes y que también las mujeres poseen idénticos derechos que los hombres. Todo ello es obra de los valerosos burgueses y escritores que se atrevieron a tomar partido por estas ideas. Y fue, realmente, una audacia. Es cierto que, en la lucha contra lo antiguo y tradicional, se mostraron a veces irrazonables e injustos, pero también es cierto que su lucha a favor de la tolerancia, la razón y la humanidad fue difícil e imponente.

Esta lucha habría durado mucho más tiempo y habría costado muchas más víctimas de no haber existido entonces en Europa algunos soberanos que combatieron en primera línea en favor de las ideas de la Ilustración. Uno de los primeros fue Federico el Grande, rey de Prusia.

Ya sabes que el título imperial hereditario de los Habsburgo era entonces casi únicamente honorífico. En realidad, los Habsburgo gobernaban sólo sobre Austria, Hungría y Bohemia, mientras que en Alemania mandaban los distintos príncipes territoriales de Baviera, Sajonia y muchos otros Estados, grandes y pequeños. Desde la Guerra de los Treinta Años, los territorios protestantes del norte no se preocuparon ya casi nada por el emperador católico de Viena. El Estado más poderoso entre todos estos territorios alemanes regidos por príncipes protestantes era Prusia, que desde el reinado de su gran soberano Federico Guillermo I, que gobernó de 1640 a 1688, había arrebatado continuamente tierras a los suecos en el norte de Alemania. En 1701, los príncipes prusianos se habían declarado, incluso, reyes. Prusia era un riguroso Estado de guerreros cuyos nobles no conocían mayor honor que ser oficiales en el excelente ejército del rey.

Pues bien, desde 1740 reinaba en Prusia, como tercer rey, Federico II, de la familia de los Hohenzollern. Se le conoce con el nombre de Federico el Grande. Y, realmente, fue uno de los hombres más instruidos de su tiempo. Mantenía amistad con muchos ciudadanos franceses que predicaban en sus escritos las ideas de la Ilustración y él mismo escribió también esa clase de obras en francés, pues, aunque era rey de Prusia, despreciaba el idioma y las costumbres alemanas, muy decaídas, sin duda, por la desgracia de la Guerra de los Treinta Años. No obstante, se sentía

obligado a hacer de su Estado alemán un Estado modélico y demostrar el valor de las ideas de sus amigos franceses. Como dijo en muchas ocasiones, se consideraba el primer servidor, más aún, el primer funcionario de su Estado, y no su dueño. Como tal, se preocupaba por todos los detalles e intentaba imponer en todas partes las nuevas ideas. Uno de sus primeros actos fue suprimir el horror de la tortura. También alivió las pesadas servidumbres de los campesinos al servicio de los terratenientes. Siempre procuró que todas las personas de su Estado, tanto los más pobres como los más poderosos, fueran tratados por igual ante los tribunales. Aquello no era entonces ninguna obviedad.

Pero, sobre todo, quiso hacer de Prusia el Estado más poderoso de Alemania y acabar por completo con el poder del emperador austriaco. Estaba convencido de que aquello no sería difícil, pues desde 1740 reinaba en Austria una mujer, la emperatriz María Teresa. Cuando María Teresa llegó al poder, con sólo 23 años, Federico pensó que era una buena oportunidad para arrebatar un territorio al imperio. Invadió con su excelente ejército la provincia de Silesia y la conquistó. Desde entonces luchó durante casi toda su vida contra la soberana alemana de Austria. Sus tropas eran para él lo más importante. Las entrenó sin contemplaciones e hizo de ellas el mejor ejército del mundo.

Pero María Teresa fue una enemiga mayor de lo que había creído al principio. Es cierto que no era belicosa, sino una mujer de una especial piedad y una auténtica madre de familia que tuvo 16 hijos. Aunque Federico era su adversario, lo tomó no obstante como modelo en muchos asuntos e introdujo así mismo sus mejoras en Austria. Suprimió también la tortura, alivió la vida de los campesinos y procuró, sobre todo, que se diera una buena instrucción en el campo. Se consideraba, realmente, una madre de todo su país y no tuvo la falsa vanidad de pretender saberlo todo mejor que nadie. Nombró consejeros a las personas más laboriosas, entre ellas algunas que estuvieron a la altura del gran Federico, incluso en las prolongadas guerras. Pero no sólo en el campo de batalla, pues la emperatriz supo ganarse además todas las cortes de Europa por medio de sus embajadores, incluida la propia Francia que, sin embargo, había luchado desde hacía siglos contra el imperio alemán aprovechando cualquier ocasión. En prenda de la nueva amistad, María Teresa entregó a su hija María Antonieta por esposa al sucesor del trono francés.

Así pues, Federico se vio rodeado de enemigos por todas partes: Austria, Francia, Suecia y la poderosa y gigantesca Rusia. Pero no esperó a que le declararan la guerra, sino que ocupó Sajonia, que también le era hostil, y mantuvo durante siete años una guerra implacable en la que sólo le apoyaron los ingleses. Pero sus dotes le permitieron llegar a tanto que no perdió la guerra contra aquella superpotencia y hubo que entregarle Silesia.

Desde 1765, María Teresa no fue ya la única soberana de Austria. Su hijo José

gobernó junto con ella como emperador (José II) y, tras su muerte, pasó a ser soberano de Austria. Fue un luchador aún más celoso que Federico, e incluso que su madre, en favor de las ideas de la Ilustración. La tolerancia, la razón y la humanidad eran, realmente, lo único que le importaba. Suprimió la pena de muerte y la servidumbre de los campesinos. Permitió a los protestantes de Austria volver a celebrar los servicios divinos y arrebató, incluso, a la iglesia católica parte de sus tierras y sus riquezas, aunque era un buen católico. Estaba enfermo y tenía la sensación de que no podría gobernar mucho tiempo. Por eso lo hizo todo con tanto empeño, con tal impaciencia y prisa, que sus súbditos consideraron sus iniciativas excesivamente rápidas y repentinas, y demasiadas para una sola vez. Muchos le admiraban, pero el pueblo le quiso menos que a su sosegada y piadosa madre.

Por las fechas en que las ideas de la Ilustración habían triunfado en Austria y Alemania, los burgueses de muchas colonias inglesas de América se negaron a seguir siendo súbditos de Inglaterra y a pagarle impuestos. Su jefe en la lucha por la independencia fue Benjamín Franklin, un simple ciudadano muy dedicado al estudio de las ciencias de la naturaleza, descubridor del pararrayos. Era un pensador honrado como pocos, pero también un hombre sensato y sencillo. Bajo su dirección y la de otro americano, George Washington, las colonias inglesas y ciudades comerciales de América constituyeron una federación de Estados y, tras largas luchas, expulsaron a las tropas inglesas del país. A continuación, quisieron vivir enteramente según los principios de la nueva orientación del pensamiento y declararon en 1776 como Constitución para su nuevo Estado los sagrados derechos humanos de la libertad y la igualdad. Pero permitieron que en sus plantaciones siguieran trabajando esclavos negros.

TRANSFORMACIÓN VIOLENTA

En todos los países se consideraron rectas y buenas las ideas de la Ilustración y se gobernó de acuerdo con ellas. La misma emperatriz de Rusia, Catalina la Grande, se carteaba continuamente con los predicadores franceses de la Ilustración. Sólo los reyes de Francia hicieron como si no estuvieran enterados de nada y como si todo aquello no fuera con ellos. Luis XV y Luis XVI, sucesores del gran Rey Sol, fueron personas incapaces que sólo imitaron las formas externas de su gran predecesor, es decir, la pompa y el lujo, los enormes gastos en fiestas y representaciones operísticas, en nuevos palacios y en parques gigantescos con setos podados y en enjambres de sirvientes y cortesanos vestidos de seda y encajes. La procedencia del dinero les resultaba indiferente. El cargo de ministro de Hacienda estuvo ocupado por estafadores que extorsionaron y obtuvieron con engaños inmensas sumas de dinero. Los campesinos tenían que matarse a trabajar y los burgueses pagaban enormes impuestos, mientras que los nobles derrochaban o se jugaban el dinero en la corte entre conversaciones más o menos ingeniosas.

Pero la mayor desgracia para los campesinos era que el aristócrata terrateniente dejara en alguna ocasión el palacio del rey para ir a su finca, pues entonces salía con su séquito a la caza de la liebre y el zorro, y pisoteaba con sus caballos los campos penosamente cultivados por sus labradores. ¡Y ay del que se quejara! Era una suerte que el señor se limitase a golpearle personalmente la cara con la fusta, pues el propietario noble era al mismo tiempo juez de sus campesinos y podía castigarlos como se le ocurriera. Cuando uno de esos señores obtenía el favor del monarca, éste le regalaba una nota donde sólo aparecía lo siguiente: «Enciérrese en la cárcel al señor...». Firmado: el rey Luis XV. Al noble le estaba permitido poner el nombre por su cuenta, pudiendo así hacer desaparecer, sin más, a quien no le cayera bien por algún motivo.

Pero, en la corte, esos señores eran limpios y delicados, iban empolvados y perfumados y caminaban entre el frufrú de sedas y encajes. La rígida pompa de la época de Luis XIV les resultaba demasiado fatigosa y eran partidarios de entretenimientos más encantadores y desenfadados. Tampoco llevaban ya aquellas pesadas pelucas, sino otras ligeras, empolvadas de blanco con una coletilla colgando por detrás. Aquellos señores sabían hacer reverencias y bailar de maravilla, y sus damas todavía mejor. Las damas vestían corpiños muy ceñidos en la cintura y gigantescas faldas redondas que les daban aspecto de campanas. Eran los miriñaques. Damas y caballeros paseaban así por las avenidas de setos de los palacios reales y dejaban que sus fincas se echaran a perder y sus campesinos murieran de hambre. Pero como aquella vida remilgada y antinatural les aburría también con frecuencia, inventaron algo nuevo: jugaban a la sencillez y la naturalidad, vivían en cabañas de

pastores decoradas con encanto y construidas en los parques del palacio y se llamaban con nombres inventados de pastores sacados de poemas griegos. Aquello era el colmo de su naturalidad y sencillez.

María Antonieta, la hija de María Teresa, cayó en medio de todo aquel ajetreo vistoso, elegante, delicado y refinado. Era una muchacha joven de algo más de 14 años cuando se convirtió en esposa del futuro rey de Francia. Como es natural, creyó que todo debía ser tal como lo había encontrado. Era la más activa en todos los maravillosos bailes de máscaras y óperas; hacía teatro ella misma, era una pastora encantadora y consideraba magnífica la vida en los palacios de la realeza francesa. Su hermano, el emperador José II, hijo mayor de María Teresa, no cesó de aconsejarle, así como a su madre, que viviera con sencillez y no exasperara aún más al pobre pueblo con su derroche y su frivolidad. El año 1777, el emperador José escribió a María Antonieta una carta larga y seria en la que leemos lo siguiente: «Las cosas no pueden seguir así mucho tiempo; y, si no la previenes, la revolución será terrible».

Todo continuó de aquella manera doce años más. Pero, entonces, la revolución fue tanto más terrible. La corte había derrochado ya todo el dinero del país. No quedaba nada con que poder pagar el gigantesco lujo diario. Entonces, el año 1789, el rey Luis XVI convocó, finalmente, una asamblea de representantes de la nobleza, el clero y la burguesía, es decir, de los tres estamentos para que le aconsejaran sobre la manera de volver a conseguir dinero.

Como no le agradaron las propuestas y exigencias de los estamentos, el rey, por medio de su maestro de ceremonias, quiso ordenarles que volvieran de nuevo a casa. Pero un hombre llamado Mirabeau, persona inteligente y apasionada, le respondió: «Vaya y diga a su señor que nos hemos reunido aquí por el poder del pueblo, y ese poder sólo se nos arrebatará por la fuerza de las bayonetas».

Nadie había hablado aún así al rey de Francia. La corte no sabía qué hacer. Mientras reflexionaba, la nobleza, el clero y la burguesía reunidos siguieron deliberando cómo poner coto a la mala gestión. Nadie pensaba en derrocar al rey; sólo se querían imponer mejoras similares a las introducidas entonces en todos los Estados. Pero el rey no estaba acostumbrado a que le prescribieran nada. El mismo era una persona débil e indecisa que tenía como ocupación favorita los trabajos manuales, pero consideraba completamente natural que nadie se atreviera a oponerse a su voluntad. Así pues, recurrió a los soldados para dispersar la asamblea de los tres estamentos. El pueblo de París se indignó, pues había puesto su última esperanza en ella. La gente se congregó y se abrió paso hacia la prisión de la Bastilla donde se había encarcelado anteriormente a muchos predicadores de la Ilustración y donde, según se creía, se mantenía presa a una multitud de inocentes. El rey no se atrevió en un primer momento a dar la orden de disparar contra su pueblo para no irritar más a la gente. De ese modo, la imponente fortaleza fue asaltada por el pueblo, que mató a

la guarnición. La gente recorrió jubilosa las calles de París llevando en triunfo por la ciudad a los prisioneros liberados, aunque resultó que los únicos encarcelados eran esta vez auténticos criminales.

Entretanto, los estamentos reunidos en asamblea habían tomado decisiones inauditas: querían imponer sin limitaciones los principios de la Ilustración. Sobre todo el de que todas las personas son iguales y deben ser tratadas de igual manera por la ley en cuanto seres dotados de razón. Los nobles de la asamblea se adelantaron con un magnífico ejemplo y renunciaron voluntariamente a todos sus privilegios en medio del entusiasmo general. Todos los franceses podían ocupar cualquier cargo, todos debían tener en el Estado idénticos derechos y deberes, los derechos del hombre, como se los llamó entonces. El pueblo, declaró la asamblea, es el auténtico soberano; y el rey, sólo su delegado.

Ya puedes comprender lo que quiso decir con ello la asamblea de los estamentos: que el soberano está al servicio del pueblo, y no al revés, el pueblo al servicio del soberano; que no le era lícito abusar de su poder. Pero los parisinos que leyeron aquello en los periódicos entendieron de una manera distinta esta doctrina de la soberanía del pueblo. Pensaron que quien debía gobernar a partir de entonces era la gente de la calle y el mercado, el llamado pueblo, sin más. Y como el rey no quiso todavía mostrarse razonable y entró en negociaciones con cortes extranjeras para que le ayudaran contra su propio pueblo, las mujeres del mercado y los pequeños burgueses de París salieron hacia el palacio de Versalles, mataron a la guardia, penetraron en los lujosos salones de magníficas lámparas de araña, espejos y alfombras de damasco y obligaron al rey y a su esposa María Antonieta a ir a París junto con sus hijos y su séquito. Allí quedaron realmente bajo la vigilancia del pueblo.

El rey intentó huir al extranjero. Pero como lo hizo con todo tipo de complicaciones y ceremonias, como si se tratara de un viaje a un baile de máscaras en la corte, lo reconocieron y lo devolvieron a París junto con su familia sometido a estrecha vigilancia. La asamblea estamental, llamada ahora asamblea nacional (tras la disolución de los estamentos) había decidido entretanto otras muchas innovaciones. Se arrebataron sus posesiones a la iglesia católica, así como a todos los aristócratas huidos al extranjero por temor a la Revolución, y se determinó que el pueblo eligiera nuevos representantes que habrían de decidir entonces cada una de las leyes.

De ese modo, el año 1791, se reunió en París un gran número de jóvenes procedentes de todas las partes de Francia para deliberar. Pero los reyes y soberanos del resto de Europa no quisieron permitir durante más tiempo que se limitara y quebrantase progresivamente el poder de un monarca. No obstante, no se dieron demasiada prisa en apoyar a Luis XVI, pues, en primer lugar, no se había ganado mucho respeto con su conducta; y, en segundo lugar, las potencias extranjeras no

consideraban en absoluto desagradable un debilitamiento del poder francés. De todos modos, Prusia y Austria enviaron algunas tropas a Francia para proteger al rey. Pero esta medida enfureció al pueblo. El país entero se levantó contra aquella indeseada intromisión ajena. Cualquier aristócrata o partidario del rey resultó sospechoso de ser un traidor vinculado a aquellos apoyos extranjeros a la corte real. Turbas enfurecidas sacaron de sus casas durante la noche a miles de nobles, los apresaron y los mataron. La ferocidad fue en aumento. Se quería exterminar y aniquilar todo cuanto fuera tradicional.

Se comenzó por el vestido. Los partidarios de la Revolución no llevaban peluca ni calzones ni medias de seda. Se cubrían con gorros frigios y se ponían pantalones largos como los que llevamos hoy. Era más sencillo y barato. Vestidos así, se lanzaban a las calles gritando: «¡Muerte a los aristócratas! ¡Libertad, igualdad, fraternidad!». La fraternidad, sin embargo, no llegó muy lejos entre los jacobinos, como se llamaba el partido más extremoso. Los jacobinos persiguieron no sólo a los nobles sino a todos cuantos no compartieran su opinión. Y al que perseguían, lo decapitaban. Se inventó una máquina especial, la guillotina, que permitía decapitar de manera sencilla y rápida. Se creó un tribunal propio, el tribunal revolucionario, que dictaba día tras día sentencias de muerte contra gente, que era ejecutada luego con la guillotina en las plazas de París.

Los dirigentes de aquellas masas excitadas eran gente extraña. Uno de ellos, Danton, fue un orador apasionado y un hombre audaz y sin miramientos que con su voz imponente exhortaba al pueblo a luchar sin tregua contra los partidarios del rey. Otro se llamaba Robespierre y era exactamente lo contrario que Danton, un abogado envarado, sobrio y seco que pronunciaba discursos interminables en los que nunca dejaban de aparecer los héroes de la época de los griegos y los romanos. Robespierre subía a la tribuna de oradores de la asamblea nacional vestido siempre de manera impecable y con movimientos acompasados, como un maestro de escuela ridículo y temido. Allí hablaba de la virtud y nada más que de la virtud; de la virtud de Catón y de la virtud de Temístocles, de la virtud del corazón humano en general y del odio contra el vicio. Y como se debía odiar el vicio, había que cortar la cabeza a los enemigos de Francia. Entonces triunfaría la virtud. Y los enemigos de Francia eran todos los que no opinaban como él. Así, en nombre de la virtud del corazón humano hizo ejecutar a cientos de adversarios. No tienes por qué creer que fuera un hipócrita. Lo creía de veras. No se dejaba sobornar con ningún regalo ni conmover por ninguna lágrima. Era terrible y quería, además, difundir el terror. El terror entre los enemigos de la razón, según decía.

El rey Luis XVI fue llevado también ante el tribunal del pueblo y condenado a muerte por haber pedido ayuda extranjera contra su propio pueblo. Al poco tiempo fue decapitada también María Antonieta. Al morir, ambos demostraron más dignidad

y grandeza que en vida. Pero los países extranjeros se mostraron realmente horrorizados por la ejecución. Un gran número de tropas marchó contra París, pero el pueblo no permitió ya que le arrebataran su libertad. Todos los hombres de Francia fueron llamados a las armas, y los ejércitos alemanes sufrieron una derrota, mientras el dominio del terror hacía estragos en París y, sobre todo, en las capitales de provincias.

Robespierre y los diputados habían declarado que el cristianismo era una superstición antigua y suprimieron a Dios mediante una ley. En su lugar, había que rezar a la Razón. Y, entre músicas festivas, se paseó por la ciudad como diosa de la Razón a la joven esposa de un impresor vestida de ropas blancas y una capa azul. Robespierre no tardó tampoco mucho en no ser lo bastante virtuoso. Se dictó una nueva ley por la que Dios existía y según la cual el alma humana era inmortal. Como sacerdote de este «ser supremo», según se llamó ahora a Dios, se presentó el propio Robespierre con un penacho de plumas en la cabeza y un ramo de flores en la mano. Debía de resultar tremendamente ridículo en aquella fiesta solemne y muchos se rieron, seguramente de él. El poder de Robespierre llegó pronto a su fin. Danton estaba harto de las decapitaciones diarias y solicitó perdón y compasión. Enseguida se oyó decir a Robespierre: «Sólo los criminales piden compasión para los criminales». Así pues, Danton fue también decapitado, y Robespierre triunfó por última vez. Pero, cuando poco después se hallaba pronunciando un discurso interminable en el que afirmó que las ejecuciones no habían hecho, por así decirlo, más que empezar, que en todas partes seguía habiendo enemigos de la libertad, que el vicio triunfaba y la patria se hallaba en peligro, sucedió que, por primera vez, nadie le aplaudió. Se hizo un silencio sepulcral. Y al cabo de unos días, también él fue decapitado.

Los enemigos de Francia habían sido derrotados; los aristócratas, muertos, desterrados o transformados voluntariamente en ciudadanos. Se había alcanzado la igualdad ante la ley; los bienes de la iglesia y de la gente distinguida se habían repartido entre los campesinos, liberados de la servidumbre. Todos los franceses podían ejercer cualquier profesión y llegar a cualquier cargo. El pueblo estaba cansado de luchar y deseaba gozar con calma y orden de los frutos de aquella enorme victoria. Se disolvió el tribunal revolucionario y, en 1795, se eligió un gobierno de cinco hombres, un Directorio, encargado de administrar el país según los nuevos principios.

Entretanto, las ideas de la Revolución se habían difundido más allá de Francia y habían despertado gran entusiasmo en los países vecinos. Bélgica y Suiza establecieron así mismo repúblicas según los principios de los derechos del hombre y de la igualdad; y todas esas repúblicas fueron apoyadas por el gobierno y los franceses con soldados. Entre esos ejércitos auxiliares sirvió también un soldado que

fue más fuerte que toda la Revolución.

EL ÚLTIMO CONQUISTADOR

Siempre he pensado que lo mejor de la historia universal es que sea realmente verdadera y que todos esos sucesos sorprendentes hayan sido tan auténticamente ciertos como lo somos hoy tú y yo. En ella, sin embargo, han ocurrido aventuras y maravillas mayores que todo cuanto uno pueda inventar. Voy a contarte ahora una de esas historias de lo más admirable y arriesgado, tan real como lo son actualmente tu vida y la mía. Todavía no ha transcurrido mucho tiempo desde aquellos sucesos. Mi propio abuelo los llegó a vivir cuando tenía la edad que tú tienes.

Es cierto que no conoció el principio, que fue así: Hay junto a Italia una isla montañosa, soleada y pobre llamada Córcega. Allí vivía un abogado con su esposa y ocho hijos. Tenía el apellido italiano de Buonaparte. Al nacer su segundo hijo. Napoleón, en 1769, la isla acababa de ser vendida a Francia por los genoveses, pero sus habitantes, los corsos, no lo aceptaron de buen grado, y hubo muchas luchas con los funcionarios franceses. El joven Napoleón fue destinado a la carrera de oficial y su padre lo envió, por tanto, con diez años a una escuela militar en Francia. Era pobre. Su padre apenas podía mantenerlo, por lo que Napoleón era un niño serio y triste y no jugaba con sus compañeros. «En la escuela», contaba más tarde, «busqué un rincón donde solía sentarme y soñar cuanto me apetecía. Cuando mis compañeros me querían disputar aquel rincón, me defendía con todas mis fuerzas. Sentía ya entonces que mi voluntad debía llevarme a la victoria y que obtendría lo que me apeteciera».

Napoleón aprendió mucho y poseía una memoria magnífica. A los 17 años era alférez del ejército francés. Como era muy bajo de estatura, le pusieron el mote de «el pequeño sargento». Llegó casi a pasar hambre. Leía mucho y recordaba todo. Cuando, tres años después, en 1789, estalló la Revolución francesa, Córcega quiso liberarse de la soberanía francesa. Napoleón fue a la isla y luchó contra los franceses. Pero luego marchó a París, «pues sólo en París se puede llegar a algo», escribió entonces en una carta. Tenía razón En París llego a ser algo. Por casualidad, un paisano de Napoleón servía como oficial de alta graduación en un ejército enviado por los revoluciónanos contra la provincia sublevada de Toulón. Aquel oficial se llevó al joven teniente Napoleón, que tenía entonces 25 años, y no hubo de lamentarlo. Napoleón dio tan buenos consejos sobre dónde se debían colocar los cañones y a dónde había que disparar, que la ciudad fue tomada muy pronto. Como recompensa, fue nombrado general. Aquello, sin embargo, no era una señal segura de una gran carrera en tiempos tan confusos, pues ser afecto a un partido significaba estar enemistado con el otro. Cuando fue depuesto el gobierno que lo había nombrado general, los amigos de Robespierre, Napoleón acabó también en la cárcel. Es cierto que lo soltaron pronto pero se le degradó y expulsó del ejército por su amistad con los

jacobinos. Era tremendamente pobre y carecía de cualquier esperanza. Entonces, otro conocido lo recomendó en París para el directorio de cinco hombres y se le encomendó acabar con una peligrosa sublevación de jóvenes aristócratas. Napoleón ordenó disparar sin miramientos contra la multitud y la dispersó. En agradecimiento volvieron a nombrarlo general y se le entregó pronto el mando de un pequeño ejército que debía marchar a Italia para difundir allí como en otros países, las ideas de la Revolución francesa

Era una misión casi desesperada. El ejército estaba muy mal pertrechado, pues Francia era entonces pobre y se hallaba en una situación de terrible desorden. El año 1796, antes de iniciarse la campana, el general Napoleón, que ahora se apellidaba Bonaparte a la francesa dirigió una arenga a sus soldados. No dijo mucho más que estas palabras: «¡Soldados! Estáis desnudos y hambrientos; el gobierno os debe mucho y no os lo puede pagar. Pero yo os voy a conducir a las llanuras más fértiles del mundo. Provincias ricas y grandes ciudades caerán en vuestro poder: allí hallaréis honor fama y riqueza. ¡Soldados!, ¿os faltará valor y resistencia?» Supo así entusiasmar a los soldados y atacar a un enemigo muy superior con tal inteligencia que venció en todas partes. Al cabo tan sólo de unas pocas semanas después de su partida, escribió en una orden a su ejercito: «¡Soldados! En catorce días habéis logrado seis victorias y obtenido 21 banderas y 55 cañones. Habéis ganado batallas sin artillería, habéis atravesado ríos sin puentes, habéis recorrido largas marchas sin calzado. A menudo carecíais incluso de pan. Estoy convencido de que cada uno de vosotros, cuando vuelva a la patria, estará orgulloso de poder decir: también yo estuve en el ejército que conquistó Italia».

Y, realmente, su ejército se apoderó del norte de Italia en poquísimo tiempo y creó una república al estilo de la de Francia o Bélgica. Cuando le gustaba una de las magníficas obras de arte italiano, ordenaba enviarla a París. A continuación, marchó hacia el norte, a Austria, pues el emperador le había hecho la guerra en Italia. En Estiria, en la ciudad de Leoben, se presentaron a él emisarios del emperador llegados de Viena. En la habitación de las negociaciones se había preparado un asiento más elevado para el enviado imperial. Napoleón dijo: «Quitad de ahí ese asiento; no puedo ver un trono sin que me entren ganas de sentarme en él». Obligó al emperador a entregar a Francia todas las comarcas alemanas situadas en la orilla occidental del Rin y regresó a París. Pero allí no tenía nada que hacer, por lo que presentó al gobierno una arriesgada propuesta: los mayores enemigos de Francia eran entonces los ingleses. Por aquellas fechas, Inglaterra era ya un país poderoso, con muchas posesiones en América, África, la India y Australia. El ejército francés era demasiado débil para llevar a cabo un ataque contra la propia Inglaterra. Tampoco tenía suficientes barcos de buena calidad. Pero sí que era posible atacar alguna de las posesiones inglesas.

Napoleón consiguió, por tanto, que se le enviara con un ejército a Egipto, sometido entonces al dominio inglés. Quería conquistar todo el Oriente, como Alejandro Magno, y se llevó no sólo soldados, sino también estudiosos que se encargarían de examinar e investigar los monumentos de la Antigüedad. Llegado a Egipto, habló con los mahometanos del país como si fuera un profeta, igual que Mahoma. Les anunció solemnemente que sabía todo cuanto encerraban en lo más hondo de su corazón y que su llegada había sido profetizada hacía ya siglos y estaba incluso escrita en el Corán. «Sabed que todos los esfuerzos de los humanos contra mí son inútiles, pues todo cuanto emprendo está destinado al éxito».

Al principio parecía realmente así. El año 1798, derrotó a los ejércitos egipcios en una gran batalla al pie de las pirámides y volvió a repetir su victoria algunas veces más, pues nadie sabía ganar batallas en tierra como él. Es cierto que, por mar, los ingleses eran todavía mejores, por lo que el famoso almirante inglés Nelson consiguió destruir casi por completo la flota francesa ante Abukir, en la costa egipcia. Al declararse entonces una peste en el ejército de Napoleón y enterarse él de que el gobierno de París estaba desunido, dejó a sus soldados en la estacada y volvió a Francia solo y en secreto. Llegó allí como un famoso general. Todos esperaban que se mostrara en su propio país tan valiente como en tierras enemigas. Y así, en 1799, pudo atreverse a dirigir sus cañones contra los edificios del gobierno en la capital, hacer que sus granaderos expulsaran de la Asamblea a los diputados elegidos por el pueblo y concederse a sí mismo el máximo poder. Siguiendo el ejemplo de los antiguos romanos se dio el título de cónsul.

En su cargo de cónsul llevó una suntuosa vida cortesana en el palacio de los reyes de Francia e hizo volver a muchos nobles desterrados. Pero, sobre todo, se dedicó día y noche a imponer orden en Francia. Su idea de orden era que sólo se hiciera lo que él quería. Y lo consiguió. Hizo preparar un código de leyes basado en principios nuevos y lo bautizó con su propio nombre. En una nueva campaña bélica contra Italia derrotó por segunda vez a Austria. Era idolatrado por sus soldados, y todos los franceses lo veneraban por haber conseguido fama y conquistas para su país. Lo nombraron cónsul vitalicio, pero aquello no fue aún bastante para Napoleón. Quería ser más y, en 1804, se hizo coronar emperador. Emperador de los franceses. El papa viajó a París con el exclusivo propósito de coronarlo. Poco después se hizo nombrar también rey de Italia. Los demás países se atemorizaron ante aquel hombre nuevo y poderoso, por lo que Inglaterra, Alemania, Austria, Rusia y Suecia se aliaron en su contra. A Napoleón no le asustaban los ejércitos enemigos, por grandes que fueran. Marchó contra ellos y, en el invierno de 1805, derrotó por completo a las fuerzas aliadas enemigas junto a la localidad morava de Austerlitz. Ahora, Napoleón era dueño de casi toda Europa. Regaló a sus parientes a modo de pequeño recuerdo, por así decirlo, un reino a cada uno. Su yerno recibió Italia; su hermano mayor, Napóles; su hermano

pequeño, Holanda; su cuñado, una parte de Alemania; sus hermanas, diversos ducados en Italia. Fue una estupenda carrera para la familia del abogado corso que, apenas veinte años antes, se sentaba a comer en su lejana isla a una mesa pobremente provista.

Napoleón consiguió también todo el poder en Alemania, pues los príncipes alemanes sobre los cuales el emperador de Viena no tenía desde hacía ya tiempo ninguna autoridad, se aliaron ahora con el poderoso Napoleón. A renglón seguido, el emperador Francisco renunció al título de emperador alemán. Aquello fue el fin del Sacro Imperio Romano de la Nación Germánica, iniciado en Roma con la coronación de Carlomagno. Corría el año 1806. A partir de ese momento, Francisco de Habsburgo se llamó sólo emperador de Austria.

Napoleón marchó también pronto contra los Hohenzollern y derrotó por completo en unos pocos días al ejército prusiano. En 1806 entró en Berlín e impartió desde allí sus leyes a Europa. Ante todo, ordenó que nadie comprara ya ninguna mercancía a los ingleses, los enemigos de Francia, ni les vendiera nada. Aquella orden fue conocida con el nombre de bloqueo continental. Napoleón quería acabar de ese modo con Inglaterra, pues carecía de flota para conseguir una victoria militar sobre aquel poderoso país. Al negarse a ello los Estados, volvió a marchar de nuevo a Alemania y luchó contra los rusos, que se habían aliado con Prusia. Entonces (1807) pudo dar también una parte de Alemania como reino a su hermano menor.

Seguidamente le llegó el turno a España. La conquistó y la entregó como reino a su hermano José; Napóles , a su vez, pasó a uno de sus cuñados. Pero los pueblos no aceptan indefinidamente ser tratados como regalos de familia. Los españoles fueron los primeros que, desde 1808, no acataron el dominio de los franceses. Libraron combates irregulares, pero todo el pueblo se mantuvo en lucha constante y no se apaciguó, por más crueldades que perpetraran los soldados franceses. El emperador austriaco no quiso tampoco seguir sometiéndose al tono ordenancista de Napoleón, y en 1809 se inició una nueva guerra. Napoleón marchó con su ejército contra Viena. Aunque fue vencido por primera vez en su vida en las cercanías de Viena, en Aspern, por el valeroso archiduque Carlos, comandante de las tropas, derrotó por completo pocos días después al ejército austriaco en Wagram. Napoleón se trasladó a Viena, vivió en el palacio imperial de Schönbrunn y obligó al emperador Francisco a darle a su hija por esposa. Aquello no fue una decisión fácil para un emperador austriaco cuya familia gobernaba en Viena desde hacía más de 500 años, pues Napoleón no tenía linaje principesco, sino que era, en realidad, un pequeño teniente a quien sus inmensas dotes habían convertido en señor y máximo mandatario de Europa.

En 1810, Napoleón dio el título de «rey de Roma» al hijo que tuvo con la emperatriz Luisa. Su imperio era ahora mucho mayor que el de Carlomagno en su tiempo, pues todos los reinos de sus familiares y generales sólo existían de nombre.

Napoleón les escribía largas cartas cuando no le agradaba su conducta. A su hermano, el rey de Westfalia, le escribió, por ejemplo, lo siguiente: «He visto tu orden del día para los soldados que va a convertirte en el hazmerreír de Alemania, Austria y Francia. ¿No tienes cerca de ti a ningún amigo que te diga la verdad? Eres rey y hermano del emperador. Pero, en la guerra, eso no pasa de ser una curiosidad. Hay que ser soldado, soldado y sólo soldado. No se han de tener ministros, embajadores ni lujo; hay que pernoctar con la vanguardia de las tropas en el campamento; hay que mantenerse a caballo día y noche y marchar a la cabeza del ejército para tener información». La carta concluye: «Y, por todos los diablos, ¡ten gracia suficiente como para escribir y hablar con dignidad!». Así trataba el emperador a su hermano. Pero aún trataba peor a los pueblos. Le resultaba indiferente lo que pensasen o sintiesen, con tal de que le proporcionaran dinero y, sobre todo, soldados. Pero los pueblos accedían cada vez menos a dárselos. Después de los españoles, los campesinos tiroleses, que Napoleón había arrebatado al emperador de Austria para regalárselos al rey de Baviera, lucharon contra los soldados franceses y bávaros hasta que Napoleón apresó y mandó fusilar a su caudillo, Andreas Hofer.

Todo el pueblo alemán se sentía enormemente inquieto e indignado por la arbitrariedad y violencia del emperador francés. Ahora que la mayoría de los principados alemanes se hallaba bajo el dominio francés, los alemanes sintieron por primera vez en la historia el carácter común de su destino: el hecho de ser alemanes, y no franceses; que importaban poco las relaciones que mantuviera el rey de Prusia con el de Sajonia, o que el rey de Baviera fuese aliado del hermano de Napoleón; lo importante era que la experiencia común a los alemanes de estar sometidos a soberanos extranjeros generaba también una voluntad común en todos ellos: la voluntad de liberación. Es la primera vez en la historia universal en que todos los alemanes, estudiantes y poetas, campesinos y aristócratas, se unieron contra la voluntad de sus príncipes al objeto de liberarse. Pero aquello no resultaba tan fácil. Napoleón era poderoso. El mayor poeta alemán de aquellos tiempos, Goethe, dijo por aquel entonces: «Ya podéis sacudir vuestras cadenas; ¡ese hombre es demasiado grande!». Y, realmente, todo heroísmo y entusiasmo fueron durante largo tiempo inútiles contra el poder de Napoleón. Lo que finalmente le derribó fue su increíble orgullo. Hacía mucho que su poder no le parecía ya lo bastante grande. Consideraba que no era más que el comienzo. A continuación le tocó el turno a Rusia. Los rusos, en efecto, no habían cumplido su orden de no comerciar con los ingleses. ¡Aquello debía castigarse!

Napoleón hizo llegar soldados de todas partes de su gigantesco imperio y reunió un ejército de 600.000 hombres, es decir, más de medio millón de personas. Nunca había existido en la historia del mundo una fuerza militar parecida a aquel gran ejército, que, en 1812, se puso en marcha hacia Rusia y penetró cada vez más adentro

del país sin que se entablara combate. Los rusos retrocedían continuamente, tal como lo habían hecho en tiempos de Carlos XII de Suecia. Al final, a poca distancia de las puertas de Moscú, apareció el imponente ejército ruso. Napoleón lo derrotó —a punto he estado de decir: naturalmente, pues para él una batalla era algo parecido a una adivinanza para alguien hábil en resolverlas. Examinaba cómo estaban colocados los enemigos y, al punto, sabía a dónde tenía que mandar sus tropas para rodearlos o derrotarlos—. Así entró Napoleón en Moscú; pero halló la ciudad casi vacía, pues la mayoría de sus habitantes había huido. Era el final del otoño, y Napoleón se instaló en el Kremlin, el antiguo palacio de los zares, y esperó a dictar sus condiciones. Entonces le llegó la información de que los barrios de las afueras de Moscú estaban ardiendo. La ciudad era entonces casi toda de casas de madera. El fuego, iniciado probablemente por los mismos rusos para poner en un aprieto a los franceses, se fue apoderando de sectores cada vez mayores de la ciudad. Todos los intentos de apagarlo resultaron vanos.

¿Dónde iban a alojarse los 600.000 hombres, si se quemaba Moscú? ¿Y de qué iban a vivir? Napoleón se decidió, por tanto, a dar media vuelta con su ejército. Pero, entretanto, había llegado el invierno y el frío era aterrador. El ejército había saqueado y consumido todas las provisiones de la comarca en su viaje de ida. Así, la vuelta a través de la extensa, helada y desértica llanura de Rusia se convirtió en una acción terrorífica. El número de soldados congelados y muertos de hambre iba en aumento. Entonces llegaron los jinetes rusos, los cosacos, y cayeron sobre la retaguardia y los flancos del ejército, que se defendió a la desesperada. En medio de la más espantosa tormenta de nieve y rodeado por los cosacos consiguió, incluso, atravesar un gran río, el Beresina, pero todas sus fuerzas quedaron agotadas progresivamente. La desesperación se impuso. Apenas una vigésima parte de los soldados logró salvarse de aquella tremenda derrota; los hombres alcanzaron la frontera alemana sin fuerza alguna y mortalmente enfermos. Como remate, Napoleón llegó a París disfrazado y en un trineo de labradores.

Lo primero que hizo allí fue solicitar una nueva tropa, pues, ahora que estaba tan debilitado, todos los pueblos se alzaron contra él, y consiguió, en efecto, reunir un imponente ejército de jóvenes. Eran los últimos hombres, la juventud francesa, enviada ahora por él contra los pueblos sometidos. De ese modo se dirigió contra Alemania. El emperador de Austria le envió a su canciller, Metternich, para negociar con él una paz. Metternich pasó un día entero hablando con Napoleón y le dijo: «Si este joven ejército llamado a filas hoy por Ud. resulta aniquilado, ¿qué ocurrirá?». Al oír Napoleón estas palabras, se apoderó de él la cólera, palideció y se le demudó el rostro: «Usted no es soldado», le increpó a Metternich, «y no sabe qué sucede en el alma de un soldado. Yo crecí en el campo de batalla y me importa un comino la vida de un millón de personas». Al tiempo que exclamaba esas palabras, contó Metternich

más tarde, lanzó su sombrero a un rincón de la habitación.

Metternich no lo recogió y, sin perder la calma, dijo: «¿Por qué me ha elegido a mí para decirme esto entre cuatro paredes? Abra la puerta y que sus palabras resuenen de un extremo al otro de Francia». Napoleón no accedió a las condiciones de paz del emperador y dijo a Metternich que estaba obligado a triunfar, pues de lo contrario ya no seguiría siendo emperador de los franceses. Así, en 1813, cerca de Leipzig, se entabló un combate en el que el ejército de Napoleón luchó contra sus enemigos aliados. El primer día, Napoleón resistió. Pero cuando, al segundo, las tropas bávaras que habían permanecido en su bando le abandonaron de pronto, perdió la batalla y hubo de huir. En la huida derrotó a otro ejército de bávaros aún mayor que le perseguía y regresó a París.

Había tenido razón: al ser derrotado, los franceses lo depusieron. Se le entregó como ducado la pequeña isla de Elba y Napoleón se retiró allí. Pero los príncipes y el emperador que le habían derrotado se reunieron en 1814 en Viena para deliberar y repartirse Europa. Los principios de la Ilustración, la doctrina de la libertad de la persona, les parecían la causa de todo aquel desorden y de los sacrificios que habían supuesto para Europa las luchas revolucionarias y Napoleón. Querían hacer como si la Revolución no hubiera sucedido. Metternich, en particular, deseaba que todo fuera como había sido antes de la Revolución y que jamás pudiera producirse un trastorno semejante. Por eso le parecía especialmente importante que no se imprimiera o escribiera nada en Austria sin la autorización del gobierno o del emperador.

En Francia, la Revolución quedó totalmente anulada. El hermano del decapitado Luis XVI subió al trono con el nombre de Luis XVIII (se cuenta como Luis XVII al hijo de Luis XVI, muerto durante la Revolución). Este nuevo Luis gobernó con su corte en Francia como si nunca hubieran existido los 26 años de la Revolución y el imperio, con la misma pompa y la misma incomprensión mostradas por su desdichado hermano. Los franceses estaban muy descontentos. Al oírlo Napoleón, abandonó en secreto (1815) la isla de Elba y desembarcó en Francia con unos pocos soldados. Luis envió contra él a su ejército, pero, en cuanto los soldados vieron a Napoleón, se pasaron todos a sus filas. En pocos días llegó triunfal a París como emperador, y el rey Luis XVIII emprendió la huida.

Los príncipes, que seguían deliberando en Viena, quedaron aterrados. Se le declaró enemigo de la humanidad y, a las órdenes del duque inglés de Wellington, se reunió en Bélgica un ejército compuesto principalmente por ingleses y alemanes. Napoleón marchó enseguida contra él. En la localidad de Waterloo se entabló una terrible batalla. Parecía como si Napoleón volviera a ganar, cuando uno de sus generales no comprendió una orden y avanzó en dirección equivocada. El comandante en jefe de los prusianos, el general Blücher, reunió a su ejército agotado y vapuleado, y dijo: «La cosa no marcha, pero tiene que marchar», y volvió a

conducir sus tropas a combate al anochecer. Napoleón fue derrotado así por última vez. Huyó con su ejército, pero volvió a ser depuesto y tuvo que abandonar Francia.

Esta vez buscó refugio en un barco inglés y se entregó voluntariamente a sus más antiguos enemigos, los únicos a quienes nunca había vencido. Confiaba en su magnanimidad y dijo que quería vivir bajo las leyes inglesas como un particular. Pero él mismo no había practicado la magnanimidad demasiado a menudo y los ingleses lo declararon prisionero y lo enviaron con el barco al que se había dirigido lejos, muy lejos, a una isla pequeña y deshabitada en medio del océano, a Santa Elena, para que no pudiera volver jamás. Allí vivió otros seis años sin poder y abandonado, dictó las memorias de sus hazañas y victorias y luchó con el funcionario inglés que no consentía siquiera en permitirle pasear por la isla sin vigilancia. Este fue el fin de aquel hombre pequeño y pálido con la mayor fuerza de voluntad y la inteligencia más lúcida que haya poseído un soberano. Las grandes potencias del pasado, las antiguas y piadosas familias principescas, volvían a gobernar ahora sobre Europa; y el serio y riguroso Metternich, que no había recogido el sombrero de Napoleón, dirigió desde Viena los destinos europeos por medio de sus enviados e intentó dar la Revolución por no ocurrida.

EL HOMBRE Y LA MÁQUINA

Metternich y los piadosos soberanos de Rusia, Austria, Francia y España pudieron, sin duda, restablecer las formas de la época anterior a la Revolución francesa. Volvió a haber cortes ceremoniosas en las que los nobles aparecían con grandes condecoraciones de diversas órdenes y ejercían una gran influencia. A los ciudadanos no les estaba permitido hablar de política, y aquello le pareció muy bien a más de uno. Se ocuparon de sus familias y se interesaron por los libros y, sobre todo, por la música, pues, en los últimos cien años, la música, conocida anteriormente sólo como acompañamiento del baile, las canciones y los cantos religiosos, se había convertido en un arte capaz de conmover a las personas más que ningún otro. Pero aquella paz y sosiego, denominada en alemán época Biedermeier, era tan sólo una cara de la realidad. Metternich no podía prohibir ya una de las ideas de la Ilustración, y ni siquiera pensaba en hacerlo. Era la idea de Galileo sobre la contemplación racional y matemática de la naturaleza que tanto había gustado a la gente en tiempos de la Ilustración. Y precisamente ese aspecto tan poco llamativo de la Ilustración provocó una Revolución mucho más importante que destruyó las antiguas formas e instituciones con mucha mayor violencia que los jacobinos de París con su guillotina.

En efecto, aquella contemplación matemática de la naturaleza permitió entender no sólo cómo sucedían las cosas sino, también, cómo sacar partido a las fuerzas naturales descubiertas, fuerzas que fueron sometidas a control y que hubieron de actuar para los seres humanos.

La historia de esos descubrimientos no es tan sencilla como a menudo imaginamos. Se consideró posible una mayoría de cosas que, luego, se experimentaban, se probaban, se abandonaban y eran recuperadas por alguien; y sólo entonces aparecía el llamado inventor con suficiente fuerza de voluntad y resistencia como para llevar hasta el final la idea y darle una utilización general. Así ocurrió con las máquinas que han cambiado nuestra vida: la máquina de vapor, el barco de vapor, la locomotora y el telégrafo, importantes todas ellas en tiempos de Metternich.

La primera fue la máquina de vapor. El estudioso parisino Papin había realizado ya un experimento hacia el año 1700. Pero hubo que esperar a 1769 para que el trabajador inglés Watt patentara una auténtica máquina de vapor. Al principio fue utilizada principalmente para bombas en las minas, pero pronto se pensó en la posibilidad de impulsar con ella carros o barcos. En 1788 y 1802, un inglés realizó un experimento con barcos de vapor; y en 1803, el mecánico americano Fulton construyó un vapor de rueda. Napoleón escribió entonces, refiriéndose a él: «El proyecto puede cambiar el aspecto del mundo». En 1807 navegó, entre traqueteos, humo y ruido, el primer barco de vapor de Nueva York a una ciudad vecina movido por una rueda de paletas.

Por las misma fechas, aproximadamente, se intentó también impulsar carros con vapor. Sin embargo, hasta el año 1802, tras el descubrimiento de las vías de hierro, no se logró construir una máquina utilizable. El inglés Stephenson construyó su primera locomotora en 1814. En 1821 se inauguró la primera línea ferroviaria entre dos ciudades inglesas; y diez años después había ya ferrocarriles en Francia, Alemania, Austria y Rusia. Al cabo de otros diez no existía apenas un Estado europeo sin largos tendidos ferroviarios. Las líneas pasaban a menudo por encima de montañas, a través de túneles y sobre grandes ríos, y se viajaba por lo menos diez veces más deprisa de lo que se había viajado antes con el coche de postas más veloz.

Algo muy similar ocurrió con el descubrimiento del telégrafo eléctrico. Un estudioso había pensado también ya en esa posibilidad en 1753. A partir de 1770 se llevaron a cabo muchos experimentos, pero hasta 1837 no logró el pintor norteamericano Morse presentar a sus amigos un telegrama breve; y aún tuvieron que pasar casi diez años hasta la introducción de la telegrafía en los distintos países.

Pero hubo otras máquinas que cambiaron el mundo todavía más. Son las que ponen las fuerzas de la naturaleza a su servicio al sustituir al trabajo humano. Piensa en la labor de hilar y tejer. Antes la realizaban los artesanos. Cuando se necesitaron más telas (es decir, hacia la época de Luis XIV) hubo ya fábricas, pero en ellas trabajaban muchos oficiales de forma manual. Sólo poco a poco se cayó en la idea de aprovechar los conocimientos acerca de la naturaleza. Las cifras en años vuelven a ser muy similares a las de los demás grandes inventos. La máquina de hilar se experimentó desde 1740, se perfeccionó a partir de 1783, pero no fue completamente utilizable hasta 1825. La época del telar mecánico da comienzo casi por las mismas fechas. Estas máquinas empezaron también a fabricarse y emplearse en Inglaterra. Para las máquinas y sus fábricas se requería carbón y hierro, por lo que aquellos países que los poseían gozaban de una gran ventaja.

Todo ello provocó una imponente conmoción entre las personas, y la sacudida experimentada fue tal que casi nada quedó en su anterior posición. ¡Piensa en lo fijo y ordenado que se hallaba todo en los gremios de la ciudad medieval! Aquellos gremios habían pervivido hasta la época de la Revolución francesa, y aún más. Es cierto que a un oficial le resultaba entonces mucho más difícil llegar a maestro que en la Edad Media, pero, no obstante, tenía la posibilidad y la esperanza de alcanzar ese grado. Ahora, de pronto, todo cambió por completo. Algunas personas eran propietarios de máquinas. Y para hacer funcionar una de aquellas máquinas no se necesitaba haber estudiado mucho, pues la máquina lo hace todo por sí sola. En unas horas se puede enseñar con facilidad su manejo. Así, quien fuera dueño de un telar mecánico contrataba a unas pocas personas (podían ser incluso mujeres o niños) que eran capaces de realizar más trabajo con la máquina que el producido antes por cien tejedores expertos en el oficio. ¿Qué harían ahora los tejedores de una ciudad si, de

pronto, se instalaba allí una de esas máquinas? Ya no se les necesitaba. Lo aprendido en un trabajo de años como aprendices y oficiales resultaba totalmente superfluo; la máquina lo hacía más rápido, y hasta mejor, e incomparablemente más barato, pues no necesita comer ni dormir como una persona. No le hace falta descansar jamás. El fabricante, con su máquina, se ahorraba o podía emplear en provecho propio todo lo que habrían necesitado cien tejedores para llevar una vida feliz. Sin embargo, ¿no necesitaba también él trabajadores para hacer funcionar la máquina? Sin duda. Pero, en primer lugar, muy pocos; y en segundo, sin ninguna preparación.

Pero, sobre todo, hubo algo más: los cien tejedores de la ciudad se quedaron ahora sin empleo. Morirían de hambre irremediablemente, pues su trabajo lo realizaba una máquina. No obstante, como es natural, antes de morir de hambre junto con su familia, una persona está dispuesta a todo. Incluso, a trabajar por una cantidad de dinero increíblemente escasa, con tal de recibir cualquier cosa para seguir viviendo y trabajando. Así, el fabricante dueño de las máquinas podía llamar a los cien tejedores hambrientos y decirles: «Necesito cinco personas que atiendan mis máquinas y mi fábrica. ¿Por cuánto dinero lo haríais?». Aunque hubiese en ese momento alguien que respondiera: «Quiero una cantidad que me permita vivir tan feliz como antes», es posible que otro dijese: «Me basta con poder comprar cada día una rebanada de pan y un kilo de patatas». Y un tercero, al ver que éste le arrebataba su última posibilidad de vivir, afirmaría: «Lo intentaré con media rebanada de pan». Y cuatro más añadirían: «Nosotros también». «De acuerdo —respondería el fabricante—, en ese caso probaré con vosotros. ¿Cuántas horas queréis trabajar al día?». «Diez horas», diría uno. «Doce», diría el segundo, para no perder aquella oportunidad. «Yo puedo trabajar dieciséis», exclamaría el tercero. Al fin y al cabo, les iba la vida en ello. «Bien», diría el fabricante, «en tal caso, me quedo contigo. Pero, ¿qué hará mi máquina mientras tú duermes? ¡No necesita dormir!». «Puedo mandar a mi hijo de diez años», diría el tejedor desesperado. «¿Y qué he de darle». «Dale un par de monedas para pan con mantequilla». «La mantequilla sobra», diría, quizá, el fabricante. Y así se cerraba el negocio. Pero los otros 95 tejedores en paro tendrían que morir de hambre o procurar que los aceptaran en otra fábrica.

No creas que todos los fabricantes eran, en realidad, tipos tan malos como te lo he descrito aquí. Pero el más malvado y que pagara menos podía vender más barato que nadie y tenía, por tanto, el mayor éxito. Así pues, los demás se veían obligados a tratar a los trabajadores de manera similar, contra su conciencia y su compasión.

La gente estaba desesperada. ¿Para qué aprender, para qué esforzarse en realizar un bello y delicado trabajo manual? La máquina hacía lo mismo en una centésima de tiempo y, a menudo, de manera más regular y cien veces más barata. Así, antiguos tejedores, herreros, hilanderos y carpinteros caían en una miseria cada vez mayor e iban de fábrica en fábrica con la esperanza de que les permitieran trabajar en ellas por

unos céntimos. Algunos se enfurecieron de tal modo con las máquinas que habían destruido su dicha que asaltaron las fábricas y destrozaron los telares mecánicos, pero no sirvió de nada. En 1812 se impuso pena de muerte a quien destruyera una máquina. Y luego aparecieron otras nuevas y mejores, capaces de realizar no ya el trabajo de 100, sino de 500 obreros, y que hicieron aún mayor la miseria general.

Hubo entonces ciertas personas que se dieron cuenta de la imposibilidad de seguir así. De que era injusto que alguien, por el mero hecho de poseer una máquina que, quizá, había heredado, tuviera derecho a tratar a los demás como difícilmente habría tratado un noble a sus campesinos. Pensaban que cosas como las fábricas y las máquinas, cuya posesión significaba un poder tan inmenso sobre el destino de otras personas, no debían pertenecer a los individuos sino ser propiedad común. Esta opinión se llamó socialismo. Se imaginaron muchas posibilidades para organizarlo todo con el fin de eliminar la miseria de los trabajadores hambrientos mediante un sistema de trabajo socialista. Se pensó que no bastaba con darles el salario que les proporcionaba cada fabricante, sino también una participación en sus grandes beneficios.

Entre estos socialistas, que hacia 1830 abundaron en Francia e Inglaterra, adquirió fama especial un estudioso de Tréveris (Alemania) llamado Karl Marx. Su opinión era un poco distinta. Enseñaba que no servía de nada imaginar cómo sería un futuro en el que las máquinas pertenecieran a todos los trabajadores. Los trabajadores mismos debían apropiárselas por la fuerza. El fabricante no regalaría jamás voluntariamente su fábrica. Pero, para apropiárselas, era inútil que algunos trabajadores se agruparan para destruir un telar que ya estaba inventado. Debían juntarse todos. Si los cien tejedores no hubieran deseado individualmente el trabajo, si se hubieran puesto antes de acuerdo en no acudir a la fábrica para una jornada de más de diez horas y en pedir dos rebanadas de pan y dos kilos de patatas para cada uno, el fabricante tendría que haber cedido. Es cierto que eso solo no habría bastado, quizá, pues el fabricante no necesitaba tejedores formados para las máquinas de tejer, sino a cualquiera dispuesto a trabajar a cualquier precio por carecer de todo. Según las enseñanzas de Marx se trataba precisamente de eso, de que toda esta gente se uniera. Al final, el fabricante no habría encontrado a nadie que lo hiciera más barato. Por tanto, ¡los trabajadores tenían que ponerse de acuerdo! Y no debían unirse los trabajadores de una región únicamente. Ni siquiera los de un país, sino los del mundo entero. En tal caso serían tan fuertes como para decir no sólo qué se les debía pagar, sino para apoderarse de las fábricas y las máquinas y crear un mundo donde no hubiera ya poseedores y desposeídos.

En efecto, tal como estaban las cosas, enseñaba Marx, no existían ya tejedores, zapateros o herreros. El trabajador no necesita saber qué produce la máquina en la que empuja 2.000 veces al día una palanca. Sólo se da cuenta de que recibe su salario

semanal que asciende a lo justo como para no morir de hambre, como sus desafortunados compañeros que no han encontrado un puesto de trabajo. Y el patrón no tiene por qué haber aprendido el oficio del que vive, pues ya no es una trabajo manual sino maquinal. Por eso, pensaba Marx, han dejado de existir propiamente los oficios y sólo hay dos clases de personas: los propietarios y los desposeídos o, como decía él —pues le gustaban las palabras de origen no germánico—, los capitalistas y los proletarios. Estas clases se hallaban en lucha constante entre sí, pues los propietarios pretenden producir el máximo posible y al menor coste, es decir, pagar lo mínimo posible a los trabajadores, a los proletarios; mientras que éstos quieren obligar al capitalista, o propietario de las máquinas, a entregarles el máximo posible de sus ganancias. Esta lucha entre dos clases de personas concluirá, pensaba Marx, con que el número mayor de los desposeídos arrebatará algún día su propiedad al número menor de los poseedores, no para constituirse ellos mismos en poseedores, sino para eliminar toda propiedad. Entonces dejará de haber clases. Ese era el objetivo de Marx, quien imaginó su realización como algo muy sencillo y cercano.

Sin embargo, cuando Marx dio a conocer a los trabajadores su gran llamamiento (el Manifiesto comunista, según el título que él mismo le impuso) en el año 1847, las circunstancias no fueron tal como él las previó. Y un buen número de cosas han ocurrido hasta hoy de manera diferente. Los propietarios de las máquinas no eran entonces aún el grupo dominante, pues los aristócratas con condecoraciones en el pecho a quienes Metternich había ayudado a recuperar el poder, seguían mandando de muchas maneras. Y estos aristócratas eran a su vez grandes adversarios de los ricos burgueses y de los propietarios de fábricas. Querían un Estado firme, ordenado y regulado en el que cada cual tuviera su antigua profesión heredada de padres a hijos, tal como había sucedido hasta entonces. En Austria, por ejemplo, seguía habiendo campesinos «vasallos hereditarios» sometidos al propietario de tierras de manera no muy diferente a como lo habían estado los siervos medievales. También pervivían muchas reglamentaciones antiguas y estrictas para artesanos, y los nuevos fabricantes eran tratados en parte de acuerdo con estas reglas gremiales del pasado. Pero los propietarios de máquinas, los burgueses, ahora enriquecidos, no querían que los aristócratas o el Estado les prescribieran nada. Deseaban hacer y dejar de hacer lo que les apeteciese, pues sólo así, pensaban, podría marchar el mundo de la mejor manera posible. Bastaba con dejar a las personas diligentes vía libre para imponerse y no obstaculizarlas con ninguna clase de normas legales o reparos y, con el tiempo, le iría de maravilla a todo el mundo. En su opinión, el mundo marcha por sí solo, si no se le ponen trabas. Así pues, en 1830, los burgueses provocaron una revuelta y destronaron a los sucesores de Luis XVIII.

En 1848 se produjo en París y, luego, en muchos otros países, una nueva Revolución en que los burgueses intentaron hacerse con todo el poder del Estado para

que, en el futuro, nadie pudiera intervenir en lo que hacían con sus fábricas y máquinas. Metternich fue expulsado de Viena, y el emperador reinante, Fernando, hubo de abdicar. La época anterior concluyó definitivamente. Los hombres llevaban ya casi el mismo tipo de pantalones feos, largos y negros que tenemos que llevar hoy. Se construían fábricas por todas partes, sin ninguna limitación, y los ferrocarriles transportaban mercancías en cantidades cada vez mayores.

MÁS ALLÁ DE LOS MARES

El mundo se redujo gracias al ferrocarril y el barco de vapor. Viajar en barco a la India o China no constituía ya ningún riesgo. América se hallaba casi a la vuelta de la esquina. A partir de 1800 hay, por tanto, menos motivos para considerar la historia universal como historia de Europa. Tendremos que echar una ojeada al curso de las cosas en los nuevos países vecinos de Europa. Vayamos, pues, en primer lugar a China, Japón y América. En el periodo anterior a 1800, China seguía siendo un país casi idéntico al que había sido en tiempos de los soberanos de la familia Han, en torno al año del nacimiento de Cristo, y de los grandes poetas que vivieron alrededor del 800 d.C.: un país poderoso, ordenado, orgulloso, pacífico y muy poblado, con campesinos y ciudadanos laboriosos, grandes eruditos, poetas y pensadores. La agitación, las guerras de religión y el movimiento incesante que hubimos de padecer en Europa eran entonces para los chinos algo completamente ajeno, salvaje e incomprensible. Es cierto que sus soberanos eran emperadores extranjeros que les habían obligado a llevar coleta en signo de vasallaje, pero aquella familia reinante extranjera originaria del interior de Asia, los manchúes, habían aprendido y aceptado a la perfección las ideas y sentimientos de los chinos, los principios de Confucio, de modo que el imperio se hallaba en un gran florecimiento.

A veces llegaban a China estudiosos jesuitas como predicadores del cristianismo. En general eran recibidos amablemente, pues el emperador de China quería aprender por medio de ellos la ciencia europea, sobre todo la astronomía. Comerciantes europeos llevaban a su patria porcelana china y en todas partes se intentaba imitar esta delicadísima mezcla, pero los europeos tardaron siglos en conseguirlo. Una carta enviada el año 1793 por el emperador de China al rey de Inglaterra te permitirá comprobar hasta qué punto el imperio chino, con sus millones y millones de ciudadanos cultos, se sentía entonces superior a Europa. Los ingleses habían pedido permiso para enviar un embajador ante la corte china y comerciar con el país. El emperador Qian Long, un famoso erudito y un buen soberano, respondió con estas frases: «Tú, oh rey, vives más allá de muchos mares. Sin embargo, movido por tu humilde deseo de participar de las bendiciones de nuestra cultura, has enviado una embajada que nos entregó tu respetuoso escrito. Pero, aunque asegures que tu veneración por nuestra celestial dinastía te llena de deseo de asimilar nuestra cultura, nuestros usos y costumbres se diferencian tan enteramente de los vuestros que os resultaría imposible trasplantarlos a vuestro suelo por más que tu enviado fuera capaz de apropiarse las concepciones básicas de nuestra cultura. Aunque fuese un alumno tan aventajado, no se habría conseguido nada.

Como soberano del amplio mundo tengo la mirada puesta en una única meta: gobernar de manera perfecta y cumplir los deberes del Estado. Los objetos raros y

costosos no me preocupan. No me es posible dar uso a los productos de vuestro país. Nuestro imperio celeste abunda en todo tipo de cosas, y dentro de sus fronteras no le falta de nada. Por eso, no existe necesidad alguna de introducir mercancías de bárbaros extranjeros para intercambiarlos por nuestros propios productos. Pero, como los pueblos europeos y tú mismo tenéis necesidad absoluta de té, seda y porcelana, producidos por el imperio celeste, debo seguir autorizando el comercio limitado permitido hasta ahora en mi provincia de Cantón. No olvido la remota lejanía de vuestra isla, apartada del mundo por distantes soledades marinas, ni paso por alto el excusable desconocimiento de las costumbres del imperio celeste. Obedece tembloroso mis órdenes».

Así escribía el emperador de China al rey de la pequeña isla de Inglaterra. Sin embargo, había subestimado la fiereza de los habitantes de aquella isla lejana. En especial cuando llegaron, algunas décadas más tarde, con sus barcos de vapor. Hacía tiempo que el comercio limitado con la provincia de Cantón no les resultaba ya suficiente. Sobre todo desde que descubrieron una mercancía que el pueblo chino ansiaba poseer. Era una sustancia tóxica. Un veneno peligroso: el opio. Si se quema y se inhala el humo se tienen hermosos sueños durante un rato. Pero el opio provoca una terrible enfermedad. Quien se habitúa a fumarlo no lo puede dejar; es como la bebida, pero mucho más peligroso. Y ahora, los ingleses querían vender opio a los chinos en cantidades masivas. Las autoridades chinas se dieron cuenta del peligro que aquello entrañaba para el pueblo y lo prohibieron enérgicamente en el año 1839.

Entonces volvieron los ingleses con sus barcos de vapor; esta vez, con cañones a bordo. Subieron aguas arriba por los ríos del país y cañonearon las pacíficas ciudades chinas, reduciendo a cenizas sus magníficos palacios. Los chinos se sintieron estupefactos e impotentes. Tuvieron que hacer lo que los blancos les ordenaron, pagar sumas ingentes de dinero y autorizar el comercio sin restricciones con opio y todas las demás mercancías. No tardó en estallar en China una sublevación iniciada por un príncipe medio loco que se hacía llamar Dai-Ping (Soberano de la paz). Los europeos lo apoyaron; franceses e ingleses invadieron China, bombardearon ciudades y humillaron a los príncipes. Finalmente, en 1860, lograron penetrar por la fuerza en Pekín, la capital de China, donde, en venganza por la resistencia presentada por los chinos, saquearon e incendiaron el magnífico y antiquísimo palacio de verano del emperador, repleto de preciosas obras de arte de los tiempos más remotos del imperio. Aquel imperio extenso, pacífico y milenario había caído en una completa descomposición y confusión y quedó totalmente en manos de los comerciantes europeos. Así fue como recompensaron los europeos a los chinos por haberles enseñado a elaborar papel, usar la brújula y también, por desgracia, fabricar pólvora.

En aquellos años estuvo a punto de ocurrir lo mismo con el imperio insular japonés. La situación en Japón era muy similar a la de Europa en la Edad Media. El

verdadero poder se hallaba en manos de los nobles y los caballeros, sobre todo en las de una familia que controlaba al emperador, el mikado, como los antepasados de Carlomagno habían controlado a los reyes merovingios. Los japoneses habían aprendido siglos atrás de los chinos a pintar, construir casas y escribir poesía, y ellos mismos sabían hacer cosas magníficas. Pero Japón no era un gran imperio pacífico y sosegado como China. Los poderosos aristócratas de las diversas comarcas e islas mantenían entre sí pugnas caballerescas. En torno a 1850, los más pobres se unieron para arrebatar el poder a los grandes del imperio. Pero, ¿cómo conseguirlo? Sólo sería posible con la ayuda del emperador, el mikado, aquella marioneta sin poder que debía pasar varias horas diarias sentada en su trono. Por tanto, la pequeña nobleza luchó contra los poderosos terratenientes del país en nombre del emperador, a quien pretendían devolver la antigua autoridad que debió de haber tenido en un oscuro pasado.

Todo aquello ocurría en el momento preciso en que las primeras legaciones europeas regresaban a un Japón que había sido durante más de 200 años tierra prohibida para cualquier extranjero. El ajetreo de las ciudades japonesas, con sus millones de habitantes, sus casas de bambú y papel, sus delicados jardincillos, sus bellas damas con tocados como torres, los gallardetes policromos de los templos, la compostura solemne, seria y contenida de los caballeros con sus espadas les debieron de resultar a los embajadores blancos bellos y ridículos. Pisotearon con sus sucias botas de andar por la calle las costosas alfombras de los palacios, sobre las que los japoneses sólo pisaban descalzos, y no se consideraron obligados a observar las ancestrales costumbres de aquellos supuestos salvajes, los japoneses, al saludar o al tomar el té. Pero no tardaron en ser objeto de odio. Cierto día en que un grupo de viajeros de América no se hizo cortésmente a un lado, según la costumbre, cuando un príncipe importante recorría el país en su litera acompañado de los miembros de su séquito, éstos se enfurecieron de tal modo que arremetieron a golpes contra los americanos y mataron a una mujer. Acto seguido llegaron, como era de suponer, unos barcos de guerra ingleses para bombardear la ciudad. Los japoneses vieron cómo se les venía encima la suerte de los chinos. Pero, entretanto, la revolución contra los magnates del país había triunfado y el emperador, llamado en Europa el mikado, tenía ahora realmente un poder ilimitado. Apoyado por consejeros inteligentes que nunca aparecían en público, decidió emplear su autoridad para proteger en el futuro a su país de la soberbia de los extranjeros. Eso no implicaba renunciar a la antigua cultura. Bastaba con aprender los últimos inventos de los europeos. Así pues, el emperador abrió definitivamente el país a los extranjeros.

Llamó a oficiales alemanes que organizaron un ejército moderno, y designó ingleses para construir una flota también moderna. Envió a japoneses a Europa para que estudiaran la nueva medicina y asimilaran las demás ciencias que habían

permitido a aquel continente hacerse tan poderoso en los últimos años, e implantó, siguiendo el ejemplo alemán, la escolarización general obligatoria para preparar al pueblo para la lucha. Los europeos estaban encantados. Los japoneses eran, al parecer, un pueblecito razonable al haber abierto de aquel modo su país. Se apresuran a venderles y mostrarles todo cuanto pedían. Y en pocas décadas, los japoneses habían aprendido las artes europeas de la maquinaria de la guerra y la paz. Y una vez puestos al día, acompañaron de nuevo a los europeos hasta la puerta con toda cortesía. «Ahora sabemos lo que vosotros sabéis. Ahora nuestros barcos de vapor saldrán a comerciar y conquistar, y nuestros cañones bombardearán ciudades pacíficas si alguien se atreve a humillar en ellas a un japonés». Los europeos pusieron cara de perplejidad, y aún siguen poniéndola, pues los japoneses son los mejores alumnos de toda la historia universal.

Aquel mismo año en que Japón comenzó a liberarse, ocurrieron también en Norteamérica sucesos importantísimos. Recordarás que las colonias mercantiles inglesas, las ciudades portuarias de la costa este de Norteamérica, se habían independizado de Inglaterra en 1776 para fundar una confederación de Estados libres. Los colonos españoles e ingleses avanzaron cada vez más hacia el oeste luchando contra las tribus indias. Seguro que sabes por haberlo leído en libros de indios cómo eran las cosas allí y cómo los granjeros construían sus casas de troncos, cómo talaban los densos bosques y cómo luchaban, cómo los vaqueros guardaban sus gigantescos rebaños y cómo el salvaje oeste se pobló de buscadores de oro y aventureros. En las comarcas arrebatadas a las tribus indias se fueron fundando nuevos Estados. Puedes imaginarte que, al principio, se trataba de tierras muy poco cultivadas. Pero, sobre todo, aquellos Estados eran muy diferentes entre sí. Los situados en el sur, en zona tropical, vivían de grandes plantaciones donde se cultivaban enormes cantidades de algodón y caña de azúcar. Los colonos eran propietarios de inmensos terrenos. El trabajo lo realizaban esclavos negros comprados en África a quienes se trataba muy mal.

La situación era distinta más al norte. Allí no hace tanto calor, y el clima recuerda al nuestro. En esa zona había campesinos y ciudades no muy diferentes de las de la patria inglesa de los emigrantes, aunque todo era mucho más grande. No se necesitaban esclavos, pues era más fácil y barato realizar el trabajo por cuenta propia. Así, los ciudadanos de los Estados del norte, en su mayoría cristianos piadosos, consideraron una vergüenza para la Unión, fundada sobre los principios de los derechos humanos, mantener esclavos como en la Antigüedad pagana. Los Estados del sur explicaban, además, que necesitaban a los esclavos negros y que, sin ellos, se hundirían; que los blancos no podían realizar el trabajo en medio de aquel calor, mientras que los negros no habían nacido para ser libres, etc. El año 1820 se llegó a un compromiso; los Estados al sur de una línea determinada podían tener esclavos;

los del norte, no.

Pero, con el tiempo, la vergüenza del esclavismo resultó insoportable. Parecía, ciertamente, que no se podía hacer gran cosa contra ello, pues los Estados del sur, con sus inmensas plantaciones, eran mucho más poderosos y ricos que las comarcas campesinas del norte y, además, no estaban dispuestos a ceder por nada del mundo. Pero, finalmente, encontraron la horma de su zapato en la persona del presidente Abraham Lincoln. Su destino no fue nada corriente. Había crecido como un sencillo campesino en el interior del país, había luchado el año 1832 contra un jefe indio, «Halcón negro», y había sido luego funcionario de correos de una pequeña ciudad. Allí, en su tiempo libre, estudió las leyes del país y llegó a ser abogado y diputado. Como tal, luchó contra la esclavitud y fue muy odiado por los dueños de las plantaciones de los Estados sureños. Sin embargo, en 1861 fue elegido presidente, lo cual fue para los Estados del sur motivo suficiente para desvincularse de los Estados Unidos y crear su propia confederación de Estados esclavistas.

Lincoln dispuso pronto de 75.000 hombres que se le ofrecieron voluntarios. Sin embargo, la situación era muy mala para el norte, en especial porque Inglaterra apoyaba a los Estados esclavistas a pesar de haber suprimido y, prohibido la esclavitud en sus propias colonias desde hacía algunas décadas. Se declaró una guerra civil terriblemente sanguinaria pero, finalmente, venció el valor y la tenacidad de los campesinos del norte y, en 1865, Lincoln pudo entrar en la capital de los Estados sureños en medio de jubilosos esclavos liberados. Once días después, durante una representación teatral, fue asesinado por un sureño. Pero su obra estaba cumplida. Los Estados Unidos de América, reunidos y libres otra vez, se convirtieron pronto en uno de los países más ricos y poderosos del mundo. Al parecer, se puede vivir también sin esclavos.

DOS NUEVOS ESTADOS EN EUROPA

He conocido a muchas personas que eran niños cuando aún no existían ni Alemania ni Italia. Sorprendente, ¿no te parece? Esos Estados grandes y poderosos, de una importancia tan decisiva no son, en absoluto, muy antiguos. Tras la revolución burguesa de 1848, cuando por toda Europa se construían nuevas líneas de ferrocarril y se instalaban tendidos telegráficos, cuando las ciudades, convertidas en ciudades fabriles, crecían y muchos campesinos emigraban a ellas, cuando los hombres llevaban sombrero de copa y lentes sin patillas pero con cordones negros, nuestra Europa era todavía un rompecabezas de pequeños ducados, reinos, principados y repúblicas aliadas o enemistadas de manera enrevesada.

Si dejamos de lado a Inglaterra, más preocupada por sus colonias en América, la India y Australia que por el vecino continente, en aquella Europa había tres potencias importantes. En el centro se hallaba el imperio de Austria. Allí gobernaba desde 1848 el emperador Francisco José en el palacio vienes de Hofburg. Cuando yo era pequeño lo vi pasear en carroza, ya anciano, por el parque de Schónbrunn, y recuerdo aún bien la solemne comitiva de su funeral. Era el auténtico emperador en el verdadero sentido de la palabra. Mandaba sobre pueblos y países muy diversos. Era emperador de Austria, rey de Hungría y conde del Tirol con título de príncipe y poseía una infinidad de otros títulos heredados del pasado, incluso el de rey de Jerusalén y protector del Santo Sepulcro, conservado desde el tiempo de las Cruzadas. Bajo su soberanía se hallaban así mismo muchas comarcas italianas, y otras más bajo la de su familia, junto con croatas, serbios, checos, eslovenos, eslovacos, polacos y muchísimos otros pueblos. Por eso, en los billetes de banco austriacos de entonces se podía leer el valor, por ejemplo «Diez Coronas», en todas aquellas lenguas. El emperador de Austria seguía teniendo también nominalmente algún poder en los principados alemanes, pero esto era especialmente complicado. Desde que Napoleón destruyera en 1806 el último resto del Sacro Imperio Romano Germánico, no existía ya un imperio alemán. Los distintos países de habla alemana constituían sólo una confederación, la Confederación Alemana, o Deutscher Bund, a la que pertenecía también Austria junto con Prusia, Baviera, Sajonia, Hannover, Francfort, Brunswick, etc., etc. La Confederación Alemana era un conjunto complejo y curioso. En cada retazo de tierra mandaba un príncipe distinto, y todos tenían monedas y sellos propios y uniformes distintos para sus funcionarios. Aquello había sido siempre poco práctico, incluso cuando se necesitaban varios días para viajar de Berlín a Munich en coche de postas. Pero ahora, desde que el ferrocarril no tardaba ni un día en realizar ese recorrido, apenas podía soportarse.

Las cosas tenían un aspecto completamente distinto a izquierda y derecha de Alemania, Austria e Italia.

Al oeste se encontraba Francia, que, poco después de la revolución burguesa, se había convertido nuevamente en un imperio, a partir de 1848. Un sucesor del gran Napoleón había sabido despertar los recuerdos de la antigua gloria y, aunque no era ni de lejos un hombre tan grande, fue elegido, primero, presidente de la república y, enseguida, emperador de los franceses con el nombre de Napoleón III. A pesar de todas las guerras y revoluciones, Francia era entonces un país especialmente rico y poderoso, con grandes ciudades fabriles.

Al este, la situación era la siguiente: el emperador ruso, o zar, no era querido en aquel inmenso país. Tienes que pensar que muchos ciudadanos y burgueses rusos habían estudiado entonces en universidades de Francia o Alemania y eran personas con ideas muy modernas, contemporáneas. Pero el imperio ruso y sus funcionarios tenían, en realidad, un carácter completamente medieval. Piensa que en Rusia no se derogó la servidumbre campesina, al menos de nombre, hasta 1861 y que 23 millones de campesinos rusos no recibieron hasta entonces la promesa de una existencia digna de un ser humano. Pero no es lo mismo prometer que cumplir. En general, en Rusia se gobernaba con el látigo de cuero, el llamado *knut*. Cuando alguien se atrevía a expresarse libremente se le enviaba, por lo menos, desterrado a Siberia, por más inofensivas que fueran sus palabras. La consecuencia fue que los estudiantes y burgueses formados en las ideas contemporáneas odiaban terriblemente al zar, que debía vivir en un temor constante a ser asesinado. En realidad, casi todos los zares acabaron víctimas de muerte violenta, por más vigilancia que tuvieran.

Parecía imposible que junto a la gigantesca Rusia y la poderosa Francia, habituada a la guerra, hubiera algún otro Estado importante en Europa. Desde la pérdida de sus colonias en Sudamérica, que comenzaron a independizarse de ella el año 1810, España había perdido cualquier poder. Los periódicos acostumbraban a llamar a Turquía «el hombre enfermo», pues le era ya imposible conservar sus posesiones en Europa. Todos los pueblos cristianos sobre los que había gobernado en otros tiempos lograron liberarse de ella poco a poco con la colaboración entusiástica de Europa. Los primeros fueron los griegos; luego, también, los búlgaros, los rumanos y los albaneses. Rusos, franceses y austriacos se disputaban el resto de la Turquía europea, Constantinopla, lo cual fue una suerte para los turcos pues ningún Estado quería ceder al otro aquel pingüe botín. Esa es la razón de que siguiera siendo turca.

Francia y Austria luchaban entonces —como desde hacía siglos— por conseguir zonas de soberanía en Italia. Pero los tiempos habían cambiado. El ferrocarril había acercado también a los italianos, que, como las ciudades alemanas, tomaron conciencia de que no eran sólo florentinos o genoveses, venecianos o napolitanos, sino todos italianos y que querían decidir su destino por sí mismos. En el norte de Italia había entonces un pequeño Estado, el único libre y autónomo. Se extendía al

pie de la montaña por la que Aníbal había descendido en otros tiempos a la llanura. Como se hallaba al pie del monte, la región se llamaba Piamonte. Así pues, el Piamonte y la isla de Cerdeña constituyeron juntos un reino pequeño pero poderoso bajo el rey Víctor Manuel, que tenía un ministro especialmente inteligente y con una gran capacidad de adaptación, Gamillo Cavour, que sabía exactamente qué quería. Quería lo que añoraban desde hacía ya tiempo todos los italianos y por lo que habían derramado su sangre muchas personas durante y antes de la revolución de 1848 en luchas arriesgadas y valientes pero sin control: quería un reino italiano unido. Cavour mismo no era un guerrero. No creía en la fuerza de las conjuraciones secretas y de los asaltos audaces con los que el valiente y fantasioso Garibaldi y sus jóvenes combatientes pretendían lograr la libertad para el país. Buscaba un camino distinto y más eficaz, y lo encontró.

Consiguió convencer a Napoleón III, el orgulloso emperador de los franceses, de que debía comprometerse en favor de la libertad y unidad de Italia. Napoleón III sólo podía obtener ventajas y ningún inconveniente de ese compromiso. Si favorecía con empeño la libertad de aquel país que no le pertenecía, perjudicaría, como mucho, a Austria, que tenía posesiones en Italia, lo cual no le desagradaba. Pero, como portador de la libertad, se convertiría al mismo tiempo en héroe de un gran pueblo europeo, y eso le agradaba. Las hábiles negociaciones de Cavour, ministro del Piamonte y Cerdeña, y las audaces razias de Garibaldi, el fiero luchador de la libertad, consiguieron alcanzar la meta de los italianos al precio de grandes sacrificios. En las dos guerras emprendidas contra Austria, en 1859 y 1866, los ejércitos austriacos obtuvieron a menudo la victoria, pero, finalmente, obligado por la fuerza de Napoleón III, el emperador Francisco José hubo de ceder sus posesiones en Italia, las comarcas de Milán y Venecia. En otros territorios se celebraron grandes plebiscitos con el resultado general de que toda la población quería pertenecer a Italia. Así, los distintos duques fueron abdicando y, en 1866, Italia estaba unida. Sólo faltaba la capital de Roma, perteneciente al papa y que Napoleón III no quería entregar a los italianos para no entrar en conflicto con aquél. Napoleón protegió la ciudad con tropas francesas y repelió varios asaltos de los voluntarios de Garibaldi.

Austria no habría acabado, quizá, por ser vencida en 1866 en su obstinada lucha contra los italianos si Cavour, con su gran inteligencia, no hubiese sabido también echarle encima por el norte un enemigo con intereses muy similares. El enemigo era Prusia; y su ministro de entonces, Bismarck.

Bismarck, un aristócrata terrateniente del norte de Alemania dotado de una fuerza de voluntad, una claridad de ideas, una imperturbabilidad y una resistencia inusitadas, que nunca perdía de vista su objetivo y que se atrevía a exponer su opinión y sus convicciones con calma incluso al rey Guillermo I de Prusia, tuvo desde el primer momento un único deseo: hacer poderosa a Prusia y, con ayuda de este país, crear un

gran imperio alemán unificado a partir del complejo rompecabezas de la Confederación Alemana. Para ello nada le parecía tan necesario e importante como un ejército fuerte y poderoso. Él fue quien dijo aquella famosa frase de que las grandes cuestiones de la historia no se deciden con resoluciones sino con sangre y hierro. No estoy seguro de que siempre sea así. Pero en su caso, la historia le dio la razón. Cuando, en 1862, los diputados del pueblo prusiano no quisieron concederle, de los impuestos de la nación, las grandes sumas de dinero que necesitaba para aquel ejército, convenció al rey para que gobernara contra la constitución y la voluntad de los diputados electos. El rey temía correr la suerte de Carlos I de Inglaterra, que no había mantenido sus promesas, y la de Luis XVI de Francia. Durante un viaje en tren, dijo a Bismarck: «Preveo con absoluta claridad cómo va a terminar todo esto. Le cortarán a usted la cabeza bajo mi ventana, delante de la plaza de la Opera, y luego me la cortarán a mí». Bismarck se limitó a responder: «¿Y luego?». «Bueno, luego estaremos muertos, replicó el rey. «Sí —dijo Bismarck—, luego estaremos muertos, pero, ¿podremos tener una muerte más digna?». Y Bismarck consiguió realmente pertrechar, contra la voluntad del pueblo, un ejército grande y poderoso con muchos fusiles y cañones que pronto se acreditó en una guerra contra Dinamarca.

A continuación, en 1866, de acuerdo con el deseo de Cavour y según sus propios planes, marchó con aquel ejército excelentemente armado y entrenado contra Austria, atacada al mismo tiempo por los italianos desde el sur. Quería expulsar al emperador de la Confederación Alemana para hacer de Prusia su país más poderoso y poder colocarse al frente de Alemania. Derrotó a los austriacos en Bohemia, junto a la localidad de Kóniggrátz, tras una cruenta batalla, y el emperador Francisco José se vio obligado a ceder. Austria abandonó la Confederación Alemana. Tras su victoria, Bismarck no pidió nada más, lo cual irritó enormemente a los generales y oficiales del ejército prusiano. Pero él no vaciló. No quería contar con la hostilidad total de los austriacos. Pero, en secreto, firmó tratados con todos los Estados alemanes para que apoyaran a Prusia en cualquier guerra. Nadie supo nada de ello.

Entonces, Napoleón III comenzó a inquietarse porque Prusia se estaba convirtiendo en una potencia militar al otro lado del Rin. El emperador de los franceses, que en 1867 acababa de perder en México una guerra completamente superflua, tenía miedo a aquel vecino tan bien armado. Los franceses llevaban mucho tiempo sin ver con buenos ojos que los alemanes fueran demasiado poderosos. El año 1879, mientras el rey Guillermo de Prusia tomaba las aguas en el balneario de Ems, Napoleón III le importunó por medio de su embajador con las exigencias más sorprendentes. Guillermo debía renunciar por escrito para sí y su familia a ciertas reivindicaciones que ni siquiera había planteado. Bismarck —sin el consentimiento del rey— forzó entonces a Napoleón III a declarar la guerra. Todos los Estados alemanes tomaron parte en ella, en contra de lo que esperaban los franceses, y pronto

se vio que las tropas alemanas estaban mejor armadas y guiadas que las de Francia.

Los alemanes marcharon con rapidez sobre París, apresaron en la localidad de Sedan un gran cuerpo de ejército francés en el que se encontraba el propio Napoleón III, y sitiaron durante meses la capital, que disponía de buenas fortificaciones. La derrota de Francia obligó a retirarse a las tropas francesas que habían protegido al papa en Roma, y el rey de Italia hizo su entrada en ella. Tal era la complicación de las circunstancias en aquellas fechas. Durante el asedio de París, mientras el rey de Prusia vivía en Versalles, Bismarck convenció a los diferentes reyes y príncipes alemanes a ofrecer al monarca prusiano el título de emperador alemán. Al llegar aquí te preguntarás qué ocurrió; pues bien, el rey Guillermo prefería ser llamado «Emperador de Alemania» en vez de «Emperador alemán», y la cosa estuvo a punto de irse al garete por ese motivo. Finalmente, en el gran salón de los espejos de Versalles se fundó solemnemente el Imperio (Reich) Alemán. El recién nombrado emperador Guillermo I estaba tan enfadado por no haber obtenido el título deseado que pasó por delante de Bismarck de forma ostentosa y deliberada en presencia de todo el mundo y no dio la mano al fundador del Reich alemán. No obstante, Bismarck siguió sirviéndole, y bien.

En París había estallado durante el asedio una terrible revolución obrera, reprimida más tarde de manera aún más terrible y sanguinaria. En aquel momento murieron más personas que durante la gran Revolución francesa. Francia se sumió durante un tiempo en la impotencia, hubo de firmar la paz y se vio obligada a entregar a Alemania una porción de su territorio (Alsacia y Lorena) y a pagar una gran suma de dinero. Los franceses destituyeron por ello al emperador Napoleón III, que tan mal había dirigido el país, y fundaron una república. A partir de ese momento no quisieron saber nada más de emperadores y reyes.

Bismarck era ahora primer ministro o canciller del imperio alemán unificado, en el que gobernó con toda su superioridad. Era muy hostil a cualquier aspiración socialista, como las expuestas por Marx, pero conocía el terrible estado en que se hallaban los trabajadores. Propugnó, por tanto, la idea de que la única manera de combatir la difusión de las doctrinas marxistas consistía en aliviar la enorme miseria de los trabajadores, quitándoles así el deseo de subvertir todo el Estado. Para ello creó instituciones de apoyo a los trabajadores enfermos o accidentados que, hasta entonces, morían sin ayuda y se preocupó en general por mitigar la indigencia más extrema. Los trabajadores, sin embargo, tenían que trabajar todavía doce horas diarias. Incluidos los domingos.

El príncipe Bismarck, con sus cejas espesas y su rostro firme y decidido, fue pronto uno de los hombres más conocidos de Europa, y sus propios enemigos lo consideraban un gran estadista. Cuando las naciones europeas comenzaron a querer repartirse el mundo, que ya se había hecho pequeño, se reunieron en Berlín el año

1878, y Bismarck dirigió sus deliberaciones. El siguiente emperador, Guillermo II, que pensaba sobre muchos asuntos de manera diferente que su canciller, no pudo llevarse bien con él a la larga y lo destituyó. Bismarck vivió aún algunos años como un hombre retirado en la finca de sus antepasados y, desde allí, previno a los nuevos dirigentes del gobierno alemán para que no actuaran de manera irreflexiva.

EL REPARTO DEL MUNDO

Pronto llegaremos a la época en que mis padres eran jóvenes y pudieron contarme, por tanto, detalles más precisos: cómo se introdujo cada vez en más hogares primero el gas, luego la luz eléctrica y más tarde el teléfono; cómo aparecieron en las ciudades tranvías eléctricos y, después, incluso automóviles; cómo fueron creciendo enormemente los suburbios donde vivían los trabajadores, y cómo unas fábricas con imponentes máquinas daban empleo a miles de obreros, es decir, cómo tenían un rendimiento para el que en épocas anteriores se habrían necesitado quizá cientos de miles de artesanos.

¿Qué ocurría con todas aquellas telas, zapatos, conservas o, por ejemplo, pucheros producidos diariamente a trenes en aquellas inmensas fábricas? En parte se podían vender, por supuesto, en el propio país. La gente que tenía trabajo pudo permitirse comprar pronto más trajes o zapatos que un artesano de tiempos anteriores. Todo era incomparablemente más barato, aunque no tan resistente. Así, la gente se veía obligada a adquirir a menudo nuevos artículos. En cualquier caso, su sueldo no era, naturalmente, lo bastante alto como para permitirles comprar todo cuanto era producido por las nuevas máquinas gigantes. Pero si aquellos trenes de tela o cuero no llegaran a venderse, no tendría sentido que la fábrica produjera nuevos artículos cada día. Tendría que cerrar. Y si cerraba y los trabajadores se quedaban en paro, no podrían comprar nada más y aún se venderían menos mercancías. Este tipo de situaciones se denomina crisis económica. Para evitarlas, era importante que todos los países lograran vender la mayor cantidad posible de mercancías producidas por las numerosas fábricas. Y si eso no se conseguía en el propio país, había que intentarlo en el extranjero, aunque no en Europa, pues en ella había fábricas casi por todas partes. Era necesario marchar a países que no las tuvieran, donde todavía había personas sin vestido ni calzado.

Por ejemplo, África. Así fue como, de pronto, comenzó entre todos los pueblos una auténtica competencia por disputarse regiones atrasadas; y las menos civilizadas les resultaron las más convenientes. No las necesitaban sólo para poder vender allí sus mercancías, sino también porque en ellas había muchas cosas que faltaban en su propio país, como algodón para los fabricantes de telas, o petróleo para la producción de gasolina. Pero, cuantas más «materias primas» podían traerse a Europa desde las colonias, tanto más podían producir a su vez las fábricas y con tanto mayor ahínco volvían a buscar regiones donde quisieran comprar sus mercancías masivas.

Quien no encontraba trabajo en su propio país, podía emigrar ahora a aquellas tierras lejanas. En resumen, la posesión de colonias era importante para los pueblos europeos. Pero a nadie le preocupaba nada en absoluto la voluntad de las poblaciones indígenas. Ya puedes imaginar que a veces, cuando se les ocurría disparar con arcos y

flechas sobre las tropas invasoras, eran terriblemente maltratadas.

En este reparto del mundo, los ingleses fueron quienes mayores ventajas obtuvieron. Hacía algunos cientos de años que tenían posesiones en la India, Australia y Norteamérica, además de colonias en África, donde ejercían una gran influencia, sobre todo en Egipto. También los franceses habían procurado hacerse anteriormente con posesiones propias. Les pertenecía, por ejemplo, una gran parte de la antigua Indochina y varias zonas de África, de las que, sin embargo, el desierto del Sahara era más grande que apetecible. Los rusos no poseían ninguna colonia ultramarina, pero eran dueños de un gigantesco imperio propio y, todavía, de pocas fábricas. Pretendían extenderse por toda Asia hasta el mar del otro lado para comerciar desde allí. Pero, de pronto, en aquel punto, aparecieron los alumnos aplicados de los europeos, los japoneses, y dijeron: ¡Alto! En una espantosa guerra entre Rusia y Japón, que estalló en el año 1905, el imperio de los zares perdió contra el nuevo y pequeño Japón y hubo de retirarse un trecho. Pero los japoneses construyeron más y más fábricas y quisieron hacerse a su vez con países extranjeros para realizar allí sus ventas e instalar de algún modo a los numerosos habitantes de su pequeño imperio insular.

Finalmente, como es natural, les llegó el turno en el reparto a los nuevos Estados: Italia y Alemania. En su situación de desmembramiento no habían tenido anteriormente posibilidad de conquistar territorios coloniales. Ahora querían recuperar el tiempo perdido durante siglos. Italia obtuvo una estrecha franja de terreno en África después de muchas luchas. Alemania era más poderosa y tenía más fábricas y quiso más. Bismarck, en efecto, consiguió para Alemania algunas extensiones mayores, sobre todo en África y en varias islas del océano Pacífico.

Pero lo esencial de toda esta cuestión es que ningún país llega a tener bastante. Cuantas más colonias posee, más fábricas construye; y cuantas más y mejores fábricas construye, cuanto mayor es su producción, tantas más colonias necesitará. No es un asunto de ambición de poder o ansia de dominio. Las necesitará realmente. Pero el mundo ya estaba repartido. Para conseguir nuevas colonias o, simplemente, para no permitir que algún vecino más poderoso se las arrebate, el país en cuestión tendrá que luchar o, por lo menos, amenazar con entrar en guerra. Así, todos los Estados equiparon grandes armadas y flotas y no dejaron de decir a cada momento: «¡Atrévete a atacarme!». Los demás países, que habían sido poderosos durante siglos, consideraban aquello un derecho indiscutible. Pero, ahora que el Reich alemán, con sus excelentes fábricas, comenzó a participar en este juego, construyó una gran flota de guerra e intentó aumentar su influencia en Asia y África, los demás se lo tomaron muy a mal. Durante mucho tiempo se esperó un tremendo choque, y los Estados organizaron, por tanto, ejércitos cada vez más numerosos y armaron acorazados cada vez mayores.

Al final, la guerra no estalló donde se había esperado durante años, es decir, a raíz de algún conflicto en África o Asia, sino a causa de un país, Austria, que era el único gran imperio de Europa absolutamente desprovisto de colonias. Austria, el imperio ancestral, con su mezcla de pueblos, no tenía ninguna ambición de conquistar países en regiones remotas del mundo. Pero necesitaba personas que compraran las mercancías de sus fábricas. Así pues, intentó conseguir, como lo había hecho desde las guerras contra los turcos, nuevos territorios en el este recién liberados de Turquía y que todavía no disponían de fábricas. Pero los pequeños pueblos que acababan de liberarse en la zona oriental, por ejemplo los serbios, temían al gran imperio y no querían permitir que se expandiera todavía más. En la primavera de 1914, durante un viaje a Bosnia —una de esas regiones recientemente adquiridas—, el sucesor al trono austriaco fue asesinado allí, en la capital de Sarajevo, por un serbio.

Algunos jefes del ejército y políticos austriacos creían entonces que la guerra con Serbia era inevitable, antes o después, y que se debía humillar a aquel país en venganza por el tremendo asesinato. Rusia intervino, pues temía que Austria pudiera acercarse demasiado a sus fronteras; Alemania, aliada de Austria, se puso del lado de ésta y, al entrar en guerra, estallaron todas las antiguas enemistades. Los alemanes quisieron aniquilar cuanto antes a su enemigo más peligroso, Francia, y atravesaron la pacífica Bélgica en su marcha hacia París. Inglaterra temía una victoria germana que haría de Alemania el país más poderoso, y también intervino. Pronto el mundo entero se halló en guerra contra Alemania y Austria. Estos dos países se encontraban ahora en medio de los ejércitos enemigos de la «entente» (es decir, sus enemigos aliados, pues entente significa «alianza»). Por eso, para referirse a Alemania y Austria, se hablaba de las «potencias centrales».

El enorme ejército de Rusia avanzó, pero fue detenido al cabo de unos meses. Nunca había habido en el mundo una guerra similar. Millones y millones de personas marchaban unas contra otras. Africanos e indios se vieron obligados igualmente a participar en los combates. El ejército alemán fue detenido cerca de París, junto al río Marne, y a continuación se libraron pocas batallas en el sentido antiguo de la palabra; en cambio, aquellos enormes ejércitos se atrincheraron, abrieron zanjas en la tierra y se apostaron unos frente a otros ocupando interminables franjas de terreno. De pronto, se disparaba durante días desde miles de cañones contra las trincheras del enemigo y se cargaba al asalto a través de alambradas y parapetos removidos a lo largo de un terreno quemado y asolado, sembrado de cadáveres. En 1915, Italia declaró también la guerra a Austria, a pesar de que en origen había sido su aliada. Se luchó entonces en los glaciares de las montañas del Tirol, y las famosas hazañas del paso de Aníbal por los Alpes fueron un juego de niños en comparación con el valor y la resistencia que hubieron de demostrar ahora los simples soldados.

Se combatió en el aire con aviones; se lanzaron bombas sobre ciudades pacíficas;

se hundieron barcos que no participaban en la guerra y se luchó por mar y hasta debajo del agua, tal como lo había predicho en otros tiempos Leonardo da Vinci. Además de las armas terribles que acababan a diario con la vida de miles de personas o las mutilaban, se inventó la más espantosa de todas: se envenenó el aire con gases tóxicos. Quien lo respiraba moría entre crueles dolores. Los gases eran llevados por el viento hasta los soldados enemigos o se lanzaban por medio de granadas que, al estallar, esparcían su veneno. Se construyeron vehículos acorazados, tanques, que avanzaban lentos y seguros por encima de trincheras y murallas y derribaban y aplastaban todo.

En Alemania y Austria reinaba una miseria aterradora. No había comida suficiente ni ropa ni carbón ni luz. Las mujeres tenían que guardar cola durante horas en medio del frío para conseguir un mendrugo de pan o unas pocas patatas medio podridas. En un determinado momento, las potencias centrales abrigaron cierta esperanza. El año 1917 había estallado en Rusia una revolución. El zar había abdicado, pero el gobierno burgués que le sucedió quiso proseguir la guerra. El pueblo, sin embargo, no lo deseaba. Se produjo así otro cambio profundo por el que los trabajadores de las ciudades fabriles se hicieron con el poder guiados por Lenin. Distribuyeron la tierra cultivable entre los campesinos, arrebataron sus posesiones a ricos y aristócratas e intentaron gobernar el imperio según los principios de Karl Marx. Las naciones extranjeras intervinieron. Y en las terribles luchas que estallaron murieron más millones de personas. Los sucesores de Lenin gobernaron Rusia por mucho tiempo.

Sin embargo, no sirvió de mucho que los alemanes pudieran retirar algunas tropas del frente oriental, pues al mismo tiempo aparecieron en el oeste para combatir contra Alemania soldados de refresco y con las fuerzas íntegras. Eran los norteamericanos, que acudían también a participar en la guerra. A pesar de todo, alemanes y austriacos resistieron todavía más de un año contra aquella enorme superioridad y estuvieron a punto de vencer en una recuperación desesperada de todas sus fuerzas en el oeste. Pero, al final, quedaron agotados. Cuando el presidente norteamericano Wilson anunció en 1918 su deseo de una paz justa por la que todos los pueblos debían decidir su futuro por sí mismos, parte de las tropas de los ejércitos de las potencias centrales abandonaron la lucha y éstas se vieron obligadas a firmar un armisticio. Los supervivientes regresaron del frente a unirse con sus familias hambrientas.

Entonces estalló la revolución en aquellos países agotados. Los emperadores de Alemania y Austria abdicaron; los diversos pueblos del imperio austriaco, checos, eslovacos, húngaros, polacos y eslavos del sur se independizaron y fundaron sus propios Estados. Al llegar a París los delegados alemanes, austriacos y húngaros para negociar la paz prometida por Wilson en los antiguos palacios reales de Versalles, St. Germain y el Trianón, supieron que no tenían nada que negociar. Se dijo que

Alemania era la culpable de la guerra y debía, por tanto, ser castigada. No sólo se le quitaron todas sus colonias y los territorios conquistados a Francia en 1870, no sólo fue obligada a pagar anualmente sumas increíblemente elevadas a los vencedores, sino que se le obligó a firmar solemnemente que ella era la única culpable de la guerra. Los austriacos y húngaros no salieron mejor librados. Así fue como se mantuvieron las promesas de Wilson (véase no obstante mi declaración en el epílogo).

En la guerra murieron once millones de personas, y comarcas enteras quedaron arrasadas hasta resultar irreconocibles. Una espantosa miseria y desesperación se adueñó del mundo.

El ser humano había ido demasiado lejos en su dominio de la naturaleza. Actualmente puedes conectar en tu habitación un aparato y conversar con un australiano, en la otra punta de la Tierra, sobre los asuntos más inteligentes o estúpidos. Puedes escuchar en la radio música interpretada en un hotel londinense o una conferencia sobre la cría de gansos pronunciada en Portugal.

Se construyen rascacielos más altos que las pirámides o que la iglesia de San Pedro en Roma. Se fabrican aviones gigantescos cada uno de los cuales puede acabar con más personas que la gran armada de Felipe II de España. Se han descubierto remedios contra las más terribles enfermedades y se conocen las cosas más maravillosas. Se han hallado para cualquier fenómeno de la naturaleza fórmulas tan misteriosas y notables que sólo las entienden unas pocas personas; y, sin embargo, son correctas: las estrellas se mueven exactamente como lo prevén esas fórmulas. Cada día se sabe un poquito más sobre la naturaleza y sobre el propio ser humano. Pero la miseria sigue siendo inmensa. Muchos, muchísimos millones de personas, no pueden encontrar trabajo sobre nuestra Tierra, y son también millones los que mueren de hambre cada año. Todos esperamos un futuro mejor y, por tanto, ¡*tendrá* que llegar!

Imagina el río del tiempo cuyo curso hemos seguido como si voláramos en un avión. Allá atrás, entre la bruma, sigues divisando, tal vez, las cuevas de los cazadores de mamuts y las estepas donde crecieron los primeros cereales. Aquellos puntos lejanos son las pirámides y la torre de Babel. En esa depresión de terreno pastorearon en otro tiempo los judíos sus rebaños. Sobre ese mar navegaron los fenicios. Lo que brilla allí como una blanca estrella entre los mares es la Acrópolis, monumento característico del arte griego. Y allá, en el otro lado del mundo, se extiende la selva oscura con los penitentes indios en la que Buda recibió la iluminación. Más adelante se encuentra la muralla fronteriza de los chinos y, al otro lado, las ruinas humeantes de Cartago. Unos cristianos fueron desgarrados por fieras salvajes en esos grandes embudos de piedra por orden de los romanos. Esas nubes apelmazadas sobre el paisaje son la

tormenta de las migraciones de los pueblos; los primeros monjes convirtieron e instruyeron a los germanos en esos bosques a la orilla del río. Allí, partiendo del desierto, conquistaron los árabes el mundo; aquí reinó Carlomagno. Sobre esta colina se alza aún el castillo donde se decidió la lucha entre el papa y el emperador por el dominio del mundo. Vemos fortalezas de caballeros y, más próximas a nosotros, ciudades con magníficas catedrales; allá está Florencia, y allá la nueva iglesia de San Pedro, motivo de la lucha con Lulero. La ciudad de México se hunde entre las llamas; la armada española fracasa junto a las costas de Inglaterra; aquella pesada exhalación es el humo de pueblos y hogueras que arden en tiempos de la Guerra de los Treinta Años; el suntuoso palacio en medio del gran parque es el Versalles de Luis XIV. Aquí se alza el campamento de los turcos frente a Viena; y más cerca aún los sencillos palacios de Federico el Grande y María Teresa. En la lejanía oímos el griterío sobre las calles de París pidiendo libertad, igualdad y fraternidad, y ya vemos Moscú en llamas y el paisaje invernal en el que se derrumbó el gran Ejército del último conquistador. Muy cerca de nosotros humean las chimeneas de las fábricas y silban los ferrocarriles. El palacio de verano de Pekín aparece en ruinas; y de los puertos japoneses salen barcos de guerra con la bandera del Sol naciente. Aquí retumban todavía los cañones de la guerra mundial. El gas venenoso se extiende sobre el país. Aquí, a través de la cúpula abierta del observatorio astronómico, un telescopio gigante dirige la mirada del investigador hacia mundos astrales increíblemente lejanos. Pero a nuestros pies y delante de nosotros sigue habiendo niebla, una niebla impenetrable. Sólo sabemos que el río continúa fluyendo hasta una distancia interminable, hacia un mar desconocido.

Pero, hundámonos deprisa con el avión bajando hasta la corriente. Al aproximarnos observamos que se trata de un verdadero río, y que sus olas rugen como las del mar. Sopla un fuerte viento y las olas llevan crestas blancas de espuma. Observa bien esos millones de burbujas blancas y esplendentes que se forman y disipan con cada ola. Surgen y desaparecen al ritmo regular del oleaje. La cresta de la ola las sostiene durante un momento; luego, se hunden y dejan de existir. Ya ves; cada uno de nosotros no es más que ese algo destellante, una minúscula gotita sobre las olas del tiempo que avanzan allá abajo hacia el futuro incierto y nebuloso. Surgimos, echamos una ojeada, y, antes de habernos dado cuenta, hemos vuelto a desaparecer. Constantemente aparecen otras nuevas, y lo que llamamos destino no es más que nuestra lucha entre la apretada muchedumbre de las gotitas en cada uno de los altibajos de la ola. Debemos, sin embargo, aprovechar ese momento: merece la pena.

EL RETAZO DE HISTORIA UNIVERSAL VIVIDO POR MÍ. UNA OJEADA RETROSPECTIVA

¡Qué distinto es aprender historia en los libros o haberla vivido uno mismo! Eso es lo que he querido hacerte recordar en las páginas anteriores, donde comparaba la mirada hacia el pasado de la humanidad con la vista desde un avión que vuela alto. Desde allí sólo vemos unos pocos detalles junto a la orilla del río del tiempo. Pero también has leído lo distinta que parece la corriente vista de cerca, cuando nos aproximamos a cada una de las olas. En tal caso se ven mejor ciertas cosas, y otras dejan de verse. Así me ocurrió también a mí. El capítulo anterior concluía con la terrible guerra mundial de 1914 a 1918. Yo la llegué a vivir, pero sólo tenía 9 años cuando concluyó. Ésa es también la razón de que escribiera lo que sabía por los libros.

En este último capítulo me gustaría describir un poco lo que viví yo mismo realmente. Y cuanto más reflexiono sobre ello, tanto más extraño me resulta. En efecto, a partir de 1918 han cambiado en el mundo una infinidad de cosas, pero algunos de esos cambios han llegado de manera tan imperceptible que hoy nos parecen completamente naturales.

Entonces no había, por ejemplo, televisiones ni ordenadores, viajes espaciales ni energía nuclear. Pero el principal cambio, el hecho de que hoy haya en el mundo muchísimos más seres humanos que cuando yo era joven, se olvida con especial facilidad. Al terminar la Primera Guerra Mundial vivían sobre nuestro planeta 2.000 millones de personas; ahora, sin embargo, la Tierra tiene más del doble de habitantes. Con cifras tan grandes no hay mucho que hacer, pues somos incapaces de imaginarlas. Pero recordemos que el diámetro de la Tierra mide en el ecuador, con bastante aproximación, 40 millones de metros. Cuando la gente guarda cola delante de una ventanilla, suele colocarse a dos por metro. Eso significa que una cola de 80 millones de personas en paciente espera daría la vuelta al mundo entero. En aquellas fechas, la cola habría rodeado ya la Tierra unas 22 veces. Pero hoy, los 4.500 millones de seres como nosotros forman una cola que le da más de 50 vueltas.

Además, en los años en que el número de personas ha aumentado tan enormemente, el globo del mundo sobre el que vivimos se ha ido reduciendo de continuo de manera igualmente imperceptible. No es que haya disminuido de verdad, por supuesto, sino que la técnica, sobre todo la de la aviación, ha acortado constantemente la distancia entre las diversas partes de la Tierra. También yo he vivido esta experiencia. Cuando me encuentro en un aeropuerto donde los altavoces anuncian uno tras otro vuelos a Delhi, Nueva York, Hong Kong o Sydney y veo las multitudes bullentes que se preparan para partir, no puedo menos de pensar a menudo en mi juventud. Entonces, se señalaba a una persona con el dedo y se decía: «Ese ha estado en América»; o incluso: «Ese ha ido a la India».

Hoy hay pocos lugares en el mundo a donde no se pueda llegar en unas horas. Pero, aunque nosotros mismos no viajemos a países lejanos, hoy se encuentran más cerca de nosotros de lo que lo estaban en mi juventud. Cuando ocurre algo importante en algún lugar del mundo, lo leemos al día siguiente en el periódico, lo oímos en la radio o lo vemos en las noticias de la televisión. Los habitantes del antiguo México no tenían ni idea de que Jerusalén había sido destruida; y en China no se había oído probablemente nada acerca de las consecuencias de la Guerra de los Treinta Años. La situación era ya distinta en tiempos de la Primera Guerra Mundial. Si se le da ese nombre de guerra mundial es precisamente por el gran número de Estados y pueblos que entraron en combate.

Eso no significa, desde luego, que todas las noticias que nos llegan ahora de cualquier parte sean ciertas. También a mí me ocurrió que no debería haber creído todo cuanto leía en los periódicos. Quiero mencionar un ejemplo: el hecho mismo de ser consciente de haber vivido en persona la Primera Guerra Mundial me hizo estar convencido de que podía creer lo que se me contaba entonces. Por eso, el capítulo anterior, «Sobre el reparto del mundo», no me salió tan imparcial como sin duda deseaba. En especial, lo que escribí al final acerca de la función del presidente norteamericano Wilson no sucedió del todo según creía yo entonces. En mi exposición presenté el asunto como si Wilson hubiera hecho a los alemanes y los austriacos promesas que luego no se cumplieron. Tenía la firme convicción de recordar correctamente, pues entonces ya estaba vivo y, más tarde, me limité a poner por escrito lo que era creencia general. Pero, debería haberlo comprobado, pues eso es lo que tiene que hacer en cada caso, sobre todo, el historiador. En resumen, es cierto que el presidente Wilson hizo una oferta de paz a comienzos de 1918, pero el punto destacable es que, entonces, Alemania, Austria y sus aliados esperaban todavía poder ganar la guerra e ignoraron, por tanto, su llamada. Sólo cuando la habían perdido, al cabo de otros diez meses, con un número terrible de víctimas, quisieron apelar a la oferta, pero ya era demasiado tarde.

Es fácil demostrar lo fundamental y lamentable de mi error, pues, aunque entonces no lo sospechaba, la convicción generalizada entre los pueblos vencidos de que habían caído en la miseria a causa de un embuste permitió con especial facilidad a ciertos agitadores ambiciosos convertir la decepción en indignación y sed de venganza. No me gusta mencionar los nombres de esos agitadores, pero, al fin y al cabo, todos saben bien que estoy pensando sobre todo en Adolf Hitler. Hitler había sido soldado en la Primera Guerra Mundial y mantuvo también la convicción de que el ejército alemán no habría sido vencido sin aquel supuesto engaño. Lo que llevó finalmente a los alemanes y austriacos que se hallaban en suelo patrio a dejar en la estacada a los soldados del frente no habría sido sólo Wilson, sino toda la propaganda de los enemigos. De lo que se trataba, pensaba Hitler, era de superar a los otros en las

artes de la propaganda. Hitler era un orador popular que arrebataba y las masas corrían a escucharle. Sabía, sobre todo, que nada hay más eficaz para excitar a la gente que presentarle un chivo expiatorio culpable de sus miserias, y encontró ese chivo expiatorio en los judíos.

El destino de este pueblo ancestral ha sido mencionado en varias ocasiones en mi libro; he hablado en él de su exclusión voluntaria, de la pérdida de su patria tras la destrucción de Jerusalén, y también de las persecuciones de los judíos en la Edad Media. Pero, aunque yo mismo procedo de una familia judía, nunca se me pasó por la cabeza que aquel horror se fuera a repetir en mis tiempos.

Debo mencionar aquí un nuevo error que permití se infiltrara en esta historia y del que, quizá, no deba avergonzarme. En efecto, en el capítulo «La verdadera Edad Moderna» se puede leer que la «verdadera Edad Moderna» no comenzó hasta que los pensamientos de las personas abandonaron la brutalidad de tiempos anteriores, y las ideas e ideales de la llamada Ilustración se generalizaron tanto en el siglo XVIII que, a partir de entonces, fueron consideradas como algo obvio. Cuando escribía esto, me parecía realmente impensable que pudiéramos rebajarnos nuevamente hasta perseguir a personas con creencias distintas de las nuestras, extraerles confesiones mediante tortura o, incluso, negar los derechos humanos. Pero lo que entonces me resultaba impensable ocurrió, a pesar de todo. Un retroceso tan triste parece apenas comprensible, y, no obstante, quizá no resulte tan difícil de entender para los jóvenes como para los adultos. A aquellos les basta con mantener los ojos abiertos en la escuela. Los escolares suelen ser a menudo intolerantes; se ríen, por ejemplo, de su profesor sólo porque lleva alguna prenda de vestir pasada de moda que le resulta ridícula a la clase, y una vez que han perdido el respeto se arma el alboroto. Basta también con que un compañero se diferencie un poco de los demás, aunque sólo sea por el color de la piel o del pelo o por su manera de hablar o de comer, para que se convierta fácilmente en víctima; lo atormentarán hasta hacerle sangre y tendrá que aguantarse. Sin embargo, no todos los alumnos de la clase tienen por qué ser especialmente crueles o despiadados, pero nadie desea ser un aguafiestas y, por tanto, la mayoría participa, más o menos, y gritan cuando los demás gritan, hasta que casi no se reconocen.

Por desgracia, tampoco los adultos se comportan mejor. Sobre todo, cuando no tienen otra ocupación y las cosas les van mal —o, incluso, cuando creen que les van mal—, se unen a compañeros de penas reales o supuestos, desfilan al paso por las calles y repiten a coro las consignas más insensatas, creyéndose, además, maravillosos. Yo mismo vi a los partidarios de Hitler con sus camisas pardas atacar a los estudiantes judíos de la Universidad de Viena; y cuando escribí este libro, Hitler había tomado ya el poder en Alemania. Parecía sólo una cuestión de tiempo que el gobierno de Austria cayera también víctima de su superioridad, por lo que fue una

suerte para mí que me invitaran a Inglaterra justo en ese momento, antes de que las tropas de Hitler invadieran Austria en marzo de 1938 y, al igual que en Alemania, todo aquel que no quisiera decir «Heil Hitler» en vez de «Buenos días» corriera también peligro en nuestro país.

En una situación así no se tarda nada en comprobar que, para los partidarios de esa clase de movimiento, sólo puede existir un crimen: el de la deslealtad hacia su llamado caudillo (Führer, en alemán); y sólo una virtud: la obediencia sin reservas. Hay que obedecer cualquier orden que pueda acercar la victoria, aunque menosprecie los mandamientos de la humanidad. En el pasado se han dado, sin duda, situaciones similares en la historia, y en este libro he escrito sobre más de una, por ejemplo sobre los primeros partidarios de Mahoma. También se ha atribuido a los jesuitas el poner la obediencia por delante de todo lo demás. He mencionado así mismo brevemente la victoria de los comunistas en Rusia bajo Lenin; y los comunistas convencidos no querían ni pensar en mostrarse tolerantes con sus adversarios. Su conducta implacable en el logro de sus metas no conocía límites, y millones de personas cayeron víctimas de ellas.

En los años posteriores a la Primera Guerra Mundial desapareció también, evidentemente, de la vida la tolerancia en Alemania, Italia y Japón. Allí, los políticos explicaban a sus paisanos, sobre todo, que habían sido postergados en el «reparto de la Tierra», pues, en realidad, tenían derecho a dominar sobre los demás pueblos. A los italianos les recordaban que, al fin y al cabo, procedían de los antiguos romanos; a los japoneses, sus aristocráticos guerreros; y a los alemanes, los antiguos germanos, Carlomagno o Federico el Grande. Les decían que no todas las personas valían lo mismo; y que, de la misma manera que existen razas de perros más aptas que otras para la caza, ellos eran también las mejores razas humanas, aptas para dominar.

Conozco a un viejo y sabio monje budista que, en cierta ocasión, dijo a sus paisanos en un discurso que le gustaría saber por qué todo el mundo está de acuerdo en que es ridículo y penoso que alguien diga de sí mismo: «Soy la persona más lista, más fuerte, más valiente y mejor dotada del mundo», pero que, si en vez de decir «soy» dice «somos» y afirma que «nosotros» somos las personas más listas, más fuertes, más valientes y mejor dotadas del mundo se le aplaude con entusiasmo en su patria y se le llama patriota. Esto, sin embargo, no tiene nada que ver con el patriotismo. Naturalmente, se puede sentir mucho apego por la patria sin necesidad de afirmar que en el resto del mundo sólo vive una chusma inferior. Pero cuanta más gente caiga en esta insensatez, tanto más peligrará la paz.

Cuando, además, una grave crisis económica condenó en Alemania al paro a un enorme número de personas, pareció que la salida más sencilla era la guerra, en la que los parados se convertirían en soldados o trabajadores de la industria de armamentos y que permitiría revocar los odiosos tratados de Versalles y St. Germain.

Hacía tiempo que los países democráticos occidentales, es decir, Francia, Inglaterra y Norteamérica —así se pensaba equivocadamente— eran demasiado amantes de la paz y se habían debilitado y no querrían defenderse. Es cierto que nadie deseaba allí una guerra y que se hizo todo lo posible para no dar a Hitler ningún pretexto para arrojar al mundo al infortunio. Pero, por desgracia, siempre es posible hallar una excusa, pues existe la posibilidad de amañar «incidentes»; así es como, el 1 de septiembre de 1939, el ejército alemán invadió Polonia. Por aquellas fechas me encontraba ya en Inglaterra y conocí la profunda tristeza, pero también la decisión, de las personas que debían marchar de nuevo a la guerra. Nadie cantó esa vez alegres canciones bélicas, nadie esperaba la gloria en el combate. Todo el mundo se limitó a cumplir con su deber, pues había que acabar con aquella locura.

Mi tarea entonces consistió en escuchar la radio alemana y traducir al inglés sus programas para que se supiese qué se contaba o qué se silenciaba al oyente alemán. Así, curiosamente, viví los seis años de esta terrible guerra, de 1939 a 1945, desde las dos partes, por así decirlo —aunque de modo muy distinto—. En Inglaterra veía la decisión, pero también la penuria, el temor por los hombres del frente, las consecuencias de los ataques aéreos y la preocupación por los azares de la guerra. En la radio alemana oí al principio sólo gritos de triunfo e insultos groseros. Hitler creía en el poder de la propaganda, y su fe pareció confirmarse mientras los éxitos de los dos primeros años de la guerra superaron las expectativas más audaces. Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, extensas zonas de Rusia y los Balcanes fueron arrolladas, y sólo la pequeña isla de Inglaterra, situada en un extremo de Europa, siguió ofreciendo resistencia. Aquello no podía durar mucho, pues la radio alemana anunciaba continuamente en medio del resonar de trompetas cuántos barcos destinados a llevar víveres y armas a los ingleses habían hundido sus submarinos.

Pero, después de que, en diciembre de 1941, los japoneses atacarón y casi aniquilaron sin declaración de guerra la flota americana anclada en puerto y Hitler declaró por su parte la guerra a Norteamérica; cuando las tropas alemanas fueron arrojadas del norte de África en el otoño de 1942 y derrotadas por los rusos ante Stalingrado en enero de 1943; y cuando las fuerzas aéreas germánicas demostraron su impotencia para impedir los terribles bombardeos sobre ciudades alemanas, se vio que no era posible vencer solamente con palabras y trompetas. Cuando Winston Churchill asumió el gobierno en Inglaterra en un momento en que la situación era casi desesperada, dijo: «Sólo prometo sangre, sudor y lágrimas». Y justamente por eso le creímos al mostrarnos un atisbo de esperanza. No sé cuántos oyentes alemanes prestaron atención más tarde a las evasivas y promesas que yo escuchaba un día sí y otro también en la radio alemana.

Sólo sé que ni los oyentes alemanes ni nosotros sabíamos entonces nada acerca de los espantosos crímenes cometidos por los alemanes en la guerra. En aquellas tristes

circunstancias debo y tengo que referirme aquí a lo que he escrito antes. Se habla en aquel pasaje de los conquistadores españoles de México y se dice que comenzaron a exterminar «allí y en otras regiones de América aquel pueblo antiguo y culto de los indios de la manera más odiosa. Este capítulo de la historia de la humanidad es tan terrible y vergonzoso para nosotros, los europeos —escribí allí—, que prefiero no hablar de él».

Habría preferido todavía más no hablar de ese gran crimen cometido en nuestro siglo, pues este libro va dirigido, al fin y al cabo, a jóvenes lectores y suele gustar ahorrarles lo más odioso. Pero también los niños crecen, y deben aprender igualmente de la historia la facilidad con que la difamación y la intolerancia pueden transformar en inhumanos a los seres humanos. En efecto, los habitantes judíos de todos los países de Europa ocupados por el ejército alemán —millones de hombres, mujeres y niños— fueron expulsados de su patria en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, transportados al este, en su mayoría, y asesinados allí.

La radio alemana no contó, según he dicho, nada de ello a sus oyentes, y cuando, al acabar la guerra (1945), se dieron a conocer aquellos hechos inconcebibles, me resultó casi imposible, al igual que a muchos otros, creer en ellos en un primer momento. Pero, por desgracia hay innumerables pruebas de la realidad de este crimen inaudito; y, a pesar de haber transcurrido ya tantos años, es de una enorme importancia que no se olvide ni se disimule.

En la mezcla de pueblos de nuestra pequeña Tierra será cada vez más necesario educarnos para el respeto y la tolerancia mutuas, aunque sólo sea porque los logros técnicos nos han ido aproximando progresivamente unos a otros.

La guerra mundial demostró también este hecho, pues las reservas casi inagotables de la industria norteamericana de armamento, que favorecieron así mismo a Inglaterra y Rusia, hicieron inevitable el fin. Por más desesperada que fuera la resistencia ofrecida por los soldados alemanes, los ingleses y norteamericanos lograron desembarcar en la Normandía francesa en el verano de 1944 y avanzar hacia Alemania. Al mismo tiempo, los rusos persiguieron al debilitado ejército alemán y, en abril de 1945, alcanzaron, finalmente, Berlín, donde Hitler se quitó la vida. Esta vez no se habló ya de un tratado de paz. Los vencedores mantuvieron a Alemania bajo ocupación militar y el país quedó atravesado durante muchas décadas por una frontera rigurosamente vigilada que corría entre la zona de influencia de la Rusia comunista y las democracias occidentales.

Es verdad que con la derrota de Alemania no había concluido aún la guerra mundial, pues faltaba todavía mucho para derrotar a los japoneses, que habían conquistado para entonces zonas enteras de Asia. Pero, como no se podía prever un final, los norteamericanos utilizaron un arma totalmente nueva: la bomba atómica.

Poco antes de estallar la guerra me encontré casualmente con un joven físico que

me habló de un artículo publicado por el gran científico danés Niels Bohr. Bohr comentaba en él la posibilidad teórica de construir una «bomba de uranio» que sobrepasaría con mucho la capacidad de destrucción de cualquier explosivo conocido. En aquel momento estuvimos de acuerdo en que debíamos esperar que un arma sin parangón como aquélla se lanzaría, si acaso, sobre una isla deshabitada, para demostrar a amigos y enemigos que habían perdido vigencia todas las antiguas ideas sobre combates y guerras. Esa esperanza no se cumplió, aunque la abrigaran también muchos de los científicos que trabajaron encarnizadamente durante la guerra en la realización de aquella arma. En agosto de 1945, las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki fueron las primeras víctimas de una catástrofe tan inimaginable, y Japón se dio efectivamente por vencido.

Todos vimos con claridad que con aquel invento había comenzado en la historia un capítulo completamente nuevo, pues el descubrimiento de la energía atómica es casi comparable con el del fuego. También el fuego puede calentar y destruir, pero sus destrucciones no son nada frente a la potencia aniquiladora de las armas atómicas, multiplicada en la actualidad. Es de esperar que esta nueva situación haya hecho imposible utilizarlas de nuevo contra los seres humanos, pero todos sabemos que las dos superpotencias, los norteamericanos en Occidente y los rusos en el Este, se hallan en posesión de inmensas cantidades de esta clase de armas, aunque ambos saben claramente que no sobrevivirían a su utilización. Como es natural, el mundo ha cambiado desde entonces de manera considerable. La mayoría de los pueblos de extensas partes de la Tierra que antes de la guerra pertenecían todavía al imperio mundial británico se han independizado pero, por desgracia, no se han vuelto más sociables. No obstante, a pesar de las crueles guerras y amenazadoras crisis que han seguido estallando en muchos lugares de la Tierra, se nos ha ahorrado desde 1945 una tercera guerra mundial, pues todos saben que significaría el fin de la historia del mundo. Es un débil consuelo, pero es un consuelo.

Esta situación completamente nueva en la historia de la humanidad ha llevado, como es natural, a mucha gente a condenar como tales los logros de las ciencias pues nos han conducido al borde de este abismo. No obstante, no deberíamos olvidar que fueron también las ciencias y la técnica las que posibilitaron a los países afectados superar, al menos en parte, las destrucciones de la guerra mundial, permitiendo iniciar la vida normal antes de lo que nos habríamos atrevido a esperar.

Para terminar quiero introducir también aquí una pequeña corrección en mi libro y subsanar un olvido que me preocupa. Es posible que mi capítulo sobre el hombre y la máquina no contenga errores, pero resulta un tanto unilateral. Es absolutamente cierto que la sustitución del trabajo manual por el fabril trajo consigo mucha miseria, pero debería haber mencionado también que, sin las nuevas técnicas de la producción masiva, no habría sido posible alimentar, vestir y dar vivienda a una población en

aumentó constante. Una de las causas de que vinieran al mundo cada vez más niños y fueran cada vez menos los que morían poco después de haber nacido fue, en gran parte, el progreso científico en medicina consistente, por ejemplo, en el suministro de agua y el alcantarillado. No hay duda de que la creciente industrialización de Europa, Norteamérica y también Japón nos ha privado de muchas cosas bellas, pero, no obstante, no debemos olvidar cuántas bendiciones —sí, bendiciones— nos ha traído.

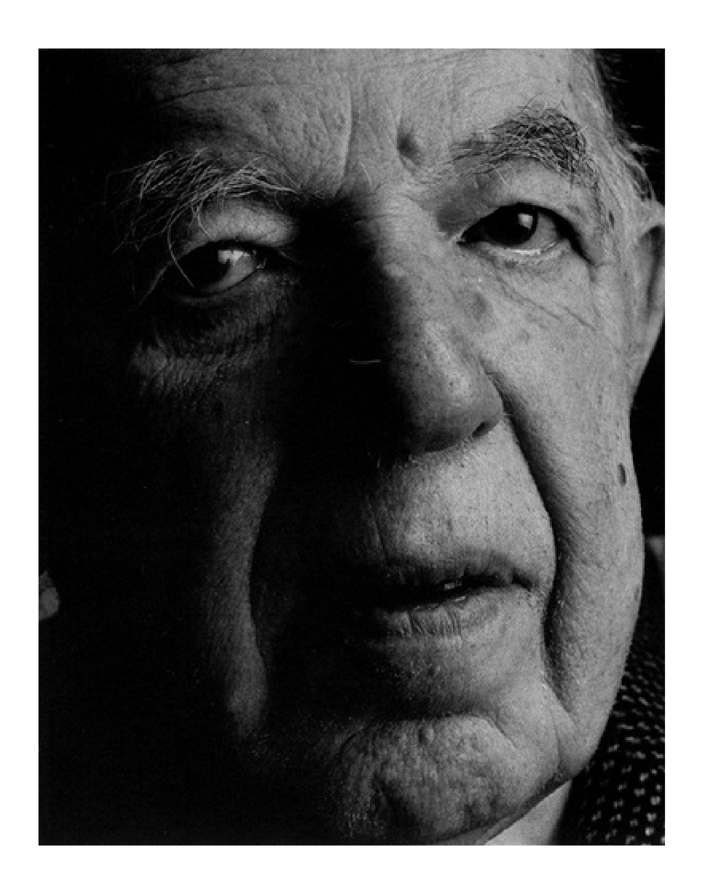
Recuerdo aún muy bien qué se quería decir en mi juventud cuando se hablaba de los «pobres». No sólo los menesterosos, los mendigos y la gente sin hogar tenían un aspecto distinto del de los burgueses de las grandes ciudades, sino que también los obreros y obreras eran reconocibles de lejos por su ropa; las mujeres llevaban, como mucho, un pañuelo en la cabeza para protegerse del frío y ningún obrero habría usado camisa blanca, pues no tardaría en ensuciarse. En aquel tiempo se hablaba incluso del «olor a pobre», pues la mayoría de los habitantes de las ciudades vivía en pisos mal aireados, con un grifo en la escalera, en el mejor de los casos. En cambio, un hogar burgués (y no sólo la gente rica) solía disponer de una cocinera, una camarera y, a menudo, una niñera. Es cierto que todas estas personas vivían a menudo mejor que en sus propias casas, pero no debía de ser nada cómodo tener, por ejemplo, «libre» un solo día por semana y ser contado entre el «servicio». Fue precisamente durante mis años jóvenes cuando se comenzó a reflexionar sobre todo esto; y, acabada la Primera Guerra Mundial, las leyes comenzaron a llamar a esas personas «auxiliares del hogar». Pero cuando llegué como estudiante a Berlín, era frecuente leer aún en la entrada de las casas desde la calle «Acceso reservado a los señores», expresión que ya entonces me resultaba penosa. El servicio y los proveedores debían utilizar la escalera trasera y no les estaba permitido usar el ascensor ni siquiera cuando llevaban cargas pesadas.

Aquello pertenece ahora al pasado, como un mal sueño. Es cierto que en las ciudades de Europa y América sigue habiendo todavía, por desgracia, miseria y barrios pobres, pero la mayoría de los trabajadores fabriles, e incluso la mayoría de los parados, vive hoy mejor de lo que pudieron haber vivido algunos caballeros de la Edad Media en sus castillos. Comen mejor y, sobre todo, están más sanos y viven, por lo regular, más que hace algún tiempo. Los seres humanos han soñado desde siempre con una «época dorada», pero ahora que esa edad de oro se ha hecho casi realidad para tantos, nadie quiere reconocerlo.

En los países del Este, donde el ejército ruso había impuesto el sistema comunista, la situación era, sin embargo, completamente distinta. En particular, la población de Alemania oriental, que había contemplado durante tanto tiempo cuánto mejor vivían sus vecinos occidentales, se negó un buen día a cargar con los penosos sacrificios que el sistema económico comunista exigía a la gente. Y así, en 1989, sucedió algo inesperado e increíble: los alemanes orientales obligaron a abrir la

frontera y las dos partes de Alemania volvieron a unirse. Aquel estado de ánimo se apoderó también de la Rusia soviética y el sistema de gobierno se vino abajo tanto allí como en los demás países de Europa del Este.

En páginas anteriores concluí el capítulo dedicado a la Primera Guerra Mundial con las siguientes palabras: «Todos esperamos un futuro mejor y, por tanto, ¡tendrá que llegar!». ¿Ha llegado, realmente? No para toda la multitud de personas que pueblan nuestro planeta, ni mucho menos. Entre las masas cada vez más numerosas de Asia, África y Sudamérica sigue reinando la misma miseria que se aceptaba como algo normal en nuestros países hace no mucho tiempo. No es fácil poner remedio a esa situación, sobre todo porque la miseria va allí de la mano con la intolerancia, como siempre ha sucedido. Pero, con el perfeccionamiento de la transmisión de informaciones, la conciencia de las naciones más ricas ha dejado oír un poco su voz. Cuando un terremoto, una avalancha o una sequía ocurridas en tierras remotas causan muchas víctimas, miles de personas de regiones prósperas ofrecen sus medios y fuerzas para llevarles ayuda. Eso tampoco sucedía antes, y es señal de que tenemos derecho a seguir esperando un futuro mejor.



Sir Ernst Hans Josef Gombrich, (30 de marzo de 1909, Viena – 3 de noviembre de 2001, Londres) fue un historiador de arte británico de origen austríaco, que pasó gran parte de su vida en el Reino Unido.

Su Historia del arte, publicada por primera vez en 1950 (contemporánea a la obra de Arnold Hauser, Historia social de la literatura y el arte), fue ampliamente difundida, ya que es un texto de divulgación (en 2005 alcanzó su 16ª edición en inglés). Originalmente dirigida a lectores jóvenes, se han vendido millones de ejemplares y ha sido traducida a más de 20 idiomas. Otras publicaciones importantes suyas fueron Arte e ilusión (1960), considerada por los críticos su trabajo más influyente y de mayor envergadura, y los artículos recopilados en Meditaciones sobre un caballo de juguete (1963), El sentido del orden (1979) y La imagen y el ojo (1981).